

Crashlander



Niven, Larry

Produced by calibre 0.6.13

Crashlander

Larry Niven

PRIMER ESPECTRO

Habíamos conseguido una excelente ubicación: fila diez desde la pantalla.

A sesenta metros por debajo de la superficie del océano, la luz del sol fluía a través de los bosques de algas en un millar de dorados y fluctuantes rayos. Los jugadores se arremolinaban en grupos contra las raíces del bosque, como un cardumen de coloreados peces de lucha.

Las graderías se habían instalado contra el domo de la ciudad. Más allá del vidrio se veía el campo de juego para diez equipos, cada uno de ellos de diferente esquema de colores, cinco humanos y un delfín por bando. Eran sesenta en total, aunque cincuenta de ellos tomarían parte. Los humanos iban provistos de respiradores y patas de rana de gran tamaño.

La presa era una forma de vida local: tres tortugas aplanadas, armadas de aletas traseras del tamaño de alas. Sus decorados caparazones relucían como soles cautivos: rojo, amarillo, violeta. El juego consistía en mover a la presa a través de los arcos, unos paraboloídes pintados en los mismos brillantes colores. Los jugadores podían retener a las presas contra su pecho para moverse con ellas, o sujetarlas con la mano y dirigirlas por la fuerza hasta que giraran hacia donde les fuera conveniente. También podían dejarlas nadar libremente a través del campo durante la confusión, esperando que un compañero pudiera tomarlas antes de que desaparecieran.

Sharrol estaba extasiada. Cuando el cardumen del Gremio de Atracciones llevó la tortuga violeta a través del arco de su color, ella bramó igual que el resto.

A mí no me interesaba la batalla marina. Mientras ella miraba el juego, yo la miraba a ella.

Sharrol estaba vestida por Shaster: una capa de fantasía sobre una malla de cuerpo entero con ventanas, que incluso serviría para nadar. Era una mujer pequeña aún para la media de los llaneros, y comenzaba a destacar en ella la panza en que llevaba nuestro segundo hijo. Mandíbula grande, piel clara, cabello liso y negro: la auténtica Sharrol. En la Tierra ella provocaba muchas fantasías, al más puro

estilo llanero.

Por mucho tiempo el temor estuvo al acecho bajo sus emociones. Sharrol no estaba hecha para este mundo. Pero hace ya un año y medio que vivimos bajo el océano planetario de Fafnir; en ese tiempo hemos concebido y dado a luz a Jenna, y nuevamente está encinta buscando una hermana para ella, por lo que comenzamos a sentir este sitio como el propio. Gradualmente el temor dejó de aparecer, y no veía signos de él ahora. Sharrol estaba en casa.

Los rayos de luz danzaban bajo el agua, y jugaban sobre el maravilloso paisaje que era Sharrol Janss. Pero yo no había desayunado. La codeé entonces, y le dije:

—Iré por provisiones.

Sin darse vuelta, dijo:

—¡Bravo! Para llevar, roja, con vegetales. Palomitas. Cualquier jugo.

Dejé mi mochila en el asiento. Eché una mirada atrás cuando llegué al pasillo: estaba hermosa de perfil, y completamente absorbida por el juego.

Las gradas no incluían puestos de alimentos. Tenía que ir por debajo de las tribunas, cruzar todo el Strand por el puente deslizante elevado, y meterme en un comercio del tamaño de una feria.

O caminar veinte metros siguiendo el cristal y usar una cabina de transferencia, ahorrándome así veinte minutos.

Arribé al balcón de la segunda planta. Miré por encima de la baranda; se veían varias filas de personas. La más larga era la de las viandas de llevar. Mi atención tropezó en una de las caras de abajo.

Me vio mirarle.

O quizá no. Pero no esperé a asegurarme. Avancé hasta la solitaria cabina telefónica, ubicada al final de la línea de cabinas de transferencia. Hallé una moneda y marqué. No quería que la llamada quedara registrada en mi teléfono de bolsillo.

Hubiéramos podido tener toda una vida, me dije. Nos lo habíamos

prometido, pero había sido una mentira. Al menos, habíamos tenido un año y medio.

Si mantenía la cabeza en el ángulo adecuado, podía ver la cima de la rampa deslizante reflejada en el cristal que cerraba la cabina. Me mantuve observando, mientras el teléfono de Sharrol sonaba seis veces.

Había demorado en prestar atención al teléfono, absorbida por el juego.

–Bey? ¿Qué pasa? – se veía en imagen plana sobre una de las paredes. Su teléfono de bolsillo no era tan sofisticado como para transmitir un holograma.

–Vi a alguien.

–¿A alguien? – ahora me miró-. No será ella, ¿verdad? Dime que no es ella.

–No, por supuesto que no. Pero no es nada bueno. Vi a mi sombra.

–¿Tu qué?

–Querida, no tengo tiempo de explicarte. Ander Smittarasheed no debería estar aquí. Me parece que me reconoció...

–¡No lo creo!

–Yo estaba mirando sobre el balcón. Él pudo verme de la cintura hacia arriba, aunque de lejos. Quizá no sepa sobre ti. Por favor, resérvame un pasaje en el Pequod, a nombre de Persial Enero Hebert -hace rato que no usaba ese nombre, pero ella lo conocía, y habíamos viajado en el Pequod una vez. ¿Debía aprovisionarme? ¿Hacer las maletas? No, pero...-. Escucha, déjame mi mochila en el asiento. Llévala a casa. Eso es todo.

–¿Qué más?

Aquel a quien había visto aún no había aparecido.

Ella estaba tomándose bien, pero tenía rígidos los músculos de la mandíbula y sus ojos lucían abiertos y asustados. Le pregunté:

—¿Qué tan valiente eres?

Sus ojos volvieron al juego un momento; debía estar siendo observada.

—¡Qué más!

—Sólo si crees poder hacerlo. Busca a Jenna y ve a Shasht. Indícale a la Compañía Exterior que las congelen para una transferencia a Hogar; suscríbeme también a mí y paga el extra por Jenna. Estaré allí apenas pueda.

Su mentón se endureció. Sharrol era agorafóbica, y el continente Shasht no sólo estaba al otro lado del planeta, sino en la superficie. No podía asegurarme si sería lo suficientemente fuerte para pasar por ello.

—Si no puedes, déjame un mensaje en...

—¿Cuándo te nos unirás?

—Si acaso no estoy en la misma nave, busca a Carlos. Estaré contigo enseguida.

—Nej, será mejor que tengas una buena excusa para cuando todo esto termine -dijo Sharrol, y entonces una cara apareció reflejada en el vidrio. Sin perderlo de vista, me giré para ocultar mis actos y colgué el público, sacando en su lugar mi fono de bolsillo.

Era él. Cara cuadrada, cabello rubio y delgado, mandíbulas de perro de presa, músculos ondeando bajo la vestimenta. Jadeaba un poco. Ander había nacido en la tierra, y mantenía un rotundo estilo llanero en su atuendo y apariencia. Sus pantalones tejidos eran un milagro de colores retorciéndose. Llevaba una túnica en colores firmes, verde y marrón, con una faja dentada de color negro atravesándole pecho y espalda. Personajes clásicos de caricatura se asomaban por encima de la línea y comentaban entre ellos lo que veían, luego se ocultaban otra vez. Cargaba una mochila, incongruente por su aspecto liso y pardo.

Se estaba tomando su tiempo. Lucía perplejo pero determinado, y venía directo hacia mí.

Por ello dejé que me viera guardar mi fono en el bolsillo al darme vuelta para salir de la cabina. Fui derecho hacia él, y de pronto grité, simulando sorpresa.

-¡Aah!

-Lo siento. Beowulf, cómo has cambiado...-me observó de pies a cabeza, aún sorprendido, bloqueándome el paso.

Me tiré hacia atrás, como intimidado por un mafioso callejero, un poco ofendido y un poco asustado.

-Disculpe usted, no era mi intención atropellarlo.

Él se adelantó y tomó mi mano entre las suyas, a pesar de tan poco estímulo por mi parte, y la sacudió. Alzó la voz por encima del ruido ambiente.

-Ander Smittarasheed. Hemos hecho dos videos documentales de viajes juntos. Beowulf, sólo diré que debes tener muchas cosas que contar.

Él no tenía dudas, me había reconocido.

-Muchas que ocultar, dirás -respondí.

-Ya no más.

-Sí. Claro -grité-. ¿Estás solo?

-Sí, estoy solo.

-Ven a ver el juego conmigo. Hay un asiento libre al lado del mío -ojalá así fuera.

Todavía me observaba fijamente. Más allá de lo que hubiera sabido, o de lo que lo trajera aquí, no esperaba encontrar lo que estaba viendo.

Abrigué esa suposición con fervor. Me veía por primera vez en veinte años. Hubiera apostado que Ander no se había preparado para este encuentro. No tenía respaldo. Raro en él.

Cuando salimos de la zona de cabinas, su mano se cerró en mi brazo. No tenía por qué pensar que saltaría en una cabina de transferencia y me desvanecería, pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Siguió gritando:

—¿Porqué usar una cabina de teléfono para hablar por fono portátil?

Yo me mostré apropiadamente sorprendido ante su estupidez, y grité:

—¡Ruido!

Luego la multitud rugió, ahogando toda posibilidad de conversar; nos introdujimos en el puente deslizante y así tuve unos momentos para pensar.

Hay un solo espaciopuerto en Lo Conseguimos, y las naves no llegan todos los días. Cuando éramos niños, solíamos ir para ver a las naves aterrizar y despegar. Soy el único de mis amigos de infancia que luego fue piloto.

Lo que me llamó la atención viendo a los turistas fue el asunto de los músculos.

Yo no era un alfeñique, para ser local. Algunos de los turistas venían de mundos con gravedad similar a la del mío, pero de vez en cuando veíamos jincianos y llaneros. Ellos caminaban como temiendo que el resto tuviéramos miedo y nos alejáramos de su gran masa. Nosotros, altos, delgados y frágiles colisionantes, hacíamos lo que ellos esperaban, y así los resentíamos un poco.

Líneas Nakamura viajaba a una gravedad terrestre; tuve que trabajar muy duro sólo para caminar por mi propia nave. Una vez entrenado, me convertí en un atleta para los estándares de Los Conseguimos; pero no era raro que muchos pasajeros, viendo mi palidez de albino y mi longilíneo esqueleto me consideraran un vampiro enfermizo.

Me había acostumbrado a ello, pero quizá me había tornado algo susceptible.

Por ello, cuando sentí la mano de Ander cerrarse en mi brazo como las mandíbulas de un depredador, los recuerdos viscerales me volvieron en oleadas. Lo traté sólo dos veces, separadas por catorce años; fueron períodos de intensa actividad, de unas pocas semanas cada uno. Ahora necesitaba una historia que contar a Ander Smittarasheed; pero lo que mejor recordaba era que me había disgustado apenas lo conocí.

Ander se sentó en el vacío asiento de Sharrol.

–¿Realmente te agradan estas guerras marinas? ¿Por cuál gremio pujas?

–No, Ander, no es por eso. Tú conoces mi mundo natal; sólo hay un océano en Lo Conseguimos, y siempre bajo tormentas. Nadie puede nadar en él.

–Entonces, ¿qué haces aquí?

Había venido por el capricho de una mujer, pero Ander no debía saberlo.

–No me interesa quién gane. Sólo disfruto viendo qué buenos son haciéndolo.

Pero Sharrol había hablado mucho del asunto. La guerra marina derivaba de un juego que los kzinti jugaban en tierra. Pero en ambas formas, el juego era propio de Fafnir. Ningún turista sabría de él hasta llegar aquí. Recordaba cuando Sharrol me habló de ello, como si oyera sus palabras, y las repetí para Ander.

–Nadan como delfines, ¿lo ves? Pero los delfines no pueden sujetar a las presas; sólo pueden empujar a los jugadores contrarios, excepto el delfín del gremio de Estructuras, que sí tiene manos. Es una opción. Pero la idea es demorarlos, ¿entiendes? ¿Sabes algo de estrategia? Sólo quedan siete equipos; parece que... -pero me di cuenta de que sólo esperaba que yo dejara de hablar-. Ander, ¿qué estás haciendo en Fafnir?

–Vine por ti.

–Sí, siempre pensé eso. Estás con la policía de la ONU -ya no tenía que actuar como si me agradara.

Ander frunció el ceño.

–No exactamente. No soy de la Brazo. Estoy con Sigmund Ausfaller, quien sí lo es, pero él tiene su propia agenda. Lo que has de saber es que no he venido a llevarte de regreso, Beowulf.

–Me alegro, porque no deseo volver -aún no sabía qué le iba a contar, pero seguro no incluiría el deseo de regresar a la Tierra-. Entonces, ¿qué quieres de mí?

–¿Puedes decirme qué ha pasado con Plumas Filip?

–Es largo y desagradable.

–No hay problema. Te invito a cenar.

–Gracias -podría ayudarme, quizá, el que Ander creyera que andaba corto de dinero-. Hay algo muy valioso en el asunto, Ander. Algo a lo que yo no puedo acceder. Eso, el Pluma, y la forma en que me veo hoy: todo está relacionado.

–Ajá. Bien -dijo, en forma distraída-. Aunque Sigmund nunca me lo ha dicho, debe estar buscándote para demostrarte que, aunque te creas más listo que la Brazo, no eres más listo que él.

–Imaginé que así sería. ¿Algo más?

–Oh, sí. Me metí en esto porque estuvimos hablando acerca de los titerotes de Pierson. Creemos que tú, Beowulf Shaeffer, sabes tanto de los titerotes como el más preparado de la Brazo.

–¡Ja! ¿Qué han estado bebiendo?

–Luego sacamos conclusiones de dónde debías de estar. No, no estábamos bebidos, e incluso cuando a la mañana siguiente lo conversamos, nada nos hizo cambiar de idea. Beowulf, ¿dónde aprendiste sobre los titerotes por primera vez?

–En la escuela, usando el holocubo. Visamos un montón de documentales cuando éramos chicos. Y solíamos ir por el espaciopuerto, por lo que supimos que ellos construían los cascos de Productos Generales.

–¿Y tu primer contacto?

–Eso lo hemos escrito juntos... ¡Nej, Ander! Me estás grabando, ¿no es verdad?

–Sí -dijo, otorgándome un momento para que protestara, desafiándome a ello. ¿Para quién era la grabación? ¿Quién quería cazar a Beowulf Shaeffer? Si era Sigmund Ausfaller... Nunca había podido superar a Sigmund aún.

–Te pagaremos honorarios de consultor. Diez por hora, Beowulf.
¿Aceptas?

–¿Cuánto tiempo me necesitarán? – era generoso, pero decir sí equivalía a cerrar un contrato verbal. Sería su prisionero.

Él no le dio importancia.

–Digamos hasta medianoche. Luego podremos renegociarlo. Necesito la grabación para Sigmund.

Ay.

–¿Hasta medianoche? – dije-. Son las diez de la noche ya.

–¿Tu primer contacto con los titerotes de Pierson?

Quince años llevando pasajeros entre los mundos. Luego Líneas Nakamura quebró, y me quedé en la calle... en Lo Conseguimos, porque la Corte de Quiebras permitió que volviéramos a casa. Dos años después de eso, yo estaba decidido a aceptar cualquier oferta, no importa de quién viniera...

ESTRELLA DE NEUTRONES

El Skydiver salió del hiperespacio a un par de millones de kilómetros por encima de la estrella de neutrones. Necesité un minuto para ubicarme contra el fondo estrellado, y otro para encontrar la distorsión que Sonya Laskin mencionó antes de morir. Estaba a mi izquierda; un área del tamaño aparente de la Luna vista desde la Tierra. Hice girar la nave para enfrentarla.

Estrellas cuajadas, enredadas, como si hubieran sido revueltas con una cuchara.

La estrella de neutrones estaba en el centro, por supuesto, aunque yo no podía verla, ni esperaba hacerlo. Tenía tan sólo diecisiete kilómetros de diámetro, y estaba fría. Mil millones de años han pasado desde que BVS-1 se quemó con el fuego de la fusión. Millones, por lo

menos, desde las dos cataclísmicas semanas durante las cuales BVS-1 fue una estrella de rayos X, quemándose a una temperatura de cinco mil millones de grados Kelvin. Ahora, sólo se la detectaba por su masa.

La nave comenzó a girar por su cuenta. Sentí la presión del empuje por fusión. Sin ayuda alguna de mi parte, mi fiel perro guardián metálico estaba acomodándose a una órbita hiperbólica que me llevaría a kilómetro y medio sobre la superficie de la estrella de neutrones. Veinticuatro horas para caer, veinticuatro horas para subir..., y durante ese tiempo, algo trataría de matarme. Aquello que había matado a los Laskin.

Un autopiloto idéntico a éste, con el mismo programa, había elegido la órbita de los Laskin. Al menos, su nave no chocó con la estrella. Podía confiar en el autopiloto. Hasta podía cambiar su programa.

En realidad, debería hacerlo.

¿Como me había metido en esta trampa?

El impulsor se apagó luego de maniobrar durante diez minutos. Mi órbita estaba establecida, en más de un sentido. Yo sabía que iría a suceder si se me ocurría retroceder ahora.

Y todo lo que había hecho fue entrar a una tienda para conseguir una nueva batería para mi encendedor...

Justo en medio de la tienda, rodeado por tres pisos de registradoras, estaba el nuevo yate intrasistemas Sinclair 2603. Había ido por una batería, pero me quedé a admirarlo. Era un hermoso aparato: pequeño, liso, aerodinámico y claramente distinto de todo lo que se había construido hasta entonces. Yo no hubiera volado en él ni por todo el oro del mundo, pero tuve que admitir que era bonito. Asomé la cabeza para ver el panel de instrumentos; nunca había visto tantos diales. Luego saqué mi cabeza, porque el lugar había quedado súbitamente silencioso.

Todos los clientes estaban mirando en la misma dirección. No pude culparlos. Había varios extraterrestres en la tienda comprando souvenirs, pero ellos también estaban mirando. Un titerote es algo único. Imaginen un centauro de tres patas y sin cabeza, con algo parecido a dos títeres de mano en sus brazos, y entonces tendrá algo

similar a la imagen correcta. Pero los «brazos» son en realidad un par de ondulantes cuellos, y los títeres son verdaderas cabezas, planas y sin cerebro, con anchos labios flexibles. El cerebro está bajo una joroba huesuda, encajada entre las bases de los cuellos. Este titerote sólo estaba vestido con su propio y corto pelaje marrón, y una melena formaba una gruesa alfombra sobre el cerebro, y se extendía por toda la espina dorsal hasta atrás. Me habían dicho que la forma en que llevan la melena indica su status social, pero por lo que yo sabía entonces podría haber sido cualquier cosa, desde un obrero de los muelles a un joyero, o hasta el propio presidente de Productos Generales.

Miré con los demás mientras cruzaba la sala. No porque nunca hubiera visto un titerote, sino porque hay algo hermoso en la delicada manera en que avanzan sobre esas delgadas piernas y sus diminutos cascos. Lo vi venir derecho hacia mí, más y más cerca. Se detuvo a medio metro, me miró y dijo:

–Usted es Beowulf Shaeffer, ex piloto en jefe de Líneas Nakamura.

Su voz era un hermoso contralto, sin traza de acento. Las bocas de los titerotes son los más flexibles órganos de fonación que se conocen, y también las manos más sensitivas. Las lenguas son bífidas; los anchos y gruesos labios tienen protuberancias como dedos a lo largo de sus bordes. Imaginen lo que haría un relojero con el sentido del gusto en la punta de sus dedos.

Me aclaré mi garganta:

–Sí, soy yo.

Me miró desde dos direcciones.

–¿Estaría interesado en un trabajo bien remunerado?

–Estaría fascinado por un trabajo bien remunerado.

–Soy el equivalente a un presidente regional de Productos Generales. Por favor, venga conmigo, y discutiremos esto en otro lugar.

Anduve tras de él hasta una cabina de transferencia, con los ojos de todo el mundo siguiéndome durante todo el trayecto. Era embarazoso ser abordado en una tienda pública por un monstruo de dos cabezas; tal vez el titerote lo sabía. Tal vez estaba probándome para ver qué

tan urgentemente necesitaba yo el dinero.

Mi necesidad era grande. Ocho meses atrás, las Líneas Nakamura habían quebrado. Por algún tiempo antes de que eso pasara, yo había seguido viviendo a lo grande, sabiendo que mi indemnización cubriría las deudas. Pero nunca vi esa indemnización. Fue una gran quiebra aquella; respetables hombres de negocios saltaron por las ventanas de los hoteles, sin llevar sus cinturones de vuelo. Yo seguí gastando, porque si hubiera comenzado a vivir frugalmente, mis acreedores habrían investigado... y yo hubiera terminado en la cárcel.

El titerote marcó rápidamente trece dígitos con su lengua: un momento después, estábamos en otro sitio. El aire silbó hacia fuera cuando abrí la puerta de la cabina, y tuve que tragar para aclarar mis oídos.

—Estamos en la terraza del edificio de Productos Generales -la rica voz de contralto irritaba mis nervios, y debía recordarme a mí mismo que era un extraterrestre el que hablaba, no una hermosa mujer-. Deberá examinar esta nave espacial mientras discutimos su asignación.

Caminé hacia afuera con algo de precaución, pero no era temporada de vientos. La terraza estaba a nivel del suelo del planeta; ésa es la forma en que se construye en Lo Conseguimos. Tal vez tenga algo que ver con los vientos de dos mil cuatrocientos kilómetros por hora que tenemos en invierno y verano, cuando el eje del planeta atraviesa su primario, Proción. Los vientos son la única atracción turística de nuestro mundo, y sería una lástima frenarlos para plantar rascacielos en su camino. El techo, un desnudo rectángulo de cemento, estaba rodeado por incontables kilómetros cuadrados de desierto. No era como los desiertos de otros mundos habitados, sino una extensión absolutamente estéril de arena fina, pidiendo a gritos ser plantada con cactus ornamentales. Habíamos intentado hacerlo, pero el viento se llevaba las plantas.

La nave yacía en la arena, más allá de la terraza. Era un fuselaje número dos de Productos Generales: un cilindro de cien metros de largo por seis de ancho, con ambos extremos en punta y una leve constricción como de cintura de avispa cerca de la popa. Por alguna razón yacía sobre su costado, con las patas de aterrizaje aún plegadas en la cola.

¿Se han dado cuenta de cómo todas las naves han empezado a parecerse? El noventa y cinco por ciento de las naves actuales son

construidas basándose en uno de los cuatro modelos de fuselaje de Productos Generales. Es más fácil y seguro de ese modo, pero de alguna forma todas las naves terminan como empezaron: viéndose como producidas en masa.

Los cascos se entregan totalmente transparentes, y se tapa con pintura donde se desea. En esta nave en particular, había sido dejada transparente la mayor parte. Sólo la nariz había sido pintada, en torno de la zona de soporte de vida. No había grandes motores de reacción. En sus costados se habían montado una serie de jets de posición retráctiles, y el casco estaba perforado con pequeños hoyos, cuadrados y redondos, para hacer pasar los instrumentos de observación. Podía verlos resplandecer a través del casco.

El titerote se movió hacia proa, pero algo me hizo tornar hacia popa para mirar más de cerca las patas de aterrizaje. Estaban torcidas. Por afuera del casco transparente y curvado, alguna fuerza tremenda había forzado al metal a fluir como cera caliente, atrás y adentro de la puntiaguda popa.

–¿Qué le pasó a eso? – pregunté.

–No lo sabemos. Deseamos intensamente averiguarlo.

–¿Qué quiere decir?

–¿Ha oído hablar de la estrella de neutrones BVS-1?

Recordé por un momento.

–Primera estrella de neutrones encontrada, y hasta ahora la única. Alguien la detectó hace un par de años, gracias al desplazamiento estelar.

–BVS-1 fue encontrada por el Instituto del Conocimiento de Jinx. Supimos por un intermediario que el Instituto deseaba explorar la estrella. Necesitaban una nave para hacerlo, pero no tenían suficiente dinero. Nosotros les ofrecimos suministrar un fuselaje con las garantías usuales, si se avenían a entregarnos todos los datos que obtuvieran al emplear nuestra nave.

–Parece un trato justo.

No pregunté porqué no hacían su propia exploración. Como la

mayoría de los vegetarianos inteligentes, los titerotes creen que la prudencia es la más acabada muestra de su coraje.

—Dos humanos, Peter y Sonya Laskin, volaron la nave e intentaron llegar a un kilómetro y medio de la superficie de BVS-1 usando una órbita hiperbólica. Pero en determinado punto de su viaje, alguna fuerza desconocida aparentemente alcanzó a la nave, e hizo esto a los soportes de aterrizaje. La misma fuerza parece haber entrado y matado a los pilotos.

—Pero eso es imposible. ¿O no?

—Veo que lo comprende. Venga conmigo -dijo, y trotó a lo largo del casco.

Lo comprendía, por cierto. Nada, pero nada puede atravesar un casco de Productos Generales. Ninguna clase de energía electromagnética, excepto la luz visible. Ninguna clase de materia, desde la menor de las partículas subatómicas al meteoro más rápido. Eso es lo que proclaman los avisos de la compañía, respaldados por su garantía. Yo nunca lo había dudado, y jamás había oído de un fuselaje de Productos Generales dañado por un arma o por cualquier otra cosa.

Por otra parte, un casco de Productos Generales es tan feo como funcional. La compañía de los titerotes podía verse muy comprometida si se hacía correr la noticia de que algo podía atravesar sus fuselajes. Pero seguía sin ver dónde entraba yo en el asunto.

Montamos una escalerilla en la nariz.

El sistema de soporte vital consistía en dos compartimientos. Aquí los Laskin habían usado pintura reflectiva de calor. En la cabina de control -de forma cónica- el casco había sido dividido en ventanas. Detrás de ésta, el área de descanso era un reflector plateado, sin sectores transparentes. Un tubo de acceso a la popa corría desde la pared trasera del cuarto de descanso, abriéndose en varios lugares para acceder a los instrumentos y los motores de hiperimpulso.

Hubo dos cuchetas de aceleración en la cabina de control..., pero ambas habían sido arrancadas de sus soportes y aplastadas contra la proa, quedando no más gruesas que un papel, contra el destruido panel de instrumentos. La parte posterior de ambas estaba salpicada de óxido marrón. Salpicaduras del mismo color estaban sobre todas las cosas: las paredes, las ventanas, las pantallas. Era como si algo hubiera

golpeado las cuchetas por detrás: algo como una docena de globos llenos de pintura, golpeando con tremenda fuerza.

–Eso es sangre -dije.

–Correcto. Fluido circulatorio humano.

Veinticuatro horas para caer.

Las primeras doce las pasé en el cuarto de relajación, tratando de leer. Nada significativo aconteció, salvo que unas pocas veces pude ver el fenómeno que Sonya Laskin mencionó en su último informe. Cuando una estrella quedaba justo detrás de BVS-1, se formaba un halo. BVS-1 tenía suficiente masa como para hacer doblar la luz a su alrededor, desplazando la mayoría de las estrellas a los costados; pero cuando una estrella se ponía justo atrás de la de neutrones, su luz era desplazada en todas direcciones a la vez. Resultado: un pequeño círculo que relampagueaba una vez y se iba antes de que el ojo pudiera fijarse en él.

Yo no sabía casi nada de estrellas de neutrones cuando el titerote me contrató. Ahora era un experto, pero todavía no tenía idea de qué era lo que me esperaba allí.

Toda la materia que uno presumiblemente puede encontrar será materia normal, compuesta por un núcleo de protones y neutrones rodeado por electrones en niveles de distinta energía cuántica. En el corazón de cualquier estrella hay una segunda clase de materia: allí la tremenda presión es capaz de pulverizar las capas de electrones. El resultado es materia degenerada: núcleos forzados a acercarse entre sí por la presión y la gravedad, pero mantenidos aparte por repulsión mutua con el «gas» de electrones que se agita entre ellos, más o menos continuamente. El factor presión puede llegar a crear un tercer tipo de materia.

Se necesita una enana blanca ya quemada, con una masa mayor de 1,44 veces la del sol (límite de Chandrasekhar, llamado así por un astrónomo hindú-norteamericano del siglo XX). En una estrella con tal masa, la carga opuesta de los electrones no es capaz por sí sola de impedir que choquen a los núcleos. Los electrones son forzados contra los protones, y se forman neutrones. En medio de una flagrante explosión, la mayor parte de la estrella cambia: pasa de una masa comprimida de materia degenerada a un bloque de neutrones,

enormemente apretado: se crea el neutronio, teóricamente la materia mas densa de nuestro universo. La mayor parte de la materia normal - y la degenerada que resta- será expulsada lejos, fuera de la estrella, debido al enorme calor liberado.

Por dos semanas la estrella producirá rayos X -mientras la temperatura de su núcleo comienza a bajar de cinco mil millones de grados a unos quinientos millones-, quedando luego como un cuerpo emisor de luz de un diámetro de quince a veinte kilómetros: lo más cercano a la invisibilidad. No era extraño que BVS-1 fuera la primera estrella de neutrones jamás encontrada.

Tampoco era raro que el Instituto del Conocimiento de Jinx deseara gastar tanto tiempo y esfuerzo observándola. Hasta que BVS-1 fue encontrada, el neutronio y las estrellas de neutrones eran sólo teorías. El estudio de una verdadera estrella de neutrones podría ser de una tremenda importancia: podrían darnos la clave del verdadero control de la gravedad.

Masa de BVS-1: 1,3 veces la del sol, aproximadamente.

Diámetro de BVS-1(estimado): dieciocho kilómetros de neutronio, cubiertos por una capa de ochocientos metros de materia degenerada, cubiertos tal vez por tres metros de materia ordinaria.

Nada más se sabía de la pequeña y escondida estrella, hasta que los Laskin vinieron a ver. Ahora el Instituto sabía una cosa más: el giro de la estrella.

-Una masa tan grande puede distorsionar el espacio con su rotación -dijo el titerote-. La hipérbola proyectada por los Laskin fue retorcida de tal modo, que pudimos deducir que el período de rotación de la estrella es de dos minutos con veintisiete segundos.

El bar estaba en alguna parte del edificio de Productos Generales. Yo no sabía exactamente dónde, pero con las cabinas de transporte no importaba. Me quedé mirando al titerote que oficiaba de barman. Naturalmente, sólo un titerote aceptaría ser servido por otro titerote, dado que cualquier forma de vida bípeda se resentiría sabiendo que su trago había sido mezclado con la boca de alguien. De hecho, yo había decidido cenar en otro lugar.

-Veo su problema -dije-. Sus ventas sufrirían mucho si se sabe que

algo puede pasar a través de sus fuselajes y aplastar a la tripulación hasta que sólo fueran manchas sangrientas. Pero ¿dónde entro yo?

–Deseamos repetir el experimento de Sonya y Peter Laskin. Debemos encontrar...

–¿Conmigo?

–Si. Debemos encontrar eso que nuestros cascos no pueden detener. Naturalmente, usted deberá...

–Pero yo no...

–Estamos en condiciones de ofrecerle un millón de estelares.

Estuve tentado, pero sólo por un momento.

–Olvídelo.

–Naturalmente se le permitiría construir su propia nave, partiendo de un casco número dos de Productos Generales.

–Gracias, pero me gustaría seguir viviendo.

–Le disgustaría estar en prisión. Hemos sabido que en Lo Conseguimos se ha reestablecido la prisión para deudores. Si Productos Generales hace público su estado de cuentas...

–Espere un...

–Usted debe dinero en un monto cercano al medio millón de estelares. Le pagaremos a sus acreedores cuando parta. Si regresa -debo admitir que admiré la honestidad de la criatura al no decir «cuando»-, le pagaremos el resto. Puede que sea requerido para hablar en los noticieros acerca del viaje, en cuyo caso conseguiría más estelares.

–¿Dice que yo puedo construir mi propia nave?

–Naturalmente. Este no es un viaje de exploración. Deseamos que regrese sin ningún daño.

–Es un trato -dije.

Al fin y al cabo, el titerote había tratado de extorsionarme; lo que

sucediera después sería por su propia culpa.

Construyeron mi nave en justo dos semanas. Tenía un fuselaje número dos -igual que el usado para la nave del Instituto del Conocimiento- y el sistema de vida era prácticamente un duplicado del otro, pero allí terminaba el parecido. No tenía todos esos instrumentos para observar la estrella de neutrones; en su lugar había un motor de fusión lo bastante grande como para un crucero de Jinx. En mi nave, a la que llamé Skydiver, el empuje produciría treinta ges en su límite de seguridad. Hice instalar un cañón láser capaz de perforar un agujero en la luna de Lo Conseguimos. Los titerotes querían que me sintiera seguro, y así me sentía, porque podía pelear y podía correr. Especialmente correr.

Escuché la última transmisión de los Laskin al menos media docena de veces. Su nave -sin nombre- entró al espacio normal a un millón y medio de kilómetros de BVS-1. La distorsión gravitatoria les impidió acercarse más por el hiperespacio. Mientras su esposo se movía por el tubo de acceso para un control de los instrumentos, Sonya Laskin había llamado al Instituto del Conocimiento.

—...No podemos verla aún, no a ojo desnudo. Pero podemos ver donde está. Cada vez que alguna estrella pasa por detrás, se forma a su alrededor un pequeño anillo de luz. Un momento... Peter está listo para usar el telescopio...

En ese momento, la gravedad de la estrella había cortado el enlace hiperespacial. Era lo que se esperaba, y nadie se preocupó por ello entonces. Más tarde, la misma causa debió impedirles escapar al hiperespacio de lo que los haya atacado.

Cuando los rescatistas hallaron la nave, sólo las cámaras y el radar funcionaban. No pudieron decir demasiado; no había una cámara enfocada en la cabina. Pero la cámara de proa entregó, aunque borroso debido a la velocidad, un breve vislumbre de la estrella de neutrones. Era un disco sin rasgos sobresalientes, del mismo color que tendrían las brasas de una parrillada si se pudiera aún quemar madera. El objeto había sido una estrella de neutrones por mucho tiempo ya.

—No hay necesidad de pintar la nave -le dije al presidente.

—No debe hacer usted el viaje con las paredes transparentes. Se

volverá loco.

–Yo no soy un llanero. El distorsionante espectáculo del espacio desnudo me llena de un apacible interés, aunque algo decadente. Lo que quiero es estar seguro de que nada se arrastra detrás de mí.

El día previo a la partida me senté solo en el bar de Productos Generales, para que el barman me hiciera tragos con sus bocas. Lo hacía bien. Los titerotes estaban dispersos en el bar en pares y tríos, con un par de humanos para variar, pero la hora del vermouth no había comenzado. El lugar se sentía vacío.

Estaba complacido conmigo mismo. Mis deudas estaban pagas, aunque eso no importara mucho allí donde iba a ir. Iba a irme sin siquiera un minicrédito a mi nombre, con nada excepto la nave...

Con todo, había salido bien de una mala situación. Supuse que me gustaría tener un exilio millonario.

Salté de la sorpresa cuando el recién llegado se sentó frente a mí. Era un extranjero de mediana edad; vestía un costoso traje de negocios negro noche y portaba una asimétrica barba blanco nieve. Dejé que mi cara se congelara y comencé a levantarme.

–Siéntese, señor Shaeffer.

–¿Porqué?

El me contestó mostrándome un disco azul. Una identificación del gobierno terrestre. La miré de arriba abajo para mostrar que estaba alerta, no porque pudiera distinguir una falsificación de una verdadera.

–Mi nombre es Sigmund Ausfaller -dijo el hombre-. Deseo hablar con usted acerca de su contrato con Productos Generales.

Asentí, sin decir nada.

–Una grabación de su contrato verbal nos fue enviada, por procedimiento. He notado en ella algunas cosas interesantes. Señor Shaeffer, ¿usted tomará realmente semejante riesgo por sólo quinientos mil estelares?

–Voy a conseguir el doble de eso.

–Pero sólo podrá conservar la mitad. El resto irá para pagar sus deudas. Luego están los impuestos... Pero no importa. Lo que se me ocurrió es que una nave espacial es una nave espacial, y la suya está muy bien armada y tiene piernas largas. Un admirable navío de combate, si usted quisiera venderlo.

–Pero no es mío.

–Hay quienes no preguntarían. En Canyon, por ejemplo, o el Partido Aislacionista de Wunderland.

No dije nada.

–O podría estar planeando una carrera de pirata. Pero la piratería es un negocio riesgoso, y no estoy tomando el concepto en serio.

Yo ni siquiera había pensado en la piratería. Pero en Wunderland...

–Lo que yo quisiera decirle es esto, Sr. Shaeffer. Un solo empresario, si es lo bastante deshonesto, puede producir un daño terrible a la reputación de la humanidad en todas partes. La mayoría de las especies encuentran necesario controlar la ética de sus propios miembros, y nosotros no somos la excepción. Se me ha ocurrido que tal vez usted partiría con su nave, pero no iría a la estrella de neutrones, sino a cualquier otra parte, para venderla. Los titerotes no hacen navíos de guerra invulnerables. Ellos son pacifistas. Su Skydiver es único.

»Por esto, he preguntado a Productos Generales si me permitirían instalar una bomba de control remoto en el Skydiver. Como está en el interior, el casco no lo protegerá. La he instalado esta tarde. Queda usted bajo aviso: si no ha informado en una semana, yo dispararé la bomba. Hay varios mundos a una semana de vuelo hiperespacial, pero todos reconocen el dominio de la Tierra. Si intenta escapar, deberá abandonar su nave en una semana, y pienso que difícilmente quiera aterrizar en un mundo no habitable. ¿Está claro?

–Está claro.

–Por si acaso me equivocara, puede probarme su buena intención pasando por un detector de mentiras. Entonces podrá usted golpearme en la nariz, y me disculparé profusamente.

Asentí. El se puso de pie, giró y me dejó allí, completamente helado.

Las cámaras de los Laskin habían tomado cuatro películas. En el tiempo que me quedaba las pasé todas varias veces, sin ver nada nuevo. Si la nave hubiese chocado con una nube de gas, el impacto pudo haber matado a los Laskin. En el perihelio, el gas se movía al menos a la mitad de la velocidad de la luz. Pero la fricción hubiera generado calor, y no vi ningún signo de calentamiento en las filmaciones. Si algo vivo los hubiera atacado, la bestia era invisible al radar y a un enorme rango de frecuencias de luz. Los jets de posición podrían haberse disparado accidentalmente -por asirme a un imposible-, pero la luz producida a proa no aparecía en ninguna de las películas.

Había enormes fuerzas magnéticas cerca de BVS-1, pero no podrían haber hecho ningún daño. Ninguna fuerza de ese tipo puede atravesar un casco de Productos Generales. Ni el calor, excepto en las bandas particulares de luz visibles para al menos una de las razas clientes de los titerotes. Yo tenía una baja opinión del casco de Productos Generales, pero sólo concernía a la total anonimidad del diseño. O tal vez yo me resentía del hecho de que Productos Generales es casi un monopolio en fuselajes, y no pertenece a los humanos. Pero si yo hubiese tenido que confiar mi vida a, por ejemplo, el yate Sinclair que vi en la tienda, hubiera escogido la cárcel.

La cárcel era una de mis tres alternativas. Pero yo hubiese estado allí de por vida. Ausfaller se hubiera asegurado de ello.

O podría haber escapado en el Skydiver. Pero ningún mundo a mi alcance me hubiese servido. Si hubiera encontrado algún planeta terrestre no descubierto dentro de una semana de Lo Conseguimos...

Era inevitable. Elegí BVS-1.

Me pareció que el círculo destellante de luz se volvía mayor, pero aparecía tan raramente que no podía estar seguro. BVS-1 no se dejaba ver ni en mi telescopio. Lo aparté y me dediqué a esperar.

Mientras esperaba, recordé un verano hace mucho tiempo en Jinx. Había días en los que no podíamos salir, porque la falta de nubes hacía que la tierra se bañara de quemante luz blanco azulada;

entonces nos divertíamos llenando globos con agua del grifo, y dejándolos caer desde tres pisos de altura. Formaban hermosos patrones de salpicadura, pero se secaban muy rápido. Entonces pusimos un poco de tinta en cada globo antes de llenarlo de agua. Así los patrones duraron.

Sonya Laskin había estado en su silla cuando colapsó. Las muestras de sangre mostraron que fue Peter quien la golpeó desde atrás, como un globo con agua lanzado desde gran altura.

¿Qué pudo pasar a través de un casco de Productos Generales?

Faltaban diez horas para caer.

Me liberé de la red de seguridad y salí para hacer una inspección. El túnel de acceso tenía un metro de ancho, lo justo para impulsarme en caída libre. Debajo de mí estaba el largo tubo de fusión a la izquierda, el cañón láser a la derecha, un conjunto de curvados tubos laterales - que llevaban a los puntos de inspección de los giróscopos, las baterías y el generador-, la planta de aire y los motores de desplazamiento hiperespacial. Todo estaba en orden..., excepto yo. Me sentía algo torpe. Mis saltos eran siempre demasiado cortos o demasiado largos.

No había suficiente lugar al final del tubo para dar la vuelta, de modo que tuve que retroceder cinco metros hasta un tubo lateral.

Seis horas faltaban, y todavía no podía encontrar la estrella de neutrones. Probablemente la vería sólo por un instante, pasando cerca a la mitad de la velocidad de la luz. Ya mi velocidad debía ser enorme.

¿Las estrellas se estaban poniendo azules?

Dos horas para llegar, y ya estaba seguro de que viraban al azul. ¿Era tan alta mi velocidad? Entonces, las estrellas detrás de mí estarían virando al rojo. La maquinaria me bloqueaba la vista por detrás, así que usé los giróscopos. La nave giró con particular lentitud. Las estrellas detrás de mí eran azules, no rojas. A todo mi alrededor había estrellas blanco-azuladas.

Imagínesen la luz cayendo en un profundísimo pozo gravitatorio. No puede acelerar, porque la luz no se puede mover más rápido que la luz. Pero puede ganar energía, en frecuencia. La luz estaba cayendo

sobre mí, más y más rápido a medida que yo caía.

Le hablé al dictáfono sobre esto. Ese dictáfono era el objeto mejor protegido de la nave. Yo había decidido ganar dinero con él, tanto como el que esperé recibir. Pero en privado, me preguntaba cuan intensa podría llegar a ser la luz.

Había dejado flotar al Skydiver con su eje cruzado respecto a la estrella de neutrones, pero ahora volvía a encararla. Sin embargo, estaba seguro de que había detenido la nave en posición transversal. Más torpeza, entonces. Usé los giróscopos. Otra vez la nave se movió morosamente, hasta que estuvo a mitad de camino de estar de costado, cuarenta y cinco grados. Entonces pareció caer automáticamente en posición. Era como si el Skydiver prefiriese que su eje atravesara la estrella de neutrones.

Eso no me gustaba nada.

Traté de girarla de nuevo, y de nuevo el Skydiver volvió a su posición. Pero esta vez había algo más. Algo tiraba de mí.

Entonces desaté mi red de seguridad, y caí de cabeza hacia la proa.

El tirón era leve, cerca de un décimo de ge. Se sentía más como hundirse en miel que como caer. Trepé de nuevo a mi silla, me até con la red -ahora colgando con la cara hacia abajo- y conecté el dictáfono. Conté mi historia con los suficientes detalles como para que mis hipotéticos oyentes no dudaran de mi hipotética salud mental.

-Pienso que ésto es lo que pasó con los Laskin -terminé-. Si el tirón se incrementa, llamaré de nuevo.

¿Me creen? Nunca lo dudé. Este extraño y gentil tirón era inexplicable. Y algo inexplicable había matado a Peter y Sonya Laskin, que descansen en paz.

Alrededor del punto donde debía de estar la de neutrones, las estrellas eran como rayitas de luz, estiradas radialmente. Brillaban con una furiosa, dolorosa luz. Me colgué de la red con la cara hacia abajo y traté de pensar.

Una hora después, estaba seguro: el tirón se incrementaba. Y todavía tenía una hora para caer.

Algo tiraba de mí, pero no de la nave.

No, eso era una estupidez. ¿Qué podía llegar a mí a través de un fuselaje de Productos Generales? Debía enfocarlo de otro modo. Algo estaba empujando a la nave fuera de su curso.

Si eso empeoraba, yo podía usar el empuje para compensar. Mientras, la nave estaba siendo empujada lejos de BVS-1, lo que estaba bien para mí. Pero si yo me equivocaba, si la nave no estaba siendo empujada lejos de BVS-1, el motor de fusión podría estrellarla contra diecisiete kilómetros de neutronio.

Y ¿porqué no se había disparado el cohete? Si la nave estaba siendo empujada fuera de curso, el piloto automático debió actuar para retomarlo. El acelerómetro estaba en buenas condiciones: lo había chequeado cuando hice mi gira de inspección por el tubo de acceso.

¿Podría algo estar empujando a la nave y al acelerómetro, pero no a mí? Llegaba a la misma imposibilidad: algo que pudiera atravesar un casco de Productos Generales.

—Al diablo con la teoría. Me voy de aquí -y dije, para el dictáfono-. El tirón se ha incrementado peligrosamente. Voy a tratar de alterar mi órbita.

Por supuesto, una vez que hiciera girar la nave y usara el cohete, yo estaría agregando mi propia aceleración a la fuerza equis que me atraía a la proa. Eso podía ser doloroso, pero lo soportaría por un tiempo. Si llegaba a mil quinientos metros de BVS-1, terminaría como los Laskin.

Ella debió haber esperado cabeza abajo -en una red como la mía-, sin una unidad de propulsión, mientras la presión creció y la red primero le cortó la carne, luego se rompió y la dejó caer hacia la proa, y yació herida y rota mientras la fuerza equis arrancaba las sillas de sus soportes y las arrojaba sobre ella.

Pulsé el botón que activaba los giróscopos.

Pero no fueron lo bastante potentes para voltearme. Lo intenté tres veces; cada vez la nave rotaba alrededor de cincuenta grados y se estacionaba inmóvil, mientras el sonido de los giróscopos subía y subía. Si la liberaba, la nave inmediatamente volvía a su posición. Iba

con la proa hacia la estrella de neutrones, y me quedaría de ese modo.

Media hora para caer, y la fuerza equis era mayor a un g. Mis sinus nasales estaban en agonía. Mis ojos estaban maduros y listos para caer. No sabía si podría sostener un cigarrillo, pero no hice la prueba: el paquete de Fortunados se me había caído del bolsillo cuando bajé a la proa. Allí estaba, un metro y medio más allá de mi alcance, probando que la fuerza equis actuaba en otros objetos además de mí. Fascinante.

No podía esperar más. Si esta fuerza me desplomaba hacia la estrella de neutrones, debía usar el empuje para contrarrestarla. Y eso hice. Aumenté la impulsión hasta que estuve aproximadamente en caída libre. La sangre -que se había ido a mis extremidades- volvió a mi cuerpo. El registrador del acelerómetro marcó uno punto dos g. Lo maldije por ser un robot mentiroso.

El paquete de cigarrillos flotaba ahora en la proa, y se me ocurrió que un pequeño aumento en el empuje podría traérmelo. El paquete flotó hacia mí entonces, pero cuando traté de alcanzarlo aceleró como si quisiera esquivar mi mano. Traté otra vez cuando pasó junto a mi oreja, y otra vez se movía demasiado rápido. Ese paquete aceleraba demasiado, considerando que estaba casi en caída libre. Pasó a través de la puerta del cuarto de relajación, todavía acelerando, desvaneciéndose después por el tubo de acceso. Segundos después oí un sólido golpe.

Pero eso era absurdo; aún la fuerza equis tiraba de mi sangre hacia el rostro. Saqué mi encendedor, estiré mi brazo y lo dejé ir. Cayó lentamente hacia la proa. Pero el paquete de Afortunados cayó hacia popa como si lo tirara desde un edificio.

Bien.

Aumenté el empuje. El rumor del hidrógeno en fusión me recordó que, si trataba de llevar esto hasta el final, podría someter al casco de Productos Generales a la máxima de las pruebas: chocar con una estrella de neutrones a la mitad de la velocidad de la luz. Podía verlo ahora: un casco transparente conteniendo sólo unos pocos centímetros cúbicos de materia tipo estrella enana en la punta de la nariz.

A uno punto cuatro ge -de acuerdo con el mentiroso indicador-, el encendedor dejó la proa y comenzó a flotar hacia mí. Lo dejé ir hacia

atrás. Estaba claramente cayendo cuando cruzó el umbral. Entonces apagué el empuje. La pérdida de potencia me lanzó violentamente hacia adelante, pero me quedé mirando atrás. El encendedor se frenó y dudó en la entrada del tubo de acceso. Decidió seguir adelante. Había preparado mis oídos para el sonido, pero salté de sorpresa cuando la nave entera sonó como un gong.

El acelerómetro estaba justo en el centro de masa de la nave; de otro modo, esa misma masa lo habría enloquecido. Los titerotes eran genios trabajando con una exactitud de diez decimales.

Favorecí al dictáfono con unos rápidos comentarios, y luego me puse a trabajar reprogramando el autopiloto. Afortunadamente, lo que deseaba era simple. La fuerza equis seguía siendo desconocida para mí, pero ahora sabía como se comportaba. Podía vivir con eso.

Las estrellas se veían fieramente azules, estiradas como líneas rectas hacia ese punto dental. Pensé que ya podía verlo, muy pequeño y de un débil rojo, pero pudo ser mi imaginación. En veinte minutos estaría rodeando la estrella de neutrones. La impulsión rugió a mi alrededor. En efectiva caída libre, desaté la red de seguridad y me impulsé fuera de la silla.

Di un suave empujón a popa, y unas manos fantasmales tomaron mis piernas. Cinco kilos de fuerza tiraban de mis dedos desde el respaldo de la silla. La presión debía caer rápidamente. Yo había programado al autopiloto para reducir el empuje a cero durante los próximos dos minutos. Todo lo que yo debía hacer era estar en el centro de masa, en el tubo de acceso, cuando el impulso llegara a cero.

Algo sujetaba a la nave a través de un casco de Productos Generales. ¿Una forma de vida psicoquinética atrapada en un sol de veinte kilómetros de diámetro? Pero ¿como podría cualquier cosa estar viva en esa gravedad?

Algo podría estar atrapado en órbita. Hay vida en el espacio: forasteros, sembradores a vela, y tal vez otros que aún no hayamos encontrado. Por lo que yo sabía, la misma BVS-1 podía estar viva. No importaba; yo ya sabía lo que trataba de hacer la fuerza equis: partir la nave en dos.

No había ta tirón en mis dedos. Me empujé otro poco a popa y aterricé en la pared trasera, sobre mis piernas. Me arrodillé sobre la puerta,

mirando a la popa abajo. Cuando llegó la caída libre a mi posición, me deslicé a través de la puerta y me encontré en el cuarto de reposo, mirando abajo y adelante, hacia la proa.

La gravedad había cambiado más rápido de lo que me gustaba. La fuerza equis aumentaba a medida que se acercaba la hora cero, mientras se apagaba el cohete que la compensaba. La fuerza trataba de partir la nave en dos; era de dos g hacia delante en la proa, dos g hacia atrás en la popa y disminuía a cero en el centro de masa. O eso esperaba yo. Los cigarrillos y el encendedor se habían comportado como si la fuerza que los impulsaba hubiera aumentado con cada centímetro que se movían hacia la popa.

La pared trasera del cuarto de reposo estaba cinco metros más allá. Debía saltar a ella con la gravedad cambiando en medio del aire. Salté; la golpeé con mis manos y reboté. Había saltado demasiado tarde; la región de caída libre se movía a lo largo de la nave a medida que el impulso bajaba, y me había dejado atrás. Ahora la pared trasera estaba «arriba» para mí, y lo mismo el tubo de acceso.

Bajo algo más de media g, salté por el tubo de acceso. Por un largo momento me quedé en medio del tubo de un metro, parado en medio del aire -y en realidad comenzando a caer de nuevo-, cuando me di cuenta de que no había nada de lo que tomarme. Entonces pegué mis manos a las paredes del tubo y las apreté contra ellas. Era todo lo que necesitaba. Me elevé a mi mismo y empecé a flotar.

El dictáfono estaba a quince metros debajo de mí, totalmente inalcanzable. Si tenía algo más que decir a Productos Generales, debería hacerlo en persona. Tal vez tuviera la oportunidad, porque ahora ya sabía cuál era esa fuerza que trataba de destruir la nave.

Era la marea.

El motor estaba apagado, y yo estaba en el centro de la nave. Mi posición de alas abiertas se estaba volviendo incómoda. Faltaban cuatro minutos para el perihelio de mi órbita.

Algo crujió en la cabina, debajo de mí. No pude apreciar qué había sido, pero podía ver claramente un punto rojo brillando entre las líneas radiales azules, como una linterna en el fondo de un pozo. Hacia los lados, entre el tubo de fusión y los tanques y otro equipo, las estrellas azules brillaban ante mí con una luz casi violeta. Me

preocupaba mirarlas demasiado. Realmente pensé que podrían cegarme.

Debía haber cientos de gravedades en la cabina. Hasta podía sentir el cambio en la presión. El aire era escaso a esta altura, cincuenta metros por encima del cuarto de control.

Y ahora, casi súbitamente, el punto rojo era más que un punto. Mi tiempo había llegado. Un disco rojo pasó ante mí, la nave giró; tragué saliva y cerré fuerte mis ojos.

Manos de gigantes tomaron mis brazos, piernas y cabeza, gentilmente pero con gran firmeza, y trataron de partirme en dos. En ese momento, comprendí que Peter Laskin había muerto de esta forma. Había hecho las mismas suposiciones que yo, y trató de esconderse en el tubo de acceso. Pero él se resbaló... como yo me resbalaba... Del cuarto de control llegó un múltiple quejido de metal desgarrado. Yo traté de clavar mis pies en la dura pared del tubo. De algún modo aguantaron.

Cuando al fin abrí los ojos, el punto rojo se achicaba hacia la nada.

El presidente titerote insistió en ponerme en un hospital para observación. No le discutí la idea: mi cara y manos se veían de un rojo llameante, con ampollas creciendo, y me dolían como si me las hubieran machacado. Descanso y un tierno y amoroso cuidado, eso era lo que yo deseaba.

Flotaba entre un par de placas sómnicas, odiosamente incómodas, cuando vino la enfermera a anunciarme una visita. Por su peculiar expresión, imaginé quien podía ser.

—¿Qué puede atravesar un casco de Productos Generales? — le pregunté.

—Esperaba que usted me lo dijera -el presidente descansaba en su única pierna trasera, sujetando un palo que emitía un humo aromático como de incienso verde.

—Y lo haré: la gravedad.

—No juegue conmigo, Beowulf Shaeffer. Este asunto es vital.

–No estoy jugando. ¿Su mundo tiene una luna?

–Esa información es clasificada -los titerotes son cobardes. Nadie sabe de dónde vienen, y parece que nadie pueda llegar a saberlo.

–¿Usted sabe qué pasa cuando una luna se acerca demasiado a su primario?

–Se hace pedazos.

–¿Porqué?

–No lo sé.

–Por las mareas.

–¿Qué es una marea?

Ajá, me dije a mí mismo.

–Voy a tratar de explicárselo. La luna de la Tierra tiene casi tres mil doscientos kilómetros de diámetro, y siempre muestra la misma cara a la Tierra. Quiero que se imagine dos rocas sobre la luna; una en el punto más cercano a la tierra, y otra en el más lejano.

–Muy bien.

–Ahora, ¿no es obvio que si esas rocas fueran abandonadas a sí mismas, deberían alejarse la una de la otra? Están en dos órbitas distintas, recuérdelo: órbitas concéntricas, una casi tres mil doscientos kilómetros más lejos que la otra. Sin embargo, esas rocas son forzadas a moverse a la misma velocidad orbital.

–La exterior se mueve más rápido.

–Buena observación. Así que hay una fuerza que trata de partir en dos a la luna, aunque su propia gravedad la mantiene unida. Si lleva a la luna lo bastante cerca de la tierra, esas dos rocas simplemente se irán flotando.

–Ya veo. Entonces esta «mareas» trató de romper la nave. Y fue lo bastante poderosa en la cabina de la nave del Instituto como para arrancar las sillas de aceleración de sus montajes...

–Y para aplastar a un ser humano. Imagínese. La proa de la nave estaba a once mil metros del centro de BVS-1. La cola estaba cien metros más lejos. Abandonadas a sí mismas, habrían ido en órbitas completamente distintas. Incluso mi cabeza y pies trataron de hacer lo mismo cuando estuve lo suficientemente cerca.

–Ya veo. ¿Está mudando?

–¿Qué?

–Veo que está perdiendo su tegumento en varias partes.

–Ah, eso. Tuve una quemadura grave por exposición a la luz estelar. No es grave.

Dos cabezas se miraron la una a la otra durante un parpadeo. ¿Un encogimiento de hombros? El titerote dijo:

–Hemos depositado el restante de su pago en el banco de Lo Conseguimos. Un tal Sigmund Ausfaller, humano, ha congelado la cuenta hasta que se computen sus impuestos.

–Entiendo.

–Si desea hablar con los periodistas ahora, explicándoles lo que sucedió a la nave del instituto, le pagaremos a usted diez mil estelares. Pagaremos en efectivo para que usted pueda hacer uso inmediatamente. Es urgente... Han habido rumores.

–Envíemelos -y como en un pensamiento posterior, agregué-. También puedo decirles que su mundo no tiene ninguna luna. Quedará bien como una nota al pie, en alguna parte.

–No entiendo -pero dos largos cuellos se habían tirado hacia atrás, y el titerote me miraba como un par de pitones al ataque.

–Usted sabría lo que es una marea si su mundo tuviera una luna. No podría evitarlo.

–¿Estaría interesado en...?

–¿Un millón de estrellas? Estaría fascinado. Hasta firmaría un contrato si se declara qué es lo que estamos ocultando. ¿Qué tal se siente que lo chantajeen a usted, para variar?

SEGUNDO ESPECTRO

Intenté escribir la historia por mi cuenta, por supuesto. Había ese programa de computadora que lo haría en forma de entrevista. Tomé una gran cantidad de notas..., demasiadas, porque cada vez que intentaba empezar a escribir la historia, me bloqueaba.

Entonces, decidí contratar a un escritor.

Ander Smittarasheed respondió al aviso.

Su aspecto me era muy familiar. Era un llanero atlético y colorido, muy consciente de los rengos y cojos a su alrededor, y alerta ante cualquier mujer cercana. Todo esto se notaba en sus palabras y su lenguaje corporal.

Tal vez nunca lo debiera haber contratado, pero se metió de lleno en el asunto sin darme oportunidad de reaccionar. Antes de que pudiera ponerme en guardia, ya le estaba contando todo... casi todo. Él lo montó en un solo acto usando el programa de entrevistas y mis comentarios, y todo en una misma tarde. Pasamos dos días puliendo el texto antes de filmarlo. La grabación se vendió de inmediato a las redes.

Él escribía bien. Eso fue sorprendente en sí mismo.

—No debería haberte contado respecto del chantaje.

Ya no estábamos gritando. El domo bajo el mar no es realmente de vidrio: es algún material que absorbe las ondas de choque, incluyendo desde el sonido a las tsunamis.

Ander Smittarasheed me sonrió en forma condescendiente.

—¿Acaso creíste que habías descubierto algo que no sabía Productos Generales?

—En su momento, sí. Aún ahora no estoy seguro. Tal vez estaba

equivocado al pensar que una especie que navega por el espacio pueda no conocer las mareas.

—Es probable. Pero ¿porqué enviar a un piloto humano para enterarse de algo que ellos ya sabían?

—Mmm... Ander, míralo de este modo. Un equipo universitario sale a investigar una estrella de neutrones fría. Cometan un error: tal vez no informan a Productos Generales, pero están usando un fuselaje de PG. La nave regresa con los tripulantes muertos de una forma sangrienta. Productos Generales investiga qué es lo que ha pasado, pero ellos no desean verse en el rol de tener que presentar excusas. ¿Porqué no dejar que otro de la misma especie resuelva el problema, y luego que hable en lugar de ellos?

—Parecen haber hecho bien en confiar en ti.

Reí como si no hubiera nada en el mundo que pudiera hacerme temer.

—Oh, Ander. Siempre me he preguntado cuántos probaron resolverlo antes que yo.

Él lo pensó un poco.

—No. Le mostraron a Sigmund tu contrato antes de que partieras. Hubieran debido hacerlo varias veces.

—Por supuesto.

—Beowulf, Sigmund no hubiera aceptado si ellos hubieran matado un piloto tras otro.

—¿Sigmund un loco tirabombas? Ander, nunca tuve intención de robar esa nave -observé que no me creía, pero continué-. Ahora, eso podría implicar que Sigmund no sirve para juzgar temperamentos. O que animó a... digamos, una docena de pilotos, cada uno a su turno. Las posibilidades de que uno de nosotros quisiera robar la nave aumentarían así. Piensa que, si todos nosotros cumplíamos el trabajo, el fuselaje se recupera al final de la órbita. Esas cosas cuestan.

Ander apretó los labios.

—No.

Muy bien, no. Lo intentaré más tarde. Beowulf Shaeffer es un inocente incomprendido. Sigmund Ausfaller no es totalmente confiable. Cambiemos de tema.

–Quizá quieras decir que ellos confiaron en mí para que escribiera mi propia historia... Lo intenté, Ander.

–Realmente necesitabas ayuda. «La primera estrella de neutrones descubierta» -acotó.

La primera estrella de neutrones vieja y fría. Estuvo muy bien ocultando tal vergüenza.

–No podrías pasar tan cerca de una púlsar. Ni un casco GP soportaría el choque contra el disco de acreción. Me temo que tendré que explicarte algunas cosas, Ander.

Rebullía dentro de mi cabeza, buscando cualquier agujero que me proporcionara una vía de escape.

Monitorear a un ciudadano puede ser sencillo, económico o a prueba de tontos, según se elija. Ausfaller apoyaba a Ander con dinero de la ONU. Naciones Unidas no tenía autoridad fuera del sistema Sol, pero Ander podía recibir fondos y equipamiento.

Pero me vio en el balcón por primera vez. Corrió por las escaleras para interceptarme, sin detenerse un momento para pedir apoyo. Apostaría nuestra libertad por ello..., la libertad de los míos: Naciones Unidas no me reclamaba, pero ellos podrían extraditar a Carlos, o a Sharrol, o a los niños.

Por eso estaba meditando qué soborno ofrecer a Ander, y convenciéndome de que él no era tan importante como para ser asesinado si el asunto se arruinaba, y esperanzado de que él no descubriera nada de esto mientras yo jugaba contrarreloj.

–¿Qué te inquieta de los titerotes? – pregunté-. Son cobardes e inofensivos.

–¿Eso piensas?

–Y, además, se han marchado.

–Y tú eres quien los ha hecho partir. Beowulf, ¿porqué te han

contratado una segunda vez, siendo que los has extorsionado?

—A ellos no les molesta el chantaje; lo usan todo el tiempo. Y lo que yo creí descubrir puede que no sea verdad... -vi otra vez su burlona sonrisa y estallé-. Basta, ¿qué tienes que decir?

—Mareas -dijo él-. Hemos vigilado su... retirada. Los titerotes de Pierson conocen bien las mareas, Beowulf, aunque nunca hayan tenido una luna.

—Si tú lo dices... -le creía, y no me sorprendió.

—Por cierto, tal información es absolutamente confidencial...

—¿Te guardas el secreto, ¿eh? Aún así, te referiré de cuando me contrataron por segunda vez...

EN EL NÚCLEO DE LA GALAXIA

1

No sabía si identificarlo como una pintura, un relieve mural, una escultura o una mezcla de todo eso; pero era la principal entre las piezas exhibidas en la Sección de Arte del Instituto del Conocimiento en Jinx. Los kdatlynos deben tener ojos extraños, pensé. Los míos me lloraban. Cuanto más miraba a «ESPACIOFTL», más borroso se volvía.

Estaba pensando que era lógico que se viera borroso, cuando unas dentudas quijadas se cerraron suavemente sobre mi brazo. Pegué un salto. Una voz de contralto, suave y espeluznante dijo:

—Beowulf Shaeffer, es usted un derrochador.

Esa voz podría haber hecho la fortuna de un cantante. Y creo que la reconocí, pero no podía ser: aquella estaba en Lo Conseguimos, a años luz de distancia. Me volví.

El titerote había soltado mi brazo. Comentó:

–Y... ¿qué piensa de Hrodenu?

–Me está arruinando los ojos.

–Naturalmente. Los kdatlynos son ciegos a todas las ondas excepto al radar. «ESPACIOFTL» no tiene significado a la vista, pero sí al tacto. Pase su lengua sobre él.

–¿Mi lengua? No, gracias.

Hie correr mi mano sobre el objeto. Si quieren saber qué se siente, tomen una nave hacia Jinx; la cosa está todavía allí. Me rehúso de plano a describir la sensación.

El titerote movió dubitativamente la cabeza y dijo:

–Estoy seguro que su lengua es más sensitiva. No hay guardianes cerca.

–Olvídelo. Disculpe, pero su voz es idéntica a la del presidente de Productos Generales en Lo Consequimos.

–Fue él quién me mandó su expediente, Beowulf Shaeffer. Sin duda tuvimos al mismo profesor de inglés. Yo soy el presidente local en Jinx, como se habrá dado cuenta por mi melena.

Bueno, no del todo. La crin entre los cuellos, castaño rojiza en este caso, se supone que muestra la casta, si uno aprendió las sutiles variaciones de estilo. Pero para hacer eso, uno tiene que ser un titerote. En lugar de admitir mi ignorancia, le pregunté:

–¿Decía ese expediente que yo era un derrochador?

–Usted gastó más de un millón de estelares en los últimos cuatro años.

–Lo hice encantado.

–Sí. Dentro de poco contraerá deudas nuevamente. ¿No ha pensado en seguir escribiendo? Me resultó admirable su artículo sobre la estrella de neutrones BVS-1. «El fondo afilado de un pozo de gravedad»... «la luz azul de las estrellas cayó sobre mí como aguanieve intangible»... Encantador.

–Gracias. Lo pagan bien, además. Pero yo soy ante todo un piloto de

naves espaciales.

–Es afortunado que nos hayamos encontrado aquí. Yo había pensado en buscarle. ¿Desea trabajo?

Esa era una pregunta capciosa. La última y única vez que acepté un trabajo de un titerote, éste me extorsionó para que lo tomara, aún sabiendo que posiblemente me mataría. Y casi sucedió. No acuso por ello al presidente regional en Lo Conseguimos, pero... ¿permitirles que me embromen otra vez?

–Le responderé con un condicional: quizá. ¿Cree usted acaso que soy un piloto suicida profesional?

–De ningún modo. Si le doy detalles, ¿aceptará la información como confidencial?

–Lo haré -dije muy serio, sabiendo que me comprometería. Un contrato verbal es tan eficaz como la cinta en la que está grabado.

–Bien. Vamos -dijo, y corveteó hacia una cabina de transferencia.

La cabina nos condujo hacia algún lugar en las regiones de vacío de Jinx. Era de noche. Alto en el cielo, Sirio B era un punto apenas visible, que arrojaba una tenue luz de color azul vivo hacia el áspero paisaje lunar. Miré hacia arriba y no vi a Binario, el hinchado planeta anaranjado compañero de Jinx, por lo que debíamos estar en el Extremo Lejano.

Pero otra cosa colgaba sobre nosotros.

Un fuselaje número cuatro de Productos Generales es una esfera transparente de unos trescientos metros de diámetro. No se construye nave más grande que ésta en ninguna parte de la galaxia conocida. Sólo un gobierno podría pagarlos, y se emplean sólo en tareas de colonización. Pero éste nunca podría ser usado para eso: era todo maquinaria. La cabina de transferencia estaba entre dos de las patas de aterrizaje, de modo que el abultado flanco de la nave nos miraba como una gran lechuza a un ratón. Un tubo de acceso atravesaba el vacío desde la cabina hasta la compuerta de aire.

–¿Acaso Productos Generales construye naves completas ahora? – pregunté.

–Estamos pensando en expandirnos, pero hay problemas.

Desde el punto de vista de la compañía de los titerotes, debía ser hora de ampliar la línea. Productos Generales fabrica los cascos del noventa y cinco por ciento de las naves del espacio, principalmente porque ningún otro sabe construir cascos indestructibles. Pero esta nave era un fiasco desde el comienzo. El único cuarto que pude ver -para tripulación, carga o pasajeros- lo constituían unos pocos metros cúbicos de espacio libre directamente en el fondo de la esfera, justo encima de la compuerta y apenas lo suficientemente grande como para un piloto.

–Les va a costar bastante vender esto -dije.

–Cierto. ¿Algo más le llama la atención?

–Bueno...

La maquinaria que llenaba el casco transparente formaba una masa compacta y ajustada. Parecía como si una raza de gigantes de quince kilómetros de altura hubiese tratado de dedicarse a la miniaturización. No vi ninguna señal de tubos de acceso; es decir, no podrían hacerse reparaciones en el espacio. Cuatro motores a reacción atravesaban el casco, con sus grandes escapes formando un ángulo hacia afuera.

No tenía jets de actitud; en su lugar había giróscopos de gran tamaño en el interior. De lo contrario...

–Se parecen a un enorme motor de hiperimpulso. Pero es algo tonto, a no ser que hayan pensado que trasladar lunas sea un buen negocio.

–Usted fue piloto comercial de Líneas Nakamura. ¿Cuánto dura la travesía desde Jinx hasta Lo Conseguimos?

–Doce días, si no se presentan inconvenientes -era tiempo suficiente para llegar a conocer a la pasajera más bonita que hubiera a bordo, mientras el autopiloto hacía todo por mí... excepto usar mi uniforme.

–De Sirio a Proción hay una distancia de cuatro años luz. Esta nave podría realizar el viaje en cinco minutos.

–Usted se ha vuelto loco.

–No.

Pero, ¡eso era casi un año luz por minuto! No podía hacerme a la idea. Entonces de repente lo hice, y mi boca se abrió..., porque ante mí vi a la galaxia entera que se abría. ¡Conocemos tan poco más allá de nuestro propio vecindario! Pero con una nave como ésta...

—Es condenadamente veloz.

—Así es. Pero el equipamiento es voluminoso, como puede apreciar. Costó siete mil millones de estrellas construir esta nave, y eso sin tener en cuenta los siglos de investigación, pero sólo puede llevar a un hombre. Como transporte, la nave es un fracaso. ¿Entramos para echar un vistazo?

2

El sistema de vida constaba de dos cuartos circulares, uno arriba del otro, con una pequeña compuerta en un costado. El cuarto inferior era el de control, con hileras de botones y diales y luces intermitentes, todo dominado por un enorme indicador de masa esférico. El cuarto superior tenía las paredes desnudas y transparentes, y a través de ellas pude ver el equipo productor de aire y alimento.

—Ésta será la sala de descanso -dijo el titerote-. Decidimos que el piloto mismo la decore.

—¿Por qué yo?

—Permítame explicarle mejor el problema.

El titerote se puso a recorrer la habitación. Yo me apoyé contra la pared y lo observé. Es placentero ver moverse a un titerote. Aun en la alta gravedad de Jinx, el cuerpo de venado parecía no tener peso mientras los pequeños cascos golpeaban el suelo.

—La esfera humana de colonización es de unos treinta años luz de diámetro, ¿no es así?

—Como máximo, pero no es exactamente una esfera -respondí.

–La región de los titerotes es mucho más pequeña. La esfera de los kdatlyno tiene la mitad del tamaño de la de ustedes, y la kzinti es algo más grande. Vuestras especies son las más importantes que viajan por el espacio. No tenemos en cuenta a los forasteros porque no usan naves. Naturalmente, algunas esferas coinciden. Los viajes de una esfera a otra son escasos excepto por nosotros, porque nuestra área de influencia llega hasta todos los que compran nuestros fuselajes.

»Pero si se suman todas estas esferas, tenemos una región de sesenta años luz. Esta nave podría atravesarla en sesenta y cinco minutos. Si se tienen en cuenta las seis horas para el despegue y seis para el aterrizaje, y suponiendo que no hay ninguna complicación en el tráfico cercano al mundo de destino, contamos con una nave que puede ir a cualquier parte en trece horas... pero a ninguna en menos de doce; que lleva un piloto y ninguna carga, y que cuesta siete mil millones de estrellas.

–Y ¿han pensado en usarla para la exploración?

–Nosotros los titerotes no tenemos ninguna sensibilidad para el conocimiento abstracto. Y además, ¿cómo explorar? – con esto quería decir que cualquier raza que volara en la nave se llevaría las ventajas que ella proporcionara, pero ningún titerote arriesgaría su cuello para pilotarla él mismo-. Lo que necesitamos es un gran acuerdo de dinero e inteligencias para diseñar algo que pueda ir a esa velocidad, pero cuyo impulsor sea menos voluminoso. Productos Generales no desea invertir tanto dinero en algo que puede ser un fracaso. Se necesitará a las mentes más brillantes de cada especie inteligente, y a los más ricos inversores. Beowulf Shaeffer, necesitamos llamar la atención.

–¿Un golpe publicitario?

–Sí. Queremos enviar un piloto al Núcleo de la galaxia, y que vuelva.

–Oh..., ¡dioses! ¿Puede ir así de rápido?

–Tomará unos veinticinco días llegar hasta el Núcleo, y otros tantos volver. ¿Puede usted ver el argumento por detrás de esto?

–Es perfecto. No necesita usted aclararlo más. Pero... ¿por qué yo?

–Queremos que realice el viaje y luego que lo describa. Tengo una lista de pilotos que escriben, pero aquellos a quienes abordé

rehusaron. Dicen que escribir en tierra firme es más seguro que probar naves desconocidas. Comprendo el argumento.

—Yo también.

—¿Irás?

—¿Qué me ofrece a cambio?

—Cien mil estelares por el viaje. Cincuenta mil por escribir la historia, a agregar a lo que le paguen por ella cuando la venda.

—Trato hecho.

Desde entonces, mi única preocupación fue que mi nuevo patrón no descubriera que yo no había escrito aquel artículo sobre la estrella de neutrones.

Por supuesto, ante todo me preguntaba por qué Productos Generales confiaba en mí. La primera vez que trabajé para ellos había tratado de robarles aquella nave, aunque por motivos valederos en ese momento. Pero esta nave -a la que ahora llamaba Tiro Largo- no valía la pena. Cualquier comprador potencial sabría que jugaba con fuego; y, ¿para qué le serviría? Largo Alcance podía explorar un clúster globular; pero su único uso era la publicidad.

Mandarla al Núcleo era una obra maestra de promoción.

Comparen: lleva doce días viajar entre Lo Conseguimos y Jinx con transportes convencionales, y doce horas con el Tiro Largo. ¿Y cuál es la diferencia? ¡Ninguna! Igual uno se pasa doce años ahorrando para el viaje, así que es prácticamente lo mismo. Pero... ¡el Núcleo! Sin tener en cuenta los problemas de reabastecimiento y reaprovisionamiento, mi antigua nave habría tardado trescientos años en llegar al centro de la galaxia.

Ninguna especie conocida vio jamás el Núcleo. Está escondido detrás de capas y capas de gas tenue y nubes de polvo. Hay bibliotecas enteras escritas sobre las estrellas centrales, pero todas contienen generalidades y conjeturas basadas en la observación de otras galaxias, como Andrómeda.

¡Tres siglos convertidos en menos de un mes! Eso es algo que

cualquiera puede comprender. ¡Y con filmaciones!

El sistema de soporte de vida se completó en un par de semanas. Hice que dejaran transparentes las paredes de la sala de control y que pintaran de un azul profundo la sala de descanso, sin dejarle ventanas. Para cuando acabaron, había hecho un buen acopio de cintas grabadas, y de todo lo necesario para mantenerme en sano equilibrio durante siete semanas en un cuarto del tamaño de un ropero grande.

La víspera de la partida, el titerote y yo escribimos la versión final del contrato. Yo tenía cuatro meses para llegar al centro de la galaxia y volver. Las cámaras exteriores funcionarían permanentemente; no debía interferir con ellas. Si la nave sufría un desperfecto mecánico, podía volver sobre mis pasos; de lo contrario, no. Habría sanciones. Me llevé una copia de la cinta para dejársela a mi abogado.

–Hay algo que debería ya saber -me dijo después-. La dirección de empuje es contraria a la dirección de hiperimpulso.

–No entiendo.

El titerote buscó las palabras adecuadas:

–Si enciende al mismo tiempo los motores de fusión y el hiperimpulso, las llamas precederán a la nave en el hiperespacio.

Me hice la imagen. Iría a lo desconocido vuelto hacia atrás. Con el cuarto de control en el fondo de la nave..., sin duda tenía sentido. Pero para un titerote.

3

Y partí.

Subí a dos gravedades comunes, porque me gusta hacerlo a mi modo. Durante doce horas usé solamente los motores de fusión. No convenía estar demasiado cerca de un pozo de gravedad al activar el hiperimpulso, en especial uno experimental. Los pilotos que hacen eso nunca vuelven. Me entretuve en la sala de descanso hasta que sonó el

aviso. Me deslicé al cuarto de control, me até para evitar una caída, apagué los motores de fusión, me froté las manos y encendí el hiperimpulso.

No fue como yo lo había esperado.

Por supuesto, no podía ver el exterior. Cuando el hiperimpulso está en marcha es como si el punto ciego de la retina se expandiera para abarcar todas las ventanas. No es que no se vea nada; uno se olvida que hay algo para ver. Si hay una ventana entre la alacena de la cocina y la reproducción de la España de Dalí, el ojo y la mente acercarán el cuadro hacia la alacena, borrando el espacio intermedio. Lleva tiempo acostumbrarse y, por cierto, hizo que mucha gente se volviese loca; pero no era eso lo que me preocupaba. He pasado miles de horas hombre en el hiperespacio, y siempre mantuve mi vista fija sobre el indicador de masa.

El medidor de masa es una gran esfera transparente, con numerosas líneas azules que irradian desde el centro. Cada una de las líneas es una estrella; su longitud muestra la masa de la estrella, su dirección y el lugar donde está ubicada. Si el indicador de masa se pudiera conectar a un autopiloto, no necesitaríamos pilotos. Pero no se puede. Por más seguro y exacto que sea, el indicador de masa no es más que un instrumento psiónico. Necesita una mente que lo haga funcionar. Yo había usado los medidores durante tanto tiempo, que esas líneas eran ya para mí verdaderas estrellas.

Una estrella vino hacia mí y la esquivé. A otra línea, que no apuntaba directamente hacia delante pero era lo suficientemente larga como para volverse peligrosa, la esquivé. La maniobra puso una enana azul frente a mí. Me desvié rápidamente y busqué un pasaje. Yo quería ir más despacio.

Repito: quería ir más despacio.

Por supuesto, no había ningún pasaje. Una parte del proyecto de investigación titerote sería delinear un pasaje. Una línea larga y velluda llegó hasta mí: un protosol...

Considere una de las viejas autopistas de la Tierra. Desde el espacio se ven como una maraña de ondulantes fajas de concreto, vacías y abandonadas, pero nunca rotas. Algunas se cortan; otras están bordeadas por casas. Hoy la gente usa algunas para cabalgar. Pero imagine el aspecto que tendrían a las seis de la tarde de un día

cualquiera en, digamos, el año mil novecientos setenta: repletas de automóviles.

Ahora bien, tomemos todos esos automóviles y quitémosles el freno. Más aún, coloquemos reguladores en sus aceleradores, de modo que las velocidades máximas varíen entre cien y ciento veinte kilómetros por hora, pero no todas iguales. Supongamos que algo anda mal al mismo tiempo en todos los reguladores, de modo que la velocidad máxima sea también la mínima. Uno comenzará a sentir síntomas de pánico...

¿Listo? Muy bien. Instale un radar en su automóvil, pinte el parabrisas y las ventanillas de negro, y láncese a la ruta.

Esto era algo así.

Al principio no pareció tan grave. Las estrellas seguían viniendo hacia mí, continuaba esquivándolas, y después se transformó en algo rutinario: por experiencia, podía darme cuenta de un solo vistazo si una estrella era lo suficientemente poderosa y próxima como para hacerme zozobrar. Pero en mi época como piloto para Líneas Nakamura sólo tenía que echar un vistazo cada seis horas, más o menos. Aquí no me atrevía a mirar hacia otro lado. Como empezaba a sentirme cansado, los objetos celestes más cercanos comenzaron a aproximarse más y más. Después de tres horas tuve que abandonar.

Las estrellas tenían un aspecto poco familiar. Con un súbito sacudón, me di cuenta que estaba totalmente fuera del espacio conocido. Sirio, Antares..., nunca las reconocería desde aquí; ni siquiera estaba seguro de que fueran visibles. Dejé eso de lado y llamé a casa.

—Tiro Largo llamando a Productos Generales. Tiro Largo llamando...

—¿Beowulf Shaeffer?

—¿Alguna vez le he dicho qué su voz es muy encantadora y sensual?

—No. ¿Va todo bien?

—Temo que no. En realidad, no creo que pueda hacerlo.

Una pausa.

—¿Por qué no?

–No puedo estar esquivando estrellas continuamente. Una de ellas me va a atrapar si continúo así por más tiempo. La nave es demasiado rápida.

–Entiendo. Tendremos que diseñar una nave más lenta.

–Odio tener que abandonar todo el dinero que me han prometido, pero mis ojos se sienten como cebollas peladas. Me duele por todos lados. Voy a regresar.

–¿Tendré que ejecutar el contrato, entonces?

–No. ¿Por qué?

–El único motivo legal por el que puede regresar es un desperfecto mecánico. De lo contrario, deberá pagar el doble de lo que se le ofreció.

–¿Desperfecto mecánico? – dije. En algún lugar de la nave había una caja con herramientas, con un martillo...

–No se lo mencioné antes porque me pareció descortés, pero hay dos cámaras ocultas en el sistema de apoyo vital. Pensamos ir filmándolo con fines publicitarios, pero...

–Ya veo. Dígame una cosa, tan sólo una cosa. Cuando el representante local de Lo Conseguimos les envió mi nombre, ¿les mencionó que yo había descubierto que vuestro planeta no tiene lunas?

–Sí, mencionó el asunto. Usted aceptó un millón de estelares por guardar silencio. Naturalmente, él tiene registro de la operación.

–Ya veo... -así que ésa era la razón por la que habían elegido a Beowulf Shaeffer, el famoso autor-. El viaje durará más de lo que pensé.

–Deberá pagar una multa por el tiempo que supere los cuatro meses. Dos mil estelares por día.

–Su voz se ha vuelto un chirrido desagradable y molesto. Adiós.

Continué. A cada hora, volvía al espacio normal y hacía una pausa de

diez minutos. Me olvidé de comer y de dormir. Me pasaba viajando doce horas al día, y las doce horas siguientes tratando de recuperarme. Era una batalla perdida.

Al final del segundo día, me di cuenta que cuatro meses no alcanzarían. Quizá llegara a hacerlo en seis meses, y así perdería ciento veinte mil estrellas, quedándome igual que al principio. ¡Me lo merecía, por confiar en un titerote!

Las estrellas me rodeaban por completo, brillando a través del piso y entre las hileras de instrumentos. Tomé mi café, tratando de no pensar. La Vía Láctea lanzaba un brillo fantasmal entre mis pies. Las estrellas estaban más apiñadas ahora; aumentaba su densidad a medida que me aproximaba al Núcleo, haciendo más factible que tropezara con una.

Necesitaba una solución. Y rápido.

—¿Beowulf Shaeffer? — la dorada voz contestó inmediatamente.

—No hay nadie más aquí, cariño. Mire, se me ha ocurrido algo. ¿Enviaría usted...?

—¿Es que algún instrumento no funciona, Beowulf Shaeffer?

—No, todos están bien por ahora. Vea...

—Entonces, ¿qué es lo que tiene que decir que requiera mi atención?

—Cariño, es hora de que decida. ¿Desea usted represalias, o que su nave vuelva?

Un corto silencio.

—Hable usted.

—Podré llegar al Núcleo mucho más rápido si me dirijo primero a uno de los espacios entre los brazos de la galaxia. ¿Conocemos bastante de la galaxia para saber dónde termina nuestro brazo?

—Haré que el Instituto del Conocimiento lo investigue.

—Bien.

Cuatro horas más tarde fui sacado de un profundo sueño por la alarma del hiperfono. No era el presidente, sino un empleado. Recordé que anoche había llamado «cariño» al titerote, debido a mi propio cansancio y a esa voz seductora, y me preguntaba si había lastimado sus sentimientos. Debía ser varón...; el sexo de un titerote era uno de sus secretos. El empleado me dio la orientación y la distancia hacia el vacío más cercano entre las estrellas.

Me llevó un día llegar hasta allí. Cuando las estrellas comenzaron a espaciarse, apenas pude creerlo. Apagué el hiperimpulso, y era verdad. Las estrellas estaban a cientos de años luz. Pude ver parte del Núcleo mostrándose en un reborde brillante, por encima de una oscura nube chata de polvo y estrellas.

4

De ahí en adelante fue mejor. Estaba a salvo si miraba el indicador de masa cada diez minutos, más o menos. Pude pasar de los descansos de diez minutos por hora, volver a comer e incluso ejecutar algunos ejercicios isométricos mientras observaba los indicadores. Dormía ocho horas por día, pero en las dieciséis restantes trabajaba. El espacio vacío conducía al Núcleo a lo largo de una estrecha curva, y la seguí.

Como viaje de exploración, la travesía era aburrida. No vi nada; estaba muy alejado de todo lo que valía la pena verse. Estrellas y polvo, clústers etéreos y anómalos que brillaban en el oscuro vacío, señales invisibles que podían haber sido estrellas: mis cámaras las recogían desde una distancia cauta y segura, mostrando pequeñas burbujas de luz. En tres semanas recorrí mil setecientos años luz hacia el Núcleo.

El final de esas tres semanas fue el final del vacío. Ante mí había un amorfo aluvión de estrellas, inmersas en opacas nubes de polvo. Todavía me faltaban trece mil años luz para llegar.

Tomé algunas fotografías y seguí.

De vuelta los diez minutos de intervalo, comidas que duraban cada

vez más por el descanso que proporcionaban, períodos de sueño que dejaban mis ojos rojos y ardiendo. Las estrellas eran densas, y el polvo más denso, al punto que el indicador de masa mostraba una mancha azul quebrada por numerosas líneas azules.

Las líneas se hicieron menos definidas. Tomaba descansos cada media hora...

Tres días así.

Era la hora del almuerzo del cuarto día. Me senté mirando el indicador de masa y advertí fluctuaciones en la nube azul que mostraba la densidad cambiante del polvo que me rodeaba. De repente, la mancha desapareció por completo. ¡Genial! ¿No sería estupendo que el indicador de masa se me descompusiera ahora? Pero las líneas de las estrellas todavía estaban allí, diez o veinte, señalando en todas las direcciones. Volví al timón. El sonido del reloj indicó el momento de descanso. Suspiré de felicidad y volví al espacio normal.

Faltaba sólo media hora para el almuerzo. Pensé en comer ya mismo, pero rechacé la idea. La rutina era lo que me mantenía en funcionamiento. Me preguntaba qué aspecto tendría el cielo, pero miraba instintivamente hacia arriba para no mirar abajo, al piso transparente. Una extensión tan vasta como el hiperespacio es abrumadora aun para ojos entrenados. Pero recordé de pronto que ya no estaba en el hiperespacio, de modo que miré hacia abajo.

Por un momento, sólo miré. Luego, sin despegar la vista del piso, tomé el hiperfono.

—¿Beowulf Shaeffer?

—No, Albert Einstein. Me embarqué clandestinamente cuando el Tiro Largo despegó, y decidí darme a conocer ahora, por la recompensa.

—Dar información errónea es una implícita violación del contrato. ¿Por qué llamó usted?

—Puedo ver el Núcleo.

—Ese no es motivo para llamar. En el contrato estaba implícito que lo vería.

—Maldición, ¿no le importa? ¿No quiere saber qué aspecto tiene?

–Si quiere describirlo ahora como precaución contra accidentes, le conectaré a un dictáfono. No obstante, si su misión no es exitosa no podremos utilizar la grabación.

Estaba pensando en alguna respuesta dura, cuando escuché un clic. Increíble: mi patrón había conectado el dictáfono. Pronuncié una frase breve y colgué.

El Núcleo.

Se habían ido las oscuras masas de polvo y gas. Hace mil millones de años que debieron ser barridas, para servir de combustible a las hambrientas y apretadas estrellas. El Núcleo estaba ante mí como una gran esfera enojada. Yo esperaba que fuera una cosa gradual, una densa masa de estrellas que se iba adelgazando a medida que se internaba en los brazos. Pero no había nada gradual. Una clara bola de luz multicolor de cinco o seis mil años luz de diámetro se anidaba en el corazón de la galaxia, fuertemente velada por las últimas nubes de polvo. Estaba a diez mil cuatrocientos años luz del Núcleo.

Las estrellas rojas eran las más grandes y brillantes. Algunas se destacaban nítidamente. El resto formaba una pintura verde y azul fosforescente. Pero esas estrellas rojas..., habrían mandado a Aldebarán de vuelta al jardín de infantes.

¡Todo era tan brillante! Necesitaba el telescopio para ver los espacios entre las estrellas...

Les mostraré lo brillante que era.

¿Es de noche donde están ustedes? Salgan y miren las estrellas. ¿De qué colores son? Antares es roja si uno está cerca; en el Sistema Solar también lo será Marte. Sirio es azulada. Pero todo el resto son puntos blancos. ¿Por qué? Porque está oscuro. La visión diurna es en colores, pero en la noche uno ve blanco y negro, como un perro.

Los soles del Núcleo brillaban lo suficiente como para ofrecer una visión en colores.

¡Escogería un planeta aquí! No en el mismo Núcleo, sino justo aquí, con el Núcleo a un lado, y del otro las nubes de polvo, poco estrelladas, formando una extraña cortina a su alrededor. Señor, ¡qué

vista! Imaginen a esta llameante esfera enojada surgiendo del este, cientos de veces más grande de lo que se muestra Binaria en Jinx, pero sin esa constante sensación que despierta Binaria, el temor que el monstruoso planeta anaranjado se le caiga a uno encima. Porque el vasto y centelleante Núcleo es sólo luz de estrellas, encantadora e inofensiva. Escogería mi mundo ahora y lanzaría una proclama. Cuando los titerotes establezcan su ruta, tendré la más hermosa propiedad del mundo conocido. ¡Si sólo pudiera encontrar un planeta habitable!

¡Si sólo pudiera encontrarlo dos veces!

Demonios, tendría suerte si encontraba el camino a casa desde aquí. Entré en el hiperespacio y volví al trabajo.

5

Una hora y cincuenta minutos más tarde, después de una comida y dos descansos, y cincuenta años luz más cerca, verifiqué algo singular en el Núcleo.

Estaba más despejado aún, si no más grande; ya había atravesado los restos casi transparentes de la última nube de polvo. Había una zona blanca no demasiado cercana al centro de la esfera; era tan brillante que oscurecía el verde, azul y rojo que lo bordeaba. En el siguiente intervalo volví a mirar y parecía aún más brillante. En otro intervalo brillaba nuevamente, todavía con más fuerza.

—¿Beowulf Shaeffer?

—Sí.

—¿Por qué ha utilizado el dictáfono para llamarme «monstruo cobarde de dos cabezas»?

—Usted no estaba en línea. Tuve que utilizar el dictáfono.

—Sí. Tiene sentido. Nosotros los titerotes nunca hemos entendido vuestra disposición a superar la natural cautela -aunque no se le

notara en la voz, mi jefe estaba enojado.

–Hablaré de ello si gusta, pero no es el motivo por el cual lo llamé.

–Explíquese, por favor.

–Estoy de acuerdo con la precaución. La discreción es la mejor parte de la intrepidez, y me gusta. Ustedes persiguen ser buenos comerciantes porque es mucho más fácil sobrevivir si se tiene mucho dinero, pero están tan preocupados por la supervivencia que no les interesa nada que no sea una amenaza. Sólo a un titerote se le hubiera ocurrido rechazar mi ofrecimiento de describir el Núcleo.

–Olvida a los kzinti.

–Oh, sí, los kzinti.

¿Quién espera una conducta racional de los kzinti? Cuando atacan, los vencemos, pero no nos decidimos a exterminarlos. Se espera a que repongan fuerzas, y cuando vuelven a atacar, se los vence nuevamente. Mientras tanto, ustedes les venden alimentos y les compran sus metales, y también los utilizan donde necesitan buenos teóricos en juegos. Es como si no constituyeran una amenaza real. Ellos siempre atacan antes de estar completamente listos.

–Los kzinti son carnívoros -dijo-. Mientras que a nosotros sólo nos interesa la supervivencia, a ellos sólo les interesa la carne. Salen de conquista porque los pueblos sojuzgados les pueden proveer de comida. No pueden realizar trabajos manuales. La cría de animales les resulta desconocida. Deben tener esclavos, o se convertirían en bárbaros errando por las selvas para conseguir carne. ¿Por qué deberían ellos estar interesados en lo que usted llama el conocimiento abstracto? ¿Por qué pensar si no se puede convertir el conocimiento en ganancia alguna para ellos? En la práctica, su descripción del Núcleo puede atraer sólo a un omnívoro.

–Ése sería un buen argumento, si no fuera por el hecho que la mayoría de las razas conscientes son omnívoras.

–Hemos pensado mucho y durante largo tiempo sobre eso.

Los gatos. Yo tendría que pensar mucho y por largo tiempo en eso.

–¿Por qué ha llamado, Beowulf Shaeffer?

Oh, sí.

—Vea, sé que no les interesa saber cómo es el Núcleo, pero yo veo algo que podría representar un peligro para mí. Usted tiene acceso a información que está fuera de mi alcance. ¿Puedo continuar?

—Hágalo.

¡Ja! Estoy aprendiendo a pensar como un titerote. ¿Era bueno eso? Le comenté a mi jefe sobre la brillante y extraña mancha en el Núcleo.

—Cuando miré con el telescopio, casi me ciega. Me coloqué gafas para sol de grado dos, y no ofrecen ningún detalle. Es sólo un trozo blanco y sin forma, pero tan brillante que las estrellas parecen puntos negros con bordes coloreados. Me gustaría saber qué lo causa.

—Parece poco usual -pausa-. ¿El color blanco es uniforme? ¿Es un brillo uniforme?

—Un momento -usé nuevamente el telescopio-. El color lo es, pero el brillo no. Veo áreas más oscuras dentro del trozo. Me parece que el centro se está oscureciendo.

—Use el telescopio para encontrar una nova. Debe haber varias en una masa tan extensa de estrellas.

Yo traté. Muy pronto creí haber encontrado algo: un disco brillante de un peculiar color blanco azulado, con un disco rojo algo más pequeño y oscuro frente a él. Eso tenía que ser una nova. Las estrellas rojas eran las más grandes y brillantes tanto en el centro de la galaxia Andrómeda como en lo que había visto de nuestro propio Núcleo.

—Encontré una.

—Descríbala.

Un momento después vi lo que él había querido decir.

—Es del mismo color que la zona blanca. Tiene también casi el mismo brillo. Pero ¿qué puede hacer que un montón de supernovas estalle al mismo tiempo?

—Usted ha estudiado el Núcleo. Las estrellas del Núcleo están

separadas por un promedio de medio año luz. Están aún más próximas cerca del centro, y ninguna nube de polvo opaca su brillo. Cuando las estrellas están tan próximas unas a otras, arrojan luz suficiente entre ellas como para aumentar sus propias temperaturas. En el Núcleo, las estrellas se queman y envejecen más rápidamente.

—Ya veo.

—Como envejecen más rápidamente, una cantidad mucho mayor de ellas está próxima a la etapa de supernova, comparada con las de los brazos. También son todas más calientes para sus edades. Si una estrella estuviera a pocos milenios de la etapa de nova, y una supernova estallara a medio año luz de distancia...

—...Ambas podrían estallar. Entonces formarían una tercera, y las tres podrían formar dos más...

—Sí. Una supernova dura algo así como un año humano estándar, por lo que la reacción en cadena desaparecerá pronto. Eso es lo que debe haber ocurrido en la zona luminosa que ha visto.

—Bueno, es un alivio. Me refiero a saber qué fue lo que lo produjo. Tomaré fotografías mientras sigo viaje.

—Como usted diga.

Clic.

El parche blanco continuó expandiéndose mientras yo me acercaba: aunque no tenía más forma que una velada nebulosa, se iba haciendo cada vez más grande y brillante. No parecía muy correcto lo que yo estaba haciendo: la luz que a las novas les había tomado cincuenta años poder despedir, la había cubierto yo en una hora moviéndome a una velocidad que hacía parecer irreal al Universo.

En el cuarto período de descanso abandoné el hiperespacio y fijé la vista en el suelo mientras las cámaras tomaban las fotografías. Durante un momento desvié la vista del parche blanco y dejé de ver nada, cegado por imágenes retinales de color mandarina. Tuve que colocarme un par de anteojos de grado uno, que tomé del paquete de veinte de los que suelen llevar los pilotos cuando trabajan cerca de los soles, en el despegue y aterrizaje.

Me hizo estremecer el hecho de que el parche estaba aún a diez mil

años luz. La radiación ya habría matado cualquier tipo de vida en el Núcleo, si es que hubiera habido alguna. Aún a esta distancia, los instrumentos del casco revelaban un nivel de radiación similar al de una erupción solar.

En la siguiente parada necesité gafas del grado dos. Algo más tarde, del tres. Luego del cuatro. El parche se convirtió en una gran ameba brillante, con retorcidos pseudópodos de fuego penetrando en las entrañas del Núcleo. En el hiperespacio el cielo se llenaba de tope a tope, por así decirlo; pero nunca pensé en detenerme. A medida que el Núcleo se aproximaba, la ameba crecía como algo vivo, y parecía necesitar siempre más comida. Para entonces, creo que ya lo había descubierto.

Llegó la noche a bordo. El cuarto de control era un fragor de luz. Dormí en la sala de descanso, acunado por el laborioso sonido del mecanismo regulador de temperatura. Llegó la mañana, y ahí estaba yo afuera otra vez. En los períodos de descanso, el medidor de radiación hacía sonar cada vez más alto su canción de muerte. De haber planeado salir, hubiera tenido que desistir de la idea. Afortunadamente la radiación no puede penetrar a través de un fuselaje de Productos Generales. Tampoco entra ninguna otra cosa, con excepción de la luz visible.

Pasé una horrorosa media hora tratando de recordar si acaso algún cliente de los titerotes veían sólo los rayos X. Temí llamar para preguntar.

El indicador de masa comenzó a mostrar una mancha azul desvaído. La ameba emitía gases. Tuve que continuar cambiando de gafas...

En algún momento, a la mañana del día siguiente, me detuve. No había motivos para seguir adelante.

—Beowulf Shaeffer, ¿acaso se ha habituado al sonido de mi voz? Tengo otros trabajos que hacer aparte de supervisar su progreso.

—Me gustaría dar una charla sobre conocimiento abstracto.

—Sin duda, eso puede esperar hasta su regreso.

—La galaxia ha estallado.

Hubo un ruido extraño, y luego:

–Repita, por favor.

–¿Tengo su atención?

–Sí.

–Muy bien. Creo saber la razón por la cual tantas razas sensibles son omnívoras. El interés en el conocimiento abstracto es un síntoma de curiosidad pura. La curiosidad tiene que ser un rasgo de supervivencia.

–¿Es necesario discutir esto? Muy bien. Puede que tenga razón. Ya otros han hecho la misma sugerencia, incluyendo algunos titerotes. Pero ¿cómo es que nuestra especie ha sobrevivido?

–Ustedes deben tener algún sustituto de la curiosidad. Podría ser una inteligencia superior. Han andado lo suficiente como para desarrollarla. Nuestras manos no pueden compararse con sus bocas en la fabricación de instrumental. Aunque un relojero humano tuviera gusto y olfato en sus manos, carecería por completo de la fuerza de vuestras mandíbulas o las delicadas protuberancias alrededor de vuestros labios. Cuando deseo conocer la antigüedad de una raza, observo sus manos y sus pies.

–Sí. Los pies humanos están todavía adaptándose a su tarea de mantenerlos erectos. Sugiere usted, entonces, el hecho que nuestra inteligencia ha crecido lo suficiente como para asegurar nuestra supervivencia sin depender de los métodos de prueba y error, o de aprenderlo todo por el simple placer de aprender.

–No exactamente. Nuestro método es mejor. Si ustedes no me hubieran enviado al Núcleo buscando publicidad, nunca se hubieran enterado de esto.

–Dice usted que la galaxia está explotando.

–En realidad, terminó de estallar hace nueve mil años. Aunque estoy usando las gafas del grado veinte, es todavía demasiado brillante para mis ojos. Un tercio del Núcleo ha desaparecido. El parche se está extendiendo a velocidades cercanas a la de la luz. No veo que nada pueda detenerlo hasta que impacte contra las nubes de gas que están allende el Núcleo.

No hubo comentarios. Proseguí:

—Gran parte del interior de la mancha ha desaparecido, pero por toda la superficie florecen las novas. Y recuerde, la luz que estoy viendo tiene nueve mil años. Ahora le leeré algunos instrumentos. Radiación, doscientos diez. La temperatura de la cabina es normal, pero usted debe oír el zumbido del control de la temperatura. El indicador de masa solamente muestra una nube por delante. Me vuelvo ya mismo.

—¿Radiación doscientos diez? ¿A qué distancia está usted del borde del Núcleo?

—Estoy a cerca de cuatro mil años luz. Veo que han comenzado a formarse penachos de gas incandescente en la parte de la mancha que da hacia aquí, moviéndose hacia el norte y el sur galáctico. Eso me recuerda algo... ¿Hay fotografías de galaxias en explosión en el Instituto?

—Muchas. Sí, ha sucedido antes. Estas son malas noticias, Beowulf Shaeffer. Cuando la radiación proveniente del Núcleo alcance nuestros mundos, los esterilizará. Nosotros los titerotes necesitaremos muy pronto considerables sumas de dinero... ¿Habré de desligarlo del contrato, sin pagarle nada?

No pude evitar el reírme. Estaba demasiado sorprendido para tomarlo a mal.

—No.

—Seguramente, no intentará usted penetrar en el Núcleo.

—¡No! Escuche, ¿cómo puede...?

—Entonces, según los términos de nuestro contrato, usted será multado.

—Se vuelve a equivocar. Tomaré fotografías de estos instrumentos. Cuando la corte vea las lecturas del medidor de radiación y la nube en el indicador de masa, se darán cuenta que algo andaba mal allí.

—Tonterías. Bajo los efectos de las drogas de la verdad usted explicará las lecturas.

–Seguro. Y la corte se enterará de que usted ha tratado de hacerme caer en el centro mismo de ese holocausto. ¿Sabe lo que fallará?

–¿Pero cómo puede fallar una corte en contra de un contrato grabado?

–El hecho es que eso será lo que los jueces desearán hacer. Quizá decidan que ambos estamos mintiendo, y que los instrumentos realmente enloquecieron. Quizá hallen la manera de decir que el contrato era ilegal. Pero inevitablemente fallarán en contra de usted. ¿Quiere apostar?

–No. Usted ha ganado. Regrese.

6

El Núcleo era nuevamente una joya de encantador colorido cuando desapareció bajo los mantos de la galaxia. Me hubiera gustado visitarlo alguna vez; pero no existen las máquinas del tiempo.

Había penetrado hasta muy cerca del Núcleo en más o menos un mes. Me tomé mi tiempo para volver a casa, trepando hacia el norte galáctico y volando sobre su plano, donde no había estrellas que me pudieran molestar, y aún así hice el recorrido en dos meses. Durante todo el camino me pregunté por qué el titerote había querido trampear. La publicidad del Tiro Largo hubiera sido más efectiva que nunca; no obstante, el presidente regional había estado dispuesto a dejarla de lado sólo para arruinarme. No pude preguntar la razón, porque nadie respondía al hiperfono. Nada de lo que yo sabía de los titerotes podía explicármelo. Me sentí perseguido.

La nave me transportó a la base en el Extremo Alejado. Allí no había nadie. Pasé por la cabina a Sirio Máter, la ciudad más grande de Jinx, para contactar con Productos Generales, devolver la nave y recibir mi paga.

Me aguardaban más sorpresas.

1) Productos Generales había depositado ciento cincuenta mil estelares en mi cuenta del Banco de Jinx. Una nota personal establecía

que el escribir el artículo era asunto exclusivamente de mi responsabilidad.

2) Productos Generales desapareció. Ya no venden más fuselajes para naves espaciales. A las compañías con contratos pendientes se les pagaron las cláusulas penales. Todo esto sucedió dos meses atrás, simultáneamente en todos los mundos conocidos.

3) El bar donde estoy se encuentra en el piso más alto de Sirio Máter, más de kilómetro y medio por encima de las calles. Aún desde aquí puedo escuchar la quiebra del mercado de acciones. Comenzó con el colapso de las compañías aeroespaciales, al no disponer de cascos para construir naves. Cientos de otras empresas las siguieron. Le lleva mucho tiempo a un mercado interestelar romperse por las costuras, pero como sucede con las novae del Núcleo, nada puede impedir la reacción en cadena.

4) El secreto del casco indestructible de Productos Generales se publicita a la venta. Los representantes humanos de Productos Generales aceptarán ofertas durante un año; la base es de un billón de estelares. Entren por la planta baja, muchachos.

5) Nadie sabe nada. Esto es lo que causa el mayor pánico. Hace ya un mes que no se ve a un titerote en cualquier mundo conocido. ¿Por qué dejaron de lado tan repentinamente los asuntos interestelares?

Yo lo sé.

Dentro de veinte mil años, una corriente de radiación barrerá esta zona del espacio. Treinta mil años luz puede parecer una distancia enorme y segura, pero no lo es; no para una explosión tan grande. Hice averiguaciones. La explosión del Núcleo hará inhabitable esta galaxia para cualquier forma de vida conocida.

Veinte mil años es mucho tiempo. Es cuatro veces más que la historia humana escrita. Todos nosotros seremos polvo antes que las cosas se tornen peligrosas, y yo no voy a preocuparme por ello.

Pero los titerotes son diferentes. Están asustados. Se están yendo ahora mismo. Pagar sus cláusulas penales y comprar motores y equipo para montarlos en sus indestructibles cascos les habrá costado tanto dinero, que aun el hecho de confiscar mi ínfima paga les hubiera servido de algo. Los negocios interestelares se pueden ir al diablo; de aquí en adelante los titerotes sólo tendrán tiempo para huir.

¿Hacia dónde irán? Bueno, la galaxia está rodeada de un halo de pequeños cúmulos globulares. Los más cercanos al borde deberían ser seguros. O bien podrían irse a la lejana Andrómeda. Tienen al Tiro Largo para explorar -si es que vuelven por él-, y pueden construir otros. Fuera de la galaxia hay espacio vacío suficiente aun para un piloto titerote, si considera que su especie está amenazada.

Es una lástima. Esta galaxia quedará deslucida sin los titerotes. Esos monstruos de dos cabezas no eran solamente la facción más responsable en los negocios interestelares; eran como el agua en un desierto de seres más o menos humanos. Es muy triste que no sean tan valientes como nosotros.

Pero ¿es realmente así?

Nunca supe que un titerote se rehusara a enfrentar un problema. Puede que decida simplemente cuán rápido debe correr, pero nunca pensará que el problema no existe. En algún momento de los próximos veinte mil años, los humanos tendremos que mudar una población que ya es de cuarenta y tres mil millones. ¿Cómo? ¿Hacia dónde? ¿Cuándo deberíamos comenzar a planearlo? ¿Cuando el brillo del centro de la galaxia comience a resplandecer entre las nubes de polvo?

Tal vez sean los hombres los cobardes... en el centro.

TERCER ESPECTRO

—...Y allí estabas, en Sirio Máter, listo para escribir la historia por mí -dije-. Imaginé entonces que Ausfaller te había enviado en ambas ocasiones.

—Entonces, ¿por qué me contrataste?

—No me preocupó gran cosa. El dilema era: ¿cómo contarle a la raza humana acerca de la explosión del Núcleo? ¿Cómo podía hacerlo creíble? Pensé que tú eras de la Brazo. Tal vez pudieras hacer algo.

—Debí haberte preguntado entonces -dijo él-. Se supone que hay un

gran agujero negro allí, con la masa de millones de soles. ¿Lo has visto?

Negué con la cabeza.

—Tal vez la cubierta de novas lo ocultó, si es que estaba allí. Tal vez haya sido lo que causó la reacción en cadena. Sorbiendo gas, polvo y estrellas por quince mil millones de años, tal vez su masa finalmente alcanzó algún umbral y estalló. Tal vez puedas encontrar la respuesta procesando las grabaciones que yo tomé en la oportunidad. Son confidenciales, Ander. Pídeselas a Productos Generales.

—Bueno, pero se han ido... -sin embargo, brotó de nuevo aquella sonrisa-. ¿Dónde fuiste después de aquello?

—A la Tierra. Después del Núcleo, ¿qué otra cosa podía superar esa experiencia?

Ander rió.

Cinco equipos se mantenían luchando contra las dos tortugas, que brillaban intermitentemente por sus castigados cuerpos. La muchedumbre estaba de pie, gritando hasta desgañitarse. Ander sacó un portable plano de su mochila -medía unos veinticinco centímetros de lado, por seis o siete milímetros de espesor-, lo puso en mi regazo y lo abrió. Tecleó rápidamente.

Una imagen se hizo visible. Cinco puntos azules girando sobre un fondo negro. Luego se apartaron, creciendo y volviéndose levemente más brillantes, como si se acercaran a mí. De pronto florecieron, como globos blancoazulados, mientras la imagen los seguía; pasaron frente a la cámara, tomaron un lóbrego tinte rojo y empezaron a alejarse. Ander tecleó sobre la pantalla y la imagen se congeló.

Pequeños soles circundaban cuatro de los globos. El quinto brillaba por sí mismo, como si los continentes de ese mundo hubieran estado ardiendo. ¡Planetas volantes! Y nadie a nuestro alrededor veía otra cosa que la ridícula guerra tras el cristal.

—Los titerotes todavía están en el espacio conocido, aunque viajan hacia fuera a velocidades relativistas. Se llevaron sus planetas con ellos -cerró el portable-. Cinco mundos de aproximadamente el mismo tamaño, orbitando en un pentágono, uno detrás de otro. Haz las cuentas, si quieres; verás que con esa configuración puedes poner un

sol en el medio o no, y la órbita seguirá siendo estable. Conocen las mareas muy bien, Beowulf. Eso es lo que te ocultaban.

Mi mente se tambaleó. Cobardes o no, pacíficos o no, podía imaginarme cómo reaccionó la paranoica Brazo frente a semejante demostración de fuerza bruta.

—¿Qué son éstos? ¿Planetas con oxígeno? ¿Mundos terraformados? ¿Cómo...?

—Sigmund dice que la Brazo ha puesto cámaras en su curso, no demasiado cerca. El sistema se mueve a 0,8 luz. No hemos aprendido mucho. Oxígeno libre, agua líquida, fuentes orbitales de luz de fusión, algo más rojas que Sol... y no entendemos por qué nos parece tan extraño. No hay nada más en el sistema: ni asteroides, ni halos cometarios..., sólo cadenas de astronaves moviéndose entre los cinco mundos.

—¿Adónde van?

—Directo al norte del eje galáctico.

—Es lo que hice yo, al regresar del Núcleo. Escapar hacia el espacio libre y luego dar vuelta... Dioses, hacer girar cinco planetas juntos debe ser una locura.

—Bueno, no hay nada excepto espacio vacío adonde se dirigen.

—Tal vez es eso lo que buscan.

Ander reflexionó sobre ello.

—Es posible. Sin embargo, hemos de vigilarlos y mantener el secreto de su viaje. No pasarán demasiado cerca del patriarcado kzinti, pero sí lo bastante cerca. No es que no puedan defenderse solos; es que son cobardes.

Comencé a ver lo que significaba.

—Libre empresa.

—Ninguna especie puede controlar a todos sus miembros.

—Si algún presciente descubre su locación, irán tras ellos piratas de

toda forma y tamaño.

–Exacto. Y los reporteros, y las cadenas de noticias. Cualquier emprendedor recibirá ofertas. Cualquier principiante de la Brazo que quiera hacerse un nombre. Flotas completas esperarían en el camino de los titerotes. Cualquier tonto podría obligar al gobierno titerote a defenderse de alguna manera desconocida, y temible, si tenemos en cuenta sus capacidades -dijo Ander-. Por eso hemos de detener a cualquier nave que interfiera con la flota titerote, y custodiar el secreto de su viaje. Mientras tanto, ellos no han abandonado todo aún. Hay algunas oficinas que terminan asuntos pendientes.

–Lo sé. Yo mismo estoy en disputa con uno de sus agentes.

Él irguió la cabeza.

–¿Por qué motivo?

–He elevado un reclamo respecto de un fuselaje de Productos Generales.

–¿Otra vez?

La más hermosa muchacha a bordo resultó tener marido, aunque con hábitos tan solitarios que no supe de él hasta la segunda semana. El tipo tenía un metro sesenta de estatura y edad mediana, pero en el hombro llevaba un tatuaje de una llamarada. Eso significaba que había estado en Kzin durante la guerra de hacía treinta años, y que había sido entrenado para matar kzinti adultos usando sus manos desnudas, pies, codos, rodillas y lo que fuere. Cuando nos conocimos, muy decentemente me dio una advertencia previa, y rompió mi brazo para probarme que hablaba en serio.

El brazo todavía dolía al día siguiente, y todas las otras mujeres del Lensman tenían más de doscientos años. Bebí solo. Miré de mal humor al espejo detrás del bar curvado. El espejo me miró de mal humor.

—Eh. Usted, el de Lo Conseguimos ¿Qué soy yo?

Estaba a dos sillas de distancia, y resplandecía. Sin la barba hubiera tenido una cara redonda, casi petulante... creo. La barba, corta, negra y cuidadosamente cortada, lo hacía ver como una cruz entre Zeus y un bulldog enojado. El resplandor venía con la barba. Sus dedos cuadrados sujetaban en un apretón mortal un gran bulbo con bebida. La gran barriga se juntaba con los anchos hombros, y parecía más macizo que gordo.

Obviamente me hablaba a mí.

—¿Qué quiere decir con qué es usted?

—¿De donde soy?

—De la Tierra.

Era obvio. El acento decía «Tierra». También la barba, en estilo conservadoramente simétrico. Su respiración era muy natural en la atmósfera estándar de la nave, y su figura había sido forjada a uno punto cero ge.

—¿Entonces qué soy yo?

–Un llanero.

El resplandor aumentó. Obviamente, había llegado al bar antes que yo.

–¡Un llanero! Maldición, dondequiera que voy, soy un llanero. ¿Sabe cuántas horas llevo en el espacio?

–No. Aunque supongo que las suficientes como para saber beber de un bulbo.

–Gracioso. Muy gracioso. En todo el espacio humano, un llanero es un campesino que nunca se eleva por encima de la atmósfera. En todas partes, excepto en la Tierra. Si uno es de la Tierra, es un llanero por el resto de su vida. He estado moviéndome por el espacio humano los últimos cincuenta años. ¿Y qué soy? Un llanero. ¿Por qué?

–Terrano es un término algo desmañado.

–¿Y no es desmañado el término LoConseguimosiano? – preguntó.

–Soy un colisionte. No he nacido en Ciudad Colisión, pero soy un colisionte de todos modos.

Con eso me gané una sonrisa. Pienso. Era difícil de decir por la barba.

–Suerte que no es un piloto.

–Lo soy. Lo era.

–Está bromeando. ¿Dejan a un colisionte conducir una nave?

–Si es bueno en eso...

–No deseaba irritarlo, caballero. ¿Me permite presentarme? Mi nombre es Elefante.

–Beowulf Shaeffer.

Me compró un trago. Le compré un trago. Resultó que ambos jugábamos gin, de modo que llevamos las copas a una mesa de cartas.

Cuando yo era niño, solía pasar horas al borde de Puerto Colisión,

mirando llegar las naves. Veía a los pasajeros bajar por las esclusas y reunirse en grupos frente a las aduanas, y me preguntaba por qué parecían tener problemas al moverse. La mayoría de los nacidos en las estrellas caminaban siempre en líneas ondulantes, oscilando y pestañeando con ojos lacrimosos contra el sol. Solía pensar que era porque venían de otros mundos, con diferentes gravedades y diferentes atmósferas, bajo soles de diferente color.

Más tarde aprendí la verdad.

No hay ventanas en un crucero estelar. Si las hubiera, la mitad de los pasajeros enloquecerían. Hace falta una mentalidad inusual para mirar la apariencia del hiperespacio y aún así conservar la cordura. Para los pasajeros no hay nada que ver y nada que hacer, y si a uno no le agrada pasarse leyendo dieciséis horas por día, entonces se bebe. Es mejor en compañía, porque se bebe menos si se ha de conversar. El autodoc de una nave cura más resacas que todas sus otras funciones en conjunto, aún incluyendo manicuras y cortes de cabello.

La nave aterrizó en Los Angeles dos días después de habernos conocido. Elefante había sido un buen compañero de copas. Habíamos quedado parejos en las cartas; él usando su agudo sentido del juego, yo con mi habitual suerte. Gracias a la charla, sabíamos tanto de cada uno como lo que cualquiera sabe acerca de cualquier otro. En cierto modo, me daba pena verlo partir.

—¿Tienes mi número? — me preguntó.

—Sí. Pero como te dije, no sé exactamente qué estaré haciendo.

Yo decía la verdad. Cuando exploro un mundo civilizado, me gusta hacer mis propios hallazgos.

—Bien, llámame si tienes oportunidad. Me gustaría que cambiaras de opinión, para poder mostrarte la Tierra.

—No lo haré, pero igual te agradezco. Adiós, Elefante. Ha sido divertido.

Elefante giró y se alejó a través de la puerta de los nativos; yo fui a encarar a los cazadores de contrabandistas. El último trago todavía flotaba dentro de mí, pero podía curarme en el hotel. Nunca esperé ver a Elefante de nuevo.

Nueve días antes, yo había estado en Jinx. Había sido rico. Y triste.

El dinero y la depresión habían venido de la misma fuente. Los titerotes, esos profesionales de la cobardía, con tres piernas y dos cabezas, me habían contratado para probar un nuevo tipo de nave hasta el centro de la galaxia -a treinta mil años luz de distancia- con propósitos publicitarios, para conseguir dinero e investigar el modo de pulir las imperfecciones de ese mismo tipo de nave.

Supongo que debí haber tenido más sentido común; pero nunca lo tuve, y el dinero era mucho. El problema fue que cuando llegué allí, vi que el Núcleo había estallado. Las estrellas del Núcleo han entrado en una reacción en cadena de novas hace diez mil años, y una ola de radiación está avanzando a través del espacio.

En cerca de veinte mil años, todos nosotros estaremos en peligro mortal.

¿No le preocupa esto? A mí tampoco me importa demasiado. Pero cada titerote en el espacio conocido se desvaneció de la noche a la mañana, corriendo hacia Finagle sabe cuál otra galaxia.

Me sentía deprimido. Habíamos perdido a los titerotes y no soportaba ser el responsable de su huida. Tenía tiempo, dinero y una negra melancolía que distraer. Y siempre deseé conocer la Tierra.

El planeta olía bien. Había un aroma conocido en ella, un aroma respirado, distinto a cualquiera que yo hubiera conocido. Era la diferencia entre el agua de manantial y el agua destilada. En cada aspiración de mis pulmones podía haber moléculas respiradas por Dante, Aristóteles, Shakespeare, Heinlein, Carter, y mis propios ancestros. Trazas de antiguas industrias flotaban en el aire, sentidas, si no olidas: gasolina, humos de carbón, tabaco y filtros de cigarrillos quemados, diésel, cervecerías. Dejé la aduana con los pulmones inflados y afán de búsqueda.

Pude haber tomado una cabina de transferencia directamente hasta el hotel, pero decidí caminar un poco primero.

Parecía que todos en la Tierra había tomado la misma decisión: la acera rodante estaba tan atestada como nunca imaginé. Había personas de todas las formas y tamaños, y vestían en extraños y abigarrados estilos. Colores cambiantes saltaban a los ojos y los

dejaban dando vueltas.

En cualquier mundo del espacio humano -cualquiera excepto uno-, usted sabe de inmediato quiénes son los nativos. En Wonderland, las barbas asimétricas marcan a la nobleza, y la gente común se aparta rápidamente de su camino. En Lo Conseguimos destaca la palidez de nuestra piel en invierno y verano; en primavera y otoño, el hecho de que todos corremos escaleras arriba -desde las ciudades enterradas hacia el desierto florido-, ansiosos de saborear la luz del sol mientras los vientos asesinos descansan. En Jinx los nativos son bajos, anchos y fuertes; el apretón de manos de una anciana dama puede triturar acero. Aún en el Cinturón, en el Sistema Solar, un corte de cabello de estilo raro adorna a hombres y mujeres.

Pero en la Tierra, no hay dos que se vean iguales. Los hay rojos, verdes y azules, amarillos y anaranjados, rayados o cuadriculados. Estoy hablando de sus cabellos, y de su piel. Toda mi vida he usados píldoras de bronceado para protegerme contra los rayos ultravioletas, de modo que mi color de piel ha variado desde su natural blanco rosado -soy albino- hasta el negro total, bajo una estrella blancoazulada. Pero nunca supe que existían otras píldoras colorantes de piel. Quedé plantado en la acera, dejando que me llevara donde fuera, mirando el increíblemente abigarrado enjambre a mi alrededor. Lo mal es que todos ellos tenían codos y rodillas; al día siguiente tendría moretones.

—¡Eh!

La muchacha estaba cuatro o cinco cabezas más lejos, y era baja. Nunca podría haberla visto si todos los demás no hubieran sido bajos también; los llaneros raramente superan el metro ochenta. Y allí estaba esa chica: su cabello era una explosión topológica de arremolinante naranja y plateado, su cara un esfumado y sutil verde, cejas y labios negro espacio. Agitaba algo y me gritaba.

Agitaba mi billetera.

Forcé mi camino hasta que estuvimos lo bastante cerca para tocarnos, hasta que pude oír lo que ella estaba diciendo por encima del ruido de la multitud.

—¡Estúpido! ¿Dónde está su dirección? ¡Ni siquiera tiene lugar para una estampilla!

–¿Qué?

Me miró sobresaltada.

–¡Ah! Usted es un extramundos.

–¡Sí! – mi voz se rendiría rápidamente con este nivel de ruido.

–Bueno, mire... -braceó para acercarse a mí-. Mire, usted no puede andar por allí con una billetera de extramundos. La próxima vez que alguien se la robe, podría no darse cuenta hasta que usted se haya ido.

–¿Usted robó mi billetera?

–¡Seguro! ¿Piensa que la encontré? Jamás arriesgaría mi bonita mano bajo todos esos pies.

–¿Y si llamo a un policía?

–¿Policía? Ah, un caradura -rió alegremente-. Aprenda o muera, hombre. No hay leyes contra los carteristas. Mire a su alrededor.

Miré a mi alrededor, luego me volví rápido, temeroso de que ella desapareciera. No había sólo dinero en mi billetera, sino mi giro del Banco de Jinx por cuarenta mil estelares. Todo lo que poseía.

–¿Ve toda esa gente? Sesenta y cuatro millones sólo en Los Angeles. Dieciocho mil millones en el mundo entero. Suponga que hubiera una ley contra el carterista... ¿cómo podría aplicarla? – diestramente extrajo el dinero de mi billetera y me la alcanzó de vuelta-. Consiga una nueva billetera, y rápido. Debe tener un lugar para su dirección, y una ventana para una estampilla de diez centavos. Ponga su dirección y una estampilla, también. Entonces, el siguiente que se la robe se guardará el dinero y arrojará la billetera en el primer buzón, sin problemas. De otro modo, usted perderá sus tarjetas de crédito, sus identificaciones... todo.

Metió dos billetes de cien estrellas entre sus pechos, me sonrió y se alejó.

–Gracias -le dije.

Sí, lo hice. Todavía estaba enojado, pero obviamente había querido ayudarme. Con la misma facilidad pudo quedarse la billetera y todo lo

demás.

–Sin cargo -contestó, y se fue.

Me detuve en la primera cabina que encontré, arrojé medio estelar en la ranura y disqué el número de Elefante.

El vestíbulo era intimidante.

Yo había esperado encontrarme con un vestíbulo. Nadie pondría una cabina de transferencia dentro de la propia casa, donde cualquier ratero podría entrar sólo con marcar el número. Quien puede afrontar el costo de tener una cabina privada, también costearía un vestíbulo, una puerta cerrada y un intercomunicador.

Pero el vestíbulo era del tamaño de un living, amueblado con sillas masajeadoras y un autovendedor. Había un intercom, pero era un videófono plano de trescientos años, restaurado tal vez a cien veces su costo original. Había una puerta cerrada: dos hojas de cinco metros de altura, hechas de algo que lucía como bronce pulido, y con enormes manijas curvas.

Había sospechado que Elefante estaba bien forrado, pero esto era demasiado. Me pasó por la cabeza que nunca lo había visto completamente sobrio, que incluso había rechazado su oferta de guía, que un simple tratamiento contra la resaca podría haberme borrado de su memoria. ¿Debía retirarme? Al fin y al cabo, había deseado explorar la Tierra por mí mismo.

¡Pero no conocía las reglas!

Salí de la cabina y miré la pared de atrás. Era un ventanal del suelo al techo, con nada afuera; sólo un cielo azul con nubecitas. Que raro, pensé, y me acerqué más. Y más.

Elefante vivía a mitad de altura de un precipicio. Un precipicio de cientos de metros.

El teléfono sonó, con un campanilleo capaz de perforar los tímpanos.

A la tercera llamada atendí, sobre todo para detener el ruido. Una voz arrogante preguntó:

–¿Hay alguien ahí afuera?

–Me temo que no -dije- ¿Vive aquí alguien llamado Elefante?

–Voy a ver, señor -dijo la voz.

La pantalla no se había encendido, pero me pareció que alguien podía verme claramente.

Los segundos se arrastraron. A medias pensaba en volver a la cabina y discar al azar. Pero sólo a medias, ése era el problema. Entonces la pantalla se encendió, y allí estaba Elefante.

–¡Bey! ¡Cambiate de idea!

–Si. No me dijiste que eras rico.

–Tu no preguntaste.

–Bueno... no, por supuesto que no.

–¿Cómo esperas aprender si no preguntas? Bien, no contestes eso. Espérame, bajaré de inmediato. ¿Cambiate de idea? ¿Me dejarás mostrarte la Tierra?

–Sí. Me asusta andar solo por ahí.

–¿Porqué? No contestes; dímelo en persona -dijo, y colgó.

Segundos después, las grandes puertas de bronce se abrieron con un retumbar que estremecía los huesos. Apenas dejaron espacio para que pasara Elefante. Me introdujo sin darme tiempo a respirar, me puso una bebida en la mano y me preguntó por qué temía ir afuera.

Le conté acerca de la carterista, y él se rió. Me contó de un vez que trató de salir durante el verano en Lo Conseguimos, y yo reí, pensando que había oído acerca de extramundos que fueron sopladados hasta el Hades por hacer lo mismo. Sorprendentemente, allí estábamos de nuevo, exactamente como había sido en la nave, hasta en el final de la anécdota de Elefante.

–...Me gritaron «llanero estúpido», por supuesto -concluyó.

–Estuve pensando acerca de eso -dije.

–¿Acerca de qué?

–Dijiste que darías mucho por hacer algo completamente nuevo, así la próxima vez que alguien te llamara «llanero», podrías acorralarlo y forzarlo a escuchar tu historia. Lo dijiste varias veces.

–Bueno, no dije exactamente eso. Pero me gustaría tener una historia que contar, algo como tu episodio con la estrella de neutrones. Aunque más no fuera para contármelo a mí mismo. El tonto extramundos no lo sabría, pero yo sí.

Asentí. Le había hablado de mi aventura en la estrella de neutrones cuando jugábamos gin -un hábito desarrollado para distraer a mis oponentes-, y Elefante había quedado sumamente impresionado.

–He pensado en un par de cosas que podrías hacer -dije.

–Escúpelo.

–Uno, visitar el mundo hogar de los titerotes. Nadie ha estado allí, pero todos saben que existe, y cuan difícil es encontrarlo. Podrías ser el primero.

–Grandioso... -pensó por un momento- ¡Grandioso! Y los titerotes no podrían detenerme, porque se han ido. ¿Dónde está el mundo hogar?

–No lo sé.

–¿Cuál es tu segunda idea?

–Preguntarle a los Exteriores.

–¿Cómo?

–No hay sistema en la galaxia del que los Exteriores no conozcan todo. No sabemos qué tan lejos se extiende el imperio de los titerotes, pienso que mucho más allá del espacio conocido..., pero sí sabemos acerca de los Exteriores. Conocen la galaxia como la palma de sus... eh... Y trafican con información; es casi el único negocio que hacen. Pregúntales cuál es el mundo más raro que conocen a nuestro alcance.

Elefante estaba asintiendo gentilmente. Había una extraña mirada en sus ojos. Yo no estaba seguro si hablaba en serio respecto de lograr

algo único, pero él sí estaba seguro.

–El problema es -dije- que la idea que un Exterior tiene acerca de lo que es único podría no... -me detuve, porque Elefante se levantó y corrió hacia el holófono.

No me molestó; muy al contrario, se lo agradecí. Eso me daba una oportunidad de boquear en privado.

He estado en casas mayores que la de Elefante. Mucho mayores. Incluso crecí en una de ellas. Pero nunca he estado en un cuarto que abrume la mirada como el living de Elefante lo hacía. Era más que un living: era una ilusión óptica, el opuesto de esas nerviosas imágenes en blanco y negro que se muestran en los documentales acerca de cómo vemos. Esos hijos clínicos del *op art* ofrecen la ilusión del movimiento, pero el living de Elefante daba la ilusión de calma. Cualquier físico hubiera amado tal aislación acústica. Algún decorador de interiores se habrá hecho famoso por su trabajo allí, si no lo había sido antes, en cuyo caso se habría vuelto rico. ¿Cómo podría acomodarse el alto y delgado Beowulf Shaeffer en una silla diseñada para las medidas del bajo y robusto Elefante? Sin embargo, yo estaba laxo como si careciera de huesos, benditamente relajado, usando sólo los músculos para sostener un vaso de doble pared con un trago suave y de sabor extrañamente refrescante llamado Cerveza Tzlotz.

Un vaso que nunca podría vaciar. En algún lugar del cristal había un diminuto motor de transferencia conectado al bar, pero la luz reflejada en el vaso lo ocultaba. Era otra ilusión óptica, y una en particular que debe haber arrastrado a varios al alcoholismo agudo. Tendría que vigilarme.

Elefante regresó. Caminaba como si su masa fuera de toneladas, como para avisar a cualquier kzinti lo bastante tonto como para colocarse en su camino que terminaría con un ancho agujero.

–Listo -dijo-. Don Cramer hallará el navío Exterior más cercano y hará la pregunta por mí. Deberíamos tener respuesta en un par de días.

–De acuerdo -dije, y le pregunté acerca del precipicio.

Resultó que estábamos en las Montañas Rocosas y que él poseía cada centímetro cuadrado de la cara del farallón, casi vertical. ¿Porqué? Recordé los dieciocho mil millones de habitantes de la Tierra, y me pregunté si de no ser así lo habrían rodeado arriba, abajo y a los

lados.

Súbitamente, Elefante recordó que alguien llamado Dianna debía estar en casa en ese momento. Lo seguí hasta la cabina de transferencia, lo vi marcar once dígitos, y esperé en un vestíbulo mucho más pequeño mientras Elefante usaba el intercom común. Dianna pareció dudar respecto a dejarlo entrar, hasta que él rugió que tenía un huésped y que ella debía dejarse de tonterías.

Dianna era una pequeña y bella mujer, con la piel del rojo de un cielo marciano, profundo y uniforme, y el cabello como mercurio fluyendo. El iris de sus ojos tenía también un acabado de plata lustrada. No había deseado que entráramos porque ambos estábamos luciendo nuestra piel natural, pero una vez que estuvimos dentro no volvió a mencionarlo.

Elefante nos presentó y le dijo que estaba tratando de contactar a los Exteriores.

–¿Qué es un Exterior? – preguntó Dianna.

Elefante gesticuló con ambas manos; viéndose confuso, giró desamparado hacia mí.

–Son difíciles de describir -comenté-. Piensa en un látigo de nueve colas con un mango grande y ancho.

–Viven en mundos fríos -dijo Elefante.

–Mundos pequeños, fríos, sin atmósfera, como Nereida. Ellos pagan alquiler por usar Nereida como base, ¿no es así, Elefante? Y viajan por buena parte de la galaxia en grandes navíos sin presurizar, con motores de fusión pero sin hiperimpulsor.

–Ellos venden información. Me dirán acerca del mundo que deseo encontrar, el planeta más inusual del espacio conocido.

–Pasan la mayor parte de su tiempo siguiendo a los Sembradores Estelares -agregué.

–¿Porqué? – nos cortó Dianna.

Elefante me miró. Yo miré a Elefante.

–¡Hey! – exclamó él-. ¿Porqué no buscamos un cuarto jugador para el bridge?

Dianna se mostró pensativa. Entonces enfocó sus ojos plateados en mí, me examinó de la cabeza a los pies y asintió suavemente para su coeto.

–Sharrol Janss. La llamaré.

Mientras ella lo hacía, Elefante me dijo:

–Es buena idea. Sharrol tiene tendencia al culto del héroe. Es analista de sistemas en Cerebros Donovan, Inc. Te gustará.

–De acuerdo -dije, preguntándome si todavía hablábamos del bridge. Me parecía que se estaba acrecentando mi deuda con Elefante-. Oye, cuando contactes a los Exteriores me gustaría ir contigo.

–¿De veras? ¿Porqué?

–Necesitarás un piloto. Y he tratado antes con los Exteriores.

–Está bien. Iremos juntos.

El intercom sonó desde el vestíbulo. Dianna fue a la puerta y regresó con el cuarto para el bridge.

–Sharrol, conoces a Elefante. Éste es Beowulf Shaeffer, de Lo Conseguimos. Bey, esta es...

–¡Usted! – dije yo.

–¡Usted! – dijo ella.

Era la carterista.

Mis vacaciones duraron sólo cuatro días.

No podía saber cuánto iban a durar, pero imaginé cómo acabarían. Por lo tanto me arrojé a ellas en cuerpo y alma. Si hubo un momento malo en esos cuatro días, lo pasé durmiendo, y en realidad no dormí lo suficiente. Elefante parecía sentir del mismo modo. Estaba viviendo su vida al límite; debe haber sospechado, como yo, que los Exteriores

al elegir el planeta no evitarían anotar los peligrosos. Por su propia ética, porque ellos no lo hacen. Los días de Elefante podrían estarse acabando.

En esos cuatro días hubo eventos que me hicieron preguntarme por qué Elefante estaría buscando un mundo extraño. Seguramente, la Tierra era el más extraño de todos.

Recuerdo cuando terminamos el juego y decidimos comer afuera. Esto fue más complicado de lo que suena. Elefante no había tenido oportunidad de cambiarse al estilo llanero, y ninguno de nosotros estaba presentable en público. Afortunadamente, Dianna tenía cosméticos para todos.

Sucumbí a un singular impulso: me vestí como un albino.

Había pinturas para el cuerpo, no píldoras. Cuando terminé de aplicármelas, en el espejo de cuerpo entero estaba mi aspecto de joven. Los iris de rojo sangre, el cabello blanco nieve, la piel blanca con un tinte rosado: el adolescente que había desaparecido cuando fui lo bastante mayor para usar píldoras de bronceado. Mi mente vagó atrás a lo largo de las décadas, hasta los días en que yo mismo era un llanero, mis pies firmemente contra el suelo, mi cabeza nunca más alto de dos metros diez sobre las arenas del desierto... Me encontraron frente al espejo, y me declararon adecuado para ser visto en público.

Recordé algo de esa tarde cuando Dianna me dijo que ella siempre había conocido a Elefante.

–Yo fui la que lo apodó así -se jactó.

–¿Es un apodo?

–Seguro -dijo Sharrol-. Su verdadero nombre es Gregory Pelton.

–Ah.

Súbitamente, todo se aclaró. Gregory Pelton es famoso entre las estrellas. Se rumorea que él es el dueño de esa esfera desigual de treinta años luz de diámetro llamada espacio humano, y que sus ingresos provienen de alquilarla. Se rumorea que Productos Generales -la todopoderosa empresa de los titerotes, ahora difunta- es un frente de Gregory Pelton. Es un hecho que su tatara-tatara-tatara abuela inventó la cabina de transferencia y que él es rico, rico, rico.

–¿Porqué Elefante? – pregunté-. ¿Porqué ese apodo en particular?

Dianna y Sharrol miraron vacilantes la mesa de juego. Elefante dijo:

–Usa tu imaginación, Bey.

–¿Qué? ¿Qué es un elefante, alguna clase de animal?

Tres caras quedaron en blanco. No había entendido la broma.

–Mañana -dijo Elefante- iremos al Zoológico.

Hay siete cabinas de transferencia en el Zoológico de la Tierra; eso les podrá decir lo grande que es. Pero se quedarían cortos; habría que mencionar los doscientos taxis en ronda permanente. Están allí porque las cabinas están demasiado lejos para llegar a ellas caminando.

Nos quedamos viendo unos animales compactos y polvorientos, de menor tamaño que los sembradores estelares o los bandersnatchi, pero mayores que cualquier animal que yo hubiera visto.

–¿Lo ves? – dijo Elefante.

–Sí -respondí, porque los animales mostraban una solidez y una compacta invulnerabilidad muy parecidas a las de Elefante. Y entonces vi a uno de los animales en una charca barrosa: estaba usando un tentáculo hueco que tenía sobre la boca para salpicar agua en su espalda. Me quedé mirando ese tentáculo... mirándolo.

–¡Hey, miren! – gritó Sharrol, señalándome- ¡Las orejas de Bey se están poniendo rojas!

No la perdoné hasta las dos de la mañana.

Y recuerdo cuando me estiré sobre Sharrol para tomar un palito de tabaco y vi su bolso, junto con sus otras cosas.

–¿Qué tal si ahora meto la mano en tu bolsillo?

Sus labios, naranja y plateado, se separaron en una perezosa sonrisa.

–No tengo bolsillos.

–¿Sería de buen gusto si quito el dinero de tu bolso?

–Sólo si puedes esconderlo en tu persona.

Hallé un bolso pequeño y plano con cuatrocientos estelares y lo puse en mi boca.

Ella me obligó a que me lo ganara. ¿Alguna vez ha hecho el amor a una mujer con un bolso en su boca? Inolvidable. No lo intente si es asmático.

Recuerdo a Sharrol. Recuerdo su piel tibia, suave y azul, sus ojos plateados de gran expresividad, cabello naranja y plateado en un patrón abstracto de remolinos a los que nada podía deshacer. Siempre volvían a su forma original. Su risa era plateada, también, cuando gentilmente extraje dos puñados de cabello y los até en un ajustado doble nudo, y cuando farfullé y salté ante la vista de su cabello lentamente desanudándose a sí mismo, como los mechones de Medusa. Y su voz era plateada y cantarina.

Recuerdo las autopistas.

Eran la primera cosa que se veía cuando se llegaba a la Tierra. Si hubiéramos aterrizado de noche, lo primero en verse hubieran sido las ciudades iluminadas, pero por supuesto llegamos en la zona diurna. ¿Por cuál otro motivo habría tenido un mundo tres espaciopuertos? Allí estaban las autopistas y autostradas y autobahns, tejidas en una red que lo abarcaba todo a través de los continentes.

Desde unos pocos kilómetros de altura, todavía no se veían las roturas. Pero allí estaban, donde vigas y pavimento habían colapsado. Sólo dos superautopistas son mantenidas en buen estado. Ambas están en el mismo continente: la Autopista Paga de Pennsylvania y la Vía Libre de Santa Mónica. El resto de la red es un caos destrozado.

Parece que hay gente que colecciona viejos vehículos terrestres, y corre con ellos. Algunos son en verdad máquinas restauradas, de un cincuenta a un noventa por ciento de partes reemplazadas; otras son reproducciones hechas a mano. En una superficie perfectamente plana, andarán de ochenta a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Me reí cuando Elefante me habló de ellos, pero en verdad era distinto al verlos.

Los rodados comenzaron a aparecer cerca de la aurora. Se reunieron alrededor de uno de los extremos de la Vía Libre de Santa Mónica, donde antes se unía a la Vía Libre de San Diego. Este lugar es un laberinto de caído spaguetti: los grandes rizos curvados de cemento pretensado habían perdido su fuerza a lo largo de los años y se curvaron hacia el suelo. Pero aún se podía usar el rizo superior para llegar a la línea de partida. Mirábamos desde arriba, flotando en un taxi, mientras los vehículos terrestres se movían hacia la línea.

—Los gastos son mayores que el costo de los autos -dijo Elefante-. Yo solía manejar uno. Te pondrías blanco como la nieve si te dijera cuánto cuesta mantener ese tramo de autopista en condiciones.

—¿Cuánto?

Me lo dijo. Me puse blanco como la nieve.

Salieron. Yo todavía me preguntaba qué emoción daría manejar una máquina obsoleta en cemento plano cuando podían estar aquí con nosotros. Salieron, bamboleándose suavemente, bamboleándose más que suavemente, tontamente moviéndose a distintas velocidades, acercándose peligrosamente cada uno a los otros antes de apartarse, y comencé a darme cuenta...

Esos vehículos no tenían radar.

Se conducían mediante una rueda en la cabina, acoplada directamente a cuatro ruedas en el suelo. Un error en la dirección y chocarían entre ellos, o con las paredes de cemento. Se manejaban y detenían por fuerza muscular, pero el modo en que lo hacían dependía del agarre de cuatro globos de goma contra el cemento liso. Si los globos perdían su agarre, la Primera Ley de Newton se haría cargo: la frágil masa de metal se movería en línea recta hasta que fuera detenida por una separación de cemento, u otro de esos vehículos.

—Uno podría matarse en esos autos.

—No te preocupes -dijo Elefante-. Generalmente no le pasa nada a nadie.

—¿Generalmente?

La carrera terminó veinte minutos después, en otro enredo de cemento caído. Estaba húmedo, además. Tomamos tierra y conversamos con varios de los corredores. Uno de ellos, un tipo delgado con el enredado pelo de un brillante color verde, la cara de blanco hueso y una amplia sonrisa en la boca escarlata, me ofreció un paseo. Lo rechacé dándole las gracias, mientras retrocedía lentamente y añoraba un arma. Este bromista era obviamente un peligroso demente.

Recuerdo la comida llanera, la mejor del espacio conocido, y un raro trago, levemente alcohólico, llamado Taittinger Comtes de Champagne '59. Recuerdo cuando entramos a un bar para extramundos, y charlamos con una chica -minera asteroidal- cuya cresta de tres centímetros de ancho de cabello castaño llegaba suelta hasta la mitad de la espalda. Recuerdo haber volado a través del campo en un cinturón elevador, sin ver nada más que pequeños parches de tierra de cultivo rodeados por ciudades. Recuerdo un hotel sumergido mar afuera, en los Grandes Bancos de Newfoundland, y la visita a la embajada de los delfines en la costa de Italia, donde un grupo mixto de delfines y llaneros parecían estar resolviendo el problema general de los seres sensibles sin manos -hay muchos, y probablemente encontraremos más-; parecía más una charla de café que una verdadera reunión de negocios.

Estábamos listos para irnos a la cama en la noche del cuarto día cuando el tridi sonó. Don Cramer había encontrado a un Exterior.

—¿Te vas justo ahora? – dije, incrédulo.

—¡Seguro! – respondió Elefante-. Ahora toma una de estas píldoras; no te sentirás somnoliento hasta que estemos en ruta.

Un trato es un trato, y le debía mucho a Elefante. Tomé la píldora. Besé a Sharrol y a Dianna al despedirnos. Dianna se paró en una silla para alcanzarme; Sharrol se trepó a mi cuerpo como a un poste y arrolló las piernas en mi cintura. Yo era cincuenta centímetros más alto que cualquiera de ellas.

En la Base de Calcuta era de día. Elefante y yo tomamos la cabina hasta allá, para encontrar que el MLQ8 había llegado antes.

Su verdadero nombre era Más Lento Que el Infinito, y había sido construido en un casco número dos de Productos Generales, un

cilindro de cien metros de largo con una cintura de avispa cerca de la cola. Yo estaba aliviado. Había temido que Elefante poseyera un bonito pero vulnerable yate de aficionado. La cabina de control biplaza se veía muy pequeña para ser un sistema de apoyo de vida, hasta que noté plegada en la proa una extensión tipo burbuja. El resto del casco contenía un impulsor de fusión de un ge con su tanque de combustible, un motor hiperespacial, un motor gravitatorio y un tren de aterrizaje ventral, todo claramente visible a través del casco, que había sido dejado transparente.

Lleno con combustible, alimento y aire, había estado listo por días, esperándonos. Nos elevamos veinte minutos después de llegar.

Usar la impulsión de fusión en la atmósfera de la Tierra nos hubiera llevado al banco de órganos, en trozos. Las leyes llaneras son estrictas contra la contaminación del aire. Un cohete robot con grandes alas nos llevó a la órbita, usando aire -comprimido hasta convertirlo casi en materia degenerada- como propulsante. Despegamos desde allí.

Ahora nos sobraba el tiempo para dormir. Nos llevó una semana - volando a un ge- salir del pozo de gravedad del sistema solar para usar el hiperimpulso. En algún momento de ese período me quité mis falsos colores pálidos -eran falsos; yo continué tomando las píldoras de bronceado contra el sol de la Tierra-, y Elefante cambió su piel nuevamente a un bronceado ligero y su barba y cabello a negro. Por cuatro días él había sido Zeus, con piel de mármol, barba de dorado metálico y ojos destellantes de oro líquido. Le había quedado tan apropiado a su personalidad que apenas noté el cambio.

Hiperimpulso, y unas largas, lentas tres semanas. Tomamos turnos para la vigilancia del indicador de masas, aunque a un hiperimpulso del primer cuanto habríamos visto una masa al menos doce horas antes de que se volviera peligrosa. Creo que yo era el único hombre que sabía que había un segundo cuanto de hiperimpulso, un secreto de los titerotes.

El navío Exterior estaba cerca del límite del espacio conocido, pasando Tau Ceti.

—Era la única en las cercanías -había dicho Elefante-. La número catorce.

—¿Catorce? Es el mismo navío con el que tuve tratos antes.

—¿De veras? Bien, eso podría ayudar.

Días después, me preguntó:

—¿Cómo fue aquello?

—De la forma usual. El número catorce estaba entonces en el otro extremo del espacio conocido, y envié una oferta de intercambio de información. Yo estaba casi en Wunderland, y tomé la oferta. Cuando desembarqué a mis pasajeros, volví para conversar.

—¿Tenían algo que valiera la pena?

—Sí. Habían hallado el Lazy Eight II.

El Lazy Eight II había sido uno de los viejos barcos lentos, un ala volante circular que llevaba colonos a Jinx. Algo había ido mal antes de dar el giro y comenzar a frenar, y la nave había continuado, llevando cincuenta pasajeros en animación suspendida y una tripulación de cuatro, presumiblemente muertos. Con un estatorreactor para llevar hidrógeno a su impulsor de fusión, pudo continuar acelerando por siempre. Llevaba quinientos años en el camino.

—Ya lo recuerdo -dijo Elefante-. Nunca pudieron alcanzarlos.

—No. Pero sabremos dónde encontrarlos cuando nuestra técnica sea mejor.

Lo que no será pronto, seguro. Un navío con hipermotor no sólo debería alcanzarlo, sino que además tendría que llevar combustible suficiente para igualar la velocidad. Y la velocidad del Lazy Eight II era ahora apenas inferior a la de la luz, y estaba a más de quinientos años luz de distancia, diecisiete veces el diámetro del espacio conocido.

—¿Tuviste algún problema?

—Su traductor es muy bueno. Pero deberemos ser cuidadosos, Elefante. El problema de comprar información es que nunca se sabe qué estás consiguiendo hasta que lo tienes. Ellos no podían sólo ofrecerme la posición actual del Lazy Eight II; hemos seguido su curso por telescopio hasta ver la luz del impulsor de fusión, y teníamos esa

información gratis.

Llegó el momento en que sólo un pequeño punto verde brilló en el centro del indicador de masas. Una estrella se hubiera mostrado como una línea, la ausencia de estrellas no hubiera mostrado ningún punto. Salí del hiperespacio y encendí el radar de profundidad para hallar a los Exteriores.

La nave Exterior nos halló primero.

En algún lugar del bloque cilíndrico de metal, cerca de su centro de masas -tal vez ocupándolo por completo-, estaba el impulsor sin reacción. Era de común conocimiento que ese tipo de impulsor estaba a la venta, y que el costo era de un billón de estelares. Aunque nadie podría pagarlo, ni siquiera alguna de las naciones existentes, el costo no era exorbitante. En dos o tres minutos, mientras nosotros todavía estábamos buscando, ese impulsor había frenado el navío Exterior desde más de cero coma nueve luz hasta cero relativo, y lo había puesto junto al MLQ8.

Sólo un momento antes, nada excepto estrellas. En el siguiente, el navío Exterior junto a nosotros.

La nave era en su mayor parte espacio vacío. Yo sabía que su población era la de una pequeña ciudad, pero la nave era mucho mayor que lo necesario porque estaba orientada hacia afuera. Se veía la aparentemente diminuta cápsula de impulsión, y luego, al extremo de un mástil de cuatro kilómetros de largo, brillaba una fuente de luz. El resto de la nave eran cintas de metal, curvándose afuera y adentro, enredándose confusamente consigo mismas y con las otras, hasta que al final cada una de las cintas dejaba de dibujar meandros y se unía a la cápsula de impulsión. Había cerca de un millar de esas cintas, del ancho de una ancha vereda móvil de las ciudades terrestres.

—Como la decoración de un árbol de Navidad -dijo Elefante-. ¿Ahora qué, Bey?

—Ellos usarán la radio de la nave.

Unos pocos minutos de espera, y allí llegó un grupo de Exteriores. Se veían como «gatos de nueve colas» de color negro, con mangos muy gruesos. En los mangos estaban sus cerebros, y sus invisibles órganos de los sentidos; en los extremos de los látigos, que eran un grupos de tentáculos móviles, sostenían pistolas de gas. Seis de ellos frenaron

hasta detenerse fuera de la compuerta de aire.

La radio habló.

–Bienvenidos a la Nave Catorce. Por favor, salgan de la nave para acompañarnos a nuestra oficina. No lleven nada en el exterior de sus trajes de presión.

–¿Lo hacemos? – preguntó Elefante.

–Seguro. Los Exteriores son honorables; si no, no son nada.

Salimos. Los seis Exteriores nos ofrecieron un tentáculo cada uno, y salimos a través del espacio abierto, volando no muy rápido. El impulso de las pistolas de gas era muy leve, irritantemente flojo. Pero los Exteriores eran débiles; una hora en la gravedad de Luna los hubiera matado.

Nos maniobraron a través de la retorcida madeja de cintas plateadas, aterrizando en una rampa cerca de la amplia curva de la cápsula del impulsor.

No era como entrar en un tazón de gigantesco fideos; las rígidas cintas estaban demasiado separadas para semejar eso. Lejos por encima de nosotros estaba la fuente de luz, casi tan pequeña, intensa y amarilla como el sol de la Tierra visto desde Neptuno. Brillando a través del vacío interestelar, tejía una red de filosas sombras negras al cruzar las mil veredas que formaban la ciudad.

A lo largo de cada borde entre la luz y la oscuridad estaban los Exteriores. Tal como sus antepasados parecidos a plantas habían hecho miles de millones de años antes en algún planeta desconocido cerca del núcleo galáctico, los Exteriores estaban absorbiendo la energía de la vida. Sus ramificadas colas yacían en la oscuridad, sus cabezas en la luz, mientras la termoelectricidad cargaba sus baterías bioquímicas. Algunos habían sumergido sus tentáculos en platos playos de alimento: las trazas de elementos que los mantenían vivos y creciendo venían diluídos en helio líquido.

Caminamos cuidadosamente alrededor de ellos, usando nuestras lámparas de casco a su mínima intensidad, siguiendo a uno de los Exteriores hacia una puerta en la pared de enfrente.

El espacio cerrado estuvo oscuro hasta que la puerta se cerró detrás de

nosotros. Entonces se hizo la luz. No había fuente aparente; tenía el color de la luz normal de Sol, e iluminaba un cubículo cuadrado y desnudo. El único amoblamiento era un hemisferio transparente con un Exterior descansando adentro. Presumiblemente el hemisferio filtraba el exceso de luz entrante.

–Bienvenidos -dijo la habitación; lo que hubiera dicho el Exterior no era sonoro en su naturaleza- El aire es respirable. Quítense sus cascos, trajes, zapatos, cintos y lo que deseen -era un traductor excelente, con buenos modismos en el idioma y una agradable voz de barítono.

–Gracias -dijo Elefante, y lo hicimos.

–¿Cuál de ustedes es Gregory Pelton?

–Gronk.

La pared no se confundió.

–De acuerdo con su agente, usted desea saber cómo alcanzar el planeta más inusual dentro de la región de sesenta años luz de diámetro que ustedes llaman Espacio Conocido. ¿Es eso correcto?

–Sí.

–Debemos saber si usted planea ir allí o enviar a sus agentes. Además, ¿planea un aterrizaje, una órbita cercana o una órbita distante?

–Un aterrizaje.

–¿Debemos considerar el riesgo de su vida?

–No -su voz sonaba un poco seca; el navío Exterior era un lugar intimidante.

–¿Qué clase de nave usaría usted?

–La que está allí afuera.

–¿Planea colonizar? ¿Minería? ¿Plantaciones alimenticias?

–Planeo sólo una visita.

–Hemos seleccionado un mundo para usted. El precio es de un millón

de estelares.

–Es alto -dijo Elefante. Yo silbé muy bajo. Lo era, y nunca sería menor. Los Exteriores jamás regateaban.

–Compro.

El traductor nos dio un triple conjunto de coordenadas; un punto a veinticuatro años luz desde la Tierra, a lo largo del norte galáctico.

–La estrella que están buscando es un protosol con un planeta, a dos mil setecientos millones de kilómetros de distancia. El sistema se mueve a cero coma ocho luz hacia... -nos dio un vector de dirección. Parecía que el protosol estaba dibujando una huella poco profunda en el espacio conocido, sin acercarse demasiado al espacio humano.

–No me sirve -dijo Elefante-. Ningún navío con hipermotor puede ir tan rápido en el espacio real.

–Podría pedirnos remolque -dijo el traductor- a nosotros. Acople su navío a nuestra cápsula de impulsión.

–Eso debería funcionar -dijo Elefante. Se ponía más y más incómodo; sus ojos parecían buscar en las paredes la fuente de la voz. No miraba al Exterior en su cápsula de vacío.

–Nuestra tasa de remolque será de un millón de estelares.

Elefante escupió.

–Solo un momento -dije-. Puedo tener información que venderles.

Hubo una larga pausa. Elefante me miró con sorpresa.

–¿Usted es Beowulf Shaeffer? – dijo la habitación.

–Sí. ¿Me recuerdan?

–Lo encontramos en nuestros registros. Beowulf Shaeffer, tenemos información para usted, ya pagada. El ex presidente regional de Productos Generales en Jinx desea que usted lo contacte. Tengo un número de cabina de transporte.

–Son noticias viejas -dije-. Los titerotes se han ido. Además, ¿para qué

querría verme ese estafador de dos cabezas?

–No tengo esa información. Pero sé que no todos los titerotes han abandonado esta región. ¿Aceptaré el número de cabina?

–Seguro.

Escribí los ocho dígitos mientras los dictaba. Un momento después, Elefante estaba gritando justo como si él hubiera sido un tridi conectado en la mitad de un programa.

–...coño está pasando afuera?

–Lo siento mucho -dijo el traductor.

–¿Qué pasó? – pregunté.

–¡No podía oír nada! ¿Tenía ese mons... tenía el Exterior algún negocio privado contigo?

–Algo así. Te lo diré después.

El traductor dijo:

–Beowulf Shaeffer, nosotros no compramos información. Nosotros vendemos información y usamos el producto para comprar territorio y terrenos de alimentación.

–Pueden necesitar esta información -argüí-. Soy el único hombre a su alcance que sabe esto.

–¿Qué hay acerca de otras especies?

Los Titerotes podrían habérselos contado, pero yo estaba tomando un riesgo.

–Están a punto de abandonar el espacio conocido. Si no hacen trato conmigo, podrían no obtener esta información a tiempo.

–¿Qué precio le pone usted a este ítem?

–Pongan ustedes el precio. Tienen mas experiencia valuando la información, y son honrados.

–Podríamos no ser capaces de pagar un precio justo.

–El precio no debería exceder el de nuestra tarifa de remolque.

–Hecho. Hable.

Le conté acerca de la explosión del Núcleo y de cómo llegué a enterarme de ello. Me hizo entrar en detalles acerca de lo que había visto: el brillante parche de novas, extendiéndose a medida que mi navío iba encontrando viejas ondas de luz, hasta que la multicolor bola del Núcleo estuvo ardiendo con supernovas.

–Ustedes no podrían haberse enterado hasta que fueran allí, y entonces sería muy tarde. No usan impulsores más rápidos que la luz.

–Sabíamos por los titerotes que el Núcleo había explotado. Ellos no fueron capaces de darnos los detalles porque no lo vieron por sí mismos.

–Ah. Bien. Pienso que la explosión debe haber empezado en el lado lejano del Núcleo, visto desde aquí. De otro modo, habría parecido ir mucho más lento.

–Muchas gracias. Anularemos su tarifa de remolque. Ahora, hay otro ítem. Gregory Pelton, por un adicional de doscientos mil estelares le diremos exactamente qué hay de peculiar en el planeta que usted desea visitar.

–¿Puedo hallarlo por mí mismo?

–Es probable.

–Entonces lo haré por mi cuenta.

Siguió un silencio. El Exterior no había esperado eso.

–Disculpe mi curiosidad -dije-. Su galaxia se está volviendo rápidamente una trampa mortal. ¿Qué harán ahora?

–Esa información le costará...

–Olvídelo.

Una vez auera, Elefante dijo:

–Gracias.

–Olvidalo. Me pregunto qué harán.

–Tal vez se escuden a sí mismos contra la radiación.

–Tal vez. Pero ya no tendrán ningún sembrador estelar para seguir.

–¿Los necesitan?

Sólo Finagle lo sabe. Los sembradores siguen un rígido patrón migratorio y de apareamiento entre el Núcleo de la galaxia y sus brazos, casi hasta el borde, antes de volver al núcleo. Todos están condenados. A medida que regresen al núcleo, la onda expansiva de radiación de las múltiples novas los matará uno por uno. ¿Qué harán los Exteriores sin ellos? ¿Porqué los siguen? ¿Los necesitan? ¿Necesitan los sembradores estelares a los Exteriores? Ellos contestarían a esas preguntas, a un billón de estelares cada una. Las preguntas personales son caras con los Exteriores.

Un grupo de tripulantes ya estaba amarrando la MLQ8 al muelle. Miramos desde la rampa, mientras otros tripulantes tomaban sus baños de sol a nuestros pies. No estábamos preocupados. Según los Exteriores trataban a nuestro casco invulnerable, podría haber estado hecho de algodón de azúcar y rayos de sol. Cuando una telaraña de finas hebras sujetó al MLQ8 a la pared de la cápsula de impulso, la voz del traductor habló en nuestros oídos y nos invitó a abordar. Saltamos cien metros hacia arriba contra el suave tirón de la gravedad artificial, entramos por la esclusa de aire y nos quitamos nuestros trajes.

–Gracias de nuevo -repitió Elefante.

–De nuevo, olvidalo -dije, magnánimamente-. Todavía te debo mucho. Me has tenido como huésped en tu casa en el mundo más caro del espacio conocido, y actuando como guía para mí, donde el costo del trabajo es...

–Está bien, está bien, está bien. Pero me has ahorrado un millón de estrellas, no lo olvides -me palmeó en el hombro, y se fue a la cabina de control para otorgar un crédito de un millón de estrellas al próximo navío Exterior que pasara por tierra.

-No lo olvidaré -dije a sus espaldas, y me pregunté qué diablos habría querido decir con eso.

Mucho después me pregunté acerca de algo más: ¿habría planeado Elefante llevarme a su mundo? ¿O habría pensado en ir solo, para ser el único en verlo, y no uno de los dos primeros? Luego del episodio con los Exteriores era demasiado tarde; ya no podía arrojarme de la nave.

Deseé haberlo pensado en su momento. Nunca quise ser un héroe. Mi idea en esto era la de evitar, con tacto y gentileza, que Elefante se matara a sí mismo. A pesar de su vasta autoconfianza, riqueza, generosidad y volumen, él era sólo un llanero, y por ello un poco desvalido.

Estábamos en la burbuja de expansión cuando ocurrió. La burbuja tenía asientos inflables y una mesa inflable y estaba allí para ejercitarse y matar el tiempo, pero también proporcionaba una hermosa vista, su superficie era perfectamente transparente.

De otro modo lo habríamos perdido.

No hubo presión contra nuestros asientos, ningún arrastre en la boca del estómago, ninguna sensación de movimiento. Pero Elefante, que estaba hablando de una frágil Jinxiana que él había levantado en un bar de Chicago, se detuvo justo cuando ella estaba alistándose para destrozarse el lugar porque algún idiota suicida la había insultado.

Alguien pesado se estaba sentando sobre el universo.

Vino lentamente, como un hombre gordo dejando cuidadosamente su peso sobre una pelota de playa. Desde dentro de la burbuja se vio como si todas las estrellas y nebulosas a nuestro alrededor fueran apretándose juntas. Los Exteriores en las cintas nunca se movieron, pero Elefante dijo algo profano, y yo me quedé mirando.

Las estrellas adelantes estaban blanquiazules y resplandecían. A nuestro alrededor, estaban aplastadas juntas; detrás, se volvían rojas y se apagaban una por una. Nos había tomado una semana salir del sistema solar, pero el navío Exterior podría haberlo hecho en cinco horas.

La radio habló.

–Señores, nuestros tripulantes removerán su nave de la nuestra, luego de lo cual estarán a su arbitrio. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

Un enjambre de tripulantes Exteriores nos remolcaron a través del laberinto de rampas trenzadas y nos dejaron. Inmediatamente el navío Exterior se desvaneció como una burbuja de jabón pinchada, yéndose a sus propios negocios.

En la extraña luz estelar Elefante soltó un largo, tembloroso suspiro. Algunas personas no pueden aceptar a los aliens. No encuentran a los Titerotes graciosos y hermosos; los ven horripilantes, erróneos. Ven a los Kzinti como esclavistas carnívoros cuyo único placer es la lucha, lo que es cierto, pero no ven el rígido código de honor o el autocontrol que permite a un embajador Kzinti subir a las aceras móviles de las ciudades humanas sin despedazar con sus garras a los impertinentes dueños de codos y rodillas punzantes. Elefante era una de esas personas.

Dijo: -Está bien, – en asombrado alivio. Ellos realmente se habían ido-. Tomaré la primera guardia, Bey.

El no dijo: -Esos bastardos habrían tomado tu corazón como garantía por un préstamo de un décimo de estrella-. No los veía como tan próximos a los humanos.

–Bien, – dije, y me fue hacia la burbuja. El Protocolo Rápido estaba a una semana de distancia. Yo había estado en mi traje por horas, y había una ducha en la burbuja de extensión.

Si la debilidad de Elefante eran los alien, la mía era la relatividad.

El viaje a través del hiperespacio era de rutina. Pude haber soportado la vista de las dos pequeñas ventanas convirtiéndose en puntos ciegos, siendo áreas de nada, que semejaban arrastrar hasta juntarse los objetos alrededor de ellas. También Elefante; él había hecho algunos vuelos, aunque prefería el confort de los navíos de línea. Pero aún el mejor piloto debe dejarse caer de vuelta en el universo normal para echar un vistazo y asegurarle a su subconsciente que las estrellas todavía están allí.

Y cada vez estaban cambiadas, aplastadas. Las amontonadas estrellas

azules estaban todas adelante; las esparcidas, débiles estrellas azules estaban todas detrás. Cuatrocientos años atrás hombres y mujeres habían vivido por años con esa vista del universo, pero ya no lo hacían desde la invención del hiperimpulso. Yo no había visto nunca el universo de ese modo. Me irritaba.

–No, no me molesta, – dijo Elefante cuando se lo mencioné. Estábamos a un día de nuestro destino-. Para mí, las estrellas son estrellas. Pero me he estado preocupando por algo más. Bey, tú dijiste que los Exteriores son honorables.

–Lo son. Deben serlo. Deben estar tan por encima de toda sospecha que cualquier especie que trate con ellos recuerde su impecable ética un siglo después. ¿Puedes verlo, verdad? Los Exteriores no suelen aparecer más frecuentemente que eso.

–Mm. Está bien. ¿Por qué trataron de sacarme esas doscientas mil estrellas extra?

–Eh...

–Mira, el maldito problema es: ¿qué tal si era un precio justo? ¿Qué si necesitamos saber que hay de extraño acerca del Protocolo Rápido?

–Tienes razón. Conociendo a los Exteriores, es probablemente información que podemos usar. Esta bien, vamos a olfatear un poco antes de aterrizar. Lo hubiéramos hecho de todos modos, pero ahora deberemos hacerlo mejor.

¿Qué había de peculiar acerca del Protocolo Rápido?

Cerca de la hora del almuerzo del séptimo día de la nave una corta línea verde en la esfera del indicador de masas comenzó a extenderse por sí misma. Era ancha y borrosa, justo como se esperaría de un protocolo. La deje llegar casi hasta la superficie de la esfera antes de dejar que la nave cayera de nuevo al espacio normal.

El universo aplastado se veía en las ventanas, pero delante de nosotros había un círculo borroso oscurecido entre las vívidas estrellas azules. En el centro del círculo había un apagado resplandor rojizo.

–Veámoslo desde la burbuja de extensión, – dijo Elefante.

–Mejor no.

–Pero tendremos una mejor vista que desde aquí. – Él giró el dial que haría transparente a la burbuja. Naturalmente la manteníamos opaca en el hiperespacio.

–Lo repito, no lo hagamos. Piensa en esto, Elefante. ¿Qué sentido tiene usar un casco impenetrable y pasar la mayor parte del tiempo fuera de él? Hasta que sepamos qué hay allí afuera, debemos retraer la burbuja.

Él asintió con su cabeza enrulada y volvió a tocar el tablero. Ruidos borboteantes anunciaron que el aire y el agua eran extraídos de la burbuja. Elefante se acercó a una ventana.

–¿Has visto alguna vez un protosol?

–No -dije-. No creo que haya ninguno en el espacio humano.

–Esa podría ser la peculiaridad.

–Podría. Una cosa que no lo es, es su velocidad. Los Exteriores pasan todo su tiempo moviéndose más rápido que esto.

–Pero no los planetas. Ni las estrellas. Bey, tal vez esta cosa viene desde afuera de la galaxia. Eso podría hacerla inusual.

Era tiempo de hacer una lista. Hallé un anotador y solemnemente anote la velocidad de la estrella, su naturaleza, su posible origen extragaláctico.

–He encontrado nuestro planeta, – dijo Elefante.

–¿Localización?

–Casi del otro lado del protosol. Lo alcanzaremos más rápido en el hiperespacio.

El planeta era aún invisiblemente pequeño cuando Elefante nos sacó. El protosol se veía del mismo modo que antes.

Un protosol es el feto de una estrella: una delgada masa de gas y polvo, juntada en suaves remolinos por los campos magnéticos o por la presencia de un punto troyano en algún cúmulo abierto de estrellas,

que se va colapsando a causa de la gravedad.

Había encontrado material acerca de protosoles en la biblioteca de la nave, pero todos eran datos astronómicos; nadie había estado lo bastante cerca para echar un vistazo. En teoría el Protosol Rápido debía estar bastante avanzado en su evolución, dado que brillaba en el centro.

–Allí está -dijo Elefante-. Dos días de viaje a un ge.

–Bien. Podremos hacer nuestras pruebas de instrumentos en el camino. Adelante.

Con el motor de fusión empujándonos suavemente, Elefante volvió al telescopio, y yo comencé a controlar los otros instrumentos. Algo brilló como un faro en la noche.

–Elefante. ¿Has notado en mí la tendencia a usar malas palabras para acentuar lo que digo?

–No realmente ¿Por qué?

–Es malditamente radioactivo allí afuera.

–¿Puede ser un poco más específico, señor?

–Los escudos de nuestros trajes nos abandonarían en tres días. La burbuja de extensión se iría en veinte horas.

–Está bien, agrégalo a tu lista. ¿Alguna idea qué lo está causando?

–Ninguna -Hice una nota en mi lista, y volví a trabajar. No estábamos en peligro, el casco de PG nos protegería de todo excepto del impacto con algo grande.

–No hay cinturones de asteroides -dijo Elefante-. Densidad de meteoros cero, por lo que puedo decir. No hay otros planetas.

–El gas interestelar debe limpiar cualquier cosa pequeña a esas velocidades.

–Algo es seguro, Bey. He gastado bien mi dinero. Este es un sistema malditamente raro.

–Si. Bien, hemos perdido el almuerzo. ¿Tendremos cena?

–Filisteo.

Elefante comió rápido. Estaba de vuelta en el telescopio antes de que yo estuviera listo para el café. Viéndolo moverse, pensé otra vez en un Juggernaut, el nunca había mostrado tanta determinación cuando lo vi en la Tierra. Si un Kzinti hambriento hubiera estado entre él y el telescopio, hubiera quedado con huellas en la piel.

Pero la única cosa que se interponía en su camino aquí afuera era yo.

–No puedo obtener una vista cercana del planeta -dijo Elefante- pero se ve pulido.

–¿Cómo una bola de billar?

–Justamente así. No puedo ver ningún signo de atmósfera.

–¿Qué tal de cráteres de impacto?

–Nada.

–Deberían estar allí.

–Este sistema está totalmente limpio de meteoros.

–Pero el espacio de alrededor no debe estarlo. Y a estas velocidades...

–Ajá. Eso debe ir en tu lista.

Lo escribí.

Dormimos en las colchonetas de desastre. Enfrente de mí estaban las luces amarillas del panel de control; las estrellas lucían rojas por una de las ventanas laterales, azules por la otra. Permanecí despierto por un largo tiempo, mirando a través de la ventana delantera a la roja oscuridad del protosol. La ventana estaba opaca, pero pude ver el borrón rojo profundo en mi imaginación.

La radiación se mantuvo igual durante todo el siguiente día. Hice algunos controles más, usando lecturas de temperatura y el radar de profundidad, tanto en el sol como en el planeta. Dondequiera que mirara había una nueva anomalía.

–Esta estrella definitivamente no debería estar brillando todavía. Está demasiado dispersa; el gas debería ser demasiado delgado para la fusión.

–¿Está lo bastante brillante para brillar?

–Seguro. Pero no debería estarlo.

–Tal vez las teorías sobre los protosoles están equivocadas.

–Entonces están muy equivocadas.

–Ponlo en la lista.

Y una hora después.

–Elefante.

–¿Otra peculiaridad?

–Si.

Desde debajo de sus cejas peludas, los ojos de Elefante me decían claramente que se estaba poniendo enfermo de peculiaridades.

–Según la sombra del radar de profundidad, este planeta no tiene litosfera. Está hecho de lo que debe ser magma, pero no puede ser porque aquí afuera hace demasiado frío.

–Anótalo. ¿Cuántas entradas tiene tu lista?

–Nueve.

–¿Alguna de ellas valdría pagar doscientas kiloestrellas para saberla antes de venir?

–La radiación, tal vez, si no hubiéramos tenido un casco de Productos Generales.

–Pero -dijo Elefante, fijándose en el enorme disco rojo-, ellos sabían que nosotros tenemos un casco de Productos Generales. ¿Bey, hay algo que pueda atravesar un casco de PG?

–Luz, como en un rayo láser. Gravedad, como las mareas que te aplastarían contra la nariz de la nave si te acercaras mucho a una estrella de neutrones. Un impacto no destruirá la nave, pero matará a los que estén adentro.

–Tal vez el planeta esté habitado. Cuanto más pienso en esto, más seguro estoy de que vino desde afuera. Nada en la galaxia pudo darle tal velocidad. Se mueve cruzando el plano de la galaxia, no pudo ser impulsado desde el bordo.

–Está bien. ¿Qué hacemos si alguien nos dispara con un láser?

–Morimos, pienso. Tengo pintura reflectora alrededor de la cabina, excepto en las ventanas, pero el resto del casco es transparente.

–Todavía podemos lanzarnos al hiperespacio desde aquí. Y por las siguientes veinte horas. Luego estaremos demasiado cerca del planeta.

Me fui derecho a dormir esa noche, sumamente cansado pese a la falta de ejercicio. Horas después me di cuenta lentamente de que estaba siendo observado. Podía verlo a través de mis párpados cerrados; podía sentir el calor de la enorme mirada roja, el tamaño del ojo enojado, el atroz poder de la mente detrás de él. Traté de forcejear para alejarme, di una bofetada a algo y me desperté con un susto.

Yo yacía allí en la oscuridad roja. El filo del protosol se asomaba por una ventana. Podía sentir su mirada hostil.

–¿Elefante? – dije.

–¿Ehhh...?

–Nada. – La mañana llegaría pronto.

Por la mañana.

–Elefante. ¿Me harías un favor?

–Seguro ¿Quieres a Dianna? ¿Mi brazo derecho? ¿Afeitarme mi barba?

–Me quedo con Sharroll, gracias. ¿Te pondrías tu traje, por favor?

–Seguro. Tiene sentido. No estamos lo bastante incómodos sólo porque

hemos cerrado la burbuja.

–Correcto. Y porque soy un masoquista dedicado, voy a ponerme mi traje en este instante. Ahora, yo odio divertirme solo...

–¿Se te escapa el aire?

–Un poco. Sólo un poco.

–Cualquier cosa por un amigo. Tu vas primero.

Había justo el espacio suficiente para ponernos nuestros trajes uno a la vez. Si la puerta interior de la esclusa de aire no estuviera abierta, ni siquiera hubiéramos tenido eso. Tratamos de ponernos los cascos abiertos, pero tropezaban con las cuchetas de impacto. Por eso los dejamos adheridos a las ventanas frente a nosotros.

Me sentí mejor de esa forma, pero Elefante claramente pensaba que se me había quemado un fusible.

–¿Seguro que no quieres comer con el casco puesto?

–Odio el jarabe alimenticio de los trajes. Podemos ponernos los cascos si se abre un agujero.

–¿Cuál agujero? ¡Estamos en un casco de Productos Generales!

–Todavía recuerdo que los Exteriores sabían eso.

–Habíamos hablado de eso.

–Hablémoslo de nuevo. Presume que ellos pensaron que seríamos muertos de todos modos si no nos preparábamos ¿Entonces?

–¡Bang!

–O ellos esperaban que saliéramos en los trajes y fuéramos muertos o ellos saben de algo que puede alcanzarte a través de un casco de Productos Generales.

–O ambas cosas. En cuyo caso los trajes no nos harán ningún bien. Bey. ¿Tu sabes cuánto hace desde que falló un casco de Productos Generales?

–Nunca escuché que pasara.

–Nunca pasó. Los Titerotes ofrecen una enorme garantía en caso de que uno falle. Decenas de millones si alguien muere como resultado.

–Tienes toda la razón. He sido un estúpido. Ve y quítate tu traje.

Elefante giró para mirarme.

–¿Y tú?

–Me dejaré el mío puesto. ¿Crees en corazonadas?

–No.

–Yo tampoco. Excepto esta vez.

Elefante frunció sus gruesas cejas y volvió a telescopio. Para entonces llevábamos seis horas moviéndonos hacia el planeta innominado y decelerando.

–Pienso que encontré un cráter asteroidal, – dijo súbitamente.

–Veamos. – Eché una mirada-. Si, pienso que tienes razón. Pero está casi completamente desaparecido.

Volvió a usar el telescopio.

–Es lo bastante redondo. Casi tiene que ser un cráter. ¿Bey, porqué estaría tan erosionado?

–Debe ser el polvo interestelar. Si lo es, esa es la razón por la que no hay atmósfera ni litosfera. Pero no puedo ver como el polvo puede ser tan espeso, aún a estas velocidades.

–Ponlo en...

–Si -Alcancé la lista.

–Si encontramos otra anomalía más gritaré.

Una hora y media después encontramos vida.

Para entonces estábamos lo bastante cerca para usar el arrastre gravitatorio para frenarnos. Lo hermoso de un de un freno de gravedad es que usa muy poca potencia. Convierte el impulso de la nave relativo a la masa grande más cercana a la nave en calor, y lo que se debe hacer es liberarse de ese calor. Dado que el casco del MLQ ¥ dejaría pasar sólo los rangos de radiación que los distintos clientes de los Titerotes considerarían luz visible, los constructores de la nave habían agregado una gran aleta radiadora que salía del freno gravitatorio. Y la impulsión de fusión estaba apagada. No había una llama blanca de fusión que quitara visibilidad.

Elefante estaba en el telescopio a su mayor aumento. Al principio, mientras miraba por el ocular, no pude ver aquello de lo que me hablaba. Había una pareja planicie blanquecina, toda del mismo color, excepto por unos pocos manchones azules. Esas burbujas no se hubieran notado excepto por la uniformidad de la superficie a su alrededor.

Entonces una de ellas se movió. Muy lentamente, pero se movía.

–Bueno -dije-, déjame hacer una medida de temperatura.

La temperatura de superficie en esa región estaba en los alrededores del helio II. Y en el resto del planeta era igual; el protosol no emitía mucha energía, aunque era un tremendo emisor de radiación.

–No pienso que coincidan con ninguna de las especies que conozco.

–No puedo decirlo -dijo Elefante. él tenía el telescopio y la pantalla de la biblioteca de la nave al mismo tiempo, con un burbujón de Sirio VIII en la pantalla-. Hay veinte especies de vida de helio en este libro, y todas ellas se ven exactamente igual.

–No realmente. Estos deben tener un tegumento a prueba de vacío. Y verás esos gránulos en el...

–Yo atesoro mi ignorancia en este tema, Bey. Además, no encontraremos ninguna de las especies que conocemos en este mundo. Aún una semilla estelar de tercera etapa explotaría al hacer impacto.

Dejé caer la conversación.

Otra vez Elefante enfocó el telescopio en «su» planeta, esta vez mirando a las formas de vida que parecían burbujas. Eran grandes

para ser vida de Helio II, pero no anormalmente. Muchos mundos fríos desarrollan vida usando las propiedades peculiares del Helio II, pero porque no tienen mucho lugar para la complejidad, usualmente quedan en el estado amebiano.

Había otra peculiaridad, de la que tomé debida nota. Cada animal estaba en el lado lejano del planeta con relación al curso del planeta a través de la galaxia. No estaban preocupados por la luz del protosol, pero parecían temer al polvo interestelar.

–Prometiste gritar.

–No es lo bastante raro. Esperaré.

Dos horas pasaron.

El resplandor rojizo de la aleta radiadora se hizo más pronunciado. También la vacía uniformidad de la superficie planetaria. El planeta era ahora un disco más allá de la ventana frontal; si se lo miraba por un rato se lo veía crecer. Girar el navío para encarar el planeta no hacía ninguna diferencia en el freno de gravedad.

–Bola Lisa -dijo Elefante.

–No sirve. Ya ha sido usado. Beta Lira I.

–Expreso Cannonball, entonces.

–Elefante. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él giró, me miró.

–¿Qué quieres decir?

–Mira, tu sabes ahora que estoy contigo por todo el camino. Pero me pregunto. Has gastado un millón de estrellas para venir aquí, y hubieras gastado dos si tuvieras que hacerlo. Podrías estar en las Rocosas con Dianna o flotando cerca de Beta Lira, que es lo bastante inusual y tiene mejor vista que esta bola de nieve. Podrías estar probando extrañas drogas en Accidente o buscando Demonios de Niebla en Meseta. ¿Por qué aquí?

–Porque aquí está.

–¿Qué rayos se supone que eso significa?

–Bey, una vez hubo un hombre llamado Miller. Hace seis años él tomó una nave con impulso de estatoreactor de fusión y le puso un hipermotor, para salir hacia el límite del universo, pensando que podría obtener su hidrógeno del espacio y usar la planta de fusión para dar potencia al hipermotor. Probablemente todavía esté viajando. Seguirá avanzando por siempre a menos que choque con algo. ¿Por qué?

–No soy un psiquiatra.

–Él desea ser recordado. Cuando lleves muerto cien años. ¿Por qué serás recordado?

–Seré el idiota que fue con Gregory Pelton, que desperdició dos meses y más de un millón de estrellas por poner este navío en un planeta totalmente sin valor.

–Gronk. Está bien. ¿Qué hay acerca del conocimiento abstracto? Esta estrella estará fuera del espacio conocido en diez años. Nuestra única oportunidad de explorarla es ahora. ¿Qué.

Allí estaba una casi silenciosa brisa, y una estranguladora presión en mi laringe, y un punzante dolor en mis oídos, todo simultáneamente. Oí apenas el principio de una alarma, pero ya estaba alcanzando mi casco. Lo calcé fuertemente, giré el collar y le di salida a un enorme eructo al mismo tiempo que el viento salía silbando de mis pulmones.

No había forma de saber qué estaba pasando, ni tiempo. Pero el vacío estaba a nuestro alrededor, y el aire penetraba en mi traje, aire helado. Púas de hierro penetraban por mis oídos, pero yo iba a vivir. Mis pulmones contenían una horrible vacuidad, pero yo viviría. Me giré hacia Elefante.

El miedo a la muerte se mostraba desnudo en su rostro. Tenía el casco puesto, pero tenía problemas para ajustar el collar. Tuve que alejar sus manos a la fuerza para poder ajustárselo rápido. Su casco se llenó de niebla, luego se aclaró; él estaba recibiendo aire ¿Había llegado lo bastante pronto para salvar su vida?

Yo estaba vivo. El dolor iba dejando mis oídos, y yo estaba respirando: inhalación, pausa, inhalación, mientras la presión subía a lo normal.

Había visto lo que había pasado. Ahora yo tenía tiempo para pensarlo de nuevo, para recordarlo, para repetirlo.

Lo que había pasado era insano.

El casco se había convertido en polvo. Sólo eso. Todo a la vez, el exterior de la nave se había desintegrado y volado en una silbante expulsión de aire respirable. Yo lo había visto.

Y por supuesto, el casco se había ido. Sólo los interiores de la nave permanecían con nosotros. Ante mí, el panel de control iluminado. Un poco abajo, la portezuela hacia la empaquetada burbuja y la misma burbuja empaquetada. Por encima del tablero, el medio disco del misterioso planeta y las estrellas. A la izquierda, estrellas. A la derecha, Elefante, viéndose confuso y asustado, y detrás de él, estrellas. Atrás de mí, la esclusa de aire, el bloque de almacenamiento de la cocina y sus diales, un vistazo de las patas de aterrizaje y del radiador resplandeciente, y estrellas. El MLQ¥ era un esqueleto.

Elefante sacudió su cabeza, luego encendió la radio de su traje. Oí el clic amplificado en mi casco.

Nos miramos mutuamente, esperando. Pero no había nada que decir. Excepto: «¡Mira Elefante! ¡Ya no tenemos un casco!» ¿No es notable?

Suspiré, me moví al tablero de controles, y comencé a alimentar el impulsor de fusión. Por lo que podía ver de la nave, nada parecía alejarse flotando. Cualquier cosa que estuviera fijada al casco debía también estar fijada a otras cosas.

—¿Qué estás haciendo, Bey?

—Sacándonos de aquí. Ah, y puedes gritar ahora.

—¿Por qué? Quiero decir. ¿Por qué irnos?

Se había volado. Los llaneros son básicamente inestables. Cuando tuve el impulsor empujándonos a baja potencia, apagué el freno de gravedad y me giré para mirarlo.

—Mira, Elefante. No hay casco. — Moví mi brazo a mi alrededor—. Nada.

—¿Pero lo que queda de la nave es todavía mío?

–Eh, si. Por supuesto.

–Deseo aterrizar. ¿Puedes decirme por qué no?

Él hablaba en serio. Completamente.

–Las patas de aterrizaje están intactas, – siguió-. Nuestros trajes mantendrán fuera la radiación por tres días. Podemos tomar tierra y despegar en doce horas.

–Probablemente podamos.

–Y hemos pasado dos meses para llegar aquí.

–Cierto.

–Me sentiría como un idiota llegando tan cerca y luego volviéndome a casa. ¿Tu no?

–Lo haría, excepto por una cosa. Y esa cosa dice que tu aterrizarías esta nave sobre mi cuerpo inconsciente.

–Está bien, el casco se volvió polvo y se voló. ¿Qué significa eso? Significa que hemos conseguido un casco fallado, y yo voy a demandar a Productos Generales por todo lo que tiene cuando volvamos. ¿Pero tu sabes qué ha causado esto?

–No.

–¿Entonces por qué asumes que es alguna clase de amenaza?

–Te diré lo que voy a hacer, – dije. Giré la nave hasta que estuvo de cola a Expreso Cannonbal-. Ahora. Estaremos allí en tres horas si insistes en aterrizar. Es tu nave, tal como dijiste. Pero yo voy a tratar de convencerte de lo contrario.

–Es justo.

–¿Has tenido adiestramiento como piloto?

–Naturalmente.

–¿Incluía un curso de Historia de los Errores?

–No lo creo. Tuvimos una pequeña historia del estado del arte.

–Es algo. ¿Recuerdas que ellos empezaron con combustibles químicos y que la primera nave a los asteroides fue construida en la órbita de la Luna Terrestre?

–Ajá.

–Esto no debes haberlo oído. Había tres hombres en esa nave, y cuando fueron lanzados, fue en una órbita que los movía levemente hacia adentro de la órbita lunar, luego afuera de nuevo y alejándose. Cerca de treinta horas después del lanzamiento los hombres notaron que todas sus ventanillas se estaban poniendo opacas. Una concentración de polvo en su huella estaba poniendo diminutos cráteres meteóricos en la superficie del cuarzo. Dos de los hombres desearon continuar, usando instrumentos para finalizar la misión. Pero el tercero era el comandante. Usaron sus cohetes y se detuvieron por completo.

»Recuerda, los materiales no eran tan durables en esos días, y nada de lo que usaban había sido bien probado. Los hombres detuvieron su nave en la órbita de la luna, que para entonces estaba 400.000 kilómetros detrás de ellos, y llamaron a la base para decir que habían abortado la misión.

–Lo has recordado muy bien. ¿Cómo es eso?

–Nos repetían esas historias una y otra vez. Cada vez que trataban de enseñarnos algo lo ilustraban con algún suceso histórico. Funciona.

–Sigue.

–Llamaron a la base y les dijeron que sus ventanillas se habían nublado. Alguien decidió que era polvo, y alguien más se dio cuenta de que habían lanzado la nave a través de uno de los puntos Troyanos de la Luna.

Elefante se rió, luego tosió.

–Quisiera no haber respirado tanto vacío. Me parece que me estás llevando hacia algo.

–Si la nave no se hubiera detenido, podría haber naufragado. El polvo podría haberla hecho pedazos. La moraleja de esta historia es:

cualquier cosa que no entiendas es peligrosa hasta que la entiendas.

–Suena paranoico.

–Tal vez para un llanero. Tu vienes de un planeta tan adecuado para ti, tan semejante a ti, que tu piensas que todo el universo es tu ostra. Deberías recordar mi historia de la estrella neutrón. Pude haber sido muerto si no hubiera entendido a tiempo ese efecto de marea.

–Así te habría pasado. ¿Así que piensas que los llaneros son tontos?

–No, Elefante. Sólo no lo suficientemente paranoicos. Y me rehúso a pedir perdón.

–¿Quién te preguntó?

–Aterrizaré contigo si puedes decirme que hizo que nuestro casco se hiciera polvo.

Elefante cruzó sus brazos y miró al frente. Yo cerré la boca y esperé.

Finalmente el dijo:

–¿Podemos llegar a casa?

–No lo sé. El motor de hiperespacio deberá trabajar, y podemos usar el freno de gravedad para frenarnos hasta algo como lo normal. Físicamente deberíamos ser capaces de llegar.

–Está bien. Vamos. Pero te diré esto, Bey. Si yo estuviera solo, iría abajo, y al diablo con el casco.

Así que volvimos sobre nuestra huella y corrimos, bajo protesta de Elefante. En cuatro horas estábamos lo bastante lejos del pozo de gravedad de Expreso Cannonbal para entrar al hiperespacio.

Conecté el hipermotor, me atraganté, y lo apagué tan rápido como pude. Nos sentamos allí, estremeciéndonos, y Elefante dijo:

–Podemos inflar la burbuja.

–¿Pero podemos entrar?

–No tiene una esclusa de aire.

Lo hicimos, pese a todo. Había un dial de control de presión en la cabina, y lo ajustamos para cero; el campo electromagnético que plegaba la burbuja podía inflarla ahora sin presión de aire. Entramos, la presurizamos, y nos quitamos los cascos.

—Estamos fuera del campo de radiación -dijo Elefante-, ya miré.

—Bien -puedes alejarte mucho en un par de segundos en hiperimpulso-. Ahora, hay algo que quiero saber ¿Podrás resistirlo de nuevo?

Elefante se estremeció.

—¿Podrás tu?

—Pienso que si. Puedo hacer toda la navegación si tengo que hacerla.

—Todo lo que puedas resistir tu, puedo yo.

—¿Podrás resistirlo y permanecer cuerdo?

—Si.

—Entonces podemos compartir el tiempo. Pero si cambias de idea, házmelo saber al instante. Muchos buenos hombres perdieron sus mentes mirando el Punto Ciego, y todo lo que tenían era un par de ventanas para mirarlo.

—Te creo. En verdad lo hago, señor. ¿Cómo lo haremos?

—Vamos a trazar un curso a través de la zona menos densa del espacio. El mundo habitado más cercano es Kzin. Odio arriesgarme a pedir ayuda a los Kzinti, pero debemos hacerlo.

—Te diré que, Bey. Al menos tratemos de alcanzar Jinx. Me gustaría usar ese número que te dieron para ir con los Titerotes.

—Seguro. Siempre podemos desviarnos hacia algo más cercano.

Usé una hora o algo así trabajando en un curso. Cuando terminé, estaba bastante seguro de que podríamos navegar sin que alguno de nosotros necesitara salir de la burbuja más de una vez cada veinticuatro horas para mirar el indicador de masas. Pulseamos para ver quien hacía la primera guardia, y yo perdí.

Nos pusimos nuestros trajes y despresurizamos la burbuja. Mientras me arrastraba a través de la portilla, pude ver a Elefante opacando la pared de la burbuja.

Me estrujé en la cucheta de impacto, totalmente solo entre las estrellas. Eran azules adelante y rojas atrás cuando terminé de girar la nave. No pude encontrar el protocolo.

Más de la mitad de la vista era espacio vacío. Me encontré mirando intensamente a la escotilla de presión. Estaba detrás y a la izquierda, un óvalo de metal, puesto solo en el borde de la cubierta con ambas puertas firmemente cerradas. La puerta interior se había cerrado cuando la presión bajó a cero, y ahora el mecanismo de cierre de aire protegía la presión interior contra el vacío exterior en ambas direcciones. No había nadie adentro para usar el aire, pero ¿Cómo explicarle eso a un sensor de presión?

Estaba aplazando las cosas. El navío estaba preparado; apreté mis dientes y mandé la nave al hiperespacio.

El Punto Ciego, lo llaman. Le queda.

Hay maneras de hallar el punto ciego en sus ojos. Cierre un ojo, ponga dos puntos en una hoja de papel, y ponga el papel delante de usted, enfocándose en uno de los puntos. Si sostiene el papel de la forma adecuada, el otro punto súbitamente se desvanecerá.

Deje que un navío entre al hiperespacio con las ventanas transparentes, y las ventanas parecerán desaparecer. También lo hará el espacio contenido en ellas. Los objetos en cada lado se estrecharán y se arrastrarán hasta juntarse para llenar el espacio perdido. Si lo mira por bastante tiempo, el Punto Ciego comienza a esparcirse; las paredes y las cosas contra las paredes se mueven aún más cerca del espacio perdido hasta que también se desvanecen.

Todo está en tu mente, me dijeron. ¿Entonces?

Pulsé la tecla, y la mitad de mi visión era el Punto Ciego. El tablero de control se estrechó y fluyó. La esfera del indicador de masa trató de envolverse a mi alrededor. Traté de alcanzarla, y mis manos también estaban distorsionadas. Con considerable esfuerzo, volví a ponerlas a mis lados y me agarré a mí mismo.

Había una línea verde borrosa en la distorsión plástica que había sido un indicador de masas. Estaba atrás y a un lado. El navío podría volar por sí mismo hasta que llegara el turno de Elefante. Tropecé mi camino hasta la portilla y me arrastré a través de ella.

El hiperespacio era sólo la mitad del problema.

Era un gran problema. Cada veinticuatro horas uno de nosotros tenía que salir allí, ver si había masas peligrosas alrededor, dejarnos caer al espacio normal para tomar fijaciones y ajustar el curso. Me encontré a mí mismo insoportablemente tenso durante las pocas horas antes de cada turno. Igual le pasaba a Elefante. En esos momentos no nos atrevíamos a hablarnos el uno al otro.

En mi tercer viaje tuve el mal sentido de mirar arriba, y me quedé más que ciego. Mirando hacia arriba, no había nada en absoluto en mi campo de visión, nada excepto el Punto Ciego.

Era más que ceguera. Un hombre ciego, un hombre cuyos ojos han perdido su función, al menos recuerda como se veían las cosas. Un hombre cuyo centro óptico del cerebro se ha dañado no puede hacerlo. Yo podía recordar para qué había salido allí afuera (para encontrar si había masas lo bastante cerca de nosotros para dañarnos), pero no podía recordar como hacerlo. Toqué una superficie de vidrio curvada y supe que esa era la máquina que podría decírmelo, si sólo conociera su secreto.

Eventualmente mi cuello se cansó, de modo que bajé mi cabeza. Eso trajo mis ojos de vuelta a la existencia.

Cuando tuvimos la burbuja nuevamente presurizada, Elefante dijo:

—¿Dónde estabas? Te fuiste hace media hora.

—Y fui afortunado. Cuando vayas afuera, no mires arriba.

—Oh.

Esa era la otra mitad del problema. Elefante y yo habíamos dejado de comunicarnos. El no estaba interesado en decirme nada ni en nada que yo tuviera que decir.

Me tomó toda una semana comprender porqué. Entonces lo enfrenté

con ello.

–Elefante, hay una palabra perdida en nuestro lenguaje.

Levantó la vista de la pantalla de lectura. Si no hubiera una pantalla de lectura en la burbuja, no creo que lo hubiéramos logrado.

–Más de una palabra -dijo-, las cosas han estado muy silenciosas.

–Una palabra. Estás tan preocupado de usar esa palabra que has dejado de hablarme en absoluto.

–Entonces dímelas.

–Cobarde.

Elefante frunció sus cejas, luego apagó la pantalla.

–Esta bien, Bey, hablaremos de esto. Primero de todo, tú lo dijiste, no yo. ¿Correcto?

–Correcto. ¿La has estado pensando?

–No. He estado pensando en eufemismos como «hiperprecavido» y «reluctante a arriesgarse a daños corporales». Pero ya que estamos en el tema ¿Por qué estabas tan ansioso de regresar?

–Estaba asustado. – Dejé que esa palabra penetrara en el, luego seguí-. La gente que me entrenó se aseguró que yo estaría asustado en ciertas situaciones. Con todo el debido respeto, Elefante, yo he recibido más entrenamiento para el espacio del que tu tienes. Pienso que tu deseo de aterrizar estaba basado en la ignorancia.

Elefante suspiró.

–Yo pienso que hubiera sido seguro aterrizar. Tu no. No vamos a llegar a ninguna parte discutiendo de ello ¿Cierto?

Cierto. Uno de nosotros estaba en lo cierto, el otro equivocado. Y si yo era el equivocado, entonces una muy buena amistad acababa de irse por la puerta de aire.

Fue un viaje silencioso.

Salimos del hiperespacio cerca de los dos soles de Sirio. Pero eso no fue el fin de ese viaje, porque todavía debíamos encarar un universo aplastado por la relatividad. Nos tomó casi dos semanas para frenar. El radiador del freno de gravedad brilló blancoanaranjado por la mayor parte de ese tiempo.

No tengo idea de cuantas veces volvimos al hiperespacio para otra carrera a través del sistema.

Finalmente nos movíamos cerca de Jinx con el impulsor de fusión.

Rompí un silencio de horas.

—¿Ahora que, Elefante?

—Tan pronto como estemos en alcance, voy a llamar a ese número tuyo.

—¿Y entonces?

—Te dejaré en Sirius Mater con suficiente dinero como para que llegues a casa. Me agrada que uses mi casa como si fuera la tuya hasta que yo vuelva de Expreso Cannonball. Compraré una nave aquí y volveré.

—No me quieres a tu lado.

—Con todo el debido respeto, Bey, no. Voy a aterrizar. ¿No te sentirías como un condenado tonto si murieras entonces?

—He pasado tres meses en una pequeña burbuja de extensión por causa de ese miserable planeta. Si lo conquistaras solo, me sentiría como un condenado tonto.

Elefante se veía angustiosamente infeliz. Empezó a hablar, tomó aliento...

Si alguna vez tomé el momento justo para interrumpir a alguien, fue ese.

—Déjalo. Vamos a llamar a los Titerotes primero. Hay mucho tiempo para decidir.

Elefante asintió. En un momento él me habría dicho que no me deseaba consigo porque soy demasiado precavido. En lugar de eso,

tomó el teléfono de la nave.

Jinx era un huevo de pascua a rayas frente a nosotros. A un lado estaba Binario, el primario del que Jinx es una luna. Deberíamos estar lo bastante cerca para hablar... y el número de cabina de transferencia de los Titerotes debía ser también su número de teléfono.

Elefante marcó.

Una dulce voz de contralto respondió. No había imagen, pero yo podría decirlo: ninguna voz de mujer es tan perfecta. El Titerote dijo:

–Ocho ocho tres dos seis siete siete cero...

–Mi casco de Productos Generales ha fallado. – Elefante no desperdiciaba tiempo en absoluto.

–¿Perdón?

–Mi nombre es Gregory Pelton. Hace doce años yo compré un casco Nº 2 de Productos Generales. Un mes y medio atrás falló. He pasado el tiempo intermedio cojeando a casa. ¿Puedo hablar con un Titerote?

La pantalla se encendió. Dos cabezas planas, sin cerebro, nos miraron.

–Eso es muy serio -dijo el Titerote-. Naturalmente pagaremos la indemnización completa. ¿Le importaría detallar las circunstancias?

A Elefante no le importaba. Él resultó ser muy vehemente. Era un placer escucharlo. La expresión tonta del Titerote nunca cambió, pero estaba parpadeando rápidamente cuando Elefante terminó.

–Ya veo -dijo-. Nuestras disculpas son insuficientes, por supuesto, pero usted entenderá que era un error natural. Nosotros no pensamos que la antimateria fuera tan accesible en la galaxia, especialmente en tal cantidad.

Fue como si lo hubiera gritado. Podía oír los ecos de esa palabra rebotando de lado a lado de mi cráneo.

La retumbante voz de Elefante fue curiosamente suave.

–¿Antimateria?

–Por supuesto. No tenemos excusas, en verdad, pero usted debió darse cuenta de inmediato. El gas interestelar de materia normal había pulido la superficie del planeta con minúsculas explosiones, había subido la temperatura del protosol más allá de cualquier estimación racional, y estaba produciendo un increíble peligro de radiación. ¿Alguna vez se preguntaron el por qué de esas cosas? Ustedes sabían que el sistema venía de más allá de la galaxia. Se supone que los humanos son curiosos ¿Verdad?

–El casco. – Dijo Elefante.

–Un casco de Productos Generales es una molécula artificialmente generada con enlaces interatómicos artificialmente reforzados por una pequeña planta de poder. Los enlaces moleculares reforzados son a prueba de cualquier clase de impacto o calor hasta los cientos de miles de grados. Pero cuando suficientes de los átomos han sido destruidos por explosiones de antimateria, la molécula naturalmente se fragmenta.

Elefante asintió. Yo me pregunté si su voz se había dado por vencida.

–¿Cuándo debemos esperar que pase a cobrar su indemnización? Entiendo que ningún humano ha sido muerto. Eso es afortunado, porque nuestros fondos están bajos.

Elefante apagó el teléfono. Tragó saliva una o dos veces, luego giró para mirarme a los ojos. Creo que eso le tomó toda su fuerza, y si hubiera esperado a que él hablara, yo no sé lo que él hubiera dicho.

–Me gusta -dije-, me gusta. Yo tenía razón; tú estabas equivocado. Si hubiéramos descendido en ese lamentable planeta, nos hubiéramos ido en pura luz. En este momento me da gran placer decir: Te Lo Dije.

Él sonrió débilmente.

–Tú me lo dijiste.

–Oh, lo hice, lo hice. Una y otra vez te dije: ¡No Vayas Cerca de Ese Planeta Embrujado! ¡Por Tu Vida y Por Tu Alma!, dije. Han Habido Signos en Los Cielos, dije, Para Advertirnos Contra Este Lugar...

–Está bien, no te sobrepases, bastardo. Hubieras estado completamente muerto. Dejémoslo así.

–Está bien. Pero hay una cosa que quiero que recuerdes.

–Si no lo entiendes, es peligroso.

–Eso es lo que quiero que recuerdes, además de Te Lo Dije.

Y así debió terminar.

Pero no lo hizo. Elefante va a volver. Ha conseguido una pequeña bandera con la insignia de las Naciones Unidas, cerca de sesenta por sesenta centímetros, con resortes que la hacen parecer flameando en la brisa, y un motor de combustible sólido en el mástil. La dejará caer en el planeta de antimateria desde una gran altura, tan grande como pude convencerlo de ello.

Deberá hacer una gran explosión.

Y yo también iré. He conseguido una cámara de tridi sólidamente montada y un contrato con la mayor compañía de emisiones del espacio conocido. ¡Esta vez tengo una razón para ir!

CUARTO ESPECTRO

–...Pero jamás volvió -terminé.

–Resulta que sé el porqué -comentó Ander.

Pero en ese momento la muchedumbre nos ahogó. Entretenimiento vio una posibilidad y se lanzó en la danza por detrás de su delfín. Policía, muy reducido en número, quedó a la retaguardia haciendo una nerviosa curva. Todos los equipos se veían agotados y sin objetivo, y por haber escuchado antes a Sharrol supe la causa.

–Presas sumergida -dije.

La última de las tortugas se había sumergido en la arena. Por los siguientes minutos presencié el juego con una concentración que hubiera sorprendido a Sharrol.

La historia que le estaba contando a Ander era: «Si no estoy aquí por el capricho de una mujer, ¿porqué estoy?». ¡Debo amar este juego!

—¡Allí! ¡La presa amarilla!

Grité mientras la arena se meneaba. Un momento después, la burlona tortuga emergió del fondo y aleteó hacia la seguridad. Un Policía buceó para capturarla mientras el delfín del equipo intentaba bloquearle el paso, pero ambos llegaron tarde: la presa nadaba como loca, y cuando el nadador atravesó el arco amarillo...

Ese fue el final. Yo aullé sobre el griterío:

—¡A cenar!

—¿Qué?

—Me perdí el almuerzo. Estoy muerto de hambre.

No tenía deseos de luchar con la multitud mientras se vaciaba el salón. Cruzamos el puente móvil, en calma esta vez, por comparación. Las cabinas que se alineaban debajo de nosotros eran como remolinos en un denso mar de fugitivos.

La mano de Ander permanecía sobre mi codo, afablemente. Era un prisionero, imposible ignorarlo. Le daría charla.

—¿Sabes que hay una nueva glaciación en la Tierra?

—Claro.

—Bien, nunca lo hubiera imaginado. Me preguntaba por qué Cuba no era más caliente que Hogar.

—Todo el planeta es hoy una red de cable superconductor. Tuvimos que reiniciar la corriente del Golfo hace cinco años, que parte de allí. Hogar importa el calor; Cuba importa frío. Aún así, la Tierra estaría muy fría si no fuera por la energía que extraemos de los satélites en órbita.

—Entiendo. ¿Qué harán cuando la glaciación termine?

—Movernos -sonrió-. ¿Dónde fuiste luego del viaje al sistema de

antimateria?

–Me mudé con Sharrol a Hogar.

Él me miró a los ojos.

–¿Tú, sentado como un grog sobre la roca?

Tal vez tenía razón al mofarse. Ambos habíamos hecho giras de solteros en dos mundos, para descomprimirnos luego de sendas maratónicas sesiones de trabajo. Retuve el insulto y dije:

–Puedes pasarte una vida viajando y conociendo la Tierra.

–¿Dónde iremos a comer?

–El grill del hotel Pequod es bueno -comenté.

Bueno y caro. Un extramundos tenía que haber oído de él. Justo el sitio que un indigente Beowulf Shaeffer hubiera elegido de poder evitarse el pagar la cuenta. Y nadie allí me preguntaría por Sharrol.

Habíamos llegado al sector de cabinas. Sólo para tironear de las cadenas de Ander, me metí de improviso en la cabina del teléfono, para ver si lo podía eludir.

Él me atrajo a sí sin mayor esfuerzo.

–¿Dónde vas?

–Pensé en llamar a ver si hay sitio en el grill -dije, y de pronto recordé que no podía usar mi fono de bolsillo: respondía al nombre equivocado.

–Yo lo haré -usó una tarjeta, y le tomó diez segundos hacer una reservación.

Hay errores que no se pueden cometer.

Entramos en una cabina de transferencia.

–Entonces, ustedes estuvieron juntos...

–¿Si fue amor, preguntas? No estábamos de novios... Bueno, sí, un poco. No conocía otra mujer en toda la Tierra. Sharrol tenía algunos amigos, pero muchos de los hombres que conocía suspiraban y se abrazaban a sí mismos -sonreí, recordando-. Como Rasheed. «Novios, seguro, pero no te referirás a mí», esto dicho ondeando los brazos en forma actoral, como si estuviera bromeando. Hubo alguna pareja con la que alternábamos, pero no demasiado de ello, y ninguno de los dos. Hemos hablado de tener hijos, y entonces me puse a ello.

–¿Tú? – exclamó.

No estaba seguro de su expresión. Un poco de disgusto, otro poco de lástima.

Marqué el número del Pequod en la cabina.

Llegamos sobre la azotea, bajo una gran curva descripta por un chorro de agua verde oscura. El crepúsculo nos recibió. Ander rompió a caminar hacia el restaurante, doce pisos abajo; parecía que el Pequod le era familiar. Hasta quizá estuviera registrado aquí.

Probemos.

–Tengo que ir al reciclador, Ander; fue un largo día.

–Yo también -dijo-. Por aquí.

Una vez allí se las arregló para ubicarse siempre entre la puerta y yo, y se lo permití. Divertidos pensamientos ocuparon mi mente. Si yo necesitaba un cubículo, él podía vigilar la puerta, pero ¿qué pasaría si era él quien lo necesitaba? No es que me importara realmente; no quería escaparme hasta saber si podía ser liberado. Quería hablarle del tesoro perdido.

Pero necesitaba saber cuánto era lo que él realmente conocía. ¿Sabría porqué estaba yo aquí? ¿Quién vino conmigo? ¿Cómo había yo sobrevivido? Tenía la esperanza de que él tuviera que hablar de estas cosas, y también del autodoc de Carlos Wu.

No hablamos gran cosa hasta sentarnos en una mesa frente a nuestros tragos. Ander no estaba interesado en la cocina local y ordenó un bife; nada de imaginación. Encontré tragapierna en el menú, anotada como una orden para dos. Je je.

–¿Qué pasó con la expedición de Greg Pelton? – pregunté.

–Se metió en la cabeza el planeta de antimateria. Mientras más pensaba en él, más necesitaba saber. Poco a poco incrementó sus preparativos, hasta que se enteró de ello un pequeño gobierno. Entonces todo se infló. Los proyectos del gobierno suelen lograr eso. Todo el mundo quiere intervenir; siempre se piensa que el dinero es infinito, y de pronto lo que ya era ciencia-ficción se transforma en fantasía.

»No sé si realmente Pelton sigue involucrado. La ONU tiene sondas en el sistema; sin embargo, el plan actual comporta una base en el planeta.

No pude evitar la carcajada.

–¡Oh, sí, seguro!

Él sonrió.

–Introduce un plato de metal en estasis, dentro de una esfera rodante también en estasis. Eso es antimateria, después de todo.

No lo decía en serio. También parecía divertido.

–Los funcionarios aman el hacer planes. No pueden culparte de un desastre si sólo planeas, y te puedes ganar un salario de por vida. Y yo no debería saber mucho de eso, Beowulf, y tú tampoco. Si un terrorista supiera dónde encontrar masa infinita o antimateria, las cosas se pueden poner difíciles.

–Y esa es la causa por la que no te dijeron que me encontraras para relatar el viaje -aventuré yo.

Ander sonrió otra vez. Luego dijo:

–Volvamos al trabajo. Conoces a los Exteriores. ¿Los consideras una amenaza?

–No.

Él esperó. Proseguí:

–Son frágiles. Metabolismo de helio en estado de superfluido, sin un esqueleto verdadero... En cualquier lugar que nosotros podamos considerar interesante para asentarnos, ellos no pueden vivir. No hay cuidado en...

–Tienen tecnología para soportar aceleraciones que a ti o a mí nos reducirían a una capa de neutrones.

–Casualmente, ése es el punto. Si así es, entonces, ¿porqué cumplen los contratos? Tienen naves que les permitirían escapar de cualquier obligación. Yo creo que lo tienen dentro de sus cerebros, Ander. Cumplen los contratos, mantienen las promesas. Son confiables.

No quedó satisfecho.

–¿Y los grogs? ¿Son peligrosos?

–Nej, por supuesto que lo son.

Él rió.

–¡Vaya, finalmente! ¿Y los kzinti?

–Seguro.

–Los titerotes. ¿Dónde se han ido?

–Donde les dé la gana -como se quedó esperando, proseguí-. ¿A las nubes de Magallanes, quizá? Pero no es lo más importante. Los exteriores pueden impulsar una nave o planeta instantáneamente a una velocidad cercana a la de la luz. ¿Pueden hacer eso los titerotes? ¿O tendrán que llamar a los Exteriores cuando deban cambiar de curso?

–O detenerse.

–Eso. Yo diría que ellos tienen el impulsor de los Exteriores. Lo han comprado, o lo han construido por sí mismos.

–O han lanzado un proyecto de investigación que haría lo que por ahora no pueden.

–Eh... Diablos.

Contratar a los Exteriores para que aceleren cinco planetas a ocho décimos luz, luego pensar cómo hacer para detenerlos. ¿Era eso tan riesgoso como sonaba? Comencé a creer que no lo era. No había nada peligroso en el camino de la flota titerote, y tenían miles de años por delante para resolver el enigma.

Ander siguió preguntando:

—¿Son una amenaza los titerotes?

Él había despertado en mí una tozuda urgencia por defenderlos.

—Ellos respetan los contratos.

—Son unos bastardos manipuladores, Beowulf. Tú sabes eso.

—Igual que los de la Brazo. Tu gente ha estado sobre mis narices desde que hube llegado a la tierra. ¿Sabes lo que Sharrol y yo tuvimos que hacer para poder tener hijos?

—El Control de Fertilidad te rechazó, supongo.

—Sí.

—¿Qué hicieron?

—Sharrol conocía a un tal Carlos Wu. Él tenía una licencia ilimitada para descendencia. Entonces llegamos a un trato, y yo me fui de viaje.

Él estaba aprendiendo sobre mí mucho más de lo que hubiera imaginado, a juzgar por su expresión. Intentó atenerse a lo que conocía.

—De viaje. ¿Has contactado a algún titerote durante ese período?

—No.

—¿Otros alienígenas? ¿Algunos que hayan comerciado con titerotes?

Eso me hizo sonreír.

—Soy una persona famosa entre los Kdatlyno...

Eran los rumores de una nave estelar de pasajeros.

Los conocía, y no los había olvidado en esos cuatro años. Nunca eran tan molestos como para distraer, excepto durante el despertar, y la mayoría eran demasiado tenues incluso para escucharlos; pero no se podían obviar, y uno siempre despertaba sabiendo dónde estaba.

También estaba la soledad.

Un campo sómnico no es exactamente un campo no-g: hay un balance que te mantiene más o menos centrado en la placa, evitando que flotes fuera del borde y caigas al suelo. Cuando estás compartiendo el lecho, ajustas dos balances -a la distancia que te parezca-, y de algún modo sientes la diferencia en la carne. Te rozas con la otra persona, girando en sueños; escuchas suspiros, otra respiración.

Nadie me ha rozado esta noche. Nadie respira sino yo, centrado en el campo sómnico. Me levanté sabiendo que estaba solo, en una estrecha cabina del Argos, yendo de Down a Gummidgy.

¿Cómo estaría Sharrol?

Ella se quedó en la Tierra; no puede viajar. Alguna gente no puede con el espacio. Eso fue en parte el problema. Si la quiero conmigo, sólo tengo que volver a Tierra y buscarla en la guía de cualquier cabina de transferencia.

Pero no quiero buscarla. No ahora. Nuestro pacto está firmado, y es inevitable; y hay algunas ventajas en dormir solo. Pensaré en ellas en un momento.

Encontré el interruptor del campo. Colapsó, depositándome suavemente. Me colé en un mono de caída azul marino -vistiéndome con cuidado debido a lo estrecho del espacio-, me peiné y salí.

Margo me saludó en el pasillo, fresca y acicalada, primorosamente enfundada en su uniforme de piloto. Su largo cabello oscuro flotaba tras ella, ondeando como si estuviera bajo el agua o en caída libre.

—Qué puntual. Justo llegaba a despertaros.

—Son sólo las nueve treinta. ¿Quieres que te linchen?

Ella rió.

–Les diré que fue idea tuya -cambió el tono-. No, de veras, Bey. Hace un mes, un sembrador estelar cruzó el sistema de Gummidgy. Voy a detener la nave un mes luz antes para permitirles verlo.

–Vaya, eso será estupendo -dije, entusiasmado-. Nunca vi un sembrador desplegando la vela.

–Te daré algo de tiempo; escoje un buen asiento.

–Correcto. ¡Gracias! – y me fui, sorprendido de mí mismo. ¿Desde cuándo siento entusiasmo por algo?

Margo -la capitana M. Tellefsen- debía aterrizar la Argos en Gummidgy esta tarde. Hemos pasado buena parte de sus horas libres conversando del viaje, dado que el Argos me recuerda a los cruceros de línea que yo solía volar hace unos siete años, antes de que Líneas Nakamura quebrara. Margo es una chica brillante, tan buena en el espacio como yo solía serlo. Y su sueldo debía ser alto: ese efecto de caída libre en su cabello era el truco más costoso que se le puede pedir a un *coiffeur*. No había máquina que pudiera imitarlo siquiera.

Gustos caros. Me pregunté porqué habría dejado la Tierra. Era bonita al estilo llanero; lo suficiente como para hacer fortuna en la tridi.

Quizá era que simplemente le gustaba el espacio. A muchos les gusta. Los ojos de esta gente suelen tener miradas distantes, soñadoras. He visto eso a veces en los verdes de Margo.

Sólo seis de los veintiocho pasajeros ocupaban el salón a tan temprana hora. Uno de ellos era un alienígena grande y bípedo, un escultor de contacto kdatlyno llamado Lloobee. Las sillas comunes eran pequeñas para él, por lo que se sentaba en una mesa, con sus grandes pies planos cepillando el piso y sus colosales brazos apoyados en sus peladas y córneas rodillas.

Los otros no humanos debían estar en sus cabinas. Los cuartos 14, 16 y 18 habían sido unidos y llenados a media altura con agua, para acomodar a un delfín. Su nombre era Pszzzz, o Bra-a-ack, o algún otro ruido por el estilo. Los oídos humanos no podían captar los tramos ultrasónicos del nombre, y no había garganta humana capaz de pronunciarlo debidamente, así que respondía al mote de Moby Dick. Iba camino de Wunderland, la siguiente parada de la Argos luego de

Gummidgy.

Había una pareja de grogs sésiles en el 22, y una manada de jeepers saltarines en el 24. La puerta intermediaria estaba sin llave, para permitirle a los grogs acceder a los jeepers, que eran su fuente de alimento. Lloobee, el kdatlyno, ocupaba el 20.

Encontré a Emil en el bar. Levantó un pulgar a modo de saludo, marcó un «Bodas de Sangre» para mí y aguardó en silencio que lo probara. El trago estaba bien, aunque yo tenía en mente atún y huevos.

Los otros cuatro pasajeros tomaban su desayuno en una mesa cercana, luciendo el aspecto falsamente saludable de quien sale de un autodoc; probablemente volvían de una resaca. Emil, por su parte, siempre se veía fresco y no se ponía beodo jamás, no importaba cuánto se echara al coletto. Era un jinciano, bajo y ancho, fuerte como un toro; programador de computadoras de vuelo de alto nivel, tenía el toque distintivo de hacer las preguntas acertadas cuando el resto hacía las erróneas y hacían volar los circuitos más costosos en sus propias narices.

—¿Qué hay? — dijo.

—¿Qué hay? — respondí-. Mira, te haré un favor. Sentémonos frente a la pantalla.

Me miró perplejo, pero se acercó.

El salón del Argos tiene un panel de imagen. Se mantiene apagado en el hiperespacio, por lo que se funde con la pared; pero lo ubicamos haciendo memoria de su posición y nos sentamos.

—¿De qué favor me hablas?

—Éste es el favor. Ahora tenemos los mejores palcos del salón. En breves minutos todo el mundo estará luchando por un lugar, porque Margo saldrá del hiperespacio para mostrarnos un sembrador de estrellas desplegando la vela.

—Caramba. Bien, te debo una.

—Estamos a mano. Tú me pagaste el trago.

Emil se mostró sorprendido, y me di cuenta de que había hablado en

tono demasiado cortante, como si no quisiera que nadie me debiera favores. Realmente era así, pero eso no era excusa para mostrarme grosero.

Marqué un desayuno para después del trago: filet de atún, huevos a la florentina y té fuerte. La cocina acababa de servirme cuando Margo anunció por el intercomunicador:

–Damas, caballeros, invitados, estamos deteniéndonos a cierta distancia de CY Acuario para que puedan contemplar un sembrador estelar que desplegó velas en el sistema de Gummidgy un mes atrás. Activaré la pantalla en diez minutos. Click.

Nos vimos rodeados en pocos segundos. El escultor kdatlyno se escurrió a mi lado, con sus rodillas protestando por la falta de espacio; la punta plateada del cuerno de su codo hacía peligrar mis huevos. Emil sonrió con un lado de su boca; yo hice un gesto de desagrado. Pero no podía quejarme: yo había escogido los asientos.

La pantalla latió. Se hizo el silencio.

Todo ente móvil a bordo del crucero estaba apretujado ahora alrededor de la pantalla del salón. El cuerno codal del kdatlyno clavó un pliegue de mi manga a la mesa. Lo dejé hacer. Al fin y al cabo no pensaba moverme, y se sabe que los kdatlynos son algo quisquillosos.

Estrellas. Mucho más brillantes que vistas a través de una atmósfera, pero muchos ya estábamos acostumbrados a ello. Busqué CY Acuario y encontré un cegador ojo blanco.

Lo vimos crecer.

Margo nos brindó una lenta expansión de la imagen del telescopio. El punto brillante fue creciendo hasta convertirse en un disco cuya luminosidad comenzó a molestar, pero ya no aumentó más. Los ojos de una nave no transmiten por encima de cierta cantidad de luz puntual. El disco se fue hinchando hasta colmar la pantalla, dejando ver ahora algunas áreas levemente menos luminosas justo por debajo de su superficie, dividiéndose, desapareciendo, cambiando en forma y tamaño, haciéndose más claras u oscuras según llegara la radiación a través del espacio. El núcleo de CY Acuario explotaba cada 89 minutos. Cada vez, la estrella se ponía más blanca y brillante, mientras las ondas de choque creaban erupciones en la superficie. Hombres y equipos registraban todo, para aprender más sobre las

estrellas.

La imagen osciló. Un filo curvo brotó en el espacio, trazando rizadas llamas de hidrógeno; el arco producido era del tamaño de algunos soles. La estrella salió del campo de visión del telescopio, y un punto incandescente que se movía lentamente ocupó su lugar. A medida que la vista se acercaba, el objeto tomó forma de huevo y ocupó el centro de la pantalla.

—El sembrador estelar -dijo Margo por el intercom. Había una fría autoridad en su voz-. Éste en particular aparenta ir de regreso hacia el núcleo galáctico, probablemente luego de dejar su huevo fertilizado cerca del final del brazo espiral. Cuando el huevo empolle, el retoño de sembrador hará su propio camino al núcleo, a través de cincuenta mil años luz de espacio.

El sembrador se movía rápido ahora, en línea recta según podía apreciarse, con una urgencia que contrastaba con la pausada voz de Margo. De pronto, supe lo que había hecho: nos había estacionado directamente en el camino del sembrador. Si éste era un típico exponente de su especie, se movería a cerca de 0,8 luz. La imagen del sembrador se movía apenas $1/5$ más rápido que el sembrador mismo, y ambos se acercaban a nosotros. Ella lo había preparado para que lo viéramos cinco veces más rápido de lo que realmente había sucedido.

Margo era toda una artista.

—...Se cree que al menos algunos huevos son enviados fuera de la galaxia, hacia las nubes de Magallanes, los clústers globulares o incluso Andrómeda. De esta manera los sembradores podrían colonizar otras galaxias, y así prevenir una explosión demográfica en ésta.

Había pequeños puntitos azules rodeando al sembrador ahora: reporteros de Down, venidos a Gummidgy para cubrir el evento cabalgando en sus naves de fusión.

—...Este espécimen tiene un kilómetro y medio de diámetro por dos y medio de longitud...

De pronto caí en la cuenta. ¿Qué demonios estaba mirando el kdatlyno? No tienen ojos; sólo ese sentido de radar que les informa de los bultos que lo rodean, de modo que en lugar de la pantalla sólo vería una pared en blanco.

Me di vuelta. Lloobee estaba mirándome *a mí*.

Pero... claro. Lloobee era un artista subsidiado por el gobierno de Kdat, para venderles esculturas de contacto a humanos y kzinti y así hacer que ingrese dinero a las cuentas de su mundo. Finagle sabía que no había gran cosa que comerciar aún allí... Ellos habían sido esclavos hasta que los liberamos de los kzinti, pero ahora intentaban industrializarse.

No parecía un artista. Más bien parecía un monstruo. Esa piel de dragón hubiera detenido una cuchillada. Cuernos engarzados en plata salían de sus codos y rodillas, y sus enormes manos -aunque similares a las humanas- poseían púas retráctiles en los nudillos. Ésas púas no estaban adornadas con plata, pero habían sido afiladas y brillaban con esmero. Eran manos de estrangulador, no de escultor. Sus brazos eran enormes, aún para sus tres metros de altura: sus manos colgaban a la altura de sus rodillas cuando estaba de pie.

Pero era su cara lo que proporcionaba el toque de pesadilla. Sin ojos, sin nariz, marcada sólo por el trazo de una boca como hecha a cuchillo y, por encima de ella, una zona cubierta por piel tirante como el parche de un tambor. Ese tímpano estaba enfocado en mí; Lloobee memorizaba mi cara.

Me di vuelta hacia la pantalla cuando el sembrador comenzaba a desplegarse.

Parecía que iba a durar una eternidad. El gran huevo onduló; su superficie se encrespó y comenzó a expandirse. Rodeaba el sol en la imagen; luminoso de un lado, negro del otro. Se hizo más grande y asimétrico... y lentamente, muy lentamente la vela se liberó. Fluyó como la cola de un cometa, y luego se llenó, tomando el aspecto de un paracaídas plateado con cuatro obenques apuntando al sol. En el encuentro de los obenques había un pequeño nudo.

Así es como viajan. Un sembrador de estrellas pasa la mayor parte de su tiempo compactado en forma de huevo, cruzando la galaxia por su propio impulso. Pero inevitablemente llega un tiempo en que tiene que cambiar de curso; entonces desenvuelve su vela: un espejo plateado más delgado que la pintura de un auto barato, pero de miles de kilómetros de diámetro. Una cruz más gruesa, que cruza la tela, es el cuerpo viviente del sembrador. En el nudo que reúne los obenques y conforma el disco hay más materia viva: los músculos que controlan la

actitud de la vela y la cámara que contiene el huevo, que es fertilizado en el núcleo de la galaxia y liberado en el borde.

Al soltarse la vela, nadie respiraba en el salón. Cuando se expandió llenando la pantalla, osciló hacia nosotros. Un punto blancoazulado cruzó frente a ella: uno de esos reporteros de mierda, apenas visible ahora. En poco rato la vela estaba completamente inflada por la presión de la luz de la estrella, y tornaba hacia fuera, levemente arrugada en uno de sus bordes para obligar al giro.

–Y eso es todo, señoras, caballeros e invitados. Haremos un corto salto hiperespacial hacia el sistema de Gummidgy y luego proseguiremos por el espacio normal. Tomaremos tierra en dieciséis horas.

Hubo un suspiro colectivo. El escultor de Kdat levantó su codo, liberando mi manga, y se alzó, increíblemente enhiesto.

¿A qué se parecería su próxima obra? Imaginé un grupo de rostros humanos con expresiones de asombro e incredulidad, los músculos tensos y las espaldas arqueadas hacia delante, pugnando por ver mejor... un muro plano. ¿Se habría enterado Lloobee por anticipado del paso del sembrador? Estaba seguro de ello.

La mayoría de los espectadores se había retirado ya, a pesar de que el sembrador de estrellas era todavía visible. Mi té se había enfriado. Habíamos estado mirando por espacio de una hora, aunque no parecieron ser más de diez minutos.

–¿Cómo te ha ido con la capitana Tellefsen? – habló Emil.

Lo miré, sorprendido.

–Un rato antes la llamaste Margo, creo.

–Oh, eso... Nunca lo intenté realmente, Emil. ¿Qué podría ella ver de bueno en un spaciano?

–Mmm... Aquella chica debe haberte herido mucho.

–¿De qué chica hablas?

–Se la ve a través de tu cráneo, Bey. Nada que me interese, supongo.

Me miró de arriba abajo, y tuve la incómoda sensación de que mi

cráneo era de veras transparente.

–¿Qué podría Margo ver en ti? – continuó-. Un espaciano, por supuesto. Dos metros diez de altura, noventa y cinco kilos... algo así, ¿no? Pelo blanco, ojos rojo sangre. Piel oscurecida por píldoras de melanina, como la de todos nosotros. Pero tú debes tomar más píldoras que ninguno.

–Lo hago. Y no me vengas con que no te importa.

–¿Era un secreto?

–No me hagas reír. ¿Cómo ocultarías tú el hecho de que eres un albino? Bueno, ésa es la mitad del problema. ¿Sabes que el Control de Fertilidad no acepta a los albinos como potenciales reproductores?

–La tierra no es el mejor lugar para criar niños, de todos modos. Una vez llanero, siempre llanero.

–Yo me enamoré de una llanera.

–Lo siento. Discúlpame.

–Ella también me ama aún; al menos, eso creo. Pero no puede dejar la Tierra.

–Muchos llaneros no soportan el espacio; algunos de ellos ni siquiera lo conocen. ¿Pensaban tener hijos?

–Sí.

En silenciosa respuesta, Emil discó por dos «Bodas de Sangre». En silencioso agradecimiento, levanté mi copa en brindis y bebí.

Era un asunto tan sencillo, como rara vez se daba entre un hombre y una mujer. Sharrol no podía dejar la Tierra. Allí había nacido y moriría, y allí tendría sus hijos.

Pero la Tierra no me dejaría tener hijos a mí. No importaba que el cuarenta por ciento de la población de Lo Conseguimos fuera albino. Tampoco que esa deficiencia se curara por la simple ingesta de pastillas de melanina, las mismas que cualquiera -salvo un auténtico maorí- había de tomar en ocasión de visitar un mundo con un sol más brillante que el Sol, como era el caso de CY Acuario.

La Tierra tenía que restringir su fertilidad, para mantener la población en unos cómodos dieciocho mil millones -para un llanero, eso es lo cómodo-. Por eso negaban a los «diferentes» el derecho a tener hijos: paranoídes, deficientes mentales, criminales, muy feos... y a Beowulf Shaeffer.

—¿No deberíamos estar saltando ya? – comentó Emil.

—Eso es asunto del capitán -respondí.

La mayoría de los que habían presenciado al sembrador de estrellas estaban ahora desperdigados por las mesas del salón, dado que los cubículos dormitorio producen claustrofobia. Comenzaron a formarse las mesas de bridge, las pantallas lectoras salieron de sus alojamientos en las paredes y el tintineo de los vasos llenó el ambiente. Tomé mi copa, pero para mi sorpresa, la sentí demasiado pesada para alzarla.

Entonces me desmayé.

Me levanté, pensando: «Caramba, no pudo estar tan fuerte el trago».

Pero todos los demás estaban despertando, también. Algo nos había noqueado al unísono. Eso significaría que... ¡la nave estaba sin piloto!

Salí corriendo todo lo rápido que pude -o sea, a los tumbos- rumbo al puente.

La puerta de la cabina de control estaba abierta, lo que no es buena costumbre. Estiré el brazo para cerrarla, pero cambié de opinión al darme cuenta de que en lugar de picaporte y cerradura había un lindo agujero del tamaño de mi mano, perfectamente cortado.

Margo yacía derrumbada sobre la silla. Palmeé sus mejillas hasta que se rebulló.

—¿Qué pasó? – quiso saber.

—Nos han dormido a todos. Deben haber usado gas; los cañones aturdidores no funcionan en el vacío.

—¡Diablos! – boqueó ella.

Señaló el panel de control. Otro agujero, tan limpio como el de la puerta, ocupaba el lugar del radio de hiperondas.

–Ya veo -dije-. Nos han abordado, y no le podemos avisar a nadie. ¿Y ahora qué?

–¿Cómo...? – tocó el agujero con los dedos.

–Un desintegrador esclavista, supongo. Es una herramienta para excavar. Proyecta un rayo que suprime la carga del electrón, por lo que la materia se deshace. Si fue eso, hallaremos el polvo en los filtros de recirculación de aire.

–Había una nave -recordó ella-, una nave grande. La detecté apenas terminé con el sembrador. Estaba dentro del radio límite de masa; no podía pasar al hiperespacio hasta que se fuera.

–Me pregunto cómo nos encontraron... -pensé en otras cuestiones, pero las dejé pasar, a todas menos a una-. ¿Qué nos falta? Mejor revisemos.

–Eso es lo que no entiendo. No tenemos nada que sea fácil de reducir. El instrumental para la base es costoso, pero no sirve para el mercado negro... -se levantó-. Tengo que ir a la bodega.

–Ahórrate el trabajo. ¿Dónde tienes el medidor de masa de la carga?

–Oh, por supuesto -lo encontró entre los diales-. Está igual. Nada falta... A menos que hayan reemplazado lo que se llevaron con masa equivalente.

–¿Para que no nos diéramos cuenta de que estuvieron aquí? Tonterías.

–Pero... entonces, no se llevaron nada.

–Quizá algo del equipaje personal. El medidor de masa del sistema de vida no puede medirlo; los pasajeros se mueven. Tendrías que pretender que todos tuvieran la cortesía de quedarse quietos durante todo el maldito viaje en prevención de que algún pirata... ¡Espera!

–¿Qué pasa?

Estudié la idea y me pareció razonable.

–Te apuesto diez a uno a que se han llevado a Lloobee.

–¿A quién?

–El famoso y valioso escultor kdatlyno. El tercer kdatlyno en la historia en dejar su planeta natal.

–¿Uno de los ET?

Cielos... Salí disparado.

Lloobee era el botín perfecto. Siendo un artista alienígena de renombre, y estando bajo la protección de la Tierra, el rescate podría ser cuantioso. Como rehén, su valor sería igualmente alto. No requería equipo especial de soporte de vida; los kdatlyno pueden respirar el aire terrestre. Su dieta admite unas cuantas proteínas del espacio humano y su cuerpo responde al gas anestésico.

Lloobee no estaba en el salón, y su cabina estaba vacía.

Sin Lloobee y sin hiperonda, el Argos se dirigió a Gummidgy a velocidad normal. Normal significa a máxima velocidad; hay pocas razones buenas para demorarse en el espacio. Nos tomó seis horas de hiperimpulso alcanzar el borde del pozo de gravedad de CY Acuario; allí cambiamos al espacio normal y a la impulsión gravitatoria.

Margo llamó a Gummidgy via lasercom tan pronto salimos del hiperespacio; para cuando tomáramos tierra -a las tres de la mañana en tiempo de la nave; al mediodía en el planeta- la noticia llevaría diez horas corriendo.

Yo me había retirado al camarote -igual que la mayoría- para pescar algo de sueño; pero una hora antes del aterrizaje ya estaba en el salón, viendo el proceso de acercamiento.

Emil no quería mirar, sino conversar.

–¿Te has enterado? Los secuestradores han llamado a la base hace un par de horas.

–¿Qué han dicho?

–Quieren diez millones de estelares y un contrato, antes de liberar al

kdatlyno. Ellos también... -Emil estaba indignado por el descaro de los captores-...también advirtieron que el kdatlyno no puede comer de lo que tienen, y que no poseen ningún alimento de Kdat.

-Deben estar locos. ¿De dónde quieren que saque la base tanto dinero en tan poco tiempo?

-Ése no es el problema. Si la base no tiene lo suficiente, puede pedir prestado a los cazadores privados, estoy seguro. Incluso hay allí un grupo de ellos, en su propio yate. Lo que me irrita es el contrato.

Gummidgy era azul sobre azul, bajo una deshilachada capa de blanco. Una luna diminuta se veía apenas tras el horizonte. Era muy parecido a la Tierra, pero no tenía ninguno de los signos que distinguen a ésta del resto de los planetas: ni el brillo de las ciudades en el lado nocturno, ni el abigarrado trazado de las autovías en el diurno. Un bonito planeta, visto desde la órbita. Intacto. Sin cabinas de transferencia, sin clubes nocturnos, sin tridi (excepto viejas cintas, y por un solo canal). Intacto.

Prestando atención sólo en parte a la conversación, comenté:

-Alégrate de que hayan propuesto un contrato; de otro modo, tal vez debiéramos traerlo de vuelta, ya muerto.

-Parece que no sabes mucho de los kdatlynos.

-Eso crees tú -respondí, algo ofendido.

-Los raptos lo conseguirán, ya sabes. Cobrarán los diez millones, soltarán a Lloobee, y tendrán también su contrato de inmunidad. Sin represalias, sin publicidad. ¿Tienes idea de lo que pensarán los kdatlyno al respecto?

-Supongo que se alegrarán de tener de regreso a su segundo mejor escultor.

-A su *mejor* escultor, dirás.

-Hrodenu es el mejor.

-Bien, eso no importa. Lo que sí importa es que se preguntarán porqué no hemos tomado desquite por el insulto hecho a Lloobee. Se preguntarán cómo haremos para vengar tamaña afrenta. Y cuando

caigan en la cuenta de que no haremos nada...

–Continúa.

–...la culpa de ello caerá sobre toda la raza humana -concluyó-. ¿Sabes lo que pensarán los kzinti?

–¿Y qué importa lo que piensen los kzinti?

Resopló. Bien, ahora de seguro me tratará de patriotero.

–¿Por qué no lo olvidas? – reclamé-. No podemos hacer nada al respecto; el asunto depende de la policía militar de la base.

–No depende de nadie. La policía militar de la base no posee naves.

Nunca he tenido mucho tacto. En ese momento debí haberme tragado la lengua, pero sin embargo dije:

–La policía no necesita una nave. Quien haya raptado a Lloobee aterrizará en algún lugar.

–El mensaje llegó por hiperonda, ¿entiendes? Quien lo haya enviado está fuera del pozo de gravedad del sistema.

–Quien lo haya enviado, probablemente ha... -me estaba luciendo-. Pero tiene que haber aterrizado en algún sitio. Un kdatlyno necesita un montón de espacio, un espacio que pueda sentir. Lanza un silbido supersónico y monotonal constantemente, y cuando el rebote llega al tímpano que tiene sobre la boca, siente lo que lo rodea. En un crucero de pasajeros como éste puede sentir los pasillos de todo el barco. Detecta los conductos de acceso detrás de las paredes, y los cuartos y armarios a través de las puertas.

»Pero ninguna otra nave más pequeña les sirve. No estarás pensando que los secuestradores robaron un crucero para el trabajo, ¿verdad?

–Te debo una disculpa -dijo Emil-. Pareces saber bastante acerca de los kdatlyno.

–Acepto tu disculpa. Entonces, es claro que han aterrizado. ¿Dónde lo harían?

–Debe ser en algún asteroide -respondió-. Pero no lo creo. Gummidgy

es el único cuerpo planetario del sistema. Mira allí abajo.

Tras el cristal, uno de los océanos de Gummidgy se veía pasar por debajo de la nave. Era el mayor, que cubría un tercio de la superficie del planeta.

–Ése es el mar Circular. Redondo como una moneda de diez estelares. Un gran asteroide debe de haber golpeado aquí cuando Gummidgy atravesaba el sistema, frenándolo en seco, o poco menos. Todas las otras rocas del sistema están lo suficientemente cerca del sol como para estar medio fundidas.

–Bien, de acuerdo. ¿Podrían haber construido su propia estación espacial, o conseguido alguna prestada? – sugerí-. Muy dudoso, ¿no crees? Por lo tanto, están aquí, en Gummidgy -concluí contento, y esperé por los aplausos.

Emil asentía con la cabeza, lentamente, arriba y abajo. De repente se puso de pie.

–Preguntémosle a la capitana Tellefsen.

–Espera, espera un momento. ¿Qué quieres preguntarle?

–Pues qué tan grande era la nave. Ella la vio, ¿no es cierto? Sabrá si era un crucero.

–Siéntate. Esperaremos a tomar tierra, luego veremos a la policía militar. Entonces, ellos interrogarán a Margo.

–Pero ¿porqué hacer eso?

Aunque con algún retraso, me estaba tornando prudente al fin.

–Confía en mí. Asume que soy un genio.

Me lanzó una mirada singular, pero resolvió sentarse.

Mas tarde, una vez en tierra, hubimos de favorecer a la policía con nuestras apreciaciones. Ya han interrogado a Margo respecto a la nave. Era bastante más pequeña que el Argos... Era del tamaño de un gran yate.

-No van a hacer nada -dijo Emil cuando salíamos del Ayuntamiento.

-No puedes culparlos -le dije-. Supón que supiéramos exactamente dónde está Lloobee. ¿Entonces qué? ¿Entramos a la carga con los láseres disparando, aún arriesgándonos a que él reciba una andanada?

-Claro que sí. Eso es lo que los kdatlyno esperan de nosotros.

-Lo sé, pero esa no es la forma en que yo lo haría.

Emil, con la cabeza caída sobre su pecho, sumido en sus pensamientos, habló lentamente, como si escogiera con cuidado las palabras:

-Podríamos investigar qué nave lo trajo aquí. No puedes disimular un aterrizaje; el motor gravitatorio dejaría huellas en los indicadores del espaciopuerto.

-Seguro.

-Podría incluso estar aquí, en la base. Hay mucho movimiento de naves.

-La mayoría de las naves de la base no tienen hiperimpulso.

-Mejor. Podremos descubrirlos no importa dónde hayan aterrizado -alzó la cabeza-. ¿Qué esperamos? Echemos un vistazo a los registros del espaciopuerto.

Era perder el tiempo, pero no le dije nada. Me pegué a él.

No cerraban los tiempos.

Desde donde lo secuestraron, cualquier nave del espacio conocido habría demorado seis horas para alcanzar el punto de fuga al hiperespacio. De haber saltado antes, el sistema completo de CY Acuario hubiera caído en el agujero.

En nuestro caso, nos tomó diez horas el viaje a Gummidgy por espacio normal. El motor de fusión y el gravitatorio combinados nos dieron cinco ges de aceleración; cuatro de ellas compensadas por el campo interno de la nave. CY Acuario es una estrella caliente, y si Gummidgy no estuviera en la periferia del sistema, sería roca hirviente. La nave

más rápida de la que tuviéramos idea viajaba a 20 ges...

–...y lo traería aquí en cinco horas, lo que da un total de once -decía Emil-. En cambio, si el viaje se hiciera a una gravedad...

–...tardaría demasiado -cerré yo-. Lloobee habría enloquecido. Ellos deben saber algo sobre los kdatlyno. De hecho, apostarí a que están mintiendo respecto a que no tienen comida para él.

–Es posible. Ok, asumamos que su nave es al menos tan rápida como el Argos; eso nos deja con cinco horas faltantes, ¿no?

–Diecinueve naves...

En los registros de tiempo se las anotaba de acuerdo a la clase. Eliminamos a las quince que no tenían hiperimpulsores, y quitando el Argos eso nos dejaba tres. Taché al *Banana Preñada* porque era un carguero guiado por computadora, diez ges sin campo compensador, y también al *Golden Voyage*, una nave de pasajeros más pequeña que el Argos, con propulsión de un g.

–Éste promete -dijo Emil-. El *Paseo del Ebrio*. Hey, ¿recuerdas los cazadores que te mencioné, en su propio yate?

–Sí. Conozco ese nombre...

–Bueno, ése es el yate, el *Paseo del Ebrio*... ¿qué dijiste?

–El dueño del yate es Larchmont Bellamy. Lo conocí una vez, en la casa de Elefante.

–Prosigue.

Para entonces era demasiado tarde para frenar mi lengua, aunque no lo sabía todavía.

–No hay mucho que decir. Elefante es un amigo mío, un llanero; tiene amigos por todo el espacio conocido. Una tarde, a la hora del Martini, Bellamy estaba allí, invitado con una mujer llamada... aquí está: Tanya Wilson. Está en la misma partida de cacería. Tiene la edad de Bellamy.

–¿Cómo es Bellamy?

–Tiene trescientos años, y no es broma. Cuando lo vi tenía la piel tatuada como un tablero de ajedrez y una cresta estilo Cinturón, color rosa furioso. Se expresaba bien. Viejos chistes, pero bien contados, y algunos nuevos también.

–¿Secuestraría ese tipo a un kdatlyno?

Tenía que pensarlo.

–Puede ser. No es xenófobo; los alienígenas no lo asustan, pero no le caen bien. Recuerdo que decía que deberíamos exterminar a los kzinti de una vez por todas. Pero no necesita dinero, según creo.

–¿Lo haría por pasar el rato?

Bellamy. Espesas cejas rosas sobre ojos de mirada profunda. Su voz mimética, su constante impasibilidad, aún en el remate de un chiste. Me pregunté si sería una pose. En trescientos años habría escuchado el mismo chiste muchas veces, habría contado la misma historia de diferentes maneras, modificaría su política reiteradamente para coincidir con el cambiante universo... ¿Era impasible porque ya no le importaba nada? ¿Qué tan aburrido se puede estar a los trescientos años?

¿Cuántas veces puede uno cambiar de moral sin perderla por completo? Bellamy ya había nacido cuando aquel laboratorio bioquímico jinciano produjo la esencia. A sus dieciocho años, los bancos de órganos eran la única llave para prolongar la vitalidad, y la vida de un criminal no valía un céntimo. Cuando los kzinti eran la única civilización extrasolar conocida y una espantosa amenaza, él tenía veintiuno. Hoy en día la civilización incluía a los humanos y a nueve formas de vida alienígena, y la mitad de los trabajos de bioquímica y psicoterapia publicados versaban sobre rehabilitación criminal.

¿Cómo afectarían los principios morales de Bellamy a Lloobee? Si no pudiera «raptar» a un kdatlyno, se «robaría» uno?

–Haz tus propias deducciones; no lo conozco mejor que tú -dije.

–Bueno, será útil asegurarse...

Emil se inclinó sobre los registros.

–Demonios, han aterrizado a un tercio de planeta de distancia de aquí... Bien, hemos de rentar un auto.

–¿Eh?

–Vamos a necesitar un auto -vio que yo me quedaba atrás-. Para llegar allá. Para ver si han sacado a Lloobee. Tú sabes, el kdatlyno...

–Entiendo. Bien, adiós y buena suerte. Si te preguntan quién te envió, por amor de Finagle, no me menciones.

–Eso no serviría -dijo Emil, en tono firme-. Bellamy no me conoce y no me recibirá.

–Aparentemente no he sido claro antes. Intentaré explicártelo. Aunque supiéramos quiénes son los secuestradores, que no es el caso, ¡aún no podríamos entrar a la carga, con los láseres disparando!

Pero él sacudió la cabeza.

–Ahora es distinto. Esos tipos tienen una reputación que cuidar, ¿entiendes? ¿Qué sucedería si todo el espacio humano supiera que han raptado a un kdatlyno?

–No estás pensando correctamente. Aunque todo el mundo en Gummidgy supiera la verdad, los piratas sólo tendrían que cambiar el contrato, agregando una cláusula de confidencialidad reforzada por un castigo monetario.

Emil dio una palmada en la mesa que rebotó en las paredes.

–¿Nos vamos a quedar aquí sentados mientras nos roban? ¡No le haces honor a ese nombre de héroe que tienes!

–Mira, te lo estás tomando... ¿Qué has dicho?

–¡Tu nombre! Beowulf debe estar revolviéndose en su tumba en estos momentos.

–¿Qué Beowulf?

Emil se puso de pie, lo que nos puso frente a frente y me permitió ver su boqueo de disgusto.

–Beowulf fue el primer héroe épico de la literatura inglesa. Mató monstruos a mano limpia, y lo hizo para ayudar a personas que ni siquiera pertenecían a su propio pueblo. Y tú... -se dio vuelta-. Voy tras de Bellamy.

Estuve sentado ahí por lo que me pareció un largo rato. Cualquier rato se hace largo, si uno tiene que decidir algo y no lo consigue. Probablemente no fuera más de un minuto, pero Emil estaba fuera de la vista cuando corrí afuera en su busca.

Le grité al empleado que nos había facilitado los registros.

–¡Oye! ¿Dónde se alquilan autos por aquí?

–Rentas Públicas. Marca catorce en la cabina de transferencia y luego camina una cuadra al este.

De modo que la base sí tenía cabinas. Encontré una, pagué de mi dinero y marqué el catorce.

Eso me ofreció la primera oportunidad de echar una mirada a la base. No había mucho que ver; sólo algunos edificios, la mitad de ellos semipermanentes -la base sólo tenía cuatro años de instalada-. Por encima de todo, el punto brillante que era CY Acuario se veía como una amplia mancha de color blanco desvaído, al ser esparcido su brillo actínico por el domo climático. Se veía poca gente, todos teñidos de oscuro para protegerse del salvaje aunque invisible ultravioleta. La mayoría llevaba las gafas colgando del cuello.

Es todo lo que pude apreciar mientras corría una cuadra a toda velocidad.

Cuando lo alcancé, jadeando, él estaba ya entrando a un auto.

–¿Has cambiado de idea?

–No, pero... uff... tú vas a cambiar las tuyas. ¡Fiu! Con el mal talante que tienes, querrás volar derecho al... campamento de Bellamy y... decirle que es un piojoso pirata. Ufff... Si estás equivocado... te romperá la cara, y si... aciertas, él se reirá de ti... o te asesinará.

Emil entró en el auto.

–Si lo que buscas es discutir el punto, entra y discútelo aquí.

Así que subí. Recuperé la respiración a poco.

–¿Te lo meterás en esa cabezota? Tienes tu vida que perder, y nada que ganar. Te diré porqué.

–Tengo que intentarlo al menos, ¿no? Ajusta tu red de seguridad.

Lo hice. La malla es delgada como hilo de empaque y no mucho más fuerte, pero te salva la vida. Cualquiera jalón brusco sobre la red activa el campo de choque, que te envuelve y protege del impacto.

–Si aún piensas en buscar a los raptos -dije-, ¿porqué no aquí mismo? Hay chance de que Lloobee esté en algún lugar de la base.

–Tonterías -dijo, mientras encendía los propulsores y despegábamos-. El yate de Bellamy es el único que encaja.

–Hay otro que encaja: el Argos.

–Ponte las gafas; atravesaremos el domo. ¿Qué dices del Argos?

–Piénsalo detenidamente. En primer lugar, alguien a bordo del Argos plantó la bomba de gas. ¿Por qué esa misma persona no podría haber amordazado o dormido a Lloobee, y luego esconderlo hasta tomar tierra?

–¡Por las bolas de Finagle! ¡Puede estar aún en el Argos! No, ya no, lo han revisado...-Emil echaba fuego por los ojos.

Entonces atravesamos el domo climático. CY Acuario, hasta ese momento un parche blancuzco, se transformó por un instante en un pequeño y brillante foco de agonía. Luego, una pequeña área en los lentes de las gafas se ennegreció para interponerse al sol.

–Tendremos que revisar eso luego -dijo Emil-. Pero podemos llamar al Ayuntamiento y decirles que uno de los secuestradores viajaba en el Argos...

Pero no pudimos: donde debía estar el radio aparecía un limpio agujero cuadrado.

Emil se palmeó la frente; teniendo en cuenta su fuerza de jinciano, es

un milagro que haya sobrevivido.

–Lo he olvidado... Los radios no funcionan en Gummidgy. Hay que usar un lasercom y hacer rebotar el haz en alguna estación orbital.

–¿Tenemos un lasercom?

–¿Acaso ves alguno? Tal vez dentro de diez años a alguien se le ocurra ponerlos en los autos, pero... Bien, lo haremos después.

–Eso es ridículo. Vayamos ahora.

–Primero veremos a Bellamy.

–Yo no iré.

Emil sonrió. Por supuesto, estaba en lo cierto; había sido un comentario inútil. Yo sólo tenía tres caminos:

Pelear con un jinciano.

Apearme y caminar hasta casa. Pero debíamos estar a mil seiscientos metros de altura, y la base había quedado muy atrás.

Visitar a Bellamy -un viejo amigo- y echar una discreta mirada alrededor mientras estuviéramos ahí. En realidad, habría sido descortés no ir a visitarlo. Incluso habría sido tonto no caerse por allí y saludarlo, aprovechando que estábamos en el mismo planeta.

Verdaderamente lo pensé bastante.

–Hazme un favor -dije-. Déjame llevar el peso de la conversación. Tú puedes actuar como uno de esos tipos grandotes que sonríen por cualquier cosa.

–De acuerdo. ¿Qué le dirás?

–La verdad. Bueno, no toda la verdad, pero algo de ello.

Las cuatro horas de viaje pasaron rápidamente. Había un mazo de naipes y un block de anotaciones en la guantera. El auto avanzaba suave y silenciosamente contra una pared de aire a Mach 4, elevándose en una oportunidad para sobrepasar una cadena de

jóvenes montañas.

–¿Sabes volar en auto?

Lo miré sobre mis cartas.

–Por supuesto.

La mayoría lo hace. Todo planeta tiene sus áreas salvajes, y no es rentable el esparcir cabinas de transferencia a través de un bosque, sobre todo si éste no recibe más de una veintena de turistas al año. Si uno está harto de la civilización, el único modo de viajar es hacer una transferencia al linde de un parque planetario y luego rentar un auto.

–Me alegro. Por caso de que me pongan fuera de combate.

–Ahora es tu turno de animarme -dije.

Levantó su cabeza hacia mí.

–Si te sirve de ayuda, creo que ya sé cómo el grupo de Bellamy encontró al Argos.

–Continúa.

–Fue a causa del sembrador de estrellas. Mucha gente debe haber sabido de ello. Incluso Margo; tal vez le contó a alguien que detendría la nave y permitiría a los pasajeros echar una mirada.

–No es de mucha ayuda. Ella tenía mucho espacio donde detenerse.

–¿Eso crees? Piénsalo. En primer término, Bellamy no habría tenido problemas en saber cuándo la nave alcanzaría el sistema de Gummidgy.

–Correcto -sólo hay una velocidad en el hipervuelo.

–Eso significa que Margo debía detenerse dentro de cierta esfera de espacio para tomar la imagen del sembrador desplegando las velas. Además, al fin de observar todo el proceso en el tiempo mínimo, ella tenía que detenerse justo al frente del sembrador. Eso la localiza con toda precisión.

–Debió haber un margen de error.

Emil se encogió de hombros.

–Media hora luz por lado, como mucho. Todo lo que Bellamy tuvo que hacer fue esperar en el lugar correcto. Tuvo toda una hora para maniobrar hacia el Argos.

–¡Bravo! – dije, porque había cosas que no quería que supiera todavía-. Puede haberse hecho de ese modo, es correcto. Sólo quisiera mencionar un detalle.

–Adelante.

–Insistes en decir «Bellamy hizo esto» y «Bellamy hizo aquello». Aún no sabemos si él es culpable, y te agradecería que lo tengas presente. Recuerda que es el amigo de un amigo; no empieces a tratarlo como a un criminal hasta que estemos seguros de si lo es.

–De acuerdo -dijo Emil, aunque a regañadientes. Para él, Bellamy era el secuestrador.

Pero podían asesinarlos a ambos si no mantenía la boca cerrada.

En el último minuto tuve un respiro. Fue sólo por un malentendido de Emil, pero uno jamás rehusa un regalo de los dioses.

Habíamos cruzado seiscientos o setecientos kilómetros de veldt: una sabana de pastos verdiazules, con rebaños pastando a intervalos amplios. Los animales dejaban una zona limpia de pasturas -o lo que fuera; no pudimos verlos de cerca- de color más claro. Luego hubimos de elevar la cota para superar un bosque; no era el típico verde tristón de los bosques nativos del espacio humano, sino un bullicio de colores: parches escarlata, verde, magenta, amarillo. Estos últimos estaban moteados de púrpura intenso.

De este lado del bosque estaba el campamento de caza. Su diseño alienígena, en ese ambiente verdiazul de la sabana, molestaba a los ojos como un nudista en una convención de sastres. Una tienda burbuja de plástico traslúcido -del tamaño de una mansión- dominaba la escena; la serie de surcos que rompían la lisura de su superficie revelaban las particiones del espacio interno. Una diminuta figura estaba sentada fuera del acceso, y alzó la cabeza al escuchar el quiebre de la barrera sónica al bajar nuestro auto la velocidad.

El yate estaba a cierta distancia. Era un velero de playboy, alegremente pintado de naranja brillante y decorado con detalles en colores discordantes. Algunos de los detalles parecían tener significado. Bellamy no me había impresionado como el tipo de sujeto que se compraría tal yate. Sin embargo, ahí estaba la nave, apoyada en tres patas de aterrizaje con patines en forma de pala, su proa apuntando a lo alto, hacia nosotros.

El yate se veía algo ridículo. El casco demasiado grueso y las patas tan anchas hacían que los prácticos motores de posición de la proa semejaran las burlonas ventanas de una nariz. En una nave esbelta, con afiladas aletas de sustentación, ese trabajo de pintura hubiera quedado pasable, pero el rechoncho *Paseo del Ebrio* parecía un payaso.

El campamento se escurrió debajo de nosotros; aún nos movíamos a Mach 2. Emil hizo dar al auto una amplia curva mientras decelerábamos y reducíamos la cota. Cuando sobrevolábamos por segunda vez, Emil comentó:

–Bellamy se ha molestado bastante para esconderse... Oh, no.

–¿Qué pasa?

–El yate. No es lo bastante grande. La nave que describió la capitana Tellefsen era del doble de tamaño.

Un regalo de los dioses.

–Oh, no lo sabía. Bien, eso deja afuera a Bellamy, ¿no crees?

–Vamos. Dime que soy un idiota.

–No lo haré. ¿Porqué regocijarme por un tonto error? Además yo hubiera tenido que hacer este viaje de todas formas, en algún momento.

–Supongo que eso significa -suspiró Emil- que hemos de ver a Bellamy antes de volvernos.

–Por amor de Finagle, Emil. Ya estamos aquí, ¿no es verdad? Ah, una cosa: no le cuentes a Bellamy el motivo por el que vinimos. Podría ofenderse.

–Y decidir que soy un imbécil, y estaría acertado. No te preocupes, mantendré la boca cerrada.

Las hierbas que cubrían el veldt resultaron ser helechos altos hasta la rodilla, lo bastante secos como para crujir bajo nuestros pies. El verdiazul del follaje de las plantas se aclaraba en los tallos. No era extraño que los hervíboros dejaran rastros claramente visibles desde el aire. Tampoco me extrañaría ver carnívoros siguiendo esos rastros.

La figura con gafas sentada en el acceso de la tienda limpiaba un fusil de dardos. Lo cerró mientras descendíamos del auto, y ahora lo cargaba con anestésicos de tres centímetros de largo. Conocía esas armas. Los dardos podían dispararse en forma individual o en ráfagas de veinte por segundo, y los químicos se disolvían en cualquier cosa que pareciera sangre. Generalmente el mismo tipo de dardo era útil contra cualquier forma de vida de un mundo dado.

No se molestó en acercarse a nosotros mientras nos aproximábamos. Tampoco en bajar el arma.

–Hola -dijo, con regocijo-. ¿En qué puedo ayudarles?

–Bueno, nosotros...

–¿Beowulf Shaeffer?

–Sí. ¿Larch Bellamy?

Se levantó entonces.

–No puedo reconocer a nadie en este maldito planeta. Con esas gafas en el rostro y todos del mismo color, uno tiene que estar en cueros para que lo ubiquen, y aún entonces sólo las mujeres lo harán. ¿Qué demonios estás haciendo en Gummidge, Bey?

–Te lo contaré luego. Larch, éste es Emil Horne. Emil, te presento a Larch Bellamy.

–Es un placer -dijo Bellamy, sonriendo como si de veras lo fuera. Pareció que su sonrisa intentaba convertirse en carcajada, pero la ahogó-. Entremos a tomar algo.

–¿Qué era lo gracioso?

–No se ofenda, Sr. Horne. Usted y Bey hacen una extraña pareja: una pelota de playa al lado de un bate de béisbol. ¿Cómo se conocieron?

–En la nave -dijo Emil.

La tienda tenía una puerta giratoria plegadiza para mantener la presión. Por dentro era casi lujosa, a pesar de que todo allí fuera plegable. Las sillas y sillones eran blandos y acolchados; mantenían su forma gracias a cargas estáticas aisladas. Las mesas eran de plástico con memoria. Probablemente se comprimían en pequeños cubos para almacenarlas en la nave. La luz provenía de tiras fluorescentes en las paredes de la tienda. El bar era flotante y portátil; vino a nuestro encuentro cuando entramos, tomó nuestros pedidos y nos sirvió los tragos.

–Bien -dijo Bellamy, repantigándose en una butaca. Cuando se relajaba lo hacía por completo, como un gato. O un tigre-. Bey, ¿cómo llegaste a Gummidgy? ¿Y dónde está Sharrol?

–Ella no puede viajar por el espacio.

–Oh, no lo sabía. Bueno, eso le puede pasar a cualquiera -sus ojos eran inquisidores.

–Ella quería niños, ¿sabías? Siempre los quiso.

Captó mis ojos rojos y mi pelo blanco.

–Ya veo... Entonces se han separado.

–Al menos por ahora.

Sus ojos preguntaron nuevamente. No de forma enfática.

Había algo sobre Bellamy... Su cuerpo era delgado igual que su cara, de nariz recta y puntiaguda y pómulos prominentes, lo que resaltaba sus ojos oscuros en las profundas órbitas debajo de sus pobladas cejas negras.

Pero había algo más que sus ojos. Uno no puede saber la edad de un hombre sólo por su foto; no si ha recibido esencia. Pero se puede adivinar viéndolo en movimiento: un hombre mayor sabe perfectamente donde irá antes de moverse. No titubea, no derrocha energía, no viaja de parado ni salta sobre los asientos.

Bellamy era *viejo*. Había cierta autoridad en él, y sus ojos eran inquisidores.

Suspiré.

—Te daré mi mejor respuesta, Larch. Tenemos un amigo llamado Carlos Wu. ¿Has oído hablar de él?

—¿Te refieres al matemático?

—El mismo. También es dramaturgo y compositor. El Control de Fertilidad le concedió licencia ilimitada para tener hijos cuando apenas tenía dieciocho años de edad.

—¿Tan joven?

—Es un genio. Como te decía, es un buen amigo nuestro. Solíamos conversar sobre el espacio. Él tiene la misma fobia que Sharrol. De modo que ella y yo tomamos la decisión de pedirle ayuda, y ha accedido. Sharrol se ha unido a él en un contrato de matrimonio de dos años. Cuando venza el plazo, volveré para casarme con ella y ver crecer a nuestra...

—¡Que me jodan! —dijo Bellamy.

He estado mal por ello durante tanto tiempo, sin poder echar culpas en nadie, que me inflamé.

—Bueno, ¿qué hubieras hecho tú?

—¡Me hubiera buscado otra mujer! Bueno, yo soy un viejo canalla, y tú eres joven y confiado. Supón que Wu quiere quedarse con ella...

—No lo hará. Te dije que es un amigo. Por otro lado, con esa licencia que tiene él puede conseguir diez veces más mujeres de las que soportaría.

—Entonces te fuiste.

—Tuve que hacerlo. No lo podía soportar.

Me miraba con algo parecido al pavor.

–No recuerdo jamás haber estado enamorado de tal manera. Bey, te mereces una borrachera, y estás entre amigos. ¿Podemos pasar a algo más fuerte que la cerveza?

–Es una oferta tentadora, pero no, gracias. No vine a llorar en tu hombro; ya he tenido mi borrachera. Una semana en Wunderland, tomando vurguuz.

–¡Por las orejas de finagle! ¿Vurguuz?

–Me dije a mí mismo: ¿porqué hacerlo a medias? Entonces...

–Dime, ¿a qué sabe?

–Bueno, es como una granada de mano cubierta de azúcar mentolada. Como que te dijeran: «ten el arma preparada».

El silencio amenazó con hacerse eterno. No me extraña que muera la conversación si voy desparramando sobre todas las cosas mis problemas personales.

–Por eso, dado que tenía que hacer algún viaje, pensé en hacer algunos favores a cierta gente. Esa es la causa de mi presencia aquí.

–¿Qué clase de favores?

–Bueno, uno de mis amigos resulta ser taxidermista de alienígenas. Es una profesión difícil. Prometí conseguirle información sobre la fauna y bioquímica de Gummidy. Con el planeta abierto para la cacería, antes o después gente como tú le llevará cuerpos alienígenas.

Bellamy frunció el ceño.

–Me gustaría ayudar -dijo-, pero yo no suelo matarlos. Los duermo para que se queden quietos mientras me fotografío con ellos. Lo mismo el resto de nosotros.

–Ya veo.

–De otro modo, te ofrecería quedarte por un día.

–Claro. Lo haré por mi cuenta, entonces. Gracias por la intención.

Como buen huésped, Bellamy introdujo a Emil en la charla. Mi amigo

estaba lejos de su rol del tipo grandote que sonrío por cualquier cosa. De hecho, pronto nos pusimos al día sobre los últimos avances de la tecnología de computadoras; pero mantuvo su palabra y no mencionó el motivo que nos trajo.

Di las gracias por ello.

La tarde transcurrió con suavidad, y llegó la hora de la cena. La mayoría de las personas en Gummidgy se acomodan al día de dieciocho horas tomando dos comidas: un desayuno tardío y la cena. Bellamy nos invitó a cenar y aceptamos.

Junto con la comida arribó un fervoroso cazador de nombre Warren, que insistió en mostrarnos fotos de todo lo que había atrapado desde su arribo. Aquel día le había acertado a un grácil animal semejante a un lebrél -«pero aún más rápido», según sus palabras-, a un símil mono con una mano en forma de copa y que arrojaba rocas como catapulta, y a una flor.

-¿Una flor?

-¿Ven estas marcas de dentellada en mi bota? Tuve que dispararle para quitármela de encima. No fue muy deportivo, pero tan pronto como le tiré a la maldita cosa...

El único parecido de Warren con Bellamy era éste: tenía el mismo e indefinible aire de *edad*. Ahora yo estaba seguro de que no tenía que ver con la apariencia. Quizá fuera una cuestión de personalidad. Ambos eran *individuos*. No se esforzaban por demostrarlo, pero ninguno de los dos se dejaría llevar por nadie.

Warren nos dejó luego. Fue a ver cómo le iba a los otros, dijo; debían estar tras el rastro de algo, o sino habrían vuelto para la cena. No queriendo abusar de la hospitalidad, nos despedimos y nos retiramos. Era cerca del anochecer cuando salimos de la tienda.

-Déjame conducir -dije.

Emil alzó las cejas, pero se acomodó en el asiento del pasajero.

Hizo más que alzar las cejas cuando le dije lo que haría.

Programé el autopiloto para tomar el curso de la base y dejé al auto volar solo hasta que estuvimos por debajo del horizonte. Estábamos a

mil seiscientos metros de altura y a una buena distancia. Entonces cancelé el curso, llevé en picada al auto hasta casi el nivel de la tierra y volvimos sobre nuestros pasos a ras del bosque, bien por debajo de la velocidad del sonido.

—Cuéntame más acerca de Beowulf, el héroe -dije.

—¿A qué juego estás jugando ahora?

—Dijiste que el tamaño del *Paseo del Ebrio* exoneraba a Bellamy, ¿no es cierto?

—Sí, así es. Es demasiado pequeño para ser el navío pirata que vio la capitana Tellefsen.

—De acuerdo. Pero sabemos que había uno de ellos a bordo del Argos.

—Correcto.

—Supongamos que era Margo.

—¿La capitana?

—¿Porqué no?

He de decir en su favor que se lo tragó de un golpe. Margo soltando el gas. Margo informando a Bellamy dónde encontrar al Argos para poder abordarlo, en un sitio lo suficientemente seguro para evitar visitas. Margo mintiendo acerca del tamaño del yate de Bellamy.

Y yo, manteniendo a Emil en la penumbra hasta ahora, para que no nos denunciara frente a Bellamy.

Tragó saliva y dijo luego:

—Todo cierra. Pero juraría que Bellamy es inocente...

—Excepto por una cosa: no me invitó a cazar con él.

Un parche amarillo del bosque ondeaba debajo de nosotros. Las pintas purpúreas que habíamos visto desde lo alto se transformaron en enormes flores de metros de diámetro, servidas por pájaros del tamaño de cigüeñas. Luego volamos sobre unas bolas infladas que se sacudían por el viento producido a nuestro paso. El auto era silencioso, pero el

estallido sónico nos hubiera hecho claramente audibles.

—¿Ésa es tu prueba contra él? ¿El hecho de que no te invitó a ir de cacería?

—Y me dio pésimas razones.

—Tú me has dicho que odia a los ET. Es un llanero, y para ciertos llaneros tú y yo lucimos como extraterrestres.

—Es probable. Pero su yate sigue siendo el único que pudo traer a Lloobee, y Margo es todavía nuestra mejor baza de ser la secuestradora de a bordo. Tal vez los piratas pudieran haber encontrado al Argos en base a suposiciones e intuición, pero hubieran tenido muchas mejores chances si Margo trabajaba para ellos.

Emil miraba furioso a través del parabrisas.

—¿Sospechaste esto durante todo el tiempo que estuvimos allí?

—No hasta que declinó llevarme de cacería. Entonces estuve seguro.

—Eres un embustero de primera.

No supe cómo contradecirlo, así que mantuve la boca cerrada. Sin embargo, Emil se equivocaba. Cuando derramé mis problemas personales en el cántaro de Bellamy, cuando acepté su hospitalidad, le profesé amistad, bebí su licor, reí de sus bromas y lo hice reír con las mías, no estaba fingiendo. Bellamy se hace querer, y uno desea hacerse querer por él. Y Emil nunca entendería que a mis ojos el viejo no había hecho nada realmente condenable.

Seis años atrás, yo había intentado hurtar una gran espacionave preparada para el combate a un grupo de titerotes de Pierson. Me habían detenido antes de que el plan entrara en funcionamiento, pero ¿y eso qué? Los titerotes han estado extorsionándome, pero de nuevo: ¿y qué? ¿Quién dijo que los alienígenas del espacio conocido tenían que pensar que somos perfectos? Sabemos que no lo somos. ¡Que nos pregunten, si no!

—Lo siento -dijo Emil-. Olvida mis palabras. Yo te metí en esto prácticamente sobre tu cadáver, y ahora que tú realmente ayudas, salto sobre ti. Soy un ingrato, y un... -y lo que dijo entonces respecto a sus detalles anatómicos probablemente no fuera cierto; después de

todo, estaba casado-. Bien, tú mandas. ¿Ahora qué?

–Eso depende. Aún no tenemos evidencias.

–¿Realmente crees que Bellamy es el jefe?

–Realmente lo creo.

–Podría ocultar a Lloobee donde fuera. Incluso a miles de kilómetros de aquí.

–Nunca lo hallaremos pensando de ese modo. No estaba en la tienda; ni aún Bellamy se arriesgaría a ello. Si hubiera estado en el yate, hubiéramos visto abierta la esclusa de aire.

–Cerrada, querrás decir.

–Abierta. Lloobee no puede sentir nada a través de un casco. Encerrado en una nave de ese tamaño se volvería loco rápidamente.

–Entiendo.

–Sabemos una cosa que puede ser útil: Bellamy tiene un desintegrador.

–¿De veras?

–Recuerda los agujeros en el Argos. No lo has visto, ¿verdad?

–No. ¿Tú crees que se ha excavado un escondite?

–Eso creo. Bellamy no es el tipo de persona que despreciaría una herramienta como esa. Si tiene un desintegrador, simplemente lo usa. Es una linda herramienta de excavar. Una cueva amplia como para habitar te lleva una hora de trabajo, y el residuo polvoriento puede volar a cientos de kilómetros. El polvo resultante es prácticamente monoatómico.

–¿Y cómo planeas encontrar esa cueva?

–Veamos si el auto tiene un radar de profundidad.

No lo tenía. Es común en los autos de alquiler en mundos con áreas pantanosas, por lo que ahora sabíamos que en Gummidgy no debía

haber grandes pantanos. Todo en el panel de controles tenía su utilidad, y nada de ello era un sonar.

–Bien, tendremos que echar una mirada de cerca -dijo Emil-. ¿Qué tan próximo está el campamento?

–A unos cincuenta kilómetros.

–Bien, hay chance de que no nos vea.

Emil se inclinó hacia delante en el asiento, las manos aferradas a sus rodillas. Sonreía en forma tirante. Obviamente tenía algo en la cabeza.

–Elévate unos quince kilómetros. Despacio. No rompas la barrera del sonido hasta que estemos bien lejos.

–¿Y qué podremos ver desde semejante altura?

–Asume que soy un genio.

Era suficiente para mí. Hice elevar el auto sin más objeción.

A quince kilómetros de altura, la línea de la foresta se apreciaba bien, fácilmente distinguible del veldt, y los abigarrados colores de la vegetación de Gummidgy se emborronaban con entonaciones café.

–¿Lo has visto?

–No.

–Busca dos trazos bastante paralelos, algo más claros que el resto del bosque -dijo Emil.

–Aún no veo nada.

–Se ven en el veldt, también.

–No la... ¡Ah! Ahí están.

Cruzando el castaño del bosque, podía verse apenas una cinta de color marrón, algo más uniforme que el resto.

–Es difícil de ver. ¿Qué es eso?

–Polvo. Volando por cientos de kilómetros, como has dicho, algo de él tenía que caer sobre las copas de los árboles.

Tan apagado era el trazo, que fluctuaba entre lo visible y lo no visible. Pero era recto, y sus bordes convergían lentamente cruzando el veldt también, en una tenue banda azul verdosa. Antes de que los bordes se encontraran, la cinta desapareció, pero fue sencillo calcular a ojo la zona en que se hubieran cruzado.

Dejé que el auto descendiera. A menos que estuviéramos construyendo castillos en el aire, la cueva debía estar en la intersección.

A medida que descendíamos, la cinta de polvo se perdía entre los colores del bosque y la sabana. La hipotética caverna de Bellamy debía hallarse unos seiscientos metros adentro de la foresta. No podía tomar tierra allí debido a la gran cantidad de árboles... y piratas, de modo que dejamos el auto en una curva del bosque.

Emil estuvo trasteando en la parte de atrás, y luego puso algo en mi mano.

–Toma esto.

Para mi sorpresa, me encontré blandiendo un aturdidor sónico.

–¡Esta cosa es ilegal! – le susurré, furioso.

–¿Qué estás cuchicheando? Raptar kdatlynos también es ilegal. Te gustará tenerlo en la mano cuando haya que acabar con esto.

–Pero... ¿de dónde has sacado estos aturdidores de la policía?

–Digamos que un delincuente los deslizó dentro de mi equipaje. Y si observas la culata, verás que no son de la policía.

Seguramente comenzaron siéndolo, pero ya no. Las cachas de la culata habían sido talladas a mano partiendo de grandes esmeraldas de cultivo. Muy costosas. ¿Pistolas de duelo, tal vez?

Seguro. Pistolas de duelo. Perder un duelo con una de esas sólo lastimaba el orgullo, de todas formas. Pero había oído que la mayoría de los jincianos hubieran preferido perder un brazo antes que perder un duelo. Las pistolas no eran ilegales... en Jinx.

–Recuérdalo -dijo Emil-: noquean a un hombre, pero sólo por unos diez minutos.

–Puedo correr un largo trecho en diez minutos -respondí.

Emil me echó una larga mirada.

–Ahora te arrepientes. Recuerda que podrías haberme llevado directo a la base, y yo jamás me hubiera avisado.

–Pero nunca pensé en esto.

–¡Vamos!

–¿Acaso te creíste eso de que quería convertirme en un héroe épico, sea eso lo que fuere?

Emil se encogió de hombros y se introdujo en el bosque.

Resolví seguirlo. No tenía intención de aclararle mis motivos. Emil me había metido un asunto desagradable, de modo que si quería preocuparse por mi desertión, yo no iría a tranquilizarlo.

¿Retroceder? Ya no podía; era demasiado tarde.

Hubo un tiempo en que no tenía idea acerca de los raptos de Lloobee. Podría haber sospechado de Margo, pero no tenía evidencia alguna. Luego pude haber sospechado de Bellamy, pero no tenía pruebas. Sin embargo, Emil había forzado el choque con Bellamy, y éste se vio impelido a una puesta en escena. Si me retiraba ahora, Bellamy pensaría que yo era un tonto.

Y cuando Bellamy confrontara hechos con Margo, ella también pensaría que yo era un tonto. Sería doloroso saber que ambos me consideraran un idiota por partida doble.

No había culpa en Bellamy, excepto que había secuestrado a un famoso escultor kdatlyno. Fue en parte culpa mía y sobre todo de Emil. Tal vez podría dejar a Margo afuera de esto, pero Bellamy debería pagar por mis errores.

¿Y porqué no había de hacerlo? El crimen fue cosa suya.

La vegetación era exuberante, infinitamente variada. Su química no era igual que la terrestre, pero lo que usaban para la fotosíntesis era similar a la clorofila. Por millones de años, las plantas de Gummidge han recibido altas dosis de luz ultravioleta, dando como resultado vida en abundancia, profusión de hongos, animales y parásitos. En cada rama de los árboles color magenta había algo similar a una orquídea, una bestia sésil esperando que llegara volando su cena. El aire estaba pletórico de vida: cosas como pájaros e insectos, y una lluvia constante de polvo, esporas y semillas voladoras, hojas mordisqueadas y excrementos de ave. El suelo estaba seco, aunque era esponjoso y fértil, y el aire era rico en oxígeno y en olores extraños. Incluso algunos aromas prometían ser costosos perfumes aún por descubrir.

A poco vimos una flor como la de la foto de Warren. Busqué una estaca afilada y seca y la clavé en el centro de la flor, jalando hacia atrás.

Otra vez, pasó volando un metro y medio de serpiente. Emil se quedó pasmado. La cosa tenía un par de alitas cerca del extremo de la cabeza, y una grande y correosa ala delta al final del cuerpo. La boca se abría a las dos terceras partes del largo total.

Con peculiar brusquedad, los árboles magenta dejaron paso a un campo de tuberías escarlata. Ni ramas ni hojas, sólo tubos entrelazados de un metro de diámetro, serpeando incesantemente unos sobre otros como víboras en un pozo. Tal vez fuera una única planta, o animal; no pudimos apreciar cabeza o cola alguna. Y no daríamos un céntimo por nuestras botas si se nos ocurriera cruzar por ahí.

Circundamos el área ocultándonos bajo los árboles magenta, porque nos estábamos acercando al sitio donde la supuesta cueva debía estar. Eso nos llevó a una pequeña y redondeada elevación coronada por un árbol que era todo raíces movedizas. Comenzábamos a rodear la colina cuando Emil me sujetó del brazo.

La ví entonces. La boca de una caverna, pequeña y circular, justo en la base de la colina. Y apoyada contra la polvorienta ladera, una mujer portando un fusil de dardos tranquilizantes.

–Bingo -dije en voz baja-. Ven, vámonos de aquí.

Tiré del brazo de Emil y busqué girar hacia sitio seguro.

Fue como intentar detener un acorazado en pleno despegue. Emil se desplazó corriendo silenciosamente hacia la cueva, dejándome con los dedos entumecidos y una pobre opinión de la primera ley de Finagle. Lancé un leve gemido y lo seguí.

En piso llano yo puedo ganarle a cualquier jinciano en la carrera; mis piernas son el doble de largas que las de Emil. Pero aquí él se movía como una aparición entre la extraña foresta, mientras que yo me enredaba de continuo. Mis largos brazos y piernas me estorbaban mucho, y no podía llegar a él para intentar detenerlo.

Fue una verdadera lástima, porque ya teníamos lo suficiente. Lo habíamos descubierto todo, o estábamos a punto. La caverna bajo custodia era nuestra prueba: Bellamy y sus invitados eran los secuestradores. Este conocimiento sería una poderosa baza en el regateo por Lloobee, más allá de lo que yo había dicho a Emil. Todo lo que teníamos que hacer era regresar a la base y contárselo a alguien.

¡Pero no podía atrapar a Emil! Ni siquiera podía alcanzarlo.

Frente a la cueva había un área despejada, un triángulo de terreno limitado por dos movedizas raíces, pertenecientes a la cosa parecida a un árbol sobre la colina. Perdí de vista a Emil. Cuando volví a verlo, corría a toda velocidad hacia la entrada de la cueva, y la mujer del rifle estaba tirada en el piso boca arriba. Alcanzó la oscura entrada y desapareció dentro.

Al verlo desvanecerse en la oscuridad, supe que estaba irremediablemente perdido.

Bien, ahora tendrían a Emil. ¡Maldito sea! Conseguir las pruebas no era suficiente para él; tenía que rescatar a Lloobee.

Ahora tendríamos que negociar por dos rehenes. Pero ¿nos darían la oportunidad de hacerlo? Bellamy estaba en el campamento. Cuando supiera que Emil había caído, supondría que yo estaría en algún lado, cerca de allí. Pero quien estuviera en la cueva, podría pensar que Emil estaba solo, en cuyo caso quizá lo matara sin hesitar.

Apoyé mi espalda contra un árbol. Tuve la tardía ocurrencia de disparar la pistola de duelo contra la mujer caída; habría de hacerlo cada diez minutos, para mantenerla inmovilizada.

Eventualmente alguien saldría, para averiguar porqué ella no pudo detener a Emil.

No me arriesgué a entrar a la caverna; fuera hombre o trampa cazabobos, si había detenido a Emil, me detendría a mí. Era una pena que las pistolas de duelo no fueran más potentes. El armero que grabó las esmeraldas había limitado su potencia, dado que sólo serían usadas para sostener una opinión. Sería necesario un taller bien provisto de herramental para reajustarlas, porque tal cosa estaba prohibida por las leyes de Jinx. Los aturdidores de la policía podían noquear a un hombre por doce horas o más.

Estaba sentado ahí, esperando por alguien, cuando de repente sentí el punzante entumecimiento que provoca un aturdidor.

Las sensaciones llegaron por separado. Primero, un tirón en mis tobillos, luego en las pantorrillas. Entonces, algo áspero y fácil de deshacer se deslizó debajo de mí. Sensaciones aisladas, en el umbral de la conciencia, penetraron en mi letargo. Un deslizamiento, un retumbar leve de golpes en mi nuca, raspado de arena en mis manos, mis posaderas más altas que mi cabeza, y por delante de ella... Concluí, después de meditarlo mucho, que estaba siendo arrastrado. Me sentía flojo como un tallarín y poco menos que dormido.

Eso había sido todo. Nadie asomándose inocentemente de la cueva, como yo había esperado. En lugar de eso, el guardián de Lloobee había registrado el exterior con un sensor de temperatura y luego disparado hacia todo lo que pareciera tener la temperatura de un hombre.

Ahora, de repente, todo se oscureció. Pensé que había perdido el conocimiento, pero luego me di cuenta que estaba siendo metido en la cueva.

—Es un alivio -dijo Bellamy. Su voz era inconfundible.

—Bastardo... -dijo una voz de mujer.

Me sonó familiar, rica y fresca, con un acento llanero algo distinto del que bien conocía. Tal vez cambió con el tiempo, me dije; un dialecto no se mantiene por siempre.

Abrí los ojos.

Bellamy estaba parado ante mí, mirando hacia abajo, inexpresivo. Tanya Wilson se sentaba a poca distancia, mirándome malhumorada. El tipo llamado Warren, de pie a su lado, cuidadosamente le hizo algo en la cabeza, y ella se sobresaltó.

–Listo -dijo Warren-, vuelve al campamento. Si alguien pregunta...

–Fui atacada por una flor pájaro -respondió Tanya-. El resto de vosotros está fuera, de cacería. Podrías presuponer que no soy tan tonta.

–No seas quisquillosa. Larch, mejor lo atas, ¿no crees?

–Hazlo tú, si quieres. No es necesario; estará fuera de combate por horas.

–¿De veras?

Tanya Wilson se levantó y se dirigió a la entrada. Antes de salir, tiró de una correa que colgaba a un costado. Warren, que la había seguido, tiró de ella de nuevo luego de que la mujer se fue...

La cuerda estaba ligada a lo que parecía ser un aturdidor similar a las pistolas de Emil. Estaba montado en un soporte fijado sobre el acceso de la cueva, con el arma apuntando hacia abajo. Una trampa cazabobos. Muy sencilla.

El entorpecimiento se disipaba. Tenía ahora el problema opuesto: debía cuidarme de no mover un cabello. Me encontraba estirado a todo lo largo sobre un piso de piedras sueltas, con los pies un palmo por encima de la nariz y los brazos estirados sobre mi cabeza. Si sólo pudiera cerrar un puño...

–Me pregunto -dijo Bellamy- qué lo hizo volverse contra mí.

–¿Hablas de Shaeffer?

Pude ver cuatro en la cueva. Bellamy estaba parado por encima de mí, Warren cerca de la entrada. Los dos restantes estaban hacia la parte trasera, cerca de una fila de embalajes plásticos. A uno de ellos nunca lo había visto; el otro -enorme y atemorizante en la semipenumbra, como un monstruo del pasado oculto, de cuando los demonios y seres

sobrenaturales vagaban por el mundo- era Lloobee. Estaban sentados uno frente a otro, como si ambos esperaran algo.

–Sí -respondió Bellamy-. Beowulf Shaeffer. Me pareció un buen tipo. ¿Porqué tomarse el trabajo de ponerme en apuros?

–Olvidas una cosa, Larch -Warren habló con paciente comprensión-. Ellos son los chicos buenos, y nosotros los malos. Un simple sentido de la ley y el orden...

–Demasiada ley y orden por aquí, Warren. Ya no hay interés en las fronteras. Nos sentamos en esta pequeña burbuja de sesenta años luz de diámetro llamada espacio conocido, y nos vamos pudriendo adentro. Demasiada seguridad. Todos quieren seguridad.

–Ésa es la razón de que Shaeffer esté aquí. Restaurar la ley y el orden.

–No me lo creo. Bey no da el tipo.

–¿Cómo es él?

–Un haragán. Uno de los que sobreviven, pero haragán al fin. No usará su cabeza hasta que se halle en ostensible peligro. Pero tiene su orgullo.

–Puede que el otro lo haya metido en esto.

–Eso supongo.

Hubo un silencio incómodo.

–En fin -comentó Warren-, mala cosa. ¿Qué haremos con ellos?

Bellamy no lucía muy feliz. Él no podría ver mis ojos bajo las gafas; no en esta penumbra.

–Puede que los hallen a medio comer. Digamos que por uno de esos grandes saltadores, esos que atacan a los herbívoros del llano gris.

–El animal se envenenaría si hiciera eso; tendría que ser hallado muerto cerca de allí.

–Correcto -aprobó Bellamy-. Es crucial que no haya evidencia que nos acuse. Si tratamos de incluir el asesinato en el contrato, terminarán

por no pagarnos nada. Has estado muy despierto al usar el aturdidor sónico; un dardo hubiera dejado un rastro químico.

Tenía un cascajo afilado debajo del cuello; me estaba muriendo de ganas de rascarme o quitarlo. Si había planeado ponerme en pie, no debía demorar mucho en hacerlo. Tarde o temprano no podría evitar el rascarme, y eso me delataría. Además había otro problema: en cualquier momento Bellamy o Warren prestarían atención a las cachas de las pistolas y descubrirían qué tipo de armas eran.

—Hemos de cazar un carnívoro -dijo Warren-. ¿Crees que podríamos hambrearlo hasta que los...?

Lloobee saltó.

Estaba a unos tres metros del que lo custodiaba en el fondo de la caverna. El hombre disparó al instante, y luego gritó y trató de escurrirse. El kdatlyno se derrumbó sobre él, noqueándolo y haciéndolo deslizar sobre el piso.

No pude ver nada más. Salí corriendo. Escuché alaridos de pánico y el grito de Bellamy:

—¡Tranquilo, imbécil! Estaba inconsciente antes de llegar al suelo.

Y el de Warren:

—¡Tranquilo, maldita sea! Eh, ¿dónde está Shaeffer?

Recordé apenas tirar de la cuerda de la trampa cazabobos de Bellamy. El túnel de entrada a la cueva era largo y bajo, y se inclinaba hacia arriba. Corrí por él en cuclillas. Detrás de mí aumentaba la confusión. ¿Habría tirado de la cuerda otra vez el que me siguiera? Eso me daría el tiempo que yo necesitaba.

Una vez fuera de la cueva, giré a la derecha. La sinuosa raíz tenía la altura de Emil, como mucho. Salté por encima de ella como un mono araña y luego me oculté detrás de su masa.

CY Acuario brillaba justo detrás de mí, casi en el ocaso. Su blanca luz dibujaba una afilada sombra contra el costado de la raíz.

Comencé a reptar colina arriba, manteniéndome en la sombra. Escuché dos pares de pasos resbalando entre las piedras al otro lado

del pasillo.

Las voces me llegaron desde abajo, levemente audibles. No sonaba como una búsqueda en progreso. ¿Porqué no? Miré hacia atrás, pero no detecté signos de persecución. A medio camino de la cima me quité el mono de caída -de un delator azul-, lo oculté tan debajo de la raíz como pude, y seguí arrastrándome, dando gracias a las píldoras de melanina. Ahora sería bastante poco visible mientras me refugiara en las sombras, excepto por mis blancos cabellos.

¿Por qué habría hecho Lloobee lo que hizo? Fue como si leyera mi mente. Debía ser consciente de que no había posibilidad de escape para él, pero yo no hubiera tenido oportunidad sin su maniobra de diversión. ¿Se habrá dado cuenta de que yo estaba consciente?

¿Acaso los kdatlyno pueden leer la mente?

Ya en la cima de la colina, me detuve en el pliegue entre dos brazos. El árbol magenta se veía demasiado pequeño como para necesitar tantas raíces, pero la insolación era alta en la pelada cima, y tal vez el suelo era pobre. Afortunadamente, pues las raíces ayudaron a ocultarme.

Pero ¿dónde estaban mis perseguidores?

Sabía que yo les era necesario. No podrían disponer de Emil hasta que me hallaran. Quizá supusieran que podrían hallarme fácilmente una vez cayera la noche; yo destacaría como tocino friéndose en un sensor de temperatura. Pero, ¿y si alcanzaba el auto antes?

¡El auto! Por supuesto, eso era. Mientras yo me escondía en algún sitio, o tomaba un intrincado camino que me protegiera de su vista, Bellamy u otro de ellos tomarían la ruta más corta y directa hacia el auto, para llevárselo antes de que yo pudiera alcanzarlo.

Machaqué mi cabeza para obligarla a pensar, pero sin resultado. ¿Volver a la cueva? Encontraría armas allí, los rifles de dardos. Los anestésicos probablemente no darían resultado en los seres humanos, pero tal vez fueran venenosos. Y seguramente dolerían. Pero no podía atacar la cueva; no podría eludir la trampa cazabobos.

Debía haber quedado alguien en la cueva, para guardar a Lloobe y desactivar la trampa. Otro en camino al auto; eso haría dos. El tercero estaría buscando algún punto elevado, elegido previamente por su

adecuada visión del entorno, para esperar algún indicio de una cabellera blanca; si era así, no podía entonces salir corriendo en busca del auto.

Era posible.

O tal vez el tercer hombre había sido el primero en salir corriendo detrás de mí. Si tiró del cordón para apagar el aturdidor -siendo que ya había sido apagado por mí-, ahora estaría dormido en la cueva.

También era posible.

De todas maneras, si encontraban el auto yo estaría perdido.

Le di varias vueltas al asunto, mientras los preciosos segundos pasaban. No había otra forma de imaginarlo. Tanya había vuelto al campamento. El segundo hombre estaba en la cueva; el tercero camino al auto. El cuarto debía estar esperando que me mostrara... o estaría dormido. Tenía que arriesgarme.

Salí corriendo de entre las raíces.

Soy bueno en velocidad, pero no tanto en resistencia. El límite del bosque estaba a unos setecientos metros. Cuando llegué allí, iba apenas caminando, y resollaba como una bomba de aire desvencijada. No había señales de nadie, y tampoco del auto. Me detuve al borde del bosque, intentando recuperar el aire para cruzar a la carrera el prado de helechos.

Entonces apareció Bellamy, a mi izquierda. Trotó temerosamente internándose en el veldt, y se detuvo, oteando alrededor. Una de las pistolas de Emil colgaba de su mano; ya debía de saber por entonces que se trataba de un arma de duelos, pero debía ser lo mejor que tenía.

Vio algo a su derecha, oculto a mi vista por la curva del bosque. Giró hacia allí y se fue trotando.

Lo seguí lo mejor que pude. Tropezaba de continuo con cosas multicolores, pero no quería arriesgarme a salir al prado de helechos. Bellamy me llevaba ventaja.

Cuando lo alcancé con la vista, estaba examinando el auto. El vehículo estaba en el prado, a varios metros de todo reparo. En cualquier

momento, Bellamy treparía al auto y despegaría.

Pero ¿qué estaría esperando? ¿A mí, quizá?

Me encogí tras de un arbusto magenta, dudando. Bellamy exploraba el asiento de atrás. Trataba de adivinar qué habríamos planeado antes de hacer su movida. Cada pocos segundos alzaba su cabeza y echaba un vistazo alrededor.

Un punto negro a la distancia distrajo mi mirada. Me tomó un momento darme cuenta de que estaba en las gafas, ocultándome el punto brillante que era el sol. Estaba justo sobre el horizonte.

Bellamy abrió el portaequipajes del auto.

El sol...

Comencé a rodear la posición de Bellamy. Los arbustos me brindaron alguna cobertura, y la aproveché lo mejor que pude. Bellamy seguía levantando la cabeza para echar un vistazo, pero afortunadamente no consiguió verme. Repentinamente cerró el cofre de un golpe, y rodeó el auto para subirse en él.

Yo ya estaba donde quería estar: mi sombra apuntaba hacia el auto. Entonces me lancé a la carga.

Bellamy levantó la cabeza una vez más, apenas hube yo partido hacia él. Me miró directamente, y luego dejó vagar los ojos por el borde del bosque. Se inclinó para entrar en el auto, y recién entonces pudo verme. Pero su arma apuntaba dentro del vehículo, y yo ya estaba lo bastante cerca. El punto negro de sus gafas había cubierto algo más que a CY Acuario: había ocultado mi acercamiento.

Lo golpeé con el hombro, lanzándolo lejos del auto, y pude escuchar un golpe metálico. Se levantó rápidamente, pero sus manos estaban vacías. Había perdido el arma. Eché una rápida mirada dentro del vehículo, con la esperanza de hallarla en el piso o el asiento, pero no pude verla. Me revolví a tiempo de esquivar el primer golpe, pero la segunda mano me dio de lleno y caí. Giré en el suelo y me puse en pie.

Bellamy estaba parado en pose de boxeador, entre el auto y yo.

—Voy a romperte el alma, Bey.

–Eso significa que tampoco tú has encontrado el arma.

–No la necesito. Un niño de diez años podría partirme al medio.

–Entonces, acércate.

Me preparé para la pelea, dando gracias a Finagle de que él no supiera karate, o cualquiera de esos métodos ilegales de asesinato. Hacía ya varios siglos que la restricción a portar armas ocultas había comprendido también a los métodos especiales de lucha, pero Bellamy había tenido cientos de años para aprender. Hoy yo estaba de suerte.

Vino hacia mí, moviéndose ágil y confiado; un llanero en estado primigenio. Debe haberse sentido seguro. ¿Qué podía temer de un enclenque menguante, de un hombre nacido y criado en Lo Consequimos, bajo una gravedad de 0,6 g? Sonrió cuando estuve a su alcance... y recibió un golpe en la boca.

Mis brazos eran más largos que los suyos.

Él bailó retrocediendo, y yo me adelanté, impactándolo en la nariz antes de que pudiera cubrirse. Tuvo que amoldarse al largo de mis brazos. Pero su guardia estaba armada ahora, y no veía la ventaja de golpearlo en sus antebrazos.

–Eres una mantis religiosa -dijo-. Un insecto. Demasiado especializado... -y se lanzó contra mí.

Yo me hice para atrás, punteándolo, manteniéndome fuera de su alcance. Él tendría que tener en cuenta eso, también. Sus piernas eran cortas. Si intentaba moverse hacia delante tan rápido como yo me movía hacia atrás, no podría mantener su guardia.

De todos modos, lo intentó. Le metí un puñetazo en las costillas, y su cabeza se sacudió de sorpresa. No lo estaba lastimando mucho, pero él había esperado sólo caricias de mi parte. Cuatro años en la Tierra me habían dado algo de musculatura, aunque no se notaba demasiado sobre mis largos huesos. Intentó atraparme, pero lo impacté por dos veces en el ojo derecho. Buscó mantener su guardia intacta, pero eso era tonto, pues no podía alcanzarme.

Alcancé su ojo por tercera vez. Él bramó de furia, bajó la cabeza y arremetió.

Yo salí disparado como un ladrón; luego lo eludí haciendo un giro largo, y me encaminé al auto. Nunca tuvo chances de alcanzarme.

Cuando él llegó al vehículo, le cerré la puerta en sus narices y la trabé.

Para cuando quiso alcanzar la otra puerta, ya la había asegurado también, y levantado los vidrios. Intentaba romper el cristal del parabrisas con una roca cuando encendí la unidad de despegue y dejé el campo de batalla.

Tendría también que haber tenido en cuenta mis métodos de lucha.

Una vez que me elevé, pude verlo corriendo hacia la tienda del campamento.

No tenía radio, ni lasercom. La base estaba a un tercio de planeta de distancia, y tendría que encontrarla por mi cuenta.

Programé el autopiloto para que me llevara a un punto situado a mil quinientos kilómetros al norte de la base, volando muy bajo. Bellamy estaba obligado a seguirme con otro auto, y no quería que me hallara.

Repecto a eso... ¿Tendría él un auto? No había visto ninguno. Tal vez usara... pero me dio pánico pensar en ello, de modo que no lo hice.

La guantera del auto portaba un pequeño bar. No lo habíamos usado mucho en el viaje hasta el campamento. Pedí algo sencillo y lo bebí a sorbos.

El bosque desaparecía ahora; observé la infinita llanura de líquenes corriendo por debajo. Mach cuatro es lento como la brisa para quien vuela astronaves, pero hay que probarlo en un auto volando a cuarenta metros del suelo. No era terrorífico: era alucinante.

El sol había caído ya. Podía ver su luminosidad tras el horizonte, unos grados a mi derecha. El suelo era un borrón, el cielo una esfera helada. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

Pensé en Margo. ¡Qué buena actriz había sido! Aquella confusión que mostró tras el rapto. No recordar el medidor de la masa de carga. ¡No recordar que Lloobee era un pasajero! ¿Cómo hubiera podido recordarlo?

Me había tomado por un tonto.

Yo no había tenido intención de perjudicarla. Cuando informé a la policía respecto a Bellamy, no la mencioné. Pero ella debía haberse enterado para estos momentos de que yo sabía algo.

Me pregunté por qué se habría metido en esto.

Bueno, ¿por qué se habría metido Bellamy, si vamos al caso? No podía necesitar el dinero de tal manera. ¿Lo habría hecho por pasar el rato, como sugirió Emil? ¿Buscaba acaso afectar las relaciones entre humanos y alienígenas? Las razas del espacio conocido eran ahora mucho más ricas debido al comercio interestelar. Pero Bellamy había sobrevivido a las tres guerras kzinti-humanidad, y había leído sobre monstruos como Lloobe en sus libros de cuentos infantiles.

Era un hombre fuera de época. Recuerdo el modo en que dijo: «en cueros». Yo tenía licencia de nudismo en la Tierra, pero no por creer en las supuestas maravillas del nudismo para mantenerlo saludable a uno, sino porque tenía amigos que lo eran. De hecho, estaba desnudo ahora mismo... -tal vez debía pagar una multa cuando llegara a la base-. Pero Bellamy se rió cuando lo dijo. El nudismo era algo cómico o ridículo para él.

Ahora podía recordar varios arcaísmos en su conversación.

Bellamy. No había hecho nada realmente malo, hasta que hubo decidido que Emil y yo debíamos morir. Pudimos haber sido grandes amigos; ahora ya era tarde.

Mi bebida se había terminado. Estrujé la copa, y se evaporó.

Una gran zona de mis gafas se oscureció, al borde de mi ojo derecho.

Sí, ya era demasiado tarde. El borrón negro en mis gafas cubría la llama de fusión de la nave de Bellamy, que se hallaba más al norte que yo, y me había pasado en vuelo.

Lo había hecho, después de todo: despegó con el *Paseo del Ebrio*.

¿Me habría detectado?

La nave giró por delante de la posición del sol, bajó la velocidad y

flotó en mi camino. Tragué saliva. Hice un desvío, y Bellamy se desvió para encontrarse conmigo.

Relampagueó por encima, y el auto, moviéndose a mach cuatro, corcoveó bruscamente bajo el golpe del estampido ultrasónico. El campo antichoque me inmovilizó por un momento, y luego se desconectó.

Él giró y vino nuevamente, ahora por detrás.

¡Blam! Y desapareció entre los azules, verdes y naranjas del anochecer. ¿Acaso estaba jugando? No podía ignorar que con sólo un toque de la llama de fusión me acabaría.

Podía acabar conmigo cuando quisiera. El *Paseo del Ebrio* se movía al doble de velocidad, y Bellamy lo volaba como si fuera una extensión de sus dedos. Estaba jugando conmigo.

Volvió otra vez, y otra vez el golpe me conmovió. El borrón del veldt se acercó peligrosamente, luego se alejó. Otro de éstos podría estamparme contra el prado de helechos a mach cuatro.

No estaba jugando. Quería forzarme a aterrizar. Mi cadáver no debía mostrar señales de asesinato.

¡Blam! Y nuevamente el plumazo negro fue reduciéndose hacia el ocaso de CY Acuario.

No era un yate de playboy lo que estaba guiando. Esos caros juguetes han de ser largos y esbeltos, con una aguja superflua en el morro y baja maniobrabilidad debido a su alto momento angular. El *Paseo del Ebrio* era corto, con grandes jets de posición que parecían narinas en su grueso morro. Debí reconocerlo cuando vi las patas de aterrizaje. Grandes, anchas y pesadas -y ocultas ahora dentro del casco-, semejabán los pies de un pato, pero tenían la ventaja de asentar con seguridad la nave en cualquier tipo de terreno.

La decoración era sólo para despistar. Esa nave...

La nave hizo un amplio giro delante de mí y regresó al ataque.

Yo tiré de la palanca de guía fuertemente hacia atrás. El auto trepó.

La sangre abandonó mi cabeza, y el escudo antichoque tomó el

control. Estaba rodeado de una acolchada coraza, con el campo rodeando mi cuerpo como un exoesqueleto. Al elevarme al encuentro de Bellamy, lo haría pasar por mi escape.

¡Probaría una poca de su propia medicina!

Si no estuviera algo bebido, jamás lo habría intentado.

Un accidente era la última cosa que Bellamy hubiese querido. Dejaría evidencia no sólo en el auto, sino también en su nave. Los pilotos de naves chocan frecuentemente al conducir autos; no pueden hacerse a la idea de que mach cuatro es ir muy rápido en una atmósfera. Bellamy debía ir a mach ocho, seguramente.

Y maniobró demasiado tarde.

Impacté al navío en un flanco, con poco ángulo. Sin el campo antichoque, me hubiera convertido en una hamburguesa. En lugar de eso, me quedé en tinieblas instantáneamente.

Desperté en medio de un remolino de llamas, presionado hasta no poder respirar, con un dolor agónico en mis manos. El auto perforaba el cielo a cuatro veces la velocidad del sonido, con su estabilidad aerodinámica hecha trizas. Podía sentir la terrible desaceleración aullando en mi oído interno.

Intenté usar los controles. No es que pensara realmente en controlarlo; el auto estaba condenado. Pero lo intenté de todos modos, y entonces el pánico me abrumó. Naturalmente, mis manos quedaban fuera del campo protector; ¿cómo podría haber guiado, si no? Ahora debían estar dislocadas por el impacto.

El suelo se acercó, girando. Intenté tirar de mis manos hacia atrás, pero la deceleración me empujaba duramente contra la malla de choque, y el campo se activó. Ahora estaba como empotrado en vidrio.

Golpeé el suelo.

El auto estaba en posición vertical, incrustado sobre el morro en el prado de líquenes. Todas las ventanas plásticas habían volado hechas trizas, incuyendo el parabrisas; el interior estaba sembrado de astillas.

El marco del parabrisas estaba aplastado y curvado.

Estaba colgado de la red de protección, y no podía desabrocharla con mis lastimadas manos; de todos modos, aún si estuviera libre sería incapaz de moverme.

Vi entonces al *Paseo de Ebrio* flotando por encima de mí con el motor de fusión apagado, tomando tierra con el motor de gravedad.

No me di cuenta de la anomalía en ese momento; estaba aturdido, mirando sólo aquello que había esperado ver: la nave de Bellamy. Él tampoco se dio cuenta, aunque podría haberlo hecho si hubiera mirado hacia un costado mientras bajaba por la escalera de aterrizaje. Pero sus ojos estaban fijos en mí, y su mano sostenía la pistola sónica de Emil.

Cruzó el prado de helechos hasta el auto y se asomó hacia adentro a través del marco del parabrisas.

—Sal de ahí.

—No puedo usar las manos.

—Mejor así -Bellamy apoyó la pistola en el borde del marco y apuntó a mi cara, mientras que con su mano izquierda liberó la red de caída y me tironeó del brazo-. Camina -dijo- o te arrastraré.

Apenas podía, pero salí y caminé. Me ayudó a avanzar el que me aguijoneara la espalda con el arma.

—Me has hecho un gran favor, y lo sabes. Tú y Emil Horne han tenido un accidente -dijo- y luego unos predadores los encontraron.

Sonaba razonable. Seguí caminando.

Estábamos a medio camino de la nave cuando vi la anomalía. Pregunté:

—Bellamy, ¿qué es lo que sostiene tu nave?

—Camina -dijo, y me clavó el arma en la espalda.

—Los giróscopos. Eso es lo que la sostiene.

Me empujó de nuevo, sin responder esta vez. En cualquier momento se daría cuenta...

—¿Qué demonios...?

Lo había visto. Se detuvo asombrado, y luego echó a correr. Intenté ponerle una zancadilla, pero perdí el equilibrio y caí sobre mi cara. Bellamy no me prestó la menor atención.

Una de las patas de aterrizaje no se había desplegado; el golpe la había trabado al casco. No debía aparecer en los indicadores -Bellamy lo hubiera visto-, por lo que probablemente el choque había también afectado a los sensores. Lo ridículo del asunto es que ninguno de nosotros se había percatado, a pesar de ser la pata más cercana a nuestra posición.

El Paseo del Ebrio se sostenía en dos patas, ferozmente desbalanceado, como un bailarín a mitad de una cabriola. Sólo los giróscopos se oponían al tirón que sobre su gran masa efectuaba la gravedad; en algún lugar del vientre de la nave debían estar girando cada vez más rápido. Podía oír el zumbido ahora, elevándose, haciéndose más agudo.

Bellamy alcanzó la escalera y comenzó a trepar. Tendría que usar los jets de actitud, y rápido. Con semejantes motores de posición, los giróscopos -que servían más o menos para el mismo propósito- debían ser más pequeños de lo normal.

Era mi oportunidad. Me pise de pie y caminé unos pasos, tambaleándome. Bellamy me lanzó una mirada, pero luego me ignoró. Se encargaría de mí luego.

¿Dónde podría ir? ¿Dónde esconderme en este campo raso? Sólo pareció una oportunidad. Me detuve.

Cuando Bellamy alcanzaba por fin la esclusa, la nave aulló como un perro herido.

Los giróscopos habían soportado demasiado castigo. La agonía del metal debía haberla producido la rotura de alguno de los montantes. Bellamy se detuvo, y miró hacia abajo: el piso estaba demasiado lejos. Miró hacia delante: ya no había tiempo para activar los jets. Luego me miró.

Casi pude leerle la mente: «Bey, ¿qué puedo hacer ahora?»

No tenía respuesta para darle. El yate aulló, y yo me tiré al piso. Bueno..., en realidad, me dejé caer, agotado. Bellamy me miró caer, y en el siguiente instante el Paseo del Ebrio se balanceó de punta a punta.

La nariz cavó un delgado surco en el suelo, pero las patas de aterrizaje cayeron con estrépito y se enterraron. Bellamy voló sobre mi cabeza, y lo perdí de vista. El yate pareció equilibrarse, aferrado por sus patas al suelo, pero luego empezó a torcerse por el momento de giro acumulado en sus giróscopos.

Las patas actuaron como resortes, lanzándolo por el aire en un salto mortal. Aterrizó y saltó de nuevo, con alaridos de rotura, como una liebre herida huyendo del cazador.

Sentía deseos de llorar. Yo era el culpable; ninguna nave merecía ser tratada de ese modo. En algún lugar de su vientre, las ruedas de los giróscopos morían sepultadas en metal desgarrado.

El yate cayó a tierra y rodó, dando tumbos; pude ver cómo se alejaba y finalmente se detenía. El *Paseo del Ebrio* yacía muerto a una gran distancia de mí.

Me levanté con cuidado y eché a andar hacia él. Encontré a Bellamy en el camino. Si quieren imaginarse cómo lo hallé, háganlo. Yo no lo contaré.

Ya casi oscurecía cuando llegué al yate.

Estaba de costado, con una de sus patas estirada sobre sí. Es muy difícil dañar el metal de los cascos, especialmente a las bajas velocidades en que había hecho su loca rutina. Localicé la esclusa y trepé con gran dolor hasta allí.

La cabina estaba hecha un embrollo. Las partes más robustas se veían enteras, pero las delgadas particiones estaban desgarradas y moteadas de abolladuras y agujeros. Alguna rueda giroscópica habría pasado a través.

El autodoc estaba contra el panel del fondo. Se veía intacto, y lo necesitaba con urgencia para aliviarme el dolor de las manos y volver

a su lugar las articulaciones de mis muñecas. Me detuve ante él, temiéndolo como si fuera la boca de un bandersnatch, y me vinieron de golpe a la memoria todas las cosas que había oído que podían salir mal con un autodoc.

La loca carrera de la rueda no parecía haber afectado la zona de control del yate.

Se fueron encendiendo luces a medida que activaba el panel de comunicaciones. Tuve que usar el hueso de mi muñeca para presionar los mandos. Encendí todo lo que me pareció que tuviera que ver con comunicaciones, puse todos los volúmenes al máximo usando las palmas, y lo dejé así, sin intentar apuntar un lasercom, grabar un mensaje o emitir en código.

Si algo de eso funcionaba -y poseía energía, aunque la maquinaria estuviera dañada-, la base recibiría el mensaje que yo quería transmitir: alguien intentaba comunicarse usando un equipo dañado.

Me senté en el suelo de la cabina de controles y fumé un cigarrillo; sujetarlo con ambos pulgares era menos doloroso. Me vino a la memoria la sorpresa de Sharroll cuando me vio por primera vez con un cigarrillo entre los dedos. Los llaneros eran demasiado flojos.

Eventualmente alguien vendría.

Levanté el pequeño bulbo de vidrio -que Margo había llamado un «sorbo»- y lo llevé conmigo, admirando el juego de la luz en el fluido rojo amarronado. Era un placer usar de nuevo mis manos. Veinte horas atrás colgaba inútiles, hinchadas y ennegrecidas, como cadáveres que llevaran largo tiempo muertos.

—Por el regreso del héroe -dijo Margo, con los ojos brillantes. Levantó la copa en un brindis y bebió de ella.

—He estado en el autodoc por veinte horas -dije-. Tengo que reponer combustible. ¿Van a rescatar a Lloobee?

—A Lloobee, y también a tu amigo -su voz sonaba satisfecha, casi ronroneante-. Los secuestradores se conformaron con un contrato de amnistía y confidencialidad, penando por diez mil estelares a quien permita que sus nombres se conozcan en cualquier lugar del espacio conocido. La pena se aplica a cualquier hombre, mujer o niño en

Gummidgy, incluyéndonos a nosotros dos.

»Insistieron en que se agregaran *todos* los nombres. ¿Sabías que hay medio millón de personas en Gummidgy?

–Es un contrato *grande*.

–Pero nunca conseguirán sus diez mil. Deberán contentarse con lo que tienen. Con la nave destruida, están atrapados aquí. Lloobee y tu amigo arribarán en cualquier momento.

–Y la muerte de Bellamy satisfará el honor de los kdatlyno.

–Ahá -asintió ella, feliz y relajada. ¡Qué buena actriz hubiera llegado a ser! Qué tentación la de actuar a su lado...

–No lo maté deliberadamente -dije.

–Ya me lo has dicho.

–Eso nos deja sólo un cabo suelto.

Ella me miró por encima de su «sorbo».

–¿De qué se trata?

–He de persuadir a Emil de que te deje afuera de esto.

Dejó caer el bulbo. Rebotó en la alfombra de pasto para interiores y rodó debajo de la mesilla de café, mientras Margo me miraba como si no me conociera. Finalmente dijo:

–Eres duro de roer. ¿Cuánto hace que lo sabes?

–Prácticamente desde el día en que tus amigos raptaron a Lloobee. Pero no estuve seguro hasta que supe que estaba en poder de Bellamy. Mentiste respecto de la nave que habías visto.

–Ya veo -su voz era lisa, y había perdido el brillo en sus ojos-. Emil Horne lo sabe. ¿Quién mas?

–Sólo yo. Y Emil me debe una. Dos, en realidad.

–Entiendo -dijo-. Bien...

Se agachó para recoger su sorbo. La miré hacerlo, y todo cayó en su lugar.

—Eres vieja.

—No es fácil engañarte, ¿verdad?

—Nunca te vi mover así antes. Tiene su gracia; puedo acertar la edad de un hombre dentro de pocas décadas, pero no la de una mujer. ¿Porqué no te mueves así todo el tiempo?

Ella rió.

—¿Y permitir que todo el mundo sepa que soy una arpía? No es divertido. Por eso dudo al moverme, y me choco contra las cosas en ocasiones, y enganchó mi tacón en las alfombras. Toda mujer aprende a hacer eso, generalmente mucho antes de que le enseñen a no hacerlo. Poseer demasiado equilibrio es revelador.

Se puso en pie, retadora, las piernas separadas, las manos en la caderas. Ahora su aspecto era grandioso; irradiaba dignidad. Quizá había sido actriz...; tal vez tanto tiempo atrás que sus admiradores habían muerto, o la habían olvidado.

—Soy vieja. ¿Y qué?

—Bien, ahora sé porqué te uniste a los secuestradores. Todos ustedes, tú, Bellamy y el resto, piensan igual. No hizo falta persuadirte.

Ella negó con la cabeza, falsamente apesadumbrada.

—Cómo lo simplificas... ¿Realmente crees que toda persona por encima de los dos siglos y medio piensa de la misma manera?

»A Piet Lindstrom no le gustó desde el principio, pero necesitaba el dinero. No había tomado esencia por años. Warren siempre fue un loco por la cacería; no había cazado un ser civilizado desde la última guerra kzinti. Tanya estaba enamorada de Larch; probablemente intentará matarte tarde o temprano.

—¿Y qué hay contigo?

—Larch no hubiera ido muy lejos sin mí. Le podía suceder cualquier

cosa. Entonces le dije que sería yo quien conduciría al kdatlyno, y me anoté para el viaje.

Era tan lúcida. Siempre me había parecido hermosa, pero ahora, sin aquellas maneras de niña tonta, resplandecía de belleza.

Empecé a sospechar del brandy.

–Entonces, tú también lo amabas -dije.

–Por supuesto que sí. Larch era mi hijo.

Salté sobre mis pies.

–¡El brandy! ¿Qué le has puesto?

–Algo que desarrollé hace mucho tiempo. Hormonas, hipnóticos... Una poción de amor. Estás a punto de enamorarte de mí. Dentro de un par de años, te abandonaré como a un perro. No podrás vivir sin mí... -su sonrisa era fría y cruel-. Una adecuada venganza.

–¡Finagle me ayude! – no había bebido el brandy, por supuesto, pero qué demonios... Entonces me di cuenta: «dos años», había dicho ella.

–¿Sabes de Sharrol?

–Sí.

–No he bebido tu brandy.

–No hay nada en él, excepto alcohol.

Nos sonreímos el uno al otro, desde los extremos opuestos del sofá. Luego apareció el espectro entre nosotros, y le pregunté:

–¿Qué hay de Bellamy?

–Larch conocía el riesgo. Sabía lo que estaba haciendo.

–No puedo entenderlo...

No me entraba en la cabeza porqué ella no me odiaba. Peor aún, todas las preguntas serían erróneas. Pensé cuál podía ser la más correcta, y dije:

–¿Qué intentaba hacer? ¿Qué buscaba él?

–La muerte. Se le agotó el interés por vivir. Comenzó a tomar riesgos cada vez mayores, esperando que alguno al fin lo matara. Un día yo llegaré también al mismo punto; espero darme cuenta a tiempo.

–¿Qué harás entonces?

–No me lo preguntes -dijo, con carácter definitivo. Jamás volví a hacerlo.

–¿Qué harás ahora?

–Tengo alguna idea -comentó, mientras me observaba cuidadosamente-. Sharrol Janss está gestando un niño para ti en la Tierra. Yo no puedo tener hijos; mis ovarios hace mucho que no ovulan. ¿Hay alguna razón para que no pasemos un par de años juntos?

–Bien..., no puedo pensar en ninguna que lo impida. Pero ¿qué sacarás tú de ello?

–Nunca estuve con un spaciano.

–Y estás curiosa al respecto.

–Sí. No te sientas ofendido.

–No lo estoy. Más bien me siento halagado.

Después de todo, tenía dos años por llenar... y Margo era encantadora.

Dos años después estaba en Jinx, solo, esperando por la próxima nave con destino a la Tierra. Dado que él ya había retornado, los últimos trabajos de Lloobee estaban aquí también, expuestos en el Instituto del Conocimiento. Allí me dirigí entonces, para ver lo que mi protegido había realizado.

Contemplar su obra fue todo un shock.

El primer sobresalto fue éste: que las cosas deben tocarse para ser apreciadas. La escultura de contacto es para ser sentida; no tiene

significado de otra manera. Pero éstos eran bustos y estatuillas humanos. Alguien debió asesorar a Lloobee respecto a los colores.

Miré más de cerca.

La primera: un grupo de humanos, algunos de pie, otros sentados, pero todos mirando con gran intensidad a un panel de vidrio plano.

La segunda: un par de cabezas. Sinceros, agradables, nobles como el demonio, pero aún así un juego de niños el reconocerlos. Los toqué, y se sentían como caras verdaderas. Llevaban mi cara y la de Emil.

La tercera, y última: un grupo de cuatro, tres hombres y una mujer. Mostraban un definido parentesco con los simios, cruzado con lo que debía ser estirpe de demonios. No obstante, era fácil reconocerlos. Tres de ellos se sentían humanos y vivos también, aunque de algún modo repelentes. El cuarto estaba horriblemente frío y muerto.

Los secuestradores habían descuidado el incluir a Lloobee en el contrato. Y éste había convocado a la prensa, contándoles todo respecto a cómo sus últimas obras habían nacido.

QUINTO ESPECTRO

—¿Puedo escribir esta historia por ti? — preguntó Ander-. Debe haber buen dinero en ello.

—Son noticias viejas. Todo el mundo conoce la versión de Lloobee.

Lo dije pensando en que, de publicarse mi historia, centraría la atención sobre Margo. Lloobee no había conocido la injerencia de Margo en el secuestro, y yo no tendría que haberlo contado a Ander. Lo miré, preguntándome si la conocería.

—Nunca me relacioné con una... mujer madura -dijo él-. ¿Cómo es? ¿Por qué rompieron?

Me encogí de hombros.

–Se suponía que iba a ser temporario. Y se mantuvo así. No tuve que decirlo, sólo sucedió. Hasta a mí me aturde un poco. Margo arregló una relación de dos años de duración como yo lo haría con una cita de fin de semana. Ander, a ti no te gustan los alienígenas. ¿Opinas lo mismo de los humanos metidos en años?

–No.

–Esa gente ha aprendido mucho. Y no le gustan los cambios. Si pudieran mantener la civilización inmóvil, lo harían.

Él no lo había pensado en ese sentido, y no le gustó la idea. Por eso escupió:

–Siempre me dije: si no puedes vencerlos, úneteles. De modo que he decidido hacerme viejo. Beowulf, Productos Generales te ha dado un número...

–Lo tomé porque era para mi uso únicamente.

Sus ojos se estrecharon, pero lo dejó pasar.

–Pero podrías usarlo si nosotros necesitáramos saber algo.

–Debería ser una pregunta correctamente formulada. Ander, yo estoy fuera de los asuntos alienígenas.

De nuevo lo dejó correr.

–Y luego de Margo, ¿qué?

–De nuevo a la Tierra. Estaba desesperado por volver.

–¿Regresaste por Sharrol Janss?

Lo miré fijo.

–Por supuesto. Por Sharrol y los niños.

–¡Los niños de Carlos Wu!

Me levanté; sabía que era un error, pero ¿y qué?

–Me voy. Si luego quieres disculparte, mi teléfono es...

–Beowulf Shaeffer, simplemente no puedo imaginarte perdiendo la cabeza por una mujer.

Perdí la respiración. Fue como si me hubiera atinado en el vientre. Me senté, pero mi vista aún seguía fuera de foco. Ander me miraba sorprendido. Cuando me repuse, preguntó:

–¿Qué te ocurre?

–No ahora -me faltaba el aire.

Él suspiró, y marcó en el tablero del menú. Un bulbo comprimido apareció, y me lo alcanzó estirando el brazo hacia mí. Me masajeeé la garganta con una mano, tomé el bulbo y bebí. Brandy con soda. Lo correcto.

Me observó mientras tomaba otro trago.

–Bien. Sigmund me contó cómo volviste al sistema de Sol.

–Tal vez olvidó contarte algo.

–Continúa.

LA FRONTERA DE SOL

Tres meses en Jinx, aburriéndome.

Durante los dos primeros meses me hice el turista. Nunca vi las regiones de alta presión que rodeaban el océano porque la única forma de descender hubiese sido en compañía de un safari de tanques de caza. Pero viajé por las tierras habitables a ambos lados del mar: la civilizada Banda Este, y la Banda Oeste, una frontera en desarrollo. Merodeé por la Banda Este dentro de un traje de vacío, recorrí las destilerías y otras industrias y contemplé fijamente la enormidad color naranja de Primario, el gran hermano de Jinx.

Pasé la mayor parte del segundo mes entre el Instituto del Conocimiento y el hotel Camelot. El turismo había acabado por aburrirme.

Eso es extraño en mí. Soy un turista nato, pero la gravedad de Jinx, de uno punto setenta y ocho, fuerza una irracional restricción en la elegancia y el ingenio de los diseños arquitectónicos. Todos los edificios de las zonas habitables tienen el mismo aspecto: pesados y macizos.

Los Extremos Este y Oeste, las zonas de vacío, no se diferencian mucho de cualquier luna industrializada. Nunca me interesó demasiado recorrer fábricas.

En cuanto a las costas del océano, los únicos vehículos que van allí lo hacen para cazar bandersnatchi. Los bandersnatchi son unos monstruos rarísimos: enormes e inteligentes babosas blancas del tamaño de montañas. Persiguen a los tanques. Existen rígidas restricciones en cuanto al equipo que los tanques pueden llevar -según un convenio establecido entre los hombres y los bandersnatchi-, de forma que estos últimos ganan alrededor del cuarenta por ciento de los duelos. Yo no quería tomar parte en eso.

Y toda gira tenía que realizarse en una gravedad tres veces superior a la de mi mundo nativo.

Pasé el tercer mes en Sirio Máter, y la mayor parte del tiempo en el hotel Camelot, que tenía generadores de gravedad en casi todas las

habitaciones. Cuando salía, lo hacía en un lecho flotante. Pasaba por inválido entre los jincianos, que parecían divertidos. ¿O era mi imaginación?

Estaba en un vestíbulo del Instituto de Conocimiento cuando vi a Carlos Wu, quien estaba rozando con las yemas de los dedos una escultura de contacto de los kdatlyno.

Era un hombre moreno y esbelto, con hombros estrechos y cabello negro liso. Carlos era tan ágil como un mono en cualquier gravedad normal, pero en Jinx empleaba un lecho de viaje exactamente igual al mío. Estudiaba los bustos con la cabeza echada a un lado. Y yo estudié su conocida espalda, seguro de que no podía ser otro más que el.

—Carlos, ¿no se supone que estás en la Tierra?

Dio un salto. Pero cuando su lecho giró en redondo, sonreía ampliamente.

—¡Bey! Lo mismo podría decir yo de ti.

Lo admití.

—Me dirigía hacia la Tierra, pero cuando todas esas naves comenzaron a desaparecer en las proximidades del sistema solar, el capitán cambió de idea y se dirigió a Sirio. Ninguno de los pasajeros pudimos hacer nada al respecto. ¿Cómo estás? ¿Cómo están Sharrol y los chicos?

—Sharrol está bien, y también los niños; todos esperando que vuelvas a casa.

Sus dedos continuaban vagando sobre la escultura de contacto de Llobee llamada Héroe, palpando las tibias y carnosas texturas. Héroe era una escultura al tacto bastante poco corriente; había efectos visuales además de táctiles. Carlos estudió los dos bustos humanos, y dijo:

—Ese es tu rostro, ¿no es cierto?

—Sí.

—Aunque nunca en tu vida fuiste tan guapo. ¿Cómo llegó un kdatlyno a escoger a Beowulf Shaeffer como modelo para un héroe clásico? ¿Fue por tu nombre? ¿Y quién es el otro?

–Ya te lo contaré alguna vez. Carlos, ¿qué estás haciendo aquí?

–Yo... dejé la Tierra un par de semanas después de que Louis naciera - ¿por qué estaba molesto?-. Hacía diez años que no salía de la Tierra. Necesitaba un cambio.

Pero se había marchado un poco antes de mi supuesto regreso. Y... ¿no me había contado alguien una vez que Carlos Wu tenía una ligera fobia al espacio? Comencé a comprender lo que andaba mal.

–Carlos, nos hiciste un valioso favor a mí y a Sharrol.

Se rió sin mirarme.

–Algunos hombres han matado a otros a causa de favores semejantes. Pensé que era... de buen tino... no estar allí cuando volvieras a casa.

Ahora ya lo sabía.

Carlos estaba aquí porque la Comisión de Fertilidad de la Tierra no me concedió una licencia de paternidad.

En realidad, no puede culparse a la Comisión por utilizar hasta la mínima excusa para reducir el número de padres reproductivos. Yo soy albino. Sharrol y yo nos amamos, pero queríamos tener niños y Sharrol no puede salir de la Tierra. Tiene la fobia al espacio típica de muchos llaneros: el miedo al aire extraño y a los días cambiados, a la distinta gravedad y al negro cielo bajo los pies.

La única solución que habíamos encontrado había sido pedirle un favor a un buen amigo.

Carlos Wu es un genio registrado, con una increíble resistencia a la enfermedad y al daño físico. Posee una licencia de paternidad ilimitada, una de las escasas sesenta de ese tipo entre los dieciocho mil millones de personas de la Tierra. Todas las semanas recibe proposiciones similares..., pero es un buen amigo, y accedió. En los últimos dos años Sharrol y Carlos han tenido dos niños, que están ahora en la Tierra esperando a que yo regrese para convertirme en su padre.

Yo sólo sentía gratitud por lo que había hecho por nosotros.

–Te perdono tus extrañas ideas sobre el tacto -le dije magnánimamente-. Bien, ¿puedo llevarte por ahí mientras estemos detenidos en Jinx? He conocido algunas personas interesantes.

–Siempre lo haces -vaciló- y después-. En realidad no estoy detenido en Jinx. Me han ofrecido un viaje a casa. Probablemente pueda meterte en él.

–¡Oh! ¿De veras? No creí que hubiese ninguna nave que se dirigiese en estos tiempos hacia el sistema de Sol. Ni que lo abandonase.

–Ésta pertenece a un agente del gobierno. ¿Has oído hablar de Sigmund Ausfaller?

–Eso me suena vagamente... ¡Espera! ¡Detente! La última vez que vi a Sigmund Ausfaller, acababa de poner una bomba a bordo de mi nave.

Carlos parpadeó.

–Estás bromeando.

–No, no lo estoy.

–Sigmund Ausfaller está en la oficina de Asuntos Alienígenas. El sabotaje de naves espaciales no entra dentro de sus funciones.

–Quizá tenía el día libre -dijo con rencor.

–Bien, realmente no parece que te gustara compartir con él un camarote. Probablemente...

Pero yo había pensado en otra cosa y no conseguía apartarme de ella.

–No, vayamos a verle. ¿Dónde podemos encontrarle?

–En el bar del Camelot -dijo Carlos.

Cómodamente reclinados sobre nuestros lechos de viaje, nos deslizamos sobre cojines de aire a través de Sirio Máter. Los naranjos que bordeaban los caminos crecían achaparrados por la acción de la gravedad; sus troncos eran gruesos conos y las naranjas de sus ramas no eran mucho mayores que pelotas de ping-pong.

Su mundo los había alterado de la misma forma que nuestros mundos nos han alterado a nosotros. La civilización subterránea de Lo Conseguimos y la gravedad de cero punto seis me han convertido en un dibujo de palotes: pálido, alto y delgado. Los nativos de Jinx con los que nos cruzamos eran bajos y anchos; tanto los hombres como las mujeres estaban diseñados como ladrillos. Estando entre ellos, un nativo de otro mundo parecía tan asombrosamente diferente como un kdatlyno, o un titerote de Pierson.

Y así llegamos a Camelot. Es una estructura baja de dos pisos, que se extiende como un pulpo cubista sobre varios acres del centro de la ciudad de Sirio Máter. La mayor parte de los extranjeros se quedan allí, a causa de las habitaciones y pasillos de gravedad controlada y por el acceso al Instituto del Conocimiento, el museo y centro de investigación más completo del espacio humano.

El bar del Camelot se mantiene a una gravedad terrestre. Dejamos en el vestíbulo nuestros lechos de viaje y entramos en él como hombres. Los jincianos entraban rebotando como ladrillos de goma, con amplias sonrisas de felicidad sobre sus amplias caras. Les encanta la gravedad baja. Un buen número de ellos emigran a otros mundos.

Localizamos fácilmente a Ausfaller: un terrestre redondo con cara de luna, cabello oscuro, grueso y ondulado, y fino bigote negro. Cuando nos acercamos se levantó.

–¡Beowulf Shaeffer! – gritó-. ¡Encantado de verle otra vez! Por lo menos hace ocho años, o algo así. ¿Cómo le ha ido?

–He vivido -le dije.

Carlos se frotó las manos con viveza.

–¡Sigmund! ¿Por qué pusiste una bomba en la nave de Bey?

Ausfaller parpadeó debido a la sorpresa.

–¿Le dijo que era suya la nave? No lo era; estaba pensando en robarla. Supuse que no le interesaría robar una nave con una bomba retardada oculta en su interior.

–Pero ¿cómo se mezcló usted en eso? – Carlos se deslizó en el interior del reservado, sentándose a su lado-. No es un policía. Usted está en la oficina de Relaciones Extremadamente Exteriores.

–La nave pertenecía a Productos Generales, empresa de los titerotes de Pierson, no de los humanos.

Carlos se volvió hacia mí.

–¡Bey! Deberías avergonzarte.

–¡Maldita sea! Estaban chantajeándome para que me hiciera cargo de una misión suicida, ¡y este hombre permitió que lo hicieran! Y esto es la exhibición de tacto menos convincente que haya visto nunca...

–Es buena cosa que estos reservados estén insonorizados -dijo Carlos-. Pidamos algo de beber.

Insonorizados o no, la gente nos estaba mirando. Me senté. Cuando llegaron nuestras bebidas, terminé la mía de un trago. ¿Por qué le habría mencionado la bomba?

Ausfaller estaba diciendo:

–Bien, Carlos, ¿has cambiado de opinión en cuanto a acompañarme?

–Iré si puedo llevar un amigo.

Ausfaller frunció el ceño y me miró.

–¿Usted también quiere ir a la Tierra?

Yo me había decidido ya.

–No lo creo. De hecho, me gustaría convencerle de que no lleve a Carlos.

–¡Eh!-exclamó Carlos.

Yo no le dejé interrumpir.

–Ausfaller, ¿sabe quién es Carlos? Obtuvo una licencia de paternidad ilimitada cuando sólo tenía dieciocho años. ¡Dieciocho! No me importa que usted arriesgue su propia vida; de hecho la idea me encanta. Pero la de él...

–¡No es un riesgo tan grande! – gritó Carlos.

-¿No? ¿Qué es lo que tiene la nave de Ausfaller que no tuvieran las ocho naves perdidas?

-Dos cosas -dijo Ausfaller pacientemente- Una: nosotros estaremos entrando. De las ocho naves que se desvanecieron, seis estaban saliendo del sistema solar. Si alrededor del Sol hay piratas, deben encontrar mucho más fácil localizar naves salientes que entrantes.

-Cogieron a dos que entraban -respondí-. Dos naves, cincuenta hombres entre tripulación y pasajeros, desaparecidos. ¡Puf!

-No me atraparían con tanta facilidad -fanfarroneó Ausfaller-. El Hobo Kelly es una trampa. Parece una nave de mercancías y pasaje, pero es una nave militar, armada y capaz de una aceleración de treinta g's. En el espacio normal podremos escapar de cualquier cosa contra la que nos sea imposible luchar. Estamos suponiendo que son piratas, ¿no es cierto? Los piratas tratarían de robar una nave antes que destruirla.

Yo estaba intrigado.

-¿Por qué? ¿Por qué una nave de guerra disfrazada? ¿Estás esperando ser atacado?

-Si realmente fueran piratas, sí, tengo la esperanza de ser atacado. Pero no al entrar en el sistema solar. Planeamos una sustitución. Una nave de mercancías completamente normal aterrizará en la Tierra, tomará mercancía de cierto valor y partirá hacia Wunderland en rumbo directo. Mi nave la reemplazará antes de que haya cruzado los asteroides. Así que ya ves que no hay ningún riesgo de perder los preciosos genes del señor Wu.

Carlos se puso de pie, inclinándose sobre nosotros con las palmas apoyadas sobre la mesa y los brazos rectos.

-Debo señalar amigablemente que son mis condenados genes y que haré lo que condenadamente me plazca con ellos. Bey, ya he tenido mi ración de niños, y los tuyos también.

-Cálmate, Carlos. No era mi intención pisotear ninguno de tus inalienables derechos -me volví hacia Ausfaller-. Todavía no comprendo por qué esas naves que desaparecen le interesan a la oficina de Relaciones Extremadamente Exteriores.

–A bordo de algunas de las naves había pasajeros alienígenas.

–Oh.

–Y nos hemos preguntado si los propios piratas no lo serán también. Ciertamente, usan una técnica desconocida para la humanidad. De las seis naves desaparecidas, al salir del sistema solar, cinco se desvanecieron apenas informar que iban a activar la hiperconducción.

–¿Pueden arrancar a una nave del hiperimpulso? – me sorprendí- Eso es imposible. ¿No es así, Carlos?

La boca de Carlos se torció.

–No lo es, si es que lo están haciendo. Pero no entiendo el principio. Sería distinto si las naves sencillamente desapareciesen. Cualquier nave lo hace si pone el hiperimpulso en funcionamiento estando demasiado cercana a un pozo de gravedad.

–Entonces... quizá no sean piratas después de todo. Carlos, podría haber en el hiperespacio seres vivos comiéndose realmente las naves?

–Por lo que yo sé, podría haberlos. No lo sé todo, Bey, en contra de la opinión del vulgo -pero después de un minuto negó con la cabeza-. No lo creo. Podría creer que alguna masa en los límites del sistema solar no esté recogida en los mapas. Las naves a hiperimpulso que se acercasen demasiado, desaparecerían.

–No -dijo Ausfaller-. Una sola masa no podría haber causado todas las desapariciones. Figure o no en las cartas, un planeta está limitado por la gravedad y por la inercia. Hicimos simulaciones en computadoras. Hubiesen sido necesarias por lo menos tres masas grandes, todas desconocidas, y que entrasen al mismo tiempo en rutas comerciales muy frecuentadas.

–¿Qué tan grandes? ¿Del tamaño de Marte, o mayores?

–Así que también has estado pensando sobre esto.

Carlos sonrió.

–Sí. Puede que suene imposible, pero no lo es. Es sólo improbable. Más allá de Neptuno hay cantidades increíbles de basura en el espacio.

Cuatro planetas conocidos, e infinitos fragmentos de hielo, roca y ferroníquel.

—Sin embargo, es de lo más improbable.

Carlos asintió. Se hizo un silencio.

Yo continuaba pensando en los monstruos del hiperespacio. Lo más encantador sobre aquella hipótesis era que ni siquiera podía calcularse una probabilidad. Sabíamos demasiado poco.

La humanidad lleva casi cuatrocientos años usando el hiperimpulso. Durante todo ese tiempo habían desaparecido pocas naves, excepto durante las guerras. Ahora, en cambio, ocho naves en diez meses, y todas alrededor del sistema Sol.

Supongamos que alguna bestia del hiperespacio hubiese descubierto naves en aquella zona durante, por ejemplo, una de las guerras humano-kzin. Se lo habría dicho a sus amigos, y ahora todos estarían cazando alrededor del sistema solar. El movimiento de naves alrededor de Sol es mayor que en los bordes de cualquiera de las otras tres estrellas colonizadas, pero si llegaban más monstruos, seguramente tendrían que irse hacia otras colonias.

No podía imaginarme una defensa contra semejantes cosas. Quizá tuviésemos que abandonar los viajes interestelares.

—Me encantaría -dijo Ausfaller- que cambiara de opinión y viniese con nosotros, señor Shaeffer.

—Hum. ¿Está seguro de que me quiere en la misma nave que usted?

—¡Oh, claro que sí! ¿De qué otra forma podría estar seguro de que usted no ha ocultado una bomba a bordo? — se echó a reír-. También podemos aprovechar a un piloto calificado. Además, me gustaría tener la oportunidad de conocer su mente, Beowulf Shaeffer. Tiene usted una extraña facilidad para hacer mi trabajo por mí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Productos Generales utilizó el chantaje para persuadirle de que hiciera una órbita cercana a una estrella de neutrones. Luego, usted se enteró de algo sobre el planeta hogar de los titerotes (todavía no sabemos qué es lo que fue) y les chantajeó a su vez. Sabemos que

armar contratos utilizando el chantaje forman parte normal de la práctica comercial de los titerotes. Usted se ganó su respeto, y desde entonces ha tenido tratos con ellos. También tiene tratos con los Exteriores, sin problemas. Pero lo que más me impresionó fue cómo resolvió el secuestro del kdatlyno Lloobee.

Carlos estaba sentado, muy atento. Yo todavía no había tenido la oportunidad de contarle aquello. Sonreí y dije:

–Estoy muy orgulloso de eso.

–Debe estarlo. Hizo algo más que recuperar al mejor escultor kdatlyno del espacio reconocido; lo hizo con honor, matando a uno de los raptos y permitiendo que Lloobee denunciara a los demás con la publicidad de sus actos. Si no hubiera hecho tal cosa, los kdatlyno se hubiesen sentido molestos.

Ayudar a Sigmund Ausfaller debía ser la cosa más lejana a mi pensamiento de los últimos ocho años, pero de pronto me sentí muy bien. Quizá fuese la forma en que escuchaba Carlos. Era muy difícil impresionar a Carlos Wu.

–Si creyeras que son piratas, vendrías; ¿no es cierto, Bey? – dijo Carlos-. Después de todo, probablemente no puedan encontrar a las naves entrantes sino por casualidad.

–Claro.

–Y en realidad, no crees en monstruos del hiperespacio, ¿verdad?

Yo me defendí.

–No, si oigo una explicación mejor. El problema es que tampoco estoy seguro de creer en los piratas supertecnológicos. ¿Qué hay de esas masas vagabundas de que hablabas?

Carlos apretó los labios y dijo:

–De acuerdo. El sistema solar tiene un buen número de planetas, por lo menos una docena descubiertos hasta ahora, cuatro de ellos fuera de la singularidad mayor alrededor del Sol.

–¿Sin incluir a Plutón?

–No, consideramos a Plutón como una luna que Neptuno ha perdido. El orden es: Neptuno, Perséfone, Caín, Antenor, Ptolomeo, en orden de distancia del Sol. Y las órbitas no coinciden con el plano del sistema. Perséfone tiene una inclinación de ciento veinte grados con respecto al sistema solar y es retrógrada. Si se encuentra otro planeta por allí le llamarán Judeca.

–¿Por qué?

–Infiernos. Las cuatro divisiones más interiores del infierno de Dante. Conforman una gran llanura helada, con los pecadores congelados en ella.

–Vayamos al grano -dijo Ausfaller.

–Empecemos por el halo cometario -me dijo Carlos-. Es muy tenue; alrededor de un cometa en el volumen esférico de la órbita de la Tierra. La masa se pone más densa a medida que se entra al sistema: unos cuantos planetas, algunos cometas interiores, varios fragmentos de hielo y rocas, todos en órbitas sesgadas y bastante diseminados. Por dentro de la órbita de Neptuno hay montones de planetas y asteroides y más achatamiento de las órbitas, para acomodarse a la rotación de Sol. Más allá de Neptuno, el espacio es vasto y vacío. Podría haber planetas que no figuran en los mapas, singularidades que se tragasen a las naves...

Ausfaller estaba indignado.

–¿Tres planetas invadiendo importantes rutas comerciales simultáneamente?

–No es imposible, Sigmund.

–La probabilidad...

–Cierto, es infinitesimal. Bey, es casi imposible. Cualquier hombre en su sano juicio supondría que son piratas.

Había pasado mucho tiempo desde que yo había visto a Sharrol. Me sentí fuertemente tentado.

–Ausfaller, ¿ha rastreado si se ha vendido algo de la mercancía? ¿Ha recibido alguna nota de rescate? ¡Convénzame!

Ausfaller echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¿Qué es lo gracioso?

—Tenemos cientos de notas de rescate. Cualquier deficiente mental puede escribir una, y estas desapariciones han tenido un montón de publicidad. Todas las demandas eran falsas. Me hubiera gustado que una o dos hubiesen sido auténticas. Un hijo del Patriarca de Kzin estaba a bordo del Peregrino cuando desapareció.

»En cuanto al botín... Hum... En el mercado negro han bajado los precios de la esencia y de las maderas preciosas. Por lo demás... -se encogió de hombros-. No ha habido ningún rastro de los originales Barr, ni de la Roca Midas, ni de ninguno de los tesoros más sobresalientes que se encontraban a bordo de las naves desaparecidas.

—Entonces, no puede estar seguro de nada.

—No. ¿Vendrá con nosotros?

—No lo he decidido todavía. ¿Cuándo se marchan?

Despegarían al día siguiente por la mañana, desde la Banda Este. Eso me daba tiempo para tomar una decisión.

Después de cenar volví a mi habitación, sintiéndome deprimido. Carlos volvería a tierra, eso estaba claro. No era culpa mía..., pero él estaba aquí, en Jinx, porque nos había hecho un favor a Sharrol y a mí. Si lo mataban al regresar a casa...

En mi habitación me esperaba una cinta de Sharrol. Había imágenes de los niños, Tanya y Louis, instantáneas del apartamento que había encontrado para nosotros en el arcólogo de los Picos Gemelos, y muchas más cosas.

La pasé tres veces. Después llamé a la habitación de Ausfaller. Ya había pasado suficiente tiempo, demonios.

Cuando nos marchábamos di una vuelta alrededor de Jinx. Siempre he hecho eso, incluso cuando volaba para Nakamura Lines, y ningún pasajero había protestado nunca.

Jinx es el satélite más cercano a Primario, un planeta gaseoso gigante

algo más pequeño Júpiter, pero más denso, porque su núcleo ha sido comprimido y convertido en materia degenerada. Hace mil millones de años, Jinx y Primario estaban aún más próximos, antes de que las fuerzas de marea los separasen. Esta misma fuerza había enlazado anteriormente la rotación de Jinx con la de Primario y había forzado a la Luna a tomar forma de huevo, un esferoide alargado. Cuando la Luna se fue alejando, su forma se convirtió en algo más próximo a la de una esfera, pero la superficie de roca enfriada se resistió al cambio.

Por eso, el océano de Jinx recorre su cintura, bajo una atmósfera demasiado comprimida y demasiado cálida para respirar; mientras que los puntos más cercano y más alejado de Primario, las Bandas Este y Oeste, en realidad sobresalen de la atmósfera.

Desde el espacio, Jinx parece el huevo de Pascua de Dios: los Extremos son de un blanco marfileño teñido de amarillo; después se ve el resplandor, más brillante, de los relucientes campos de hielo en los límites de la atmósfera; luego los diversos azules, de un mundo parecido a la Tierra, cada vez más cubiertos por la blanca escarcha de las nubes según los ojos avanzan hacia el centro, hasta llegar a la cintura del planeta-luna, ceñido por el blanco puro. El océano nunca es visible desde el espacio.

Di una vuelta a su alrededor y partimos.

Sirio tiene también una buena cantidad de materia miscelánea en suspensión obstaculizando el camino hacia el espacio interestelar. Por ese motivo, y porque quería acostumbrarme a una nave desconocida, permanecí en el control durante la mayor parte de los cinco primeros días.

El Hobo Kelly era un artefacto de aterrizaje ventral, de trescientos pies de largo y sección triangular. Bajo el hocico, alargado e inclinado hacia arriba, había grandes puertas en forma de concha de almeja para las mercancías. En la panza tenía los jets de posición y un motor de fusión muy grande en la popa, además de una hilera de ventanas que indicaban camarotes. Parecía completamente inofensiva, pero esto era engañoso. El camarote debiera haber tenido espacio para cuarenta o cincuenta personas, pero sólo había sitio para cuatro. El resto de lo que debiera haber sido espacio del camarote estaba formado únicamente por ventanas con proyecciones holográficas sobre ellas.

El motor corría seguro y suave hasta un máximo de diez ges; no demasiado para una nave diseñada para arrastrar mercancías masivas.

La gravedad de la cabina se mantenía, sin perder más que una fracción de su potencia. Cuando Jinx y Primario fueron invisibles entre las estrellas, y Sirio estaba tan distante que se podía mirar directamente hacia ella, me dirigí al panel de control oculto, que Ausfaller había abierto para mí. Ausfaller se despertó, me encontró en ese momento y comenzó a enseñarme qué era lo que hacía cada cosa.

Tenía un enorme láser de rayos X, algunos cañones láser más pequeños -regulados en frecuencias diferentes-, cuatro bombas de fusión autoguiadas, y un telescopio tan bueno, que el telescopio aparente de la nave era sólo un buscador para el principal. También tenía radar de profundidad.

Y nada de esto se adivinaba bajo el descolorido casco.

Ausfaller estaba armado para cazar bandersnatchi. Yo sentía emociones mezcladas. Apparentemente podíamos luchar contra cualquier cosa, y también escapar. Pero ¿qué tipo de enemigo esperaba encontrar?

Durante aquellas cuatro semanas bajo hiperimpulso, mientras volábamos por el Punto Ciego a tres días por año luz, el tema de los devoradores de naves alcanzó su inquietante cumbre.

Hablábamos de muchas cosas: de música, de arte y de las últimas técnicas de animación, los programas de computador que te permiten hacer tus propios hologramas casi por el dinero que cuesta un almuerzo. Narramos historias. Le conté a Carlos de por qué el kdatlyno Lloobee había hecho mi busto y el de Emil Horne. Hablé de la única vez que los titerotes de Pierson habían pagado la garantía de un fuselaje construido por Productos Generales, después que el casco, supuestamente indestructible, hubiese sido destruido por antimateria. Ausfaller tenía algunas buenas historias..., muchas más de las que le estaba permitido contar, supuse, por la manera en que tenía que rebuscar en su memoria cada vez.

Pero continuamente volvíamos al tema de los devoradores de naves.

–Se resume en tres posibilidades -decidí-: kzinti, titerotes y humanos.

Carlos bufó.

–¿Titerotes? ¡No tienen agallas para eso!

–Los he mencionado porque podrían estar interesados en manipular las reservas del mercado interestelar. Mira: nuestros hipotéticos piratas han hecho un embargo, separando al sistema de Sol del exterior. Los titerotes tienen el capital necesario para obtener ventajas de las consecuencias de tal cosa en el mercado. Y necesitan dinero para su migración.

–Los titerotes son cobardes por filosofía.

–Eso es cierto. No se arriesgarían a robar las naves, o siquiera acercarse a ellas. Pero, ¿y si las hicieran desaparecer a distancia?

Carlos ya no se reía.

–Eso sería más fácil que sacarlas del hiperespacio para robarlas. No se necesitaría más que un gran generador de alta gravedad..., y nunca hemos conocido los límites de la tecnología de los titerotes.

–¿Creéis que es posible?-preguntó Ausfaller.

–Difícilmente. Lo mismo vale para los kzinti. Son lo bastante feroces. El problema es que si alguna vez nos enterásemos de que están depredando nuestras naves, provocaríamos un infierno. Los kzinti lo saben, y saben también que podemos destruirlos. Necesitaron bastante tiempo, pero eso lo aprendieron.

–Así que crees que son humanos -dijo Carlos.

–Sí. Si son piratas, son humanos.

La teoría de los piratas continuaba pareciendo incierta. Los telescopios de espectro no habían encontrado siquiera trazas del metal de las naves en el lugar en que éstas habían desaparecido. ¿Habrían robado los piratas también la nave? Si después del ataque el hiperimpulso permanecía intacto, la nave despojada podía ser lanzada hacia el infinito; pero ¿cómo podían los piratas estar seguros de que eso iba a suceder las ocho veces que atacaron?

Y ninguna de las naves desaparecidas había pedido socorro vía hiperonda.

Nunca creí que fueran piratas. Los piratas espaciales han existido, pero murieron sin sucesores. Interceptar una nave espacial era demasiado complicado. No les compensaba.

Bajo el hiperimpulso, las naves vuelan solas. Todo lo que el piloto tiene que hacer es observar el sensor de masas, por si aparecen unas líneas verdes radiales. Pero hay que hacerlo con cierta frecuencia, porque el sensor de masas es un artefacto psiónico, y debe ser vigilado por una mente, no por otra máquina.

Mientras la estrecha línea verde que señalaba la presencia del Sol se hacía mayor, yo me volví severamente consciente de los detritos que pululaban alrededor del sistema solar. Pasé las últimas doce horas de vuelo en los controles, fumando un cigarrillo tras otro con los pies. Debo añadir que eso normalmente lo hago cuando quiero tener libres las dos manos, pero en ese momento lo hacía sólo para molestar a Ausfaller. Había visto la forma en que sus ojos se salían de sus órbitas la primera vez que me vio pitar un cigarrillo sujeto entre los dedos de mis pies. Los terrestres son muy flojos.

Carlos y Ausfaller compartían la cabina de control conmigo cuando entramos en el halo cometario de Sol. Se sentían aliviados de estar acercándose al final de un largo viaje. Yo estaba nervioso.

—Carlos, ¿qué tamaño tendría que tener una masa para hacernos desaparecer?

—El de un planeta. De Marte para arriba. Más allá de eso, depende de lo denso que sea y de lo cerca que llegues. Si es suficientemente denso puede tener menos masa y, sin embargo, hacerte desaparecer del universo. Pero lo observarías en el sensor de masas.

—Únicamente por un instante..., y ni siquiera eso si estaba desactivado. ¿Qué sucedería si alguien activase un generador gigante de gravedad cuando nosotros pasemos?

—¿Para qué? No les sería posible robar la nave. ¿Qué provecho les reportaría eso?

—Reservas, que quizá luego vendieran.

Pero Ausfaller estaba negando con la cabeza.

—Los gastos de una operación así serían enormes. Ningún grupo de piratas dispondría de suficiente capital a mano para hacerlo práctico. Sólo podría creerlo de los titerotes.

Demonios, tenía razón. Ningún humano que fuera tan rico necesitaría hacerse pirata.

La larga línea verde que señalaba el Sol estaba casi tocando la superficie del sensor de masas.

–Cambio en diez minutos -dije.

Y la nave se sacudió salvajemente.

–¡Sujetaros! – grité, y miré los monitores del hiperimpulso. El motor no estaba consumiendo energía, y el resto de los indicadores habían enloquecido.

Activé las ventanas. En el hiperespacio las había mantenido cerradas, para que mis pasajeros terrestres no se volvieran locos mirando el Punto Ciego. Las pantallas subieron y vi las estrellas. Estábamos en el espacio normal.

–¡Maldición! Nos han cogido de todas formas -Carlos no parecía aterrorizado o enfadado, sino asombrado.

Cuando hice subir el panel oculto, Ausfaller gritó:

–¡Espere!

Lo ignoré. Apreté el botón rojo y el Hobo Kelly se sacudió de nuevo, mientras su vientre reventaba.

Ausfaller comenzó a maldecir en algún lenguaje llanero desaparecido.

Dos tercios del Hobo Kelly se quedaron atrás, girando lentamente. Lo que quedaba debía aparecer como lo que era: un casco número dos de Productos Generales, una esbelta jabalina transparente de trescientos pies de largo y veinte de anchura, con instrumentos de guerra apiñados a lo largo de lo que ahora era su parte ventral. Las pantallas que habían permanecido mudas se activaron. Encendí el motor principal y lo puse al máximo.

Ausfaller me habló lleno de rabia y de veneno.

–Shaeffer, ¡idiota, cobarde! Corremos sin saber de qué estamos escapando. Ahora saben exactamente lo que somos. ¿Qué

probabilidades hay de que nos sigan? Esta nave fue construida para un propósito específico, ¡y usted lo ha estropeado todo!

—He liberado sus instrumentos especiales -señalé yo-. ¿Por qué no averigua lo que pueda encontrar?

Mientras tanto, yo podía sacarlos de aquel maldito lugar.

Ausfaller se convirtió en un hombre muy atareado. Yo veía lo que estaba obteniendo en unas pantallas al lado del panel de control. ¿Algo o alguien intentaba cazarnos? Vería que éramos difíciles de alcanzar, y más difíciles de digerir. No podían esperar encontrarse con un casco de la Productos Generales. Desde que los titerotes habían dejado de fabricarlos, el precio de los cascos PG de segunda mano había subido en forma exorbitante.

Allí fuera había naves. Ausfaller obtuvo un primer plano de ellas: tres naves remolcadoras del tipo de las que se utilizan en el Cinturón, en forma de gruesos platillos, equipadas con motores de gran tamaño y poderosos generadores electromagnéticos. Los mineros del Cinturón las usan para remolcar asteroides de ferroníquel hasta el punto donde se necesita el mineral en bruto. Probablemente podrían alcanzarnos con esos masivos motores, pero ¿tendrían la adecuada gravedad en la cabina?

No lo estaban intentando. No parecían ni seguarnos, ni huir. Y se mostraban completamente inofensivas.

Pero Ausfaller estaba trabajando, apuntando sobre ellas con el resto de sus instrumentos. Lo aprobé. Un instante atrás, el Hobo Kelly había parecido completamente pacífico; ahora su panza rebosaba de armamento. Las remolcadoras podían ser igual de engañosas.

Carlos preguntó a mi espalda.

—Bey, ¿qué pasó?

—¿Cómo demonios puedo saberlo?

—¿Qué es lo que muestran los instrumentos?

Debía referirse al complejo del hiperimpulsor. Un par de indicadores se habían vuelto locos, otros cinco estaban averiados. Se lo dije.

–...Y el motor no está absorbiendo ninguna energía. Nunca he oído algo semejante a esto. Carlos, teóricamente es imposible.

–Yo... no estoy tan seguro de eso. Quiero echar un vistazo al motor.

–Los conductos de acceso no tienen la gravedad de cabina.

Ausfaller había abandonado las remolcadoras, que quedaron atrás. Había encontrado algo que parecía ser un enorme cometa, una bola de gases congelados a bastante distancia hacia un lado. Observé cómo pasaba el radar profundo sobre ella. Ninguna flota de naves piratas se ocultaba detrás.

–¿Examinaste las remolcadoras con el radar de profundidad? – le pregunté.

–Por supuesto. Podemos examinar las cintas con detalle más adelante. No vi nada. Y nada nos ha atacado desde que salimos del hiperespacio.

Yo había estado maniobrando al azar. Ahora nos volvimos hacia Sol, la estrella más brillante del cielo. Aquellos diez minutos perdidos en el hiperespacio añadirían tres días más a nuestro viaje.

–Si había algún enemigo, se ha asustado. Shaeffer, esta misión y esta nave le han costado una enorme suma a mi departamento, y no nos hemos enterado de nada en absoluto.

–No tanto como nada -dijo Carlos-. Yo sigo queriendo ver el hiperimpulsor. Bey, ¿puedes ponernos a una ge?

–Sí. Pero... los milagros me ponen nervioso, Carlos.

–Puedes afiliarte al club.

Reptamos a lo largo de una tubería de acceso apenas mayor que los hombros de un tipo grande, entre el alojamiento del hipermotor y el sistema de alimentación de combustible circundante. Carlos alcanzó una ventana de inspección; echó una mirada adentro y comenzó a reírse a carcajadas.

Le pregunté qué era lo que le parecía tan gracioso. Todavía preso de la risa, él se movió adelante. Yo alcancé la ventana y miré.

No había ningún hipermotor en el alojamiento.

Pasé a través de uno de los accesos para reparación, y me alcé dentro del contenedor cilíndrico. Nada. Ni siquiera un agujero de salida. Los cables superconductores y los montantes del motor habían sido cortados con tanta limpieza, que las superficies de corte reflejaban como pequeños espejos.

Ausfaller insistió en verlo con sus propios ojos. Nosotros aguardamos en el cuarto de control. Por un rato, Carlos siguió sacudiéndose con arrebatos de nerviosas risitas. Luego exhibió un aspecto soñador y alejado que resultó aún más preocupante.

Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza, y llegué a la incómoda conclusión de que nunca lo sabría. Hace algunos años me hice los test de inteligencia, con la fútil esperanza de conseguir quizá una licencia de procreación. Pero yo no era ningún genio.

Sólo sabía que Carlos había pensado en algo que a mí no se me hubiera ocurrido, que no me lo estaba diciendo y que yo era demasiado orgulloso para preguntárselo.

Pero Ausfaller había perdido todo orgullo. Volvió con aspecto de haber visto un fantasma.

—No está. ¿Dónde puede estar? ¿Cómo puede haber sucedido tal cosa?

—Eso lo puedo decir -respondió Carlos, por fortuna-. Se necesita una gravedad extremadamente elevada. El motor la embiste, pliega el espacio a su alrededor, y se dispara a algún nivel superior de hiperimpulso, uno que nosotros no podemos alcanzar. Ahora debe estar en camino al borde del universo.

—¿Estás seguro, eh? – dije-. Hace una hora, ninguna teoría explicaba esto.

—Bueno, de lo que estoy seguro es de que el motor se ha ido. Más allá de eso, las cosas se vuelven un poco nebulosas. Pero éste es un modelo bien establecido de lo que ocurre cuando una nave choca con una singularidad. Si el pozo de gravedad no es muy grande, el motor se lleva la nave entera con él, y luego esparce los átomos de la nave a lo largo de su camino, hasta que no queda nada excepto el campo hiperimpulsor propiamente dicho.

-Uf.

Ahora, Carlos se calentaba a la lumbre de una idea.

-Sigmund, Necesito usar la hiperonda. Quizá esté equivocado, pero hay algunas cosas que podemos probar.

-Sí. Creo que valdrá la pena arriesgarse.

Habíamos sido lanzados -o más bien noqueados- del hiperespacio diez minutos antes de alcanzar la singularidad de Sol. Eso era más de dieciséis horas luz en espacio normal, a agregar a las cinco horas luz que faltaban hasta el borde de la singularidad local de la Tierra. Afortunadamente la hiperonda es instantánea, y todos los sistemas civilizados mantienen una estación transmisora de hiperonda justo en el exterior de la singularidad. La estación Southworth transmitiría nuestro mensaje hacia dentro por láser, obtendría respuesta en la misma forma y nos lo pasaría diez horas después.

Activamos la hiperonda y nada explotó.

Ausfaller llamó primero a Ceres, para obtener el registro de las remolcadoras que habíamos divisado. Después Carlos llamó al grupo de computadores de Elefante en Nueva York, utilizando un número de código que Elefante proporcionaba a muy pocas personas.

-Le pagaré después. Quizá con una historia apropiada para él -se regodeó Carlos.

Escuché mientras describía lo que necesitaba. Quería todos los informes sobre un meteorito que había caído en Tunguska, Siberia, URSS, Tierra, en el año 1908. Quería una copia de los tres modelos del origen del universo: la gran explosión, el universo cíclico y el universo en estado constante. Quería datos sobre las estrellas colapsadas. Quería nombres, currículas y direcciones de los más conocidos investigadores de los fenómenos gravitacionales en el sistema Sol. Sonreía cuando cortó.

-Me rindo -dije-. No tengo ni la más remota idea de qué es lo que intentas pescar.

Todavía sonriendo, él se levantó y se fue a su camarote a dormir un poco.

Yo apagué por completo el motor principal. Cuando entrásemos de lleno dentro del sistema solar, podríamos decelerar a treinta ges. Mientras tanto llevábamos una buena velocidad, alcanzada al salir del sistema de Sirio.

Ausfaller permaneció en la sala de control. Quizá su motivo fuera el mismo que el mío. Allí fuera no había ninguna nave policía. Todavía podíamos ser atacados.

Pasamos el tiempo viendo las fotografías que había obtenido de las tres remolcadoras mineras. No hablamos, aunque yo también las miraba.

Las remolcadoras se veían perfectamente normales. Las fotos telescópicas no evidenciaban ninguna sospechosa grieta en los cascos, ni escotillas para armamento. El radar de profundidad las mostraba semejantes a fantasmas: se podían ver los gruesos anillos del campo de fuerza, el fuselaje, los sólidos tubos de conducción, las zonas de menor densidad que revelaban los tanques de combustible y el sistema de apoyo vital. No encontramos cavidades o sombras que no hubieran de estar.

De cuando en cuando Ausfaller decía:

—¿Sabes lo que valía el Hobo Kelly?

Yo dije que podía hacer un cálculo aproximado.

—Valía mi carrera. Pensé destruir una flota pirata con el Hobo Kelly. Pero mi piloto huyó. ¡Huyó! ¿Qué puedo enseñar ahora, a cambio de tan costoso caballo de Troya?

Suprimí la respuesta obvia, además del alegato de que mi principal responsabilidad era la vida de Carlos. Ausfaller no aceptaría eso. En su lugar, dije:

—Carlos tiene algo en la cabeza. Le conozco. Sabe cómo sucedió.

—¿Puedes sacárselo?

—No lo sé.

Podía decirle a Carlos que estaríamos más seguros si supiésemos qué

era lo que nos amenazaba. Pero Carlos era un llanero; eso modificaría sus actitudes.

–Entonces -dijo Ausfaller-, sólo tenemos una idea, de la que no podemos disponer.

Un arma por encima de la tecnología humana me había arrojado fuera del hiperespacio. Yo huí. Por supuesto que huí. Permanecer por los alrededores hubiese sido de locos. Pero, en forma poco racional, también me sentía mal por haberlo hecho.

–¿Qué hay de las remolcadoras? – le dije a Ausfaller-. No entiendo qué es lo que están haciendo ahí. En el Cinturón las usan para desplazar asteroides de ferroníquel hasta las zonas industriales.

–Aquí también. La mayor parte de lo que encuentran no tiene valor: masas de roca, o bolas de hielo; pero el poco metal que pueda haber es valioso. Los necesitan para la construcción.

–¿Para construir qué? ¿Qué tipo de gente viviría aquí? ¿Sería como poner una tienda en el espacio interestelar!

–Precisamente. No hay turistas; pero aquí, donde el espacio es raso y vacío y las temperaturas se acercan al cero absoluto, hay grupos de investigación. Recuerdo que el grupo Mercurio se estableció aquí para estudiar los fenómenos del hiperespacio. Todavía no lo entendemos demasiado bien. Recuerda que nosotros no inventamos el hiperimpulsor, se lo compramos a una raza alienígena. También hay un laboratorio genético intentando desarrollar un tipo de árbol que pueda crecer sobre los cometas.

–¿Me estás tomando el pelo?

–Es loco, pero ellos no bromea. Una planta fotosintética que utilice los productos químicos presentes en los cometas... sería muy valiosa. Todo el halo cometario podría ser sembrado con plantas que produjesen oxígeno... -Ausfaller se detuvo abruptamente, y después prosiguió-. Bien, no importa. Todos esos grupos necesitan materiales de construcción. Es más barato construir aquí que enviar los materiales desde la Tierra o el Cinturón. La presencia de las remolcadoras no es sospechosa.

–Pero no había nada más a nuestro alrededor. Nada más.

Ausfaller asintió.

Cuando Carlos volvió -varias horas más tarde-, parpadeando para alejar el sueño de los ojos, le pregunté:

—Carlos, ¿las remolcadoras podrían tener algo que ver con tu teoría?

—No veo cómo. Tengo la mitad de una idea, y dentro de media hora podré considerarla medianamente juiciosa. La teoría que busco ni siquiera está ya de moda. Ahora que conocemos lo que es un cuásar, a todo el mundo parece gustarle más la hipótesis del estado constante. Ya sabes cómo funciona: la tensión en el espacio completamente vacío produce más átomos de hidrógeno, para siempre. El universo no tiene principio ni final... -pareció empecinado en algo-. Pero si tengo razón, entonces ya sé dónde fueron las naves después de ser robadas. Eso es algo más de lo que nadie sabe.

Ausfaller saltó sobre él:

—¿Dónde están? ¿Están vivos los pasajeros?

—Lo siento, Sigmund. Todos están muertos. Ni siquiera habrá cadáveres que enterrar.

—¿Qué es? ¿Contra qué luchamos?

—Es un efecto gravitacional. Una aguda distorsión del espacio. Un planeta no lo podría producir; una batería de generadores de gravedad de cabina no lo conseguiría, no podía producir un campo de gravedad tan agudamente delimitado.

—Una estrella colapsada -sugirió Ausfaller.

Carlos le sonrió.

—Eso podría ser, pero hay otros problemas: no puede formarse a menos que tenga una masa comparable a cinco veces la de Sol. Supongo que alguien habría advertido algo tan grande en un lugar tan cercano.

—Entonces ¿qué?

Carlos movió la cabeza. Tendríamos que esperar.

La transmisión desde la estación Southworth nos dio el registro de las tres remolcadoras espaciales: eran usadas y de épocas diversas, las tres compradas hacía dos años a la compañía minera IntraBelt por la Sexta Iglesia Congregacional de Rodney.

—¿Rodney? — pregunté.

Pero Carlos y Ausfaller estaban riéndose al mismo tiempo.

—A veces los del Cinturón hacen esas cosas -me dijo Carlos-. Es una forma de decir que a nadie le preocupa quién compró las naves.

—Muy divertido. De acuerdo, pero todavía no sabemos quién es su dueño.

—Quizá sean honrados mineros del Cinturón. O quizá no.

Poco después de la primera llamada llegaron los datos que había pedido Carlos, descargados directamente en el computador de la nave. Incluía una lista de nombres y números de teléfono: los estudiosos más importantes de la gravedad y sus efectos en el sistema de Sol, en una lista por orden alfabético.

Una de las direcciones atrajo mi atención.

Julian Forward, # 1192326, Estación Southworth.

Una dirección en la estación de hiperonda. Estaba aquí fuera, en algún lugar del enorme vacío entre la órbita de Neptuno y el cinturón cometario, donde la hiperonda podía ser usada. Busqué más números de la estación Southworth:

Launcelot Starkey, # 1844719, Estación Southworth.

Jill Luciano, # 1844719, Estación Southworth.

Mariana Wilton, #1844719, Estación Southworth.

—Mira esta gente -dijo Ausfaller-. ¿Quieres discutir tu teoría con alguno de ellos?

—Correcto. Sigmund, ¿no es 1844719 el número del Grupo Mercurio?

—Creo que sí. También me parece que están fuera de nuestro alcance,

ahora que no tenemos hiperimpulsor. El Grupo Mercurio fue asentado en órbita lejana alrededor de Antenor, que ahora está al otro lado del Sol. Carlos, ¿se te ha ocurrido la idea de que una de esas personas podría haber construido el artefacto comenaves?

—¿Qué?... Tienes razón. Se necesitaría alguien que conociese de la gravedad. Pero yo diría que el Grupo Mercurio está fuera de toda sospecha. Con más de diez mil personas trabajando allí, ¿cómo podría alguien ocultar lo que hace?

—¿Qué hay de este tal Julian Forward?

—Forward. Sí, siempre he querido conocerle.

—¿Le conoces? ¿Quién es?

—Solía estar en el Instituto de Conocimiento, en Jinx. No he sabido nada de él por años. Trabajó sobre las ondas de gravedad procedentes del núcleo de la galaxia..., teorías que resultaron erróneas. Sigmund, hagámosle una llamada.

—¿Para qué?

—¿Por qué lo dices? — entonces Carlos recordó la situación-. ¡Oh! Crees que podría... Sí.

—¿Qué tan bien conoces a ese hombre?

—Lo conozco por su reputación. Es bastante famoso. No veo cómo un hombre así podría dedicarse al asesinato en masa.

—Antes dijiste que tenía que ser un hombre muy versado en el estudio de los fenómenos gravitacionales.

—Concedido.

Ausfaller se mordió el labio inferior. Después dijo:

—Quizá no podamos hacer más que hablar con él. Podría estar al otro lado del Sol y, sin embargo, dirigir una flota pirata...

—No, eso no podría hacerlo.

—Piénsalo otra vez -dijo Ausfaller-. Estamos en el exterior de la

singularidad de Sol. Una flota pirata incluiría seguramente naves con hiperimpulso.

–Si Julian Forward es el devorador de naves, tendría que estar cerca. El... hum... artefacto no se podría mover en el hiperespacio.

–Carlos, la ignorancia puede matarnos -dije-. ¿Dejarás de jugar con ello?

Pero él ya sonreía y movía la cabeza. ¡Maldición!

–De acuerdo, podemos comprobar a Forward -continué-. Llámale y preguntale dónde está. ¿Te conoce acaso?

–Claro. Yo también soy famoso.

–De acuerdo. Si está bastante cerca, hasta podríamos pedirle que nos lleve a casa. Tal como están las cosas, estaremos a merced de cualquier nave con hiperimpulso mientras permanezcamos aquí.

–Tengo la esperanza de que nos ataquen -dijo Ausfaller-. Podemos luchar...

–Pero no escapar. Ellos pueden eludirnos, y nosotros no.

–Vosotros dos, tranquilos. Lo primero es lo primero.

Carlos se sentó ante los controles de la hiperonda y marcó el número.

–¿Puedes arreglártelas para mantener oculto mi nombre? – dijo Ausfaller, repentinamente-. Si es necesario, puedes ser tú el dueño de la nave.

Carlos volvió la vista sorprendido. Antes de que pudiese contestar, la pantalla se iluminó. Vi un cabello rubio ceniza -cortado a la moda del Cinturón, en cresta- sobre una huesuda y pálida cara y una sonrisa impersonal.

–Estación Forward. Buenas tardes.

–Buenas tardes. Carlos Wu, de la Tierra, llamando desde larga distancia. ¿Puedo hablar con el doctor Julian Forward, por favor?

–Veré si está disponible -la pantalla emitió la señal de espera.

En el intervalo, Carlos estalló:

–¿Qué tipo de juego estás jugando tú ahora? ¿Cómo puedo explicar que poseo una nave de guerra armada y camuflada?

Pero yo comenzaba a comprender lo que Ausfaller pretendía.

–Habría que evitar explicar eso -le dije-, sea cual fuere la verdad. Quizá no te haga preguntas. Yo...-me callé porque estábamos frente a Forward.

Julian Forward era un nativo de Jinx, bajo y ancho, con los brazos tan gruesos como piernas, y las piernas del grosor de columnas. Su piel era casi tan negra como su cuello: un bronceado de Sirio, probablemente mantenido por rayos UV.

Colgaba del borde de una silla de masaje.

–¡Carlos Wu! – dijo, con halagador entusiasmo-. ¿El mismo Carlos Wu que resolvió el problema de los Límites Sealeyharn?

Carlos dijo que así era. Se enzarzaron en una discusión sobre matemáticas; sospeché que hablaban de una posible aplicación de la solución de Carlos a otros problemas de límites. Miré disimuladamente a Ausfaller -porque supuestamente él no existía para Forward- y le vi estudiando pensativamente la vista lateral del individuo.

–Bien -dijo Forward-, ¿qué puedo hacer por Ud.?

–Julian Forward, le presento a Beowulf Shaeffer -dijo Carlos. Yo incliné la cabeza-. Bey me estaba llevando a casa cuando nuestro hiperimpulsor desapareció.

–¿Desapareció?

Yo intervine para dar verosimilitud.

–Desapareció, absolutamente. El contenedor del hiperimpulsor está completamente vacío. Los soportes del motor han sido rebanados. Estamos detenidos aquí, sin hiperimpulso y sin la menor idea de cómo pasó tal cosa.

–Es así -dijo Carlos alegremente-. Doctor Forward, tengo algunas ideas

de lo que pasó aquí. Me gustaría discutirlo con usted.

–¿Dónde están ahora?

Extraje del computador nuestra posición y nuestra velocidad y las envié a la Estación Forward. No estaba seguro de que fuese una buena idea, pero aunque Ausfaller tuvo tiempo para detenerme, no lo hizo.

–Estupendo -dijo la imagen de Forward. Parece que llegarán mucho más rápido aquí que a la Tierra. La Estación Forward está delante suyo, a veinte UA de su posición. Pueden esperar aquí el próximo ferry. Será mejor que viajar en una nave mutilada.

–Bien. Fijaremos un rumbo y le haremos saber cuándo puede esperarnos.

–Agradeceré la oportunidad de conocer a Carlos Wu -Forward nos dio sus propias coordenadas y se marchó.

Carlos se dio la vuelta.

–De acuerdo, Bey. Ahora eres el dueño de una nave de guerra, armada y camuflada. Imagínate tú dónde la conseguiste.

–Nuestros problemas son peores que eso. La Estación Forward se encuentra exactamente donde debería estar el devorador de naves.

El asintió. Pero parecía divertido.

–Así que ¿cuál es nuestro próximo movimiento? – pregunté-. No podemos escapar de las naves con hiperimpulso. ¿Es probable que Forward intente silenciarnos?

–Si no llegamos a la Estación Forward según lo previsto, podría enviar unas naves para perseguirnos. Sabemos demasiado. Se lo hemos dicho -dijo Carlos-. El hiperimpulsor desaparecido completamente. Conozco a media docena de personas que, sabiendo sólo eso, podrían figurarse lo que sucedió -de repente, sonrió-. Eso suponiendo que Forward sea realmente el devorador de naves. No lo sabemos. Creo que tenemos una espléndida oportunidad de averiguarlo de una forma u otra.

–¿Cómo? ¿Sencillamente entrando?

Ausfaller asintió aprobadoramente.

–El doctor Forward espera que tú y Carlos entréis en su trampa sin sospechar nada, dejando la nave vacía. Creo que podemos prepararle unas cuantas sorpresas. Por ejemplo, quizá no haya adivinado que éste es un casco de Productos Generales. Y yo estaré a bordo para luchar.

Cierto. Unicamente la antimateria podría dañar un casco PG, aunque había cosas que podían atravesarlo, como ondas de luz, de gravedad y de choque.

–Así que tú te quedará en tu nave indestructible -dije-, y nosotros estaremos indefensos en la base. Muy inteligente. Prefiero correr yo mismo hacia allí. Pero, claro, tienes que pensar en tu carrera.

–No lo negaré. Pero hay un modo en que puedo ayudarles.

En el camarote de Ausfaller, detrás de lo que parecía ser una pared ininterrumpida, había una habitación del tamaño de un armario grande. Ausfaller parecía muy orgulloso de aquello. No nos enseñó todo lo que había, pero vi lo bastante para que olvidara mi primera impresión de Ausfaller. Aquel hombre no tenía alma de cerdo burócrata.

Detrás de un panel de vidrio guardaba una veintena de armas especiales. Una hilera de cuatro abrazaderas sostenía tres armas de mano idénticas, lanzadores de un grueso proyectil que Ausfaller describió como una diminuta bomba atómica. La cuarta estaba vacía. Había rifles láser y pistolas; una escopeta de diseño peculiar, con diez centímetros de retroceso, cuchillos de lanzamiento, y una pistola de tiro olímpica con la culata esculpida y para una sola bala del calibre veintidós.

Me pregunté lo que haría con un equipo para el arte de la escultura táctil. Quizá pudiera hacer esculturas que volviesen loco a un humano o a un alienígena. Quizá algo menos sutil: probablemente explotarían al ser tocadas por las yemas adecuadas.

Tenía una sastrería compacta y automatizada.

–Voy a haceros algunos trajes nuevos -dijo. Carlos preguntó por qué, y él respondió- ¿Tú sabes guardar un secreto? Yo también.

Nos preguntó nuestros estilos preferidos. Jugué sin trampas pidiendo

un mono de caída en verde y plata con muchos bolsillos. No era el mejor que he tenido en mi vida, pero me quedaba bien.

–No he pedido botones -le dije.

–Espero que no te importe. Carlos, tú también llevarás botones.

Carlos escogió una túnica rojo ardiente, con un dragón verde y dorado enroscándose sobre la espalda. Los botones llevaban el monograma de su familia. Ausfaller se plantó delante de nosotros, examinando nuestros nuevos atuendos con aprobación.

–Ahora mirad -dijo-. Estoy aquí delante de vosotros, sin armas.

–Correcto.

–Estáis muy seguros.

Ausfaller sonrió. Cogió el botón superior y el inferior de su mono entre los dedos y tiró con fuerza. Se desprendieron. El tejido que los separaba se abrió como si un hilo hubiese unido los dos botones.

Sujetando los botones como para mantener tenso un hilo invisible, los movió a ambos lados de una escultura plástica al tacto, toscamente hecha. La escultura se partió en dos.

–Cadena molecular Sinclair. Cortará cualquier materia normal si tiráis con la fuerza suficiente. Tenéis que tener mucho cuidado: cortará vuestros dedos tan fácilmente, que apenas advertiréis que han desaparecido. Fijaos en que los botones son grandes, para que puedan ser sostenidos con facilidad.

Los depositó cuidadosamente sobre una mesa y colocó entre ellos algo pesado.

–El tercer botón es una granada sónica: mata a tres metros de distancia, atonta a diez metros.

–No nos hagas una demostración -le dije.

–Quizá debierais practicar tirando botones comunes a un blanco. El segundo botón es Forzina, el estimulante comercial. Romped el botón y tomad la mitad cuando lo necesitéis. La dosis entera puede ocasionarte un paro cardíaco.

–Nunca oí hablar de la Forzina. ¿Cómo actúa en los colisionantes?

Se mostró cogido por sorpresa.

–No lo sé. Quizá sería mejor que te limitaras a un cuarto de la dosis.

–O no tomarla -le dije yo.

–Hay una cosa más, y tampoco la demostraré. Palpad el paño de vuestras prendas. ¿Sentís las tres capas de material? El del medio es un espejo casi perfecto. Reflejará hasta los rayos X. Podéis repeler un disparo de láser, por lo menos durante el primer segundo. El cuello se desenrolla para convertirse en capucha.

Carlos asentía con satisfacción. Supongo que es cierto lo que dicen: todos los llaneros piensan de esa forma.

Durante mil quinientos millones de años, los antepasados de la humanidad han evolucionado de acuerdo a las condiciones de un único mundo: la Tierra. Un llanero crece en un ambiente que le es particularmente favorable. Instintivamente, cree que todo el universo es de la misma manera.

Quienes hemos nacido en otros mundos sabemos que no es así. En Lo Conseguimos están los infernales vientos del invierno y del verano. En Jinx, la gravedad. En Plateau, el borde del acantilado que lo rodea todo y una caída de sesenta kilómetros hacia un calor y una presión insoportables. En Down la luz solar es roja, y las plantas no crecen a menos que se agreguen lámparas ultravioletas.

Pero los llaneros piensan que el universo fue hecho en su provecho. Para ellos, el peligro es una quimera.

–Auriculares -dijo Ausfaller, sujetando un puñado de cilindros de plástico blando.

Los insertamos en nuestros oídos.

–¿Podéis oírme? – dijo Ausfaller.

–Sí -no bloqueaban el sonido en absoluto.

–Un pequeño transmisor y un receptor, con un relleno disónico en

medio. Si sois golpeados por medio de sonido, por una explosión o un aturdidor sónico, el receptor dejará de transmitir. Si os quedáis repentinamente sordos, sabréis que os están atacando.

Para mí, las complicadas precauciones de Ausfaller hablaban únicamente de que teníamos que meternos en la boca del lobo. No dije nada. Si echábamos a correr, nuestras posibilidades empeorarían.

De vuelta en la sala de control, Ausfaller envió un mensaje a la Tierra, a la oficina de Asuntos Alienígenas. Les dio una versión condensada de lo que nos había sucedido, más algunas prudentes especulaciones. Invitó a Carlos a incluir su teoría en el informe.

Carlos declinó el ofrecimiento.

–Podría estar equivocado. Dame la oportunidad de estudiarla un poco.

Ausfaller se dirigió gruñendo a su catre. Había estado en vigilia demasiado tiempo, y se le notaba. Luego que hubiese desaparecido en su camarote, Carlos sacudió la cabeza.

–Tiene un ataque de paranoia. En su trabajo, supongo que tiene que serlo.

–Tú bien podrías serlo -dije, pero no me escuchó.

–¡Imagínate! Sospechar que esa celebridad interestelar pudiera ser un pirata espacial.

–Está en el lugar adecuado, en el momento preciso.

–Oye, Bey, olvida lo que dije. Ese artefacto... hum... devorador de naves, tiene que estar en el lugar adecuado, sí, pero no los piratas. Ellos pueden dejarlo ahí, y volver a su base en naves con hiperimpulso.

Aquello era algo para tener en mente. Comparado con el interior del sistema, el volumen dentro del halo cometario era enorme, pero para naves con hiperimpulso todo era una misma vecindad.

–Entonces, ¿por qué vamos a visitar a Forward? – pregunté.

–Sigo queriendo discutir mis ideas con él. Más que eso: probablemente

conoce al jefe de los devoradores de naves, aunque sin saber que es él. Incluso tal vez ambos le conozcamos. Tiene que ser al menos un cosmólogo para haber encontrado ese artefacto y reconocerlo. Sea quien fuere, tiene que haberse labrado una reputación.

—¿Encontrar el artefacto? ¿De qué hablas?

Carlos me sonrió.

—No importa. ¿Has pensado en alguien en quien te gustaría utilizar ese alambre mágico?

—He estado haciendo una lista. Tú eres el primero.

—Bueno, vigílalo. Sigmund sabe que lo tienes, aunque nadie más lo sepa.

—Él es el segundo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la Estación Forward?

Yo había estado comprobando nuestro rumbo. Decelerábamos a treinta ges, virando hacia un lado.

—Veinte horas y unos cuantos minutos -dije.

—Bien, tendré la oportunidad de estudiar un poco.

Comenzó a extraer datos del computador. Pedí permiso para leer por encima de su hombro, y me lo concedió.

Bastardo. Lee dos veces más rápido que yo. Intenté saltarme cosas para tener una idea de lo que andaba buscando.

Estrellas colapsadas: tres conocidas. La más próxima era un componente de un astro doble en Cygnus, a más de cien años luz de distancia. Habían enviados expediciones para realizar sondeos.

La teoría del agujero negro no era nueva para mí, aunque las matemáticas me sobrepasaban. Si una estrella posee la masa suficiente, después de haber quemado todo su combustible nuclear y comenzado a enfriarse, ninguna posible fuerza interna puede evitar que se derrumbe hacia adentro por gravedad, pasando el radio de Swartzchild. En ese momento, la velocidad de escape de la estrella se

hace mayor que la velocidad de la luz y, después de eso, no había nada más..., porque nada puede salir de la estrella: ni información, ni materia, ni radiación. Nada... excepto gravedad.

Para que una estrella colapse de esa manera, debe poseer cinco veces la masa de Sol, o más; de otra forma, su derrumbe se detendría en la etapa anterior a superar el radio de Swartzchild, y quedaría una estrella de neutrones. Después, sólo puede hacerse mayor y más masiva.

No había la menor posibilidad de que hubiera algo tan grande ahí fuera, en el límite del sistema solar. Si hubiese por allí cerca una cosa semejante, el Sol giraría en órbita a su alrededor.

El meteorito de Siberia debió haber sido bastante extraño para ser recordado durante novecientos años. Había derribado árboles en una superficie de varios miles de kilómetros cuadrados; sin embargo, cerca del punto central habían quedado árboles en pie. Ninguna porción del meteorito fue encontrada jamás. Nadie había presenciado el choque. En 1908, Tunguska, en Siberia, debía haber estado tan poco poblada como hoy la Luna.

—Carlos, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que hay aquí?

—¿Acaso Holmes se lo dice a Watson?

Tuve verdaderos problemas para entender la cosmología. Aquí la física se mezclaba con la filosofía, o viceversa. Básicamente, la teoría de la Gran Explosión -que describe el universo como el resultado de una explosión a partir de la masa de un simple punto, como una enorme bomba- competía con la del Universo en Estado Constante, que siempre había sido así y continuaría siempre igual. El Universo Cíclico es una sucesión de grandes explosiones, seguidas de períodos de contracción. En todas ellas hay variantes.

Cuando fueron descubiertos los cuásars, parecían datar de una etapa anterior en la evolución del universo..., que, según la hipótesis del Estado Constante, no evolucionaba en absoluto. Esta teoría fue entonces generalmente rechazada. Luego, un siglo atrás, Hilburt había resuelto el problema de los cuásars. Mientras tanto, una de las implicancias de la Gran Explosión no había dado el resultado correcto. En aquel punto fue donde las matemáticas resultaron demasiado para mí.

Luego había un debate sobre si el universo era abierto, o cerrado en cuatro dimensiones, pero Carlos lo desechó.

–Bien -dijo con satisfacción.

–¿Qué?

–Podría estar en lo cierto..., pero los datos son insuficientes. Tendré que ver qué es lo que opina Forward.

–Espero que ambos se maten. Me voy a dormir.

Allá fuera, en la amplia zona fronteriza entre el sistema solar y el espacio interestelar, Julian Forward había encontrado una masa de piedra del tamaño de un asteroide mediano. Desde cierta distancia parecía virgen a la tecnología: un esferoide asimétrico, de superficie irregular y color blanco sucio. Más de cerca se veían motas de metal y de brillante pintura, como joyas colocadas al azar: compuertas, ventanas, antenas de proyección y otras cosas menos identificables. Un disco iluminado con algo que se proyectaba desde el centro: un largo brazo de metal con media docena de articulaciones esféricas y una pala al final. Estudié aquello tratando de adivinar lo que podría ser..., y me rendí.

Detuve el Hobo Kelly en reposo a una buena distancia.

–¿Se queda a bordo? – le dije a Ausfaller.

–Por supuesto. Intento inducir al doctor Forward a pensar que la nave está vacía.

Cruzamos hasta la Estación Forward en un taxi abierto: dos asientos, un tanque de combustible y un motor cohete. Me volví haciaa Carlos para preguntarle algo, y cambié de pregunta:

–Oye, ¿te encuentras bien?

Su rostro estaba pálido y tenso.

–Me las arreglaré.

–¿Has probado a cerrar los ojos?

–Fue peor. Maldita sea, llegué hasta aquí por hipnosis. Bey, está tan vacío...

–Sujétate. Ya casi estamos.

El rubio nativo del Cinturón estaba en el exterior de una de las compuertas, con un traje adherido a la piel y un casco burbuja. Usó una linterna para ayudarnos a descender. Acercamos nuestro taxi a un saliente de roca -la gravedad era casi nula- y entramos.

–Soy Harry Moskowitz -dijo el hombre-. Me llaman Angel. El doctor Forward los espera en el laboratorio.

El interior del asteroide era un entramado de corredores cilíndricos, excavados en forma recta por medio del láser, presurizados e iluminados por tiras de un frío color azul. Pesábamos unos pocos kilos cerca de la superficie; en el interior, menos. Angel se movía en una forma que para mí resultaba nueva: daba un salto desde el suelo que le llevaba sobre un buen tramo de corredor hasta casi rozar el techo, bajaba lentamente al suelo, y otra vez saltaba. Daba tres saltos y nos esperaba, sin ocultar su diversión ante nuestros intentos de alcanzarle.

–El doctor Forward me pidió que les mostrase el lugar -dijo.

–Parecen tener muchos más pasillos de los que necesitan -le dije-. ¿Por qué no unieron todas las salas?

–En un tiempo esta roca fue una mina. Los mineros fueron los que taladraron estos pasajes. Dejaron grandes agujeros en los sitios donde encontraron rocas que contenían aire o bolsas de hielo. Todo lo que tuvimos que hacer fue cerrarlas con paredes.

Aquello explicaba por qué había tanto corredor entre las habitaciones y por qué las cámaras que vimos eran tan grandes. Angel dijo que algunas de ellas eran depósitos; no valía la pena entrar. Otras eran talleres, sistemas de soporte vital, un jardín, un computador de buen tamaño, una gran planta de fusión. Un comedor construido para dar cabida a treinta albergaba en realidad a diez personas, todos hombres, quienes nos miraron con curiosidad antes de volver a comer. Un hangar, mayor de lo necesario y abierto al cielo, alojaba taxis, trajes con impulsores y herramientas especializadas, y tres cunas circulares idénticas, todas vacías.

Yo me arriesgué. Pregunté, despreocupadamente:

–¿Empleáis remolcadoras?

Angel no vaciló.

–Claro. Podríamos hacer traer agua y metales desde el interior del Sistema, pero es más barato buscarlos por nuestra cuenta. Además, en caso de emergencia, los remolcadores podrían devolvernos al Sistema.

Volvimos a los túneles.

–Hablando de naves -dijo Angel-, no creo haber visto nunca una como la suya. ¿Son bombas eso que se ve colgar de la superficie ventral?

–Algunas sí -dije.

Carlos se echó a reír.

–Bey no quiere decirme cómo la consiguió.

–Está bien, está bien. De acuerdo, la robé. Pero no creo que nadie presente un reclamo.

Angel, que se sentía francamente curioso antes, quedó completamente fascinado cuando le conté la historia de cómo yo había sido contratado para pilotar una nave de carga en el sistema de Wunderland.

–No me gustaba demasiado el aspecto del individuo que me contrató, pero ¿qué sabía yo de los wunderlandeses? Además, me hacía falta el dinero.

Le hablé de mi sorpresa ante las proporciones de la nave: la sólida pared detrás de la cabina, la sección de pasajeros que en realidad era únicamente un conjunto de hologramas sobre escotillas ciegas.

–Para entonces, ya temía que si me echaba atrás me harían desaparecer. Pero cuando me enteré de mi destino, me preocupé de veras. Era en la Corriente de la Serpiente..., el arco de asteroides del sistema Wunderland, ya sabe. Todo el mundo sabe que el partido Conspiración por un Wunderland Libre se oculta en aquellas rocas. Cuando me dieron mi rumbo, despegué y escapé hacia Sirio.

–Es extraño que le dejasen un hiperimpulsor en funciones.

–No lo hicieron. Habían destrozado los empalmes. Tuve que arreglarlos yo mismo. Fue una suerte que lo hiciera, porque los habían conectado con una pequeña bomba bajo el asiento del piloto... - entonces me detuve-. Quizá lo arreglé mal. ¿Ya se ha enterado de lo que me pasó? Mi hiperimpulso se desvaneció. Debe haber activado algún resorte explosivo, porque el vientre de la nave salió disparado. Fue una pena. Lo que ahora queda parece un bombardero de bolsillo.

–Eso es lo que pensé.

–Supongo que tendré que entregársela a la Policía Dorada en cuanto llegue al interior del Sistema. Es una pena.

Carlos sonreía y sacudía la cabeza. Lo ocultó diciendo:

–Esto sólo demuestra que te escapas de los problemas.

El túnel siguiente terminó en una gran cámara hemisférica, el techo formado por una prominente cúpula transparente. Una columna del grosor de un hombre se elevaba desde el suelo de roca hasta una abertura en el centro de la cúpula. Por encima de ésta, el brazo de metal articulado se alzaba reluciente hacia la noche y las estrellas, perdiéndose en el espacio. El brazo terminaba en algo que podría haber sido un enorme plato para perros.

Forward estaba en un tablero de control en forma de herradura, cerca de la columna. Apenas lo advertí. Había visto aquella cosa al llegar por el espacio, pero no me había hecho a la idea de su tamaño.

Forward me cogió con la boca abierta.

–La Garra -me dijo.

Se acercó andando a saltos, cómico pero efectivo.

–Encantados de conocerle. Carlos Wu, Beowulf Shaeffer.

Su apretón de manos no me dejó tullido porque fue cuidadoso. Desplegaba una sonrisa amplia y contagiosa.

–La Garra es nuestro principal objeto expuesto. Después de esto, no hay nada más que ver.

–¿Para qué sirve? – pregunté.

Carlos se echó a reír y dijo:

–¡Es realmente hermosa! ¿Por qué tendría que servir para algo?

Forward reconoció el cumplido.

–He pensado a veces en llevarla a una exposición de esculturas hechas con desechos. Bien, lo que hace es manipular masas grandes y densas. La cuna al final del brazo es un complejo de electroimanes. Puedo hacer vibrar masas en ella para producir ondas de gravedad polarizadas.

La cúpula estaba dividida en secciones por seis masivos arcos. Advertí que tanto éstos como la columna central relucían como espejos. Estaban reforzados por campos de estasis. ¿Más firmeza para la Garra? Intenté imaginar qué fuerzas requerirían tales soportes.

–¿Qué es lo que hace vibrar allá arriba? ¿Un megatón de plomo?

–La primera prueba que hicimos fue con plomo recubierto por hierro, hace tres años. No he trabajado con la Garra últimamente, pero hicimos algunas pruebas satisfactorias con una esfera de neutronio encerrada en un campo de estasis. Diez mil millones de toneladas métricas.

–¿Para qué sirve todo eso? – pregunté yo.

Carlos me lanzó una mirada turbia, pero Forward pareció pensar que era una pregunta completamente razonable.

–Para comunicaciones, por ejemplo. Debe haber especies inteligentes a través de toda la galaxia. La mayoría de ellas demasiado lejos para nuestras naves. Las ondas gravitatorias son probablemente la mejor forma de llegar hasta ellas.

–Las ondas gravitatorias viajan a la velocidad de la luz, ¿no es así? ¿No sería mejor emplear la hiperonda?

–No podemos contar con que ellos la tengan. ¿Quiénes, excepto los exteriores, pensarían en hacer experimentos a esta distancia de un sol? Si queremos llegar hasta los seres que no han tenido contacto con los exteriores, tenemos que usar las ondas gravitatorias..., cuando

sepamos cómo hacerlo.

Angel nos ofreció sillas y refrescos. Yo me encontraba fuera de la conversación. Forward y Carlos hablaron sobre física del plasma, metafísica y de lo que estaba haciendo ahora la gente que conocían. Comprendí que tenían un gran número de mutuos conocidos. Y Carlos estaba indagando las direcciones actuales de los cosmólogos especializados en física de la gravedad.

Unos cuantos estaban en el Grupo Mercurio. Otros por los mundos colonizados..., especialmente en Jinx, intentando conseguir que el Instituto del Conocimiento financiase varios proyectos, incluyendo más expediciones a la estrella colapsada en Cygnus.

—¿Continúa usted con el Instituto, doctor?

Forward negó con la cabeza.

—Dejaron de respaldarme; no obtenía resultados suficientes. Pero puedo continuar utilizando esta estación, que es propiedad del Instituto. Pero algún día la venderán, y tendremos que marcharnos.

—Me estaba preguntando por qué le habrían enviado aquí -dijo Carlos-. Sirio tiene un adecuado cinturón de cometas.

—Pero Sol es el único sistema con algún tipo de civilización a tanta distancia del primario. Y el personal trabaja mejor. El sistema de Sol siempre ha tenido buena cantidad de cosmólogos de primera fila.

—Pensé que quizá habría venido para resolver un viejo misterio: el meteorito de Tunguska. Por supuesto, habrá oído hablar de él.

Forward se echó a reír.

—Claro. ¿Quién no lo ha hecho? Creo que nunca sabremos qué fue lo que chocó contra Siberia aquella noche. Debe haber sido un trozo de antimateria. Me han dicho que en el espacio conocido hay antimateria.

—Si acaso fue eso, nunca lo demostraremos -admitió Carlos.

—¿Discutiremos ahora su problema? – Forward pareció recordar mi existencia-. Shaeffer, ¿qué le ocurre a un piloto profesional cuando su hiperimpulsor desaparece?

-Se siente muy molesto.

-¿Alguna teoría?

Decidí no mencionar a los piratas. Quería ver si Forward era el primero en hacerlo.

-Mi teoría no parece convencer a nadie -dije, y esboqué el argumento de los monstruos del hiperespacio.

Forward me escuchó cortésmente.

-Le concederé una cosa: será difícil probar que no es cierta. ¿Cree usted realmente en ella?

-Me da miedo hacerlo. Una vez casi me mato buscando monstruos en el espacio, cuando debiera haber estado buscando causas naturales.

-Y ¿porqué esos monstruos quisieron comerse sólo su motor?

-Hum... Diablos. No lo sé.

-¿Qué piensa usted, Carlos? ¿Fenómenos naturales o monstruos del espacio?

-Piratas -dijo Carlos.

-¿Cómo lo hacen?

-Bueno, este asunto del hiperimpulsor desapareciendo y dejando detrás la nave... es completamente nuevo. Yo diría que se necesita una gravedad muy elevada, con un efecto de atracción tan fuerte como el de una estrella de neutrones o un agujero negro.

-En todo el espacio humano no hay nada como eso.

-Lo sé -Carlos parecía frustrado. Pero eso tenía que ser fingido; antes se había comportado como si ya tuviese una respuesta.

-De todas formas, no creo que un agujero negro pudiese generar ese efecto -dijo Forward-. Si fuese así, nunca se sabría, porque la nave sería tragada por él.

–¿Y qué me dice de un generador de gravedad muy potente?

–Hum... -Forward pensó en ello y luego agitó su gran cabeza-. Habla de una gravedad de superficie de millones de ges. Cualquier generador de gravedad colapsaría a ese nivel. Veamos, con un marco soportado por un campo estático... no, tampoco es posible. El marco se sostendría, pero el resto de la maquinaria se escurriría como el agua.

–No me deja demasiado de mi teoría.

–Lo siento.

Carlos terminó una corta pausa, preguntando:

–¿Cómo piensa usted que empezó el universo?

Forward pareció confuso ante el cambio de tema, y yo comencé a sentirme inquieto.

Aun con todo lo que ignoro sobre cosmología, conozco las actitudes y los cambios de tono en la voz. Carlos estaba dando muchas pistas, intentando que Forward sacase sus propias conclusiones. Agujeros negros, piratas, el meteorito Tunguska, el origen del universo..., los estaba ofreciendo como pistas. Y Forward no respondía correctamente.

En aquel momento estaba diciendo:

–Pregúntele a un sacerdote. Yo me inclino hacia la teoría de la Gran Explosión. El Estado Constante siempre me pareció muy fútil.

–A mí también me gusta la Gran Explosión -dijo Carlos.

Había un motivo más para preocuparse. Las remolcadoras mineras casi seguramente pertenecerían a la Estación Forward. ¿Cómo reaccionaría Ausfaller cuando esas tres naves penetrasen en su espacio?

¿Cómo quería yo que reaccionase? La Estación Forward constituiría una muy elegante base pirata. Inundada de pasillos hechos con láser, distribuidos casi al azar... ¿Podría haber dos redes de pasillos, conectados únicamente en la superficie? ¿Cómo podíamos saberlo?

De repente no quise saberlo. Quería volver a casa. Si sólo Carlos se alejase de los temas espinosos...

Pero otra vez estaba especulando sobre los comenaves.

–Por ejemplo, esas diez mil millones de toneladas de neutronio que estaba empleando para un experimento. Eso no sería lo suficientemente grande o denso como para proporcionarnos gravedad suficiente.

–Podría, pero sólo muy cerca de la superficie -Forward sonrió y juntó sus manos-. Era casi lo bastante grande grande.

–Y el neutronio es la materia más densa en este universo. Mala suerte.

–Cierto, pero... ¿ha oído hablar de los agujeros negros cuánticos?

–Sí.

Forward se puso de pie vivamente, y dijo:

–Respuesta incorrecta.

Rodé de mi asiento, intentando afirmarme para un salto, mientras mis dedos buscaban torpemente el tercer botón de mi mono. Pero no resultó; no había practicado con aquella gravedad.

Forward estaba a mitad de su salto. Al pasar junto a Carlos le golpeó en la cabeza. Me cogió en lo más alto del salto y me llevó con él, de un apretón férreo sobre mis muñecas.

No tenía ningún punto de apoyo, pero le pateé. Ni siquiera intentó detenerme. Era como luchar con una montaña. Me cogió las dos muñecas con una mano y me arrastró fuera de allí.

Forward se hallaba ocupado. Estaba sentado dentro del arco de herradura que formaba la consola, hablando. Por encima de ésta se veía la parte posterior de tres cabezas humanas, sin cuerpos.

Evidentemente, había un teléfono láser en la consola. Pude oír parte de lo que Forward estaba diciendo: ordenaba a los pilotos de las remolcadoras que destruyeran al Hobo Kelly.

Todavía no conocía la presencia de Ausfaller. Forward estaba atareado, pero Angel nos estudiaba pensativamente, o tristemente, o ambas cosas. Bien, tenía que hacerlo. Nosotros podíamos desaparecer,

pero ¿qué mensajes habríamos enviado antes?

Con Angel vigilándome no me era posible hacer nada constructivo. Y no podía contar con Carlos, porque no podía verle. Nos habían atado en lados opuestos del pilar central, debajo de la Garra. Desde entonces, Carlos no había emitido un sonido. Quizá estuviese muriendo a causa de aquel tremendo golpe en la cabeza.

Probé la cuerda alrededor de mis muñecas. Malla metálica de algún tipo, fría al tacto, y estaba tensa.

Forward oprimió un botón y las cabezas desaparecieron. Pensó un instante antes de hablar.

—Ustedes me han colocado en una posición muy difícil.

—Usted mismo es quien se ha puesto ahí -contestó Carlos.

—Posiblemente. Pero no debiera haberme dejado adivinar lo que ustedes sabían.

—Lo siento, Bey -dijo Carlos. Parecía en buena condición.

—No importa -dije-. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que Forward ha conseguido?

—Creo que tiene el meteorito de Tunguska.

—No, eso no -Forward se paró delante de nosotros-. Admitiré que vine aquí buscando ese meteorito. Pasé varios años intentando rastrear su trayectoria desde la Tierra. Quizá fuese un agujero negro cuántico, o no. El Instituto suprimió mi subvención sin previo aviso justo cuando acababa de encontrar un verdadero agujero negro cuántico, el primero de la historia.

—Eso no me dice mucho -dije yo.

—Paciencia, señor Shaeffer. Sabe que un agujero negro puede formarse a partir del derrumbe de una gran estrella, ¿verdad? Y también que se necesita un cuerpo de por lo menos cinco masas solares. Puede tener tanta masa como toda la galaxia, o como todo el universo. Incluso hay cierta evidencia de que el universo es un agujero negro cayendo hacia su interior. Pero de tener menos de cinco masas solares, el derrumbe se detendría en la fase de la estrella de neutrones.

-Le sigo.

-En toda la historia del universo, sólo ha habido un momento en el que podrían haberse formado agujeros negros de menor tamaño. Ese momento sería durante la explosión del monobloque, el huevo cósmico que una vez contuvo toda la materia del universo. Por la ferocidad de aquella explosión, tiene que haber habido zonas puntuales soportando una presión inimaginable. Podrían haberse formado agujeros negros a partir de masas de dos coma dos por diez elevado a la menos cinco gramos y de uno coma seis por diez a la menos veinticinco angström de radio.

-Por supuesto, nunca se detectaría algo tan pequeño -dijo Carlos.

Parecía casi contento. Me pregunté por qué... y después caí en la cuenta: había acertado el modo en que las naves desaparecían. Eso debía compensarle el hecho de estar atado a una columna.

-Pero en esa explosión -continuó Forward- podrían haberse formado agujeros negros de cualquier tamaño, y debiera haber sido así. Pero en más de setecientos años de búsqueda no había sido encontrado ninguno. La mayoría de los cosmólogos habían abandonado esa teoría, y la de la Gran Explosión también.

-Por supuesto que estaba el meteorito de Tunguska -dijo Carlos-. Podría haber sido un agujero negro de... hum... masa asteroidal...

-...y de apenas del tamaño de una molécula -dijo Forward-. Pero la atracción hubiese derribado los árboles al pasar...

-... y el agujero negro hubiese atravesado la Tierra y vuelto al espacio con unas toneladas más de peso. En realidad, hace ochocientos años hubo una búsqueda del punto de salida. Con aquello podrían haber trazado el curso...

-Exactamente. Pero tuve que abandonar esa perspectiva -dijo Forward-. Estaba empleando un nuevo método cuando el Instituto... hum... cortó nuestra relación.

Ambos deben estar locos, pensé. Uno estaba atado a una columna y el otro iba a matarle, pero allí estaban los dos, comportándose como miembros de un club muy exclusivo... al cual yo no pertenecía.

Carlos estaba interesado.

—¿Cómo lo consiguió?

—¿Sabe usted que un asteroide puede llegar a capturar un agujero negro cuántico en su interior? Por ejemplo, un agujero negro con una masa de diez a la doce kilogramos -mil millones de toneladas, aclaró en mi beneficio-, tendría sólo uno coma cinco por diez a la menos cinco angstroms de diámetro. Sería más pequeño que un átomo. Pasando lentamente a través del asteroide, podría absorber unos cuantos millones de átomos, lo bastante para retrasarlo y hacerle describir una órbita. A partir de entonces podría orbitar por dentro del asteroide durante eones, absorbiendo muy poca masa a cada paso.

—Entiendo.

—Si por casualidad me encuentro con un asteroide más masivo de lo que debiera ser..., y si al moverlo, parte de la masa se quedara atrás...

—Tendría que revisar una enorme cantidad de asteroides. ¿Por qué hacerlo aquí? ¿Por qué no en el Cinturón? Oh, claro, aquí fuera se puede emplear el hiperimpulso.

—Exactamente. Podíamos registrar una veintena de masas diariamente, gastando muy poco combustible.

—Pero..., si era lo bastante grande como para devorar naves espaciales, ¿cómo es que no se tragó el asteroide donde fue encontrado?

—No era tan grande -dijo Forward-. El agujero negro que yo encontré era el que he descrito antes. Pero lo hice mayor: lo remolqué hasta aquí y lo hice pasar por mi esfera de neutronio. Entonces fue lo suficientemente grande para absorber el asteroide. Ahora es un objeto bastante impresionante. Con diez a la veinte kilogramos, tiene la masa de un asteroide de los más grandes, y un radio de cerca de diez a la menos cinco centímetros.

En la voz de Forward había satisfacción. En la de Carlos, bruscamente, no hubo otra cosa que desprecio.

—Consigue todo eso y después lo utiliza para robar naves y ocultar la evidencia. ¿Es eso lo que nos va a hacer? ¿Arrojarnos al agujero?

—Quizá viajen a otro universo. ¿Adónde conduce un agujero negro?

Yo mismo me preguntaba eso.

Angel había ocupado el lugar de Forward ante la consola de control. Se colocó el cinturón de seguridad -algo que no había visto hacer a Forward-, y dividía su atención entre los instrumentos y la conversación.

-Todavía me pregunto cómo lo mueve -decía Carlos-. ¡Ah! ¡Los remolcadores!

Forward se le quedó mirando, después bufó:

-¿No había adivinado eso? Por supuesto, el agujero negro puede ser cargado eléctricamente. Lo sometí al escape de un viejo motor de reacción iónico durante casi un mes. Ahora posee una carga enorme, y los remolcadores pueden tirar de él bastante bien. Me gustaría tener más, pero pronto los tendré.

-Un minuto -dije yo. Había comprendido un hecho crucial cuando éste cruzó por mi cabeza-. ¿Los remolcadores no están armados? ¿Todo lo que hacen es tirar del agujero negro?

-Así es -Forward me miró con curiosidad.

-Y el agujero negro es invisible.

-Sí. Lo remolcamos hasta cruzar el curso de una nave espacial. Si la nave se acerca lo suficiente, es precipitada al espacio normal. Pasamos el agujero a través de su motor para inmovilizarla, la abordamos y la saqueamos a placer. Después hacemos dar un paseo más lento al agujero negro, y la nave sencillamente desaparece.

-Sólo una pregunta más -dijo Carlos-. ¿por qué lo hace?

Yo tenía una pregunta mejor. ¿Qué haría Ausfaller cuando se le acercasen las tres remolcadoras? No mostraban ningún armamento: su única arma era invisible. Y se tragaría el casco de Productos Generales sin que él se diera cuenta.

¿Dispararía Ausfaller sobre una nave desarmada?

Lo sabríamos demasiado pronto. Yo había localizado allá arriba, cerca del borde de la cúpula, tres diminutas luces de fusión muy juntas.

Angel también las había visto. Activó el teléfono. Las cabezas fantasmas aparecieron, una, dos, tres.

Me volví hacia Forward y me sobresaltó la expresión de odio feroz que lucía en su semblante.

—Tú eres un hijo de la Fortuna -le dijo a Carlos-. Un aristócrata natural. Un superhombre certificado. ¿Por qué pensarías tú nunca en robar nada? Las mujeres te ruegan que les hagas hijos, en persona si es posible, ¡y si no, por correo! Todos los recursos de la Tierra están reservados para mantenerte en buen estado, ¡aunque no los necesites!

—Quizá le sorprenda saber -dijo Carlos-, que hay gente que le considera un superhombre a usted.

—Los nativos de Jinx crecemos con vigor natural. Pero ¿qué factores nos juegan en contra? Nuestra vida es corta, incluso con ayuda de la esencia. Se alarga si podemos vivir fuera de la gravedad de Jinx, pero la gente de otros mundos piensa que somos un mal chiste. Las mujeres... bien, no importa -se quedó ceñudamente pensativo, pero después lo dijo de todas formas-. Una mujer de la Tierra me dijo una vez que antes se acostaría con una excavadora. No confiaba en mi fuerza. ¿Y qué mujer lo haría?

Las tres motas brillantes casi habían alcanzado ya el centro de la cúpula. Entre ellas no vi nada, ni había esperado verlo. Angel continuaba hablando con los pilotos.

Al borde de la cúpula apareció algo que yo no quería que nadie más advirtiese.

—¿Es ésa una razón para el asesinato en masa, Forward? ¿La falta de mujeres?

—No necesito darle razones, Shaeffer. Mi mundo me estará agradecido por lo que he hecho. La Tierra se ha llevado la parte del león en el comercio interestelar por demasiado tiempo.

—Se lo agradecerán, ¿eh? ¿Acaso se los va a decir?

—¡Julian!

Era Angel que llamaba. Lo había visto... no, no había sido él. Lo había

visto uno de los pilotos de los remolcadores.

Forward nos dejó bruscamente. Consultó con Angel en voz baja y después se volvió hacia nosotros.

–¡Carlos Wu! ¿Dejó usted la nave en piloto automático? ¿O hay alguien más a bordo?

–No me siento obligado a responderle -dijo Carlos.

–Yo podría obligarle... pero no lo haré. Dentro de un minuto no importará.

–Julian, mira lo que está haciendo -dijo Angel.

–Sí. Muy inteligente. Sólo a un piloto humano se le ocurriría eso.

Ausfaller había colocado el Hobo Kelly entre nosotros y los remolcadores. Si éstos disparaban con cualquier arma convencional, volarían la cúpula y todos moriríamos.

Los remolcadores continuaban avanzando.

–Todavía no sabe contra qué tiene que luchar -dijo Forward, con cierta satisfacción.

Era cierto, y eso podía costarle caro. Tres remolcadoras desarmadas descendían por el escape de la nave de Ausfaller arrastrando un arma tan lenta, que podían arrojársela, dejar que absorbiera al Hobo Kelly y volverla a recoger mucho antes de que constituyese un peligro para nosotros.

Desde donde yo estaba, el Hobo Kelly se veía como un punto brillante, con tres puntos más distantes y débiles a su alrededor. Forward y Angel tenían una imagen mejor gracias al comunicador. Gracias a eso habían dejado de vigilarnos.

Comencé a quitarme el calzado. Eran zapatillas de navegación blandas que llegaban hasta los tobillos, y se resistían a salir.

Liberé mi pie izquierdo justo cuando uno de los remolcadores resplandecía con una luz rubí.

–¡Lo hizo! – Carlos no sabía si alegrarse u horrorizarse-. ¡Disparó sobre

naves desarmadas!

Forward hizo un gesto perentorio, y Angel le cedió el asiento. Forward se sentó y se ajustó el grueso cinturón de seguridad. Ninguno de los dos había dicho una sola palabra.

Una segunda nave ardió con un rojo muy vivo, después se expandió formando una nube rosada. La tercera huía.

Forward hizo funcionar los controles.

-Lo tengo en el indicador de masas -carraspeó-. Sólo tenemos una oportunidad.

Lo mismo que yo. Con los dedos del pie conseguí quitarme la otra zapatilla. Vi que el brazo articulado que sostenía la Garra comenzó a balancearse por encima de nuestras cabezas, y comprendí bruscamente de qué estaba hablando.

Ahora no había mucho que ver más allá de la cúpula. La Garra balanceándose, la luz del motor del Hobo Kelly y las dos naves alcanzadas cayendo, todo sobre un fondo de estrellas inmóviles. Repentinamente, la remolcadora restante brilló con un blanco azulado y desapareció. No quedó ni siquiera una nube de polvo.

Ausfaller tiene que haberla visto. Estaba girando, huyendo. Después fue como si una mano invisible hubiese cogido al Hobo Kelly, arrojándolo lejos. La luz de la fusión cruzó como un rayo de lado a lado y salió del campo visual de la cúpula.

Con dos remolcadoras destrozadas y la tercera huyendo, el agujero negro caía libremente, directo a nuestras gargantas.

Ahora no se veía otra cosa que los delicados movimientos de la Mano. Angel permanecía de pie detrás de la silla de Forward, con los nudillos blancos por la fuerza con que oprimía el respaldo de la silla.

Mis pocas libras de peso desaparecieron, y quedé flotando. Otra vez la marea gravitatoria. Aquella cosa invisible era más masiva que el asteroide debajo de mí. La Garra se balanceó un metro más hacia un lado... y algo la golpeó con un fortísimo choque.

El suelo se alejó de mí, y quedé cabeza abajo sujeto a la columna. El gigantesco plato de perro de hierro se acercó; el brazo de metal se

plegó como un resorte. Aminoró la marcha, y se detuvo.

–¡Lo lograste! – graznó Angel como un gallito, y palmeó el respaldo del asiento, sujetándose aún con la otra mano. Nos echó una mirada de odio y se volvió con la misma rapidez-. ¡La nave! ¡Se está alejando!

–No -Forward se inclinaba sobre la consola-. La veo. Excelente, está volviendo, en línea recta hacia aquí. Esta vez no habrá remolcadoras que avisen al piloto.

La Mano se balanceó poderosamente hacia el punto donde yo había visto desaparecer al Hobo Kelly. Se movía centímetro a centímetro, empujando un enorme peso invisible.

Y Ausfaller volvía para rescatarnos. Caería a ciegas en la trampa, a menos que...

Encogí las piernas, tanteando con los dedos de mis pies el primer y cuarto botón de mi mono.

El armamento de mi maravilloso traje no me había servido de nada contra la fuerza y la velocidad del jinxiano. Pero los terrestres son flojos de mollera, y los jincianos también. Forward me había atado las manos y no se había ocupado de nada más.

Enrosqué los dedos de mis pies alrededor de los botones y tiré.

Mis piernas estaban dobladas como un pretzel. No tenía punto de apoyo. Pero el primer botón se desgarró, y el hilo le siguió. Una arma invisible para luchar contra el agujero sin fondo de Forward.

El hilo hizo desprender el cuarto botón. Bajé mis pies a su posición normal manteniendo el hilo tenso, y empujé hacia atrás. Sentí cómo la cadena molecular Sinclair mordía la columna.

La Mano continuaba su movimiento.

Cuando el hilo hubiese terminado con la columna, podría intentar llevarlo a mi espalda y cortar mis ataduras. Lo más probable sería que me lastimase las muñecas y me desangrase hasta morir, pero tenía que intentarlo. Me pregunté si podría hacer algo antes de que Forward arrojase el agujero negro.

Una fría brisa me acarició los pies.

Miré hacia abajo. Una espesa niebla hervía alrededor del pilar.

Algún gas muy frío debía estar expandiéndose a través de la grieta, que tenía el grosor de un cabello.

Continué empujando el hilo. Se formó más niebla. El frío era embrutecedor. Cuando el hilo mágico cortó todo el pilar, sentí una sacudida. Ahora, las muñecas...

¿Helio líquido?

Forward nos había atado al cable superconductor principal de la energía, lo que probablemente fue un error. Llevé mis pies hacia atrás cuidadosamente, muy despacio, sintiendo que el hilo mordía en el corte de regreso.

La Garra había dejado de balancearse. Ahora se movía al final del brazo como un gusano ciego y dudoso, mientras Forward realizaba los ajustes precisos. Angel estaba empezando a mostrar las señales del cansancio de intentar sostenerse cabeza abajo.

Mis pies saltaron un poco. Había terminado. Los sentía terriblemente fríos, casi insensibles. Solté los botones, dejándolos flotar hacia la cúpula, y di una fuerte patada hacia atrás con mis talones.

Algo se movió. Volví a patear.

Bajo mis pies estallaron truenos y relámpagos.

Encogí las piernas hasta sentir que las rodillas me tocaban la barbilla. Las chispas restallaban, iluminando con luz blanca la ondulante neblina. Angel y Forward se dieron la vuelta, sorprendidos. Yo me reí de ellos, permitiendo que lo vieran. Sí, señores, lo hice a propósito.

Las chispas se detuvieron. En el repentino silencio, Forward comenzó a gritar:

—¿Tiene idea de lo que ha hecho?

Se oyó el chirrido desgarrante, y un estremecimiento me recorrió la espalda. Miré hacia arriba.

Algo le había arrancado un trozo a la Garra.

Estaba cabeza abajo, y me sentía cada vez más pesado. De repente, Angel giró, perdiendo su amarre en el asiento de Forward. Se cernió sobre la cúpula, hacia el cielo. Gritó.

Me aferré fuertemente a la columna con las piernas. Pude sentir que los pies de Carlos buscaban un punto donde apoyarse, y oí su risa.

Cerca del borde de la cúpula apareció una franja de luz: el motor de fusión del Hobo Kelly, decelerando y acercándose. Por lo demás, el cielo estaba claro y vacío. Y un trozo de la cúpula reventó, con un ruido seco. Angel gritó y cayó por el agujero. Justo encima de la cúpula pareció brillar con una luz azulada.

Se había ido.

El aire rugía a través de la cúpula..., y en el interior de algo que había sido invisible desaparecieron más cosas. Ahora podía verse cómo un punto azulado caía hacia el suelo. Forward se había girado en su silla para verlo caer.

Objetos sueltos cayeron por la cámara, girando alrededor del punto a la velocidad de un meteoro, o cayendo en su interior con estallidos luminosos. Todos los átomos de mi cuerpo sentían el empuje de aquella cosa, la necesidad de morir en una caída hacia el infinito. Carlos y yo pendíamos ahora lado a lado de una viga horizontal. Advertí con aprobación que su boca estaba completamente abierta -lo mismo que la mía-, para limpiar los pulmones de aire, de forma que no estallasen cuando desapareciese la presión.

Sentía mis oídos y mis sienes atravesados por dagas, y una gran presión en el intestino.

Forward se volvió hacia los controles. Hizo girar completamente una perilla. Después se soltó el cinturón de seguridad, se puso en pie y cayó.

Hubo una llamada. Se había ido.

El punto relampagueante llegó hasta el suelo y penetró en él. Por encima del creciente rugido del aire pude oír el gruñido de la roca al ser pulverizada, haciéndose más tenue a medida que el agujero negro seguía su camino hacia el centro del asteroide.

El aire era mortalmente fino, pero todavía quedaba algo. Mis pulmones parecían respirar en vacío; pero mi sangre no hervía, pues lo hubiera notado.

Así que jadeé y seguí jadeando. Era todo cuanto podía hacer. Ante mis ojos revoloteaban unos puntos negros, pero estaba todavía vivo y jadeando cuando Ausfaller llegó hasta nosotros, llevando un paquete de plástico transparente y una gran arma en la mano.

Vino rápidamente, con una mochila cohete en la espalda. Mientras deceleraba, oteaba a su alrededor en busca de algo contra qué disparar. Dio la vuelta trazando un arco de fuego, y nos estudió a través de su placa facial, posiblemente preguntándose si estábamos muertos.

Abrió el paquete plástico. Era un gran saco de paredes delgadas, con cremallera y un pequeño tanque adherido. Para cortar nuestras ligaduras tuvo que usar un soplete. Liberó primero a Carlos, ayudándole a meterse en el saco; sangraba por la nariz y las orejas, y apenas se movía. Tampoco yo, pero Ausfaller me metió en el saco con Carlos y lo cerró. El aire silbó a nuestro alrededor.

Me pregunté qué vendría después; inflado en forma de esfera, el saco de rescate era demasiado grande para pasar por los túneles. Pero Ausfaller había pensado ya en eso. Disparó contra la cúpula, quemando un enorme agujero en ella, y volamos impulsados por el pequeño cohete que llevaba a la espalda.

El Hobo Kelly estaba cerca. Vi que la bolsa de rescate tampoco cabría por la escotilla..., y Ausfaller confirmó mis peores temores. Nos indicó por señas que abriésemos bien la boca.

Después abrió de un tirón la cremallera de la bolsa y nos arrastró a través de la escotilla, mientras el aire rugía al salir de nuestros pulmones.

Cuando volvió a haber suficiente aire, Carlos susurró:

–Por favor, no vuelvas a hacer eso otra vez.

–No debiera ser necesario -sonrió Ausfaller-. Fuera lo que fuese que hicisteis, estuvo bien hecho. Tengo dos autodocs bien equipado para repararos. Mientras os curáis, veré si puedo recuperar algunos de los

tesoros ocultos en el interior del asteroide.

Carlos levantó una mano, pero no emitió ningún sonido. Parecía como si se acabase de levantar de entre los muertos: la sangre fluyendo de su nariz y orejas, la boca completamente abierta, una débil mano levantada contra la gravedad.

–Una cosa -dijo Ausfaller vivamente-. Vi muchos hombres muertos, pero a ninguno vivo. ¿Cuántos había? ¿Creéis que encontraré oposición mientras esté buscando?

–Olvídate de eso -graznó Carlos-. Sácanos de aquí ya mismo.

Ausfaller frunció el ceño.

–¿Qué...?

–No hay tiempo. Vámonos de aquí.

Para Ausfaller resultó un amargo trago.

–Muy bien. Primero los autodocs.

Se volvió, pero la mano sin fuerza de Carlos le detuvo.

–Maldita sea, todavía no. Quiero ver que lo haces.

Ausfaller volvió a acceder. Salió corriendo hacia la sala de control, con Carlos arrastrándose detrás. Yo les seguí, limpiándome la sangre de la nariz y sintiéndome medio muerto. Pero había adivinado a medias lo que Carlos esperaba que sucediera, y no quería perdérmelo.

Nos sujetamos. Ausfaller activó el motor principal. La roca se alejó rápidamente.

–Ya es bastante -susurró Carlos, al poco rato-. Giremos.

Ausfaller lo hizo. Después preguntó:

–¿Qué es lo que estamos esperando?

–Ahora lo verás.

–Carlos, ¿hice bien en disparar contra los remolcadores?

–¡Oh, sí!

–Me alegro. Estaba preocupado por eso. Entonces, ¿era Forward el devorador de naves?

–Sí.

–No le vi cuando fui a buscaros. ¿Dónde está?

Ausfaller se sintió molesto cuando Carlos se echó a reír, y más aún cuando yo también lo hice. Me dolía la garganta al reírme.

–Aun así, nos salvó la vida -dije yo-. Justo antes de saltar subió la presión del aire. Me pregunto por qué lo haría.

–Quería que le recordasen -dijo Carlos-. Nadie más que nosotros sabía lo que había logrado hacer. Ah...

Miré, justamente cuando parte del asteroide se derrumbaba hacia su propio interior, formando un profundo cráter.

–En el apogeo se mueve despacio. Recoge más materia -dijo Carlos.

–¿De qué estás hablando?

–Luego, Sigmund. Cuando mejore mi garganta.

–Forward tenía un agujero en su bolsillo -dije, en plan de ayudar-. El...

El otro lado del asteroide se derrumbó. Durante un momento, allí dentro pareció brillar una luz.

Pensé en algo que Carlos habría probablemente olvidado.

–Sigmund, ¿esta nave tiene ventanas con apantallado automático?

–Claro que tenemos...

Antes de que la pantalla se oscureciese completamente, hubo una llamarada luminosa que pareció devorar el universo. Cuando la pantalla volvió, no se veía otra cosa que las estrellas.

SEXTO ESPECTRO

–Sigmund Ausfaller mató a tres mineros sin hesitar -dije.

–Estaba en lo correcto, supongo.

–Ese arsenal que montó a bordo de la Hobo Kelly... Estaba enamorado de él. Ningún hombre en sus cabales juega con eso.

–Salvó tu vida.

–La primera vez que lo vi, él usaba una barba asimétrica, pero luce demasiado bajo y fuerte para pasar por wunderlandés. Me pregunté acerca de ello por doce años.

–Nada que me importe, ni a ti tampoco -dijo él-. Alguien habrá supuesto que pudiera ser tomado por un turista ingenuo, o un tonto, o un loco.

–No es un tipo confiable, Ander.

De repente, él rió. Me miró a los ojos y estalló en una carcajada.

–¡Eso es! Necesitaba verse como un loco. Tenía que ser tomado por un loco capaz de plantar una bomba en la nave de un colisionante.

Toda mi respuesta fue un gruñido ininteligible. Nej, hasta podría estar en lo cierto.

Llegó la cena, y la ahogada risa de Ander murió. Se quedó mirando mi plato. La tragapierna es una criatura marina del tamaño de una corta pierna de hombre, con filas de aletas a cada lado y una mandíbula diseñada para partir huesos. Ocupaba la mayor parte de la mesa, y era horrible.

–Come un poco -ofrecí-. Es una orden para dos.

Comí en silencio por un rato. Los ojos de Ander se extraviaban con el tragapierna. Por supuesto, ni lo tocaría, ni siquiera lo mencionaría. A poco consiguió hablar nuevamente.

–Para la cinta, ¿has tenido algún otro contacto con titerotes de Pierson?

–Ander, te has metido en demasiados gastos sólo para escuchar mis charlas de bar acerca de una especie que no tratará más con ningún mundo conocido.

Él asintió.

–¿Y qué si te dijera que pedí a Sigmund Ausfaller que volviera de sus vacaciones?

–Tal vez te creería, si no supiera que estabas grabando.

Estaba perdiendo la paciencia.

–¿Has tenido algún otro contacto con...?

–Ninguno. He visto tantos kzinti como para hartarme. ¿Ya no alarman a la Brazo?

–¿Recuerdas el antiguo país llamado la Unión Soviética? Ellos usaban un término técnico que traducido significa «neutral». Era neutral cualquier nación que no podía en forma concebible destruir a la Unión Soviética. Bien, los titerotes piensan de ese modo. Si tú puedes dañarlos, habrás de ser puesto en condición «neutral».

–Será mejor que echen una mirada a los planetas cercanos a la ruta de la flota titerote.

–Dentro del alcance se encuentran algunos planetas del Patriarcado, incluyendo al menos tres especies esclavas. Luego de eso estarán fuera del espacio conocido.

–Y la explosión del Núcleo está a veinte mil años por delante. Tendrán que dar vuelta antes. Un montón de tiempo.

–Sí.

–¿Ander? – déjé caer mi cubierto-. No... Bueno, no importa.

–¿Qué?

–Ellos... ¿Ellos se están moviendo a punto ocho luz en el espacio

normal? ¡Todo les llega en forma de rayos gamma a esa velocidad! Esos cinco planetas tiene que estar repeliendo rayos gamma de tal manera, que hacen que el estallido del Núcleo sea risible...

Él se quedó mirando el vacío.

–Pero... ellos deben haber construido algo... pero... Pero si pueden proteger sus planetas contra los rayos gamma... ¡no necesitarían irse!

Sentí mis labios estirarse en una gran sonrisa. Ander había perdido su aplomo.

–¿De qué huyen, entonces? ¿Qué los tiene tan mal?

–Quizá no sea muy confiable... me refiero a ese escudo. No, eso es estúpido -dijo.

Yo seguí con mi pescado, dejándolo rumiar un rato.

–Entonces... ¿de qué están huyendo? – preguntó.

Respondí, dándome algunas ínfulas:

–Considera esto. A los titerotes no les gusta la hiperpropulsión. Pero a los humanos sí, y a los kzinti también. Por la época en que sus mundos arriben a las nubes de Magallanes, nosotros ya estaremos allí desde hace miles de años. Después de todo, la explosión también es un riesgo para nosotros.

–Nos hemos preguntado si tal vez les molestaría tener a los kzinti como vecinos -dijo Ander-. O a los humanos. O a todos nosotros. El espacio conocido parece repleto de especies inteligentes; pero quizá no sea igual en el resto del universo.

–Ellos podrían incluso huir de su propia reputación, Ander, pero no lo están haciendo. Van demasiado despacio. Esperan encontrarnos a todos nosotros aguardándoles, a los que usamos el hiperimpulso..., o a alguna otra cosa que nos habrá comido. Y nunca irán adonde el territorio sea barato.

–¿Barato?

–Bueno. Ellos tienen sus propios planetas, pero aún los Exteriores pagan alquiler cuando usan la luz de alguien. Las Nubes estarán

repletas con las especies refugiadas, y con algunas locales, también. En caso de... Ander, no sé por qué querrían ir a las Nubes, después de todo. Podrían encontrar algo más cercano. Algo sobre el plano de la galaxia, lo que les serviría de protección; tal vez un clúster esférico... ¿No te he comentado ya que estoy fuera de los asuntos alienígenas?

Frunció el entrecejo.

—Sí, y retirado para siempre...excepto que no lo estás. ¿Qué pasó?

Pensé cuidadosamente antes de hablar. Aquí venía mi cuento, y todo lo que Ander pudiera chequear había de ser cierto.

—Huimos -dije-. Fue un error, pero aún no sé qué pudiéramos haber hecho en lugar de eso. Los titerotes no tienen nada que ver. O tal vez... Bien, yo recibí dinero de ellos hace tiempo, pero creo que la Brazo no podrá seguir el rastro desde ahí.

Por supuesto que la Brazo lo hizo, y no fue gran cosa. Pero Productos Generales indemnizó a Elefante por el fuselaje, y él me dio ese dinero a mí cuando estábamos listos para fugarnos de la Tierra. No podrían hallar pistas de eso.

—Beowulf, ¿qué tal si ellos tuvieran un motor de bajo empuje, aunque lo suficientemente grande como para mover un planeta? Los Exteriores los habrán impulsado a alta velocidad, y luego usarían ese motor para girar y luego frenar lentamente, a lo largo de los veinte mil años.

Medité en ello.

—No tendrían que depender de nadie más, entonces. Sí, creo que es la explicación. Los titerotes no confiarían a los Exteriores la salvación de su especie.

—¿Crees que los Exteriores confían en los titerotes?

Nadie sabía mucho acerca de los Exteriores.

—Ander..., existe un lugar donde no hay Exteriores.

—¿En qué piensas? ¿Cerca de un sol?

—Los Exteriores y los sembradores de estrellas están relacionados de

alguna manera, aunque sólo podemos hacer conjeturas. Y la mejor de ellas es que intentan rescatar a los sembradores, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. Tal vez los dirijan hacia las Nubes de Magallanes.

–La onda de choque empujaría a los sembradores por delante de ella, no importa dónde estuvieran yendo. No habrá más sembradores cerca del Núcleo. Ander, no habrá nadie allí.

Intentaba imaginármelo. Mundos en vuelo...

–Los titerotes vuelan hacia el polo norte galáctico, y luego giran hacia el Núcleo. Llegan dentro de diez mil años, para encontrarse con la onda de choque de la explosión. Pude verlo, Ander: un telón de soles estallando, bellamente labrado y complejo. La atravesarían en otros cinco mil años. Los Exteriores se han ido, y todas las otras especies están huyendo o muriendo, o con mucha suerte han mutado y siguen mutando. Miles de mundos han sido esterilizados (quizá millones), pero siguen cubiertos por oxígeno libre, sedimento orgánico y hasta vida abisal. Todos listos para la terraformación. Eso es. Los titerotes apuntan al Núcleo.

–Bien... -dijo. Lo pensó nuevamente, y comentó: Al menos, es algo distinto.

–¿Es eso lo que buscabas?

–Beowulf, creo poder decirle a Sigmund que su viaje habrá valido la pena. Ahora, ¿me contarás lo que ha sucedido con Plumas Filip y Carlos Wu?

–De acuerdo. Y del autodoc de Carlos también, supongo...

Él se encogió de hombros.

–Plumas Filip desapareció al mismo tiempo y del mismo lugar que Carlos Wu, Sharrol Janss y tú. Supongo que descubriré quién de todos ustedes ha muerto.

No fue un desliz de su parte. Lo dijo tan brutalmente a propósito. Quizá obtuvo lo que buscaba, porque la sangre se fue de mi rostro como antes, y me descubrí masajeándome la garganta.

–No deberías invitar a nadie a comer contigo, Ander -dije.

Él miró hacia el monstruo en mi plato y me preguntó:

—¿Quién ha muerto?

¡Yo!

—Carlos, al menos. ¿Quieres que te lo cuente desde el principio?

—¿Porqué no?

PROCUSTOS

Dormida, mi mente lo revive en fragmentos y sueños. De cuando en cuando, despierta algún paquete nervioso:

¡Es alguna especie de arma MRA! Corre corre demasiado tarde BLAM. Mi cabeza rueda por la arena negra. Huesos destrozados, costillas y espina dorsal. Miedo peor que la agonía. Agonía que se va desvaneciendo gradualmente y ya no estoy.

Trato de mover las piernas. Nada se mueve. Otra vez, con más fuerza, ¡muévanse! No hay caso. El 'doc flota agradablemente sobre la placa elevadora, pero su masa se me resiste. ¡Empuja! Una voz detrás de mí, me vuelvo, ella sostiene una especie de tubo, BLAM. Mi cabeza rebota en la arena. Estalla la agonía, las sensaciones se van esfumando. Trata de aguantar, mantente lúcido... pero todo se vuelve pastoso.

La sensación de equilibrio oscila violentamente en mi oído interno. ¿Dónde está el eje del planeta? Fafnir no tiene casquetes polares. La antigua nave de descenso está volando sola. Carlos parece preocupado, pero Feaher se está divirtiendo como nunca en su vida.

Extendiéndose por la cara del planeta, un huracán achatado en uno de sus bordes. Bajo una vasta nube-huella digital, una serpiente rojiza divide el azul de un océano que circunda el mundo. Un continente alargado y estrecho que va casi de polo a polo.

La nave de descenso ingresa en la atmósfera sobre el monótono

océano. Nada de lo que hay ahí abajo parece estar mirándonos. Hago que descendamos rápidamente. Sobre las islas más grandes hay edificios bajos y achaparrados. Elijamos una isla pequeña. Quedamos suspendidos en el aire mientras las llamas abren el nido de luciérnagas, ensanchándolo y haciéndolo más profundo, hasta que la nave se hunde en el agujero, calzando al milímetro. El Plan A está en marcha.

Recuerdo cómo terminó el Plan A. El programa Médico percibe mi angustia y me desconecta. Estoy en el 'doc de Carlos Wu, en la Cavidad de Terapia Intensiva. El programa Médico sondea mi mente, haciendo correr mis recuerdos, respetando las pautas, por miedo a que quede reducida a nada mientras me cura el cerebro y el cuerpo. Debo estar terriblemente estropeado.

El despertar fue repentino. Abrí los ojos de golpe y me encontré acostado de espaldas, con la nariz a cinco centímetros del cristal. La luz del sol brillaba a través de nubes dispersas. Sobre mis cejas resplandecían las luces de la pantalla. Me sentía bien, lleno de energía.

Por los dioses, ¿cuánto tiempo había dormido? Todos esos sueños... sueños-recuerdos.

Traté de moverme. Estaba apretadamente envuelto con elástico. Con considerable esfuerzo, elevé el brazo hasta el pecho y lo levanté hasta la pantalla. Demoré unos segundos en entenderla.

Tanque de biomasa: casi vacío. Tratamiento: páginas y páginas de datos horripilantes... finalizado con éxito. Fecha: Ohdiosmío. ¡Cuatro meses! ¡Estuve durmiendo cuatro meses y once días!

Tecleé Abrir.

La tapa de cristal oscuro se retrajo, la luz del sol me deslumbró y cerré fuertemente los ojos. Pasado un rato, me asomé por el borde de la Cavidad de Terapia Intensiva y rodé al exterior.

Mi sentido del equilibrio estaba totalmente distorsionado. Aterricé sobre la arena como una bolsa de papas y me las ingení para no gritar ni maldecir. ¿Quién iba a oírme? Me senté, entrecerrando dolorosamente los ojos, y miré a mi alrededor.

Todavía estaba en la isla.

Era de coral erosionado, casi simétrica, con un pico central. El aire era chispeante y claro, y el océano se extendía sin límites, salvo por otro par de islas que estaban justo en el horizonte.

Estaba completamente desnudo y blanco como un papel, bajo el resplandor de un sol enano blanco amarillento. Había un olor salado, cargado de vida, de vida marina.

¿Dónde estaban todos?

Traté de ponerme de pie, tambaleé, me di por vencido y, gateando, fui a refugiarme a la sombra del 'doc. Seguía experimentando una sorprendente sensación de bienestar, como si fuera capaz de resolver cualquier cosa que el universo pudiera plantearme.

Durante los momentos en que había estado semidespierto, de algún modo había podido deducir en qué sitio me encontraba. Aquí estaba: mitad ataúd y mitad laboratorio químico, macizo y abandonado sobre la angosta playa de arena negra. Un lugar demasiado vulnerable para abandonar algo tan valioso, pero aquí era donde lo había visto por última vez, listo para ser cargado en el barco.

La luz solar podía hacerme daño en pocos minutos, matarme en pocas horas. Pero el 'doc de Carlos Wu no era un vulgar autodoc de centro comercial. Era una obra de arte, más inteligente que yo en algunos aspectos. Curaría cualquier cosa que el sol pudiera hacerme.

Me puse de pie y avancé unos pasos. ¡Ay! El coral me cortó los pies. El 'doc también podía curar eso, pero dolía.

De pie podía ver la mayor parte de la isla. El centro se elevaba como un volcán. El coral de Fafnir construye islas planas con conos poco elevados en el centro, que sirven de hogar a ciertos seres simbióticos, las luciérnagas. Yo había hecho que la nave quedara flotando por encima de este cono, mientras los propulsores de la parte inferior carbonizaban el nido de luciérnagas hasta dejarlo lo bastante grande para contenerla.

Sólo yo, el 'doc y una isla muerta. Tendría que vivir en el 'doc. Salir de noche, como los vampiros. Las probabilidades de que me encontraran debían de ser muy bajas, dado que ningún barco me había rescatado en esos cuatro meses.

Escalé. El coral me cortó las manos, los pies y las rodillas. Desde la

cima del cono podría ver toda la isla.

El agujero tenía unos setenta metros de ancho. El fondo era negro y suave, y estaba a unos dos metros y medio. Feather había activado la autodestrucción de la nave, que se había derretido lentamente, irradiando no mucho calor durante muchas horas. Varios centímetros de agua de lluvia cubrían ahora sus restos, y algo estaba tendido en medio de esa mugre.

Podía ser un hombre... un hombre alto, posiblemente criado en baja gravedad. Demasiado alto para ser Carlos. O Sharrol, o Feather... ¿y quién quedaba?

Salté al agujero. Aterricé torpemente sobre la suave chatarra cuan largo era, salpicando agua. Me levanté, sano y salvo. Con los dedos de los pies, palpé una textura oblonga, con aristas y textura acanalada, algo del interior de la nave que no se había derretido. La policía podría determinar qué había sido esta cosa, si es que alguna vez lo investigaba... ¿pero por qué habría de investigarlo?

El agua era una bendición para mis pies arruinados. Y para mi piel. Que ya estaba quemada. Los albinos no soportamos la luz de las enanas amarillas.

Dado lo que podía recordar, no me sorprendió ver un cadáver. Lo revisé. Tenía puesta la vestimenta masculina local: botas, holgados pantalones sujetos con una sogá, una chaqueta encostrada de bolsillos. La chaqueta estaba perforada: un gran orificio deshilachado en la parte delantera y trasera. Que sólo podía haber sido hecho con la horrible arma MRA de Feather. Tan cerca, la cabeza... Pensé que debía estar bajo el agua, pero no había ninguna cabeza. Había limpios huesos blancos y una vértebra del cuello cortada prolijamente por la mitad.

Estaba hiperventilado. Mareado. Me senté junto al esqueleto para no caerme.

Esos largos huesos parecían estar muertos desde hacía más de cuatro meses. Años, décadas... bueno, espera un poco. Habíamos carbonizado el nido, pero afuera habrían quedado soldados luciérnagas. Que habrían bajado a pelar los huesos.

Me di cuenta de que estaba tratando de empujar con la espalda una pared de coral fundido. Mi estómago vacío se revolvió. Esto era

mucho peor que cualquier cosa que había imaginado. Yo sabía quién era este tipo.

La luz del sol me quemaba la espalda. Tenía la vista irritada por el resplandor. El tiempo no estaba de mi lado: iba a vomitar mucho más y dentro de mucho menos de lo que me habría gustado.

Me obligué a tirar de las botas, a sacudirlas para sacarles los huesos y a ponérmelas. Me quedaban muy grandes.

La chaqueta era una chaqueta de supervivencia de marinero, moda local. Los hombros parecían acolchados: flotadores. La parte delantera y los costados habían sido puros bolsillos, mucho relleno, pero tanto la parte delantera como la trasera habían quedado convertidas en picadillo.

Se la quité y comencé a revisar bolsillos.

No había cartera ni tarjeta de identificación. Un paquete de pañuelos de papel. Restos de una computadora de mano hecha trizas. Varios de los bolsillos estaban sellados: equipo de emergencia, cosas que a uno no le agradecería abrir accidentalmente. Algo de eso había sobrevivido.

Un cuchillo exquisitamente afilado, dentro de una funda de la chaqueta destinada a tal efecto. Linterna de bolsillo. Un bloque de ración. Le di un mordiscón y mastiqué mientras continuaba revisando. Ampligafas, con una lente hecha trizas, pero me las puse igual. Sin anteojos oscuros, mis ojos rosados de albino quedarían ciegos.

Pantalla solar en aerosol, en perfecto estado: bien. Un portapíldoras, roto, pero dentro de un bolsillo que seguía siendo hermético. ¡Mejor! ¡Píldoras de secreción bronceadora!

Las botas se estaban encogiendo, adaptándose a mis pies. Era una sensación amistosa, que infundía confianza. Eran mis amigas más íntimas en esta isla.

Todavía estaba mareado. Ahora sería mejor que el 'doc se encargara de mí; tomaría las píldoras después. Sacudí la chaqueta y cayeron costillas rotas. Sacudí los pantalones para vaciarlos también. Hice una pelota con la ropa y la arrojé al exterior del agujero. Traté de hacer lo mismo.

Mis manos no alcanzaban el borde.

«Después de todo esto, qué forma estúpida de morir», le dije al recuerdo de Sharrol Janz. «¿Y ahora qué hago? ¿Construyo una escalera de huesos?» Si salía de este hoyo, lo pensaría dos veces antes de hacer cualquier cosa.

Me arrodillé; grité y salté. Mis dedos, palmas y antebrazos se aferraron del áspero coral. Logré salir y me quedé acostado en el suelo, jadeando, sudando, sangrando, llorando.

Regresé cojeando al 'doc, ahora con botas, con el traje abierto sobre mí como sombrilla. Estaba afiebrado por las quemaduras de sol.

No podía entrar a la CTI con las botas puestas. Espera. Piensa. ¿Viento? ¿Olas? Até las ropas alrededor de las botas y las puse sobre el 'doc, junto al visor frontal.

Me introduje en la Cavidad de Terapia Intensiva y bajé la tapa. Sharrol esperaría una hora más, si es que seguía con vida. Y los niños. Y Carlos.

No esperaba quedarme dormido.

Dormido, afiebrado por las quemaduras. El programa Médico les hace cosquillas a mis paquetes nerviosos, me manipula como si fuese un complejo juguete. En mi sueño, tengo una sed abrasadora, oigo un trueno, siento un sabor a canela o café, cierro un puño fantasmal.

Mi piel despierta. El vello se me eriza en oleadas por todo el cuerpo, después siento un cosquilleo universal, después una presión... como la que me provocaba esa piel de víbora con cresta emplumada que Sharrol me puso para ir a la fiesta de Carlos.

Sharrol, que estaba poniéndose su traje elástico con escamas tornasoladas, se detuvo a medio terminar.

–En realidad no quieres ir, ¿verdad?

–Me las arreglaré. ¿Qué tal me veo? – Jamás había desarrollado el más mínimo sentido de la moda aplanada. Sharrol recogió mi ropa.

–Mitad hombre, mitad víbora -dijo-. ¿Y yo?

–La compañera perfecta de esta víbora. – Aunque no era cierto.

Ningún aplanado es tan grácil como los estelares. Se criaron con la gravedad terrestre. Sharrol era treinta centímetros más baja que yo, pero pesaba lo mismo. Rechoncha.

El departamento ya estaba calibrado en modo infantil: superficies redondeadas en todas partes y todos sus contenidos encerrados bajo llave o levantados a la altura de los ojos (de los míos). Tanya tenía cinco años y Louis cuatro, y eran ágiles como monos. Inspeccioné todo en busca de cualquier cosa que pudieran alcanzar y que resultara peligrosa.

Louis nos miraba, solemne, sobrecogido. Tanya se reía. Debemos haberles parecido más extraños que lo normal aunque, considerando la moda de los aplanados, es un milagro que los niños logren reconocer a sus padres. ¿Por qué cambian de color de pelo y piel tan seguido? Cuando les dimos un abrazo de despedida, Tanya jugueteó con mi pelo, desordenándomelo y viendo cómo volvía a su sitio, formando una cresta plumosa. Los dejamos en el piso y encendimos el programa Compañero de Juegos.

La cabina de transferencia del vestíbulo nos llevó hacia el oriente, saltando tres husos horarios. Aparecimos en otro vestíbulo, frente a un arcada de ventanas pictóricas. Un cardumen de peces irisados entró en pánico ante el horrible panorama y desapareció. Pasó un pez enorme, enfrascado en algún sueño interior.

Por un instante sentí el peso de todas esas toneladas de agua. Miré a Sharrol para ver cómo lo tomaba. Sonreía, admiraba.

—Carlos vive cerca del Arrecife de la Gran Barrera, dijiste. No dijiste que vivía en el Arrecife.

—Es un gran privilegio -me dijo Sharrol-. Yo pasé mis primeros treinta años bajo el agua, pero no en el Arrecife. El Arrecife es demasiado frágil. Lo protege la ONU.

—¡Nunca me lo contaste!

Para mi sorpresa, hizo una mueca. — Mi padre tenía un criadero de langostas marinas cerca de Boston. Después trabajé para la policía de Epcot-Atlantis. Allí la ecología no es tan frágil, pero... Bey, tendría que llevarte a ese sitio.

Dije: -Tal vez ésa sea la razón por la que pensamos de un modo

similar. Yo crecí bajo tierra. No se puede construir sobre la tierra en Lo Logramos.

–Ya me lo contaste. Los vientos.

–Sharrol, esto no concuerda con Carlos.

Ella conocía a Carlos Wu desde hacía más años que yo. – A Carlos se le ocurre una idea y la sigue hasta el fin. No sé qué se propone ahora. Tal vez siempre quiso compartirme contigo. E invitó a una amiga para... eh...

–¿La conoces?

–...equilibrar. No, Carlos no quiere ni hablar de Feather Filip. Se limita a sonreír misteriosamente. Quizás esté enamorado.

¡Los niños! ¡Protejan a los niños! ¿Dónde están los niños? El Médico debe estar acicateando mis glándulas suprarrenales. No estoy despierto, pero estoy frenético y también un poco excitado sexualmente. Después, las sensaciones amainan. El programa Compañero de Juegos. Los cuida, les da clase y juega con ellos. Estarán bien. No podemos llevarlos a la casa de Carlos... esta noche no.

Sharrol era la madre de los niños y Carlos Wu era el padre. El Comité de Fertilidad de la Tierra no permitía que los albinos tuvieran hijos. Consideraban que el patrón genético de Carlos era perfecto; Carlos es uno de los ciento veinte aplanados que tienen derecho a una descendencia ilimitada.

Un hombre es capaz de amar a cualquier niño. Le programan el cerebro para eso. Un hombre puede criar a los hijos de otro hombre. Y aceptar a su padre como amigo... pero existe una barrera. Eso también se programa.

Sharrol lo sabe. Tiene miedo de que me ponga antipático e incivilizado. Y Carlos lo sabe. ¿Entonces por qué...?

La noche estaba pensada para cuatro: sexo y entremeses. Era una costumbre que comenzaba a implantarse: la cena organizada como una secuencia de platos ligeros servidos entre encuentros de sexo recreativo. Algo heredado de los antiguos griegos o italianos, tal vez. Hay algo que los amantes aprenden al darse de comer unos a otros.

Feather...

El recuerdo se hace borroso. En ese momento ella no me daba miedo, pero ahora sí. Cuando recuerdo a Feather, el Médico me pone a dormir.

¡Pero los niños! Tengo que recordar. Habíamos bajado. Sharrol había salido del 'doc, pero no descongelamos a Tanya y a Louis. Los llevamos flotando en sus cajas hasta el barco. Feather y yo desenganchamos la placa elevadora y la deslizamos bajo el 'doc. Debajo de esa abultada chaqueta, Feather se movía como una tigresa. Pronunció mi nombre, me volví...

Feather.

La mayor parte del dormitorio estaba dentro del camposueño de Carlos. Había organizado fiestas más grandes aquí dentro. Esta noche éramos sólo cuatro, más un caos flotante de platos que Carlos dijo que eran de comida mexicana.

-Es de la MRA -dijo Carlos.

Feather Filip y yo compartíamos un tamal que era demasiado picante para Sharrol. Ella vio que yo la miraba y sonrió. ¿De la MRA?

Yo había esperado que Feather fuese impactante. No era lo que se dice hermosa. Era fuerte, delgada, casi enjuta, con tendones prominentes en el cuello, con mandíbulas abultadas a los costados. No se puede ser tan fuerte sin haberse entrenado en artes marciales ilegales.

La Milicia Regional Amalgamada era la policía de las Naciones Unidas y las Naciones Unidas estaban enérgicamente interesadas en Carlos Wu. ¿Qué era ella, la guardaespaldas de Carlos? ¿Así se habían conocido?

Pero toda vez que mencionamos a la MRA esa noche, Feather cambió de tema.

Yo había pensado que Carlos dirigiría nuestros movimientos bajo el camposueño. Siendo un genio certificado, ¿no sería magnífico en esa actividad también? Pero Feather tenía sus propias ideas y Carlos la dejó hacer. Feather hacía el amor agresiva y acrobáticamente. Esa tarde sentí su fuerza. Y mi debilidad, como que me había criado en la

baja gravedad de Lo Logramos.

Y así pasaron tres horas, mientras los maravillosos colores del arrecife se iban oscureciendo a medida que se acercaba la noche amplificada por las luces.

Y después Feather sacó una mano del camposueño, una mano flexible como una víbora... La introdujo en su mochila, buscó algo, frunció el ceño y volvió a su lugar diciendo:

–Puse el escudo.

–Se darán cuenta. – respondió Carlos:

–Me conocen -dijo Feather-Estarán pensando que les permití usar los monitores porque quería alardear, pero que ahora vamos a intentar algo más original. O quizás que sólo estoy poniéndolos a prueba. No es la primera vez...

–Entonces...

–...que encuentro una señal eléctrica nueva que puede bloquear sus equipos. Después lo reparan. Repararán esto también, pero no esta noche. No es más que Feather, regresando después de una larga semana.

Carlos lo aceptó.

–Bien. Sharrol, Beowulf... ¿quieren marcharse de la Tierra? Viajaríamos en grupo. Louis, Tanya y nosotros cuatro. Esto es, para siempre.

–No puedo. – dijo Sharrol.

Carlos ya lo sabía. Dijo:

–Puedes viajar congelada. El período de rotación de Hogar es seis minutos más corto que el de la Tierra. La masa es la misma, el aire es más o menos igual. La actividad tectónica es mayor, así que huele como si hubiese una levísima proporción de smog...

–Carlos, hace unos años hablamos de esto hasta el hartazgo. – Sharrol estaba molesta-. Claro que podría vivir en Hogar. No me gusta la idea de volar de mundo en mundo como un... un cadáver, aunque podría

llegar a hacerlo. Pero la ONU no quiere que emigre y Hogar no acepta planofóbicos.

La fobia de los aplanados es un profundísimo terror a separarse de la Tierra. El miedo a volar y/o a caerse se presenta en los casos extremos, pero no hay planofóbico que pueda viajar por el espacio. Se encuentran muy pocos planofóbicos fuera de la Tierra; de hecho, a los terráqueos los llaman «aplanados», sin importar que estén muy bien adaptados a la vida en otros lugares.

Pero Feather le sonrió a Sharrol.

–Iremos vía Fafnir. Llegaremos a Hogar como nativos de Shasht. Hogar ya nos ha aceptado como inmigrantes...

–Con el apellido Graynor. Estamos casados entre nosotros -amplió Carlos.

–Carlos, tú ya has estado fuera de la Tierra. Viviste un año en Infortunio. – Dije.

–Sí. Pero Sigmund Ausfaller y sus gnomos jamás me perdieron la pista. Las Naciones Unidas piensan que son dueñas de mis genes. Me supervisan en cualquier sitio que esté.

Pero te tienen viviendo en el lujo, pensé. Y tu césped siempre es más verde. Y Feather tenía una queja de su propia cosecha:

–¿Qué saben de la MRA? – nos preguntó.

–Lo que escuchamos en el vid -dijo Sharrol.

–Sharrol, querida, todo eso ya está censurado. La MRA decide qué es lo que nunca sabrás sobre nosotros. La mayoría tomamos productos químicos psicoactivos para mantenernos dentro del esquema paranoide apropiado durante las horas de trabajo. Permanecemos en ese estado durante cuatro días y luego nos volvemos cuerdos durante el fin de semana. Si empezamos a enloquecernos demasiado nos dan de baja. – Feather estaba nerviosa y trataba de reprimirse, pero ahora sus prominentes músculos se pusieron tensos, mientras recogía los codos y las rodillas hacia el pecho como para protegerse-. Pero algunos somos así de nacimiento. Cuando vamos a trabajar suspendemos los productos químicos. El 'doc nos devuelve a la cordura los jueves por la tarde. Hace treinta y cinco años que soy una

esquizo de la MRA. Quieren darme de baja, pero nunca me permitirán marcharme a otro mundo, sabiendo lo que sé. Y no quieren que una esquizo se ponga a tener hijos.

No le dije que entendía por qué. Miré a Sharrol, y en la expresión de su boca, a punto de sonreír pero conteniéndose, vi esperanza. Nos estaban incluyendo en sus planes demasiado tarde. El escabroso tema había borrado en mí toda incandescencia post-coito.

–Tampoco a ti te dejarán marcharte, Beowulf. – me dijo Feather.

Y eso sí que no tenía sentido. – Feather, salí de la Tierra tres veces desde que llegué.

–No intentes hacerlo una cuarta. Sabes demasiado. Sabes de asuntos diplomáticos relacionados con razas alienígenas...

–Pude salir de la Tierra después de que sucedieron esas cosas.

–En cuanto a ese último viaje... ¿tienes idea de cuánto hablaste durante tu estadía en Gomoso e Infortunio? ¡Eres un tipo simpático y charlatán, con muchas anécdotas fabulosas, Beowulf!

Me encogí de hombros. – ¿Entonces por qué me confían todo esto? ¿Por qué no se fueron solos, Carlos y tú?

Le hizo un gesto a Carlos. Él sonrió y dijo: -Porque yo insistí.

–Y porque necesitamos un piloto -dijo Feather-. Ese eres tú, Beowulf. Y yo soy la que hará posible la fuga. He organizado algo con lo que nadie, a excepción de la MRA, podría soñar jamás.

Nos contó de sus planes.

Para los kzins, ese mundo era sólo un número. A los kzins no les gustan los deportes oceánicos. El continente se llamaba Shasht, que significa «Asesinato Enterrado». Shasht casi no tenía vida, pero el aire era respirable y las minas valiosas. Los kzins habían dragado megatonnes de lecho marino para fertilizar los cotos de caza de la jungla y habían llegado a producir semillas y a plantarlas, antes de la Cuarta Guerra Humana-Kzin.

Terminada la guerra, la humanidad había tomado posesión de Shasht como indemnización, dándole al planeta el nombre de Fafnir.

Feather había investigado a Fafnir y había hallado a una familia de seis personas: dos hombres, dos mujeres y dos niños. Los Graynor querían emigrar. Las leyes locales los obligaban a abandonar la mayor parte de sus bienes al partir, pero en realidad ya los habían perdido casi todos al financiar el establecimiento de una especie de instalación recreativa en el continente.

—Los he contactado dos veces. Cuando los Graynor lleguen a Wunderland los estará esperando una retribución monetaria. No hablarán. La otra familia Graynor emigrará a Hogar...

—¿Esos somos nosotros?

Feather asintió. Carlos dijo:

—Pero si ustedes y los niños no vienen, Feather tendrá que buscar a otras personas.

—Carlos -dijo-, te estarán vigilando. Supongo que Feather no puede protegerte contra eso.

—No. Feather ha asumido un riesgo mucho más grande...

—No se darán cuenta -dijo Feather, y se volvió hacia mí-. Detecté una pequeña nave de descenso furtivo, sobreviviente de la Cuarta Guerra, con una caja de criosuspensión en la parte trasera, para ti, Sharrol. Descenderemos con ella en Fafnir. Tengo un bote inflable que nos llevará al espaciopuerto de Shasht del Norte, y partiremos hacia Hogar en una crionave de línea de las Empresas Travesía. Sharrol, tú abordarás la crionave ya congelada. Sé como hacer para obviar ese trámite. — Ahora Feather estaba entusiasmada. Me tomó del brazo y me dijo: Tenemos que ir a buscar esa nave furtiva, Beowulf. Está en Marte.

—Tanya también es planofóbica. — dijo Sharrol.

Los dedos de Feather se cerraron con desgarrante fuerza. Advertí que a esa mujer no le agradaba que sus planes se vieran alterados.

—Espera un momento -dijo Carlos-. Eso se puede arreglar. Vamos a llevar mi 'doc, ¿verdad? No sería plausible, y tampoco inteligente, que Carlos Wu se fuera de vacaciones sin su 'doc. Feather, ¿qué tan grande es la caja de criosuspensión de la nave?

–Sí, tienes razón. Hay lugar para Tanya... mejor todavía, para los dos niños. Sharrol puede viajar en el 'doc.

Volvimos a conversarlo. Cuando quedamos satisfechos, nos fuimos a casa.

Tres días de ida, tres días de vuelta y una semana en Marte, mientras el equipo de la MRA jugaba con la espacionave Boy George. Teníamos que ir sólo Feather y yo. Yo recorrería la Boy George, Feather supervisaría a la dotación MRA... Ninguno de los dos éramos planofóbicos.

Compré un disco de edición barata, una guía turística del sistema Fafnir, y lo estudié.

Los planetólogos llaman a Fafnir un «típico mundo acuático, en un sistema más antiguo que el Solar». En realidad, el planeta no tiene mucha más agua de la que hay en la Tierra; no es ése el problema. Pero el núcleo es bajo en radioactivos. La litosfera es muy densa; aquí no existe la deriva continental. El 93 por ciento del planeta está cubierto por océanos poco profundos. Los océanos bullen de vida, que lleva cinco mil millones de años de evolución, el doble que la de la Tierra.

Y en los sitios donde se resquebrajó la corteza cuando el planeta era joven, el magma brotó hacia afuera, construyendo el único continente. En la actualidad, una sinuosa línea de volcanes y roca desnuda se extiende desde el polo sur hasta casi el polo norte. Hace miles de millones de años que la masa del continente continúa creciendo.

En la cara opuesta de este planeta desproporcionado, el océano se ha vuelto muy poco profundo. La vida de Fafnir acaba de descubrir las ventajas de las formaciones de coral. Esa cara del mundo está cubierta por decenas de miles de islas de coral. Algunas, que son reliquias de cuando el océano era más profundo, tienen hasta veinte metros de altura.

Todas las minas están en Shasht. También todas las industrias, los dos espaciopuertos y la sede del gobierno. Pero la vida -los centros de recreación, las viviendas, las familias- está en las islas.

Encontrar la vieja nave de descenso furtivo había sido, con toda certeza, un golpe de suerte. Era una copia idéntica de la nave que,

durante la Cuarta Guerra, había llevado a Sinbad Jabar a Meerowks, donde había invadido el harem de La Voz del Patriarca. Esa desgracia había hecho que el equilibrio de poderes entre los kzins locales se volviera inestable. La alianza humana se había apoderado de Meerowks, cambiándole el nombre al planeta por el de El Premio de Jabar, hasta que, más tarde, una generación pacifista tomó el poder. Desde entonces, la piel de Jabar está en exhibición allí.

De alguna manera, Feather había convencido a la MRA de que 1) el Instituto Smithsonian de la Luna quería a esta gemela de la nave de Jabar y 2) los pueblos del Cinturón pondrían el grito en el cielo si se enteraban de que iban a llevársela de Marte. El proyecto debía mantenerse en absoluto secreto.

Finalmente, la dotación MRA se cansó de la supervisión de Feather, o bien de su compañía. Poco después, Feather se cansó de verme leer.

–Sólo estaremos dos días en Fafnir, Beowulf. ¿Qué es lo que estudias? Es un sitio aburridísimo. Toda la vida de suelo firme es importada de la Tierra...

–Su estilo de vida es extraño, Feather. Viajan por cabinas de transferencia, dirigibles y barcos, y no hay casi nada entre ambos extremos. Es una sociedad muy atrasada. Nadie espera que seas puntual...

–Aquí nadie nos vigila. No hace falta que finjas ser turista.

–Lo sé. – Si la MRA había ocultado micrófonos en la Boy George... Pero Feather lo habría tenido en cuenta.

Nuestra espacionave estaba en manos de los ingenieros de la MRA y eso era suficiente para estar nervioso. Pero además comenzábamos a no soportarnos. No era una buena señal, considerando que teníamos por delante un vuelo de tres semanas.

–No estás fingiendo -dijo Feather-. ¡Eres de veras un turista!

Lo reconocí.

–Y la primera ley del turismo es lea todo. – Pero apagué la pantalla y le dije, animado por un espíritu conciliador-: Está bien. Muéstrame. ¿Qué hay para ver en Marte?

Ella detestaba tener que admitirlo.

–Nada.

Partimos de Marte con la pequeña nave de descenso furtivo guardada en el tanque de combustible. La MRA estaba haciendo cosas de las que la MRA no estaba enterada. Y yo seguía leyendo...

El día de veintidós horas de Fafnir ha propiciado una vida muy activa. No hacer nada induce al insomnio; es más fácil dormir si uno está cansado. Pero otra cosa es hacer todo deprisa. Hay cabinas de transferencia, por supuesto. Se puede saltar, instantáneamente, de una casa ubicada sobre una extrusión de coral hasta la roca desnuda de Shasht... y sufrir las consecuencias de una diferencia de once horas entre uno y otro sitio.

Nadie se apura para llegar a casa. Van en dirigible. Ultimamente, las empresas de dirigibles de línea se han puesto a tono y han comenzado a vender boletos de ida y vuelta por el mismo precio que sólo de ida.

–Yo ya sé todo eso, Beowulf.

–¿Ajá? Oh, muy bien.

–¿Entonces, cuál es el plan? – me preguntó Feather-. Encontrar una isla que no tenga nada encima y descender, ¿correcto? Salir y bailar en la arena mientras se infla el bote, cargarlo y largarnos. ¿Cómo escondemos la nave?

–La hundimos.

–Lee sobre las luciérnagas -me dijo, y obedecí.

Después de la Guerra y el acuerdo, las Fuerzas de Avanzada de la ONU aterrizaron en Shasht, se apoderaron de las estructuras kzins y luego comenzaron a explorar. Cuando estaban a medio camino hacia la cara opuesta del planeta, encontraron miríadas de islas redondas de coral, cada una con un pico en el centro. Por la noche, los picos refulgían con una firme luz amarilla. Las islas más grandes eran cadenas de picos, cada uno de ellos con su fulgor amarillo en la cima. Las luciérnagas recibieron su nombre mucho antes de que nadie supiera qué eran.

Después de observar más de cerca... bueno, se les puso el nombre de

«nidos de hormigas-pirañas». La bioluminiscencia atrae centenas de variedades de peces voladores. O bien, tentada o simplemente extraviada, alguna criatura acuática encalla en la playa, y entonces la horda de luciérnagas desciende a la playa y la devora hasta los huesos.

Es imposible construir una casa, o amarrar un bote, sin antes haber quemado el nido. Después hay que esperar doce días para que mueran los soldados que quedaron fuera del nido. Después hay que tapar el nido. Usarlo como sótano, ponerle una casa encima. De lo contrario, el mar puede traer una reina que usará el nido nuevamente.

–En esto me aventajas -admití-. ¿Qué tiene esta nave en los cohetes inferiores?

–Lo básico: hidrógeno y oxígeno -dijo Feather-. Mucho calor y escapes de vapor de agua. Quemaremos el nido.

–Bien.

¡Vaya, vaya! ¡Cuando el 'doc de Carlos ha terminado contigo, enseguida te das cuenta!

Abrir.

El cielo era una brillante extensión de estrellas, algunas de ellas en movimiento -naves espaciales, satélites de clima, la rueda de la estación orbital-, y una luna de proporciones irregulares. La isla formaba dientes de sombra que cortaban el paisaje de estrellas. Me deslicé cuidadosamente fuera del 'doc, sumergiéndome en una negrura idéntica a la de mi estómago vacío, y lancé un grito al caer en el mar.

El agua me llegaba a las caderas y no había correntada; no iba a ahogarme, ni a ser arrastrado, ni a extraviarme. La luna de Fafnir era pequeña y estaba muy cerca. Las mareas debían ser leves.

Aun así, había tenido suerte. Pude haber despertado bajo el agua.

¿Qué pensaba la gente de aquí sobre el nudismo? Pero el agua no se había llevado mi paquete de ropa. Ahora las botas se ajustaron a mis pies como viejas amigas. Las mangas de la chaqueta de supervivencia del muerto me llegaban hasta muy por debajo de las manos a menos que me arremangara, y la delantera y la espalda, por supuesto, estaban hechas jirones. Los pantalones estaban mejor: me quedaban muy grandes, pero en los tobillos tenían elásticos que yo me subí hasta

las rodillas. Tragué una dosis de secreción bronceadora. Antes no hubiera podido hacerlo. El 'doc habría leído el gen albino de mi ADN y me habría «curado» de la tendencia al bronceado.

No había nada semejante al 'doc de Carlos en toda la superficie de Fafnir. Tendría que esconderlo antes de siquiera pensar en que me rescataran.

Carlos lo había llamado «nuestro equipamiento médico».

Feather respondió:

—No es «nuestro».

Carlos le tuvo paciencia.

—Es lo único que tenemos, Feather. Déjame mostrarte cómo se usa. Primero, el diagnóstico...

La cosa era tan grande como el bote inflable que nos llevaría a Shasht. Carlos tenía un elevador antigravitacional para ponerle debajo. La Caverna de Terapia Intensiva estaba diseñada a la medida de Carlos Wu, naturalmente, pero cualquiera de nosotros podría hacer uso de los catéteres, tubos con punta hipodérmica y pantallas que ocupaban toda una cara de la cosa: la pared de servicios.

—Estos conectores te hacen el diagnóstico y regulan la administración de sustancias químicas, Feather. Puede volver a equilibrar la composición química de mi cuerpo en caso de que me vuelva esquizofrénico, me envenenen o algo así. Lo he reprogramado para que pueda atenderte a ti también -Creo que Carlos no se dio cuenta del modo en que Feather miraba al aparato, y a él.

—Ahora, la caverna. Es para las heridas más graves, pero la reprogramé para ti, Sharrol, querida...

—Pero tiene las medidas exactas de Carlos -nos dijo Feather, mordaz-. La ONU piensa mucho en Carlos. Nosotros no podemos usarla.

—Parece pequeño -dijo Sharrol-. No me refiero a la caverna CTI. Creo que puedo acomodarme allí. Es que no hay mucho lugar para trasplantes en el espacio destinado a almacenaje.

—Oh, no. Este aparato es muy avanzado. Yo participé en el diseño.

Algún día podremos utilizar esta técnica con todo el mundo. – Carlos le dio unas palmaditas al monstruo-. Aquí dentro no hay órganos clonados ni cosa que se le parezca. Hay un programa Cirujano, un receptáculo con caldo orgánico y un montón de máquinas auto-replicas de pocos átomos de largo. Si perdiera una pierna o un ojo, ellas me pondrían a dormir y reconstruirían el órgano directamente sobre mi cuerpo. Incluso hay... Aquí, presten atención. Por aquí se llena el receptáculo orgánico, para que la máquina no se quede sin materia prima. Hasta se podría cargar con peces de Fafnir, si logran atraparlos, aunque son pobres en metales...

Después de habernos familiarizado detalladamente con la bestia, ayudó a Sharrol a meterse en la cavidad, esperó hasta estar seguro de que estaba bien conectada y cerró la tapa. Eso me puso infernalmente nervioso. Un día después, Sharrol salió del 'doc diciendo que no había sentido nada, que no tenía hambre, que ni siquiera tenía deseos de ir al baño.

El 'doc era pesado. Tuve que empujarlo con mucha fuerza para poder moverlo y luego empezó a deslizarse solo por la costa. Lo obligué a dirigirse tierra adentro. El lugar adecuado para ocultarlo era el nido de luciérnagas, por supuesto.

Estaba jadeando terriblemente, la luz del día ya casi se había apagado y no podía empujar semejante mole cuesta arriba.

Lo dejé en la playa. Tal vez había una solución. Dejé que la parte posterior de mi cerebro jugueteara con la posibilidad durante un rato.

Atravesé la arena a grandes zancos rumbo al áspero coral y continué caminando hasta la cima. Habíamos escogido esta isla, en parte, porque estaba apartada. Dos distantes luces amarillas, hacia el este, marcaban la existencia de las otras dos islas que yo había detectado anteriormente. Calibré las ampligafas (el lado que funcionaba) en 20x y recorrí todo el horizonte, sin encontrar nada salvo el fulgor de los dos nidos de luciérnagas.

No tenía nada que hacer más que esperar.

Me senté con la espalda contra el borde del nido de luciérnagas muerto. Pensé en ella. Parecía muy seria, algo preocupada, bajo una cresta de plumas y con la piel sin teñir, de color rosado amarillado, como si fuese una Anglo bronceada por el sol blanco amarillento de Fafnir.

-Sharrol -dije.

Había dormido como los muertos, con el rostro laxo bajo la tapa transparente, como la Bella Durmiente. Se me había dado por hablarle, preguntándome si alguna parte de ella podría oírme. No llegué a confirmarlo después.

-Nunca me pregunté por qué me amabas. Soy egoísta. Pero cuando eras joven debías ser parecida a mí. Treinta años bajo el agua, sin luz solar. Tus tíos y tu padre deben haber tenido una apariencia casi idéntica a la mía. Hasta es posible que hayan tenido el pelo blanco. ¿Qué edad tienes? Nunca te lo pregunté.

El recuerdo de ella me miró.

-¡Al tanj con eso! ¿Dónde estás? ¿Dónde están Tanya y Louis? ¿Dónde está Carlos? ¿Qué pasó después de que me dispararon?

Sonrisa leve, cejas que se levantan.

-Pasaste tres semanas inconsciente, dentro de la CTI, y luego diez minutos de pie. Diferente gravedad, diferente mezcla de gases en el aire, diferentes olores. Te inyectamos todo lo necesario para detener el torbellino de tu planofobia. Y luego BLAM, y el objeto de tu amor quedó tirado en la arena con un agujero en el medio.

»Tal vez intentaste matarla. No creo que le causarás un gran problema, pero quizás Feather también quería matarte a ti. Se quedaría con los niños...

Golpeé el coral con el puño.

-¿Qué quería? Esa mujer está loca. Jamás le hice daño.

Hablándole a Sharrol: tan sin vida como estaba, acaso no era tan demencial hablarle a ella como hablarme a mí mismo. No podía hablar con los otros. Ellos...

-¿Recuerdas la noche en que lo planeamos? Feather estaba lúcida entonces. Comparativamente.

Nos consideraba gente. Durante el viaje a Marte se comportó de forma mucho más agresiva. Era una magnífica amante activa, pero me daba

la impresión de que para ella yo no estaba presente.

Nunca hablábamos mucho de los amantes del otro. En realidad, era más fácil contarle estas cosas a Sharrol cuando no estaba.

–Pero casi durante todo el trayecto hacia Fafnir, Feather estuvo muy bien. Pero no se acostó conmigo. Sólo con Carlos. No tenía problema en llevar una conversación conmigo, pero yo tenía ganas, mi amor, y también estaba frustrado. Así que no quería hablar con ella. Y ella siempre se pegaba a Carlos y Carlos se sentía un poco abochornado por todo eso. Hablamos de nuestros planes, pero para cualquier tema personal sólo recurrí a ti. Bella Durmiente.

Era una noche cálida y despejada. Por convención, los barcos podían tener luces de cualquier color, menos amarillas como las luciérnagas. Era imposible no ver las luces de los barcos.

–Luego, a quince horas de distancia del punto de descenso, esa noche, la encontré flotando en mis placas de sueño. Supongo que podría haberla enviado de regreso a su habitación, es decir, esa posibilidad estaba contemplada por las leyes de la física, pero no lo hice. Me comporté como si lo último que me interesara fuese conversar. Y Feather hizo lo mismo.

»Y a la mañana siguiente fue todo trabajo, un trabajo frenético. Nos acercamos con un rumbo bastante desviado y aparecimos por detrás de la luna. La Boy George continuó sola, desacelerando. Pasamos demasiado cerca de una base MRA, que ni Feather estaba enterada de que existía. Giramos y nos alejamos deprisa, clara y obviamente aterrorizados, más o menos en dirección a Hrooshpith, Pithtcha, o algún otro lugar perteneciente a los viejos sistemas kzins, donde nunca se molestaron en actualizar los registros de población. Sin duda, la MRA estaba esperándonos allí.

»Y, por supuesto, te perdiste el descenso... pero lo que quiero destacar es que en ningún momento dijimos nada.

»Muy bien. Todo este esquema había sido diseñado por Feather, llevado a cabo por Feather. Era... -Me quedé mirando la negra noche-. Oh. – Tendría que haberlo advertido antes-. ¿Para qué necesitaba Feather a Carlos?

A través de la red de espionaje de la MRA, Feather Filip había encontrado a seis nativos de Shasht a punto de emigrar. ¿Por qué no

había buscado sólo a uno o dos? Mientras Carlos insistía en llevarse a sus hijos, a Sharrol y a mí, otro hombre podría haberse comportado en forma más razonable.

—Ella no quiere solamente desaparecer del sistema Solar. No quiere solamente tener hijos. Quiere a Carlos. Carlos, el de los genes perfectos. ¡Ja! Carlos finalmente se dio cuenta. Tal vez ella misma se lo dijo. Y debe haberle contestado que no quería tener hijos con una esquizo de la MRA. Furiosa y con ganas de hacer el amor, ella puso sus ojos en mí, y entonces...

¿Y entonces?

Con los ojos abiertos a la oscuridad, en trance, recordé esa noche final. Luces amarillas salpicadas sobre el océano negro. Algunas no tienen el color esperado: son demasiado brillantes, o demasiado azuladas. Esas hay que evitarlas. Son casas. Hay que elegir una que esté lejos del resto. Detengo la nave en el aire. La materia orgánica se quema, amarillo luciérnaga bajo las llamas de los impulsores, luego se desvanece. Hago que nos hundamos en el hoyo, como un huevo en la huevera. Feather abre el techo de un disparo y salimos arrastrándonos...

No queríamos usar luces artificiales. Cuando la luz del amanecer fue lo bastante intensa, inflamamos el bote. Feather y Carlos usaron el elevador antigravitacional para colocar la caja de criosuspensión en el bote. Discutían en murmullos. Yo no quiero oírlos, pensé.

Apagué la secuencia de Mantenimiento del 'doc. Un minuto después, Sharrol se sentó: una planofóbica que se despertaba repentinamente en un mundo extraño. Olisqueó el aire. Me besó y me permitió que la tomara en mis brazos y la sacara del 'doc. Con la gravedad de Fafnir, me resultó pesada. La puse sobre la arena. Parecía capaz de controlar sus nervios. Feather había conseguido ropas locales. Coloqué el atado de ropa en las manos de Sharrol.

Feather vino hacia mí, remolcando el elevador antigravitacional. La ropa, con abultados bolsillos adelante y atrás, ocultaba sus formas. Colocamos el elevador en posición y empujamos el 'doc hacia Carlos y el bote. Feather pronunció mi nombre. Me volví. BLAM. Agonía y confusión de los sentidos, pero vi a Carlos brincar al interior del bote, con los reflejos de un conejo. Mi cabeza golpeó contra la arena negra.

¿Y entonces?

–Ella quería rehenes. A nuestros niños, pero son los hijos de Carlos. Están congelados, no le darán problemas. ¿Pero a mí para qué me necesita? Al matarme, le demuestra a Carlos que ella habla en serio. Tal vez es porque cuento demasiadas anécdotas, tal piensa que soy peligroso. Tal vez...

Por un instante, fui consciente de lo superfluo que era yo desde el psicotico punto de vista de Feather Filip. Feather quería a Carlos. Carlos quería a los niños. Sharrol venía incluida con los niños. Había que agregar a Beowulf porque era el compañero de Sharrol. Si Feather asesinaba a Beowulf... ¿qué podía importarle a Carlos? BLAM.

Ahora dije:

–Me asesinó para demostrar que podía hacerlo. Pero a mí me pareció que Carlos se limitó a escapar. En el bote no había armas... acabábamos de inflarlo. Lo único que podía hacer era arrancar y huir. Eso demora... -Cuando lo analicé, me di cuenta de que Carlos había sido muy hábil. Se había escapado, llevándose a Tanya y a Louis, los dos rehenes. Protegerlos ahora, negociar después.

Y había abandonado a Feather en medio de un ataque de furia asesina, con ese horrible tubo en las manos y un solo blanco vivo. Dejé de hablarle a Sharrol, porque me pareció que debía estar muerta.

¡No!

–Feather te secuestró. Tenía que secuestrarte. – Podía ser. Podía ser-. ¿Con qué otra cosa iba a amenazar a Carlos? Tiene que mantenerte con vida. – Traté de creer en eso-. No te asesinó en el primer momento, por cierto. Alguien tuvo que haberme metido en el 'doc. Y Feather no tenía ningún interés en hacerlo.

Pero tampoco tenía ningún interés en permitir que Sharrol lo hiciera.

–¡Tanj! ¿Por qué te permitió que me metieras en el 'doc? Incluso te permitió...

¿Y la reserva de biomasa?

Mi cuerpo estropeado seguramente necesitaba una reestructuración de grandes proporciones. La reserva de biomasa había estado alimentando a Sharrol y haciendo algunas reparaciones en todos

nosotros, durante las tres semanas que duró el viaje. Para curarme a mí, se habrían necesitado... ¿cincuenta kilos? ¿Más?

—Debe haberte dejado llenar el receptáculo de biomasa con...

¿Peces?

Feather quería demostrarle a Carlos que podía llegar a ser muy razonable... demasiado razonable. Todo esto me daba muy mala impresión.

—El otro cuerpo, el que está sin cabeza... ¿Por qué no poner eso en el receptáculo? Sería mucho más fácil. A menos que...

A menos que el material estuviera mucho más a mano.

No sentí ningún rapto de inspiración. Era cuestión de obligarme a creerlo. Traté de recordar a Sharrol... quitándose rápidamente la ropa, temblando y bailando en la arena, en la helada brisa del amanecer. Revolviéndose con las manos el cabello a medio crecer. Una pequeña mueca al ver el aspecto que tenía con esa chaqueta de supervivencia, llena de bultos por todos lados. Golpeteando algunos bolsillos, abriendo otros.

El 'doc la había arrancado de su sueño de tres semanas. Estaba igual que yo: despierta, alerta, lista.

La respuesta no apareció. Es que... seguía sin saber dónde estaba Sharrol, y Carlos, y los niños. ¿Y si estaba equivocado? Feather me había hecho un mapa con la ruta a Hogar, paso por paso. Yo sabía exactamente dónde estaba Feather ahora, si mis suposiciones tenían un sustento lógico. Pero si había una sola presunción que estuviera equivocada... Feather Filip podía aparecer detrás de mí en cualquier momento.

Podría lograr más seguridad para mí, y también para Sharrol, si armaba un escenario de posibilidades mucho peores.

El Plan B de Feather: Asesinar a Shaeffer. Tomar al resto como prisioneros para imponer su voluntad a Carlos... pero Carlos huye en el bote. De modo que Feather aplica el Plan B-1: somete a Sharrol a punta de pistola (sin matarla). Algunos días más tarde, le hace señas a un barco. BLAM, y con el barco robado navega hasta Shasht. O se detiene para ocultar a Sharrol en algún sitio, quizás en otra isla de

coral, quizás prisionera dentro de una tienda plástica con una horda de luciérnagas vivas merodeando afuera.

¿Y Carlos? Ha tenido cuatro meses para buscar a Sharrol y a Feather. Es un genio... cualquiera lo sabe. Y Feather quiere comunicarse con él, a menos que haya decidido desechar a Carlos, asesinarlo.

Si yo pudiera rastrear a Carlos, encontraría a Tanya, a Louis e incluso a Sharrol.

El Plan B-1 de Carlos sigue al Plan A concebido originalmente por Feather. Los niños abordarían la crionave como si ya se hubiesen registrado. Carlos se registraría y lo congelarían. Feather podía seguirlo hasta Hogar... tal vez en la misma nave, si se apresuraba. Pero...

Feather de ninguna manera sería congelada con un arma en la mano. Ese sería el momento para atacarla: cuando saliera de la criosuspensión, en Hogar.

Bien, ya tenía un objetivo. En Shasht podrían decirme quién había abordado la Reina Zombi rumbo a Hogar. ¿Qué había que hacer para llegar a Shasht?

—Alimentarme es fácil. Juntar agua de lluvia, también. Salir de la isla... Eso, al menos, no era una adivinanza. No podía construir una balsa. No podía nadar hasta otra isla. Pero un marinero que se pierde en el mar muere si es arrojado a las costas, por lo tanto las tradiciones locales decretan que es obligatorio rescatarlo-. Conseguir algo de dinero. Llegar a Shasht. Esconderme.

Cualquier otra cosa que hubiera perdido, que hubiéramos perdido - quienquiera que hubiese muerto, quienquiera que siguiese con vida- no modificaba el hecho de que la misión seguía existiendo y que consistía en liberarse de las Naciones Unidas y de la Tierra.

Y el 'doc de Carlos Wu me delataría instantáneamente. Nanotecnología de avanzada, declamando a los gritos su origen terráqueo. Era posible que fuese el objeto más valioso de todo Fafnir y yo, que no tenía riquezas, iba a tener que abandonarlo.

Al llegar el día logré mover el 'doc. Seguía con intenciones de ocultarlo en el nido de luciérnagas. El elevador antigravitacional lo levantaba, pero no podía llevarlo cuesta arriba. Aunque conseguí

solucionarlo.

Uno de los secretos de la vida: saber cuándo y a qué renunciar.

Esperé a que bajara la marea, lo empujé al mar y apagué el elevador. El agua llegó casi hasta la tapa transparente. Siete horas después el 'doc había desaparecido. Y la próxima emergencia podría matarme, a menos que ocurriera en bajamar.

Las noches eran tan cálidas como los días. Tal como lo prometía el material turístico, llovía justo antes del amanecer. Coloqué mis pantalones de modo tal que derivaran el agua de lluvia hacia un hoyo que había abierto en el coral.

La guía turística me había informado sobre cómo conseguir alimento. Que los nidos de luciérnagas mueran no es un hecho poco frecuente. Tarde o temprano, cualquiera de las diversas especies de criaturas nadadoras descubre alguna isla sin iluminar. Algunas se deslizan con las olas y desovan en la arena.

Pasé la segunda noche corriendo por la orilla y metiendo huevas en mi chaqueta. Los peces voladores más grandes se lanzaban desde la cresta de las rompientes. Querían huevas. Tres o cuatro me quisieron a mí, pero pude esquivarlos. A uno tuve que destriparlo en el aire.

La guía turística no me había enseñado a limpiar huevas. Tuve que ingeniármelas solo. Las escalfé en agua de mar, usando la linterna de bolsillo, y comí hasta hartarme. Puse otras más dentro del receptáculo de biomasa.

Con algo de asco, también puse en el receptáculo los huesos humanos. La carne de los peces de Fafnir era pobre en metales. A largo plazo, esto también podría matarme, pero por un tiempo el 'doc podría compensar la deficiencia.

No había nada que sirviera para hacer un bote. Durante el día, no se veía que el nido de luciérnagas estaba quemado, de modo que cualquier barco que pasara tendría miedo de venir a rescatarme. Pensé en nadar; pensé en alejarme mar adentro sobre el elevador antigravitacional, en la dirección en que me llevara el viento. Pero en el mar no podría conseguir comida, y además... ¿cómo haría para acercarme a otra isla?

La cuarta noche, una enorme figura alada sobrevoló la isla y luego se

zambulló en el mar. Más tarde escuché un violento sonido, provocado por esa criatura y su compañera al salir del agua; se remontaron en el aire, sobrevolaron el cráter y se instalaron allí. Hicieron mucho ruido. Luego, la más grande planeó hacia el agua y desapareció.

Al amanecer volví a alimentarme, con el puñado de huevos que habían sido depositados en el cuerpo de la criatura voladora más pequeña, fuese macho o hembra. El disco no me había informado sobre estas criaturas. Era una lástima que no pudiera tomar notas. Aunque tendría que haber supuesto que la evolución proporcionaría algo que aprovechara los nidos de luciérnagas muertos.

Se acababa de poner el sol, la octava noche, cuando vi una luz que titilaba, azul-verde-rojo.

Con las ampligafas vi un barco que no se movía.

Disparé una bengala bien alto y la vi arder, blancoazulada, durante veinte minutos. Disparé otra a medianoche. Luego embutí las botas en los bolsillos más grandes, inflé los flotadores de los hombros y, caminando, me interné en el mar hasta que no tuve más remedio que nadar.

Con los ojos tan cerca del nivel del agua, no podía ver el barco. Disparé otra bengala antes de que amaneciera. Alguien que estuviese despierto tenía que haber visto alguna... y si no era así, todavía me quedaban tres. Continué nadando.

Era pacífico como un sueño. La ecología de Fafnir es muy antigua y evolucionó en un mundo plácido que no está condicionado por continentes a la deriva ni edades de hielo, donde los terremotos y los volcanes saben guardar su lugar.

El océano tenía dientes, por supuesto, pero los carnívoros estaban muy especializados y conocían los sonidos que emitían sus presas. Había unas pocas y aterradoras excepciones. La razón y la lógica no alcanzaban para borrar el recuerdo de los hologramas de esas criaturas, que nada tenían que envidiarle a un tiburón blanco.

Me cansé muy pronto. El aire era cálido; el agua también, porque estaba absorbiéndome el calor de la carne y los huesos. Continué nadando.

Quien me rescatara no podría saber que había estado en una isla.

Cuanto más me alejara de ella, mejor. No quería que encontraran el 'doc de Carlos Wu.

Al principio, no vi del barco nada más que las grandes alas blancas de sus velas. Calibré la linterna de bolsillo en foco amplio y máxima potencia, para competir con lo que ahora era plena luz del día, y dirigí el vívido rayo de luz verde hacia las velas.

Y esperé que el barco girara hacia mí, pero no lo hizo hasta pasado un largo rato. Se acercó zigzagueando, empujado por el viento, y no en línea recta. Me pareció que nunca iba a llegar.

Una mujer de sedosa cabellera dorada me estudió con algo de curiosidad; luego se desvistió con dos rápidos movimientos y se zambulló.

Yo estaba acalambrado y tenía frío; era apenas capaz de mover un dedo. Ese fue el peor momento, y no pude reunir fuerzas para poder apreciarlo. Pasivamente, por completo incapaz de protegerme, dejé que la mujer me enlazara por debajo de las axilas y observé cómo el hombre me izaba y me depositaba en cubierta.

Feather podía haberme asesinado antes de que el 'doc me dejara salir. ¿A qué esperar? Había logrado deducir lo que le había sucedido a Feather; era casi plausible... pero no podía sacarme de la cabeza la idea de que ella estaba allí esperándome, mirándome, mientras me subían a bordo.

Pero sólo había un hombre rubio y musculoso, de oblicuos ojos pardos y una cabellera dorada tan destañada que era casi tan blanca como la mía. Tor, lo llamó la mujer, y ella era Wil. El hombre me envolvió con una manta burbuja de color plateado y me puso un bulbo con algo caliente en las manos.

Las manos me temblaban. Si hubiese sido una taza habría derramado todo su contenido. Me llevé el bulbo a los labios y succioné. Extraño sabor, realzado con un toque de ron. El calor me penetró hasta los huesos, como si fuera la vida misma.

La mujer subió al barco, chorreando agua. Sus ojos eran como los del hombre; su dorado bronceado era igual al de él. El hombre le dio otro bulbo. Me inspeccionaron con actitud amistosa. Traté de decir algo, pero mis dientes se habían convertido en castañuelas. Succioné y los escuché discutir acerca de quién y qué era yo, y acerca de qué cosa

podía haber destrozado mi chaqueta de modo semejante.

Yo también había pensado en eso, un poco, antes de que mi cerebro muriera de frío. Cuando pude ejercer un cierto control sobre mis dientes, les dije:

—Me llamo Persial January Hebert, y les estoy eternamente agradecido.

Dejar toda nuestra fortuna en la Tierra era doloroso. Feather podía contribuir. Hallar un medio para desviar una corriente de fondos de la MRA hacia Fafnir, reponiéndola con el dinero de Carlos.

Muuuuy bien. Pero Sharrol y yo íbamos a tener que vivir de Carlos... o tal vez no de Carlos. Por ahora, quien controlaba esos fondos era Feather y a Feather le agradaba tener el control. No había mencionado que esperaba guardarse un poco de ese dinero para ella. Eso me molestó. Debe haber molestado a Carlos también, aunque no tuvimos oportunidad de hablar del tema en privado.

Me preguntaba cómo haría Carlos para solucionarlo. ¿Conocía a Feather Filip desde antes de llegar a Infortunio? Me lo imaginaba allí, diseñando algo que en la Tierra no tendría ninguna utilidad... digamos, por ejemplo, una versión más actualizada del sistema de movimiento de masas que atraviesa de punta a punta el vacío del Polo Este de Infortunio, en reemplazo del lanzador molinete de los mundos más normales. Diseñar algo, registrarlo bajo seudónimo, formar una empresa. Por las dudas, en caso de que alguna vez descubriera el modo de huir del sistema Solar.

En cuanto a mí, recurrí al más viejo amigo que tenía en la Tierra. Productos Generales le debía una suma considerable a Elefante, y Elefante -Gregory Pelton- me debía dinero a mí. Hizo que Productos Generales me abriera una cuenta en Hogar y otra en Fafnir. Feather no habría dado su aprobación a esta brecha en nuestro secreto, pero los alienígenos que manejan Productos Generales no revelan secretos. Con decir habíamos sido totalmente incapaces de encontrar su planeta natal hasta que lo cambiaron de lugar.

Y Feather seguramente esperaba controlar el dinero de Carlos, y por ende a Carlos.

Y Sharrol... estaba conmigo. Confiaba en mí. Ahora era una planofónica, quebrada y varada en un mundo extraño, si es que aún

estaba viva, si no era la prisionera de una maniática homicida. Cuatro meses, para cinco. Suficiente para volverla loca, pensé.

¿Cómo podía hacer para rescatarla rápidamente? Se decía que en Fafnir la palabra rápidamente había sido olvidada. Pero tal vez se me ocurriría algo.

Me dejaron dormir. Cuando desperté me dieron sopa. Estaba famélico. Conversamos mientras comíamos.

El barco se llamaba Pez Gaviota. Sus dueños eran Wilhelmin y Toranaga; eran hermanos, ambos acababan de separarse de sus respectivas parejas y estaban disfrutando de una cierta libertad. Aire puro, ejercicio, celibato, antes de volver a bailar la danza del apareamiento, con sus bochornos, sus frustraciones y sus recompensas.

Había algo curioso en su pronunciación. Al comienzo lo calificué de acento australiano, luego como inglés suavizado por la práctica oral, o por una o dos generaciones en compañía de otros. Se decía que esto era típico de Fafnir. No existía el acento de Fafnir. El planeta había sido poblado recientemente y con gente de demasiados sitios diferentes.

Wil terminó la sopa, fue hasta un armario y trajo una chaqueta. No era parecida a la mía y estaba nueva, intacta. Me ayudaron a ponérmela y me permitieron vaciar los bolsillos de mi harapienta indumentaria antes de arrojarla al interior del armario.

Me habían devuelto a la vida. Según la costumbre de Fafnir, mi respuesta debía ser un regalo que expresara lo que yo valía según mi parecer... pero Wil y Tor no me habían dicho cuál era su nombre completo. Traté de insinuárselos; no me comprendieron. Mmm.

El disco no había mencionado situaciones como esta. Tal vez era una costumbre nueva: el que rescata oculta información para que el rescatado pobre no se avergüence. Para que no envíe ningún regalo de rescate, en lugar de verse obligado a enviar algún presente de poco valor. Pero eran puras suposiciones. Todavía no podía comprender sus códigos.

En cuanto a mi propia historia...

-Me resigné -dije abruptamente-. Fui muy estúpido. Todavía no...

todavía no había agotado todos los medios posibles.

Toranaga dijo: -¿Qué clase de medios pretendía encontrar?

-Perdí a mi esposa hace cuatro meses. Una ola malvada... ¿saben ustedes que las olas cruzadas pueden convertirse en montañas de agua? Tumbó nuestro barco. Me recogió un barco pesquero, el Tritón.
- Un civil debe ser capaz de recordar el nombre de quien lo rescata-. No hay registros de que hayan encontrado a Milcenta. Compré otro barco y salí a buscarla. Han pasado cuatro meses. Ultimamente, me dedicaba más a beber que a buscarla, y hace tres noches algo golpeó el barco. Un rayo torpedo, creo. No se hundió, pero quedó sin energía, sin siquiera luces. Me harté y decidí comenzar a nadar.

Se miraron; luego miraron la sopa. Se solidarizaban conmigo, sintiendo una pizca de lástima.

-Era medianoche, yo estaba frío como el fondo del mar, y se me ocurrió que tal vez habían rescatado a Mil bajo otro nombre. No estamos registrados como pareja. Si Mil estaba en coma, habrán verificado las huellas de su retina...

-Use nuestro llamador -dijo Wilhelmin.

Les di las gracias.

-Si me lo permiten, confirmaré un crédito también. Estoy en bancarrota, pero tengo crédito en Shasht.

Me dejaron solo en la cabina.

El llamador estaba dentro de un hueco de la mesa de la cabina. Era portátil -sólo una placa protectora y algunas teclas que encendían una pantalla con teclas virtuales-, pero adaptado a la navegación, con estuche a prueba de agua y varias abrazaderas pequeñas. El programa operativo me resultó desconocido pero fácil de usar.

Disparé un programa de búsqueda de Milcenta Adelaide Graynor, en cualquier combinación. Milcenta era Sharrol y Adelaide era Feather, y con esos nombres figuraban en los pasajes de crionave y en la identificación de retina. El nombre de Milcenta apareció en el acto.

Vociferé por la escotilla:

-¡La salvaron!

Wil y Tor se precipitaron a la cabina para leer por encima de mi hombro.

El Mano de Alá, un barco pesquero. ¡Milcenta, pero Adelaide no! Habían recogido sólo a Sharrol. Al menos yo había acertado a medias: se había escapado de Feather. Me di cuenta de que estaba llorando.

Y... -No hubo regalo de rescate-. Ese era el otro aspecto: si Sharrol hubiese enviado un regalo adecuado, el bochorno de haber sido rescatada del mar nunca habría quedado registrado públicamente. Sharrol y yo habíamos estado practicando para saber cómo actuar ante una situación como esta. Mi esposa debe haber estado en muy malas condiciones.

-Sí, puesto que no lo llamó a usted -dijo Whilelmin-. ¿Y tampoco volvió a su casa?

Les conté la historia de Martin Graynor:

-Vendimos nuestra casa. Estábamos haciendo nuestro último crucero antes de abordar una crionave. A estas alturas, podría estar en cualquier parte. Si es que pensó que esa ola me causó la muerte. Tendré que verificarlo.

Primero hice algo con respecto al dinero. A bordo del Pez Gaviota no había nada que pudiera leer las huellas de retina de Persial January Hebert, pero al menos logré establecer que el dinero seguía allí.

Traté de obtener la lista de pasajeros de la crionave Reina Zombi. Me fue denegada. Demostré decepción e impaciencia, pero era lógico que no aceptaran mostrarle la lista a un tal Hebert. Martin Wallace Graynor sí estaría autorizado.

Me enseñaron a navegar.

El Pez Gaviota estaba hecho para las velas, no para la gente. Los pisos no eran planos. Había sogas tiradas en todas las superficies. El mástil pasaba por el medio de la cabina. No se podía entrar caminando; había que trepar. No había placas elevadoras; había que dormir en una caja de forma extraña, lo bastante pequeña para sujetarte durante una tormenta.

Tuve que aprender una jerga peculiar, como si estuviese aprendiendo a manejar una espacionave, y por las mismas razones. Si un navegante oye un grito, tiene que saber al instante qué es lo que significa.

Trabajaba mucho y mi cuerpo se estaba adaptando a los días más cortos. Desde luego, tenía insomnio, pero en una embarcación pequeña nadie logra dormir bien. La idea es ser capaz de despertarse instantáneamente, ya que cualquier estímulo puede significar que hay problemas. El barco le estaba dando a mi cuerpo el tiempo que necesitaba para adaptarse a Fafnir.

Una vez, pasé delante de un espejo y me quedé helado. Apenas logré reconocerme.

Lo cual era muy positivo. Se me estaba oscureciendo la piel y, a pesar del bloqueador solar, se oscurecería aún más. Además, cuando llegamos a tierra ya tenía el cabello cortado a la moda de Fafnir. Durante los cuatro meses en el 'doc, me había crecido mucho. Como el 'doc me había «curado» del tratamiento de depilación, también tenía barba. Cuando llegáramos a la civilización, mi aspecto sería demasiado conspicuo: un hombre de ojos rosados y piel pálida con una larga y desgredñada cabellera blanca.

Mis anfitriones no habían dicho nada. Era fácil inferir lo que debían pensar. Que habían hallado a un neurótico que estaba navegando en busca de su esposa muerta hasta perder por completo el amor a la vida.

Con cierto pudor, hablé con Tor y le pregunté si había algo parecido a un estilista a bordo.

Tenían tijeras. Muuuy bien. Wil trató de darle forma a mi cabello, se rió del resultado que obtuvo, y me sugirió que terminara el arreglo en la Isla Booty.

Así que traté de olvidarme del resto del mundo y dedicarme, sencillamente, a navegar. Eso mismo era lo que estaban haciendo Wilhelmin y Toranaga. Un día a la vez. Las islas y las embarcaciones se hicieron más frecuentes a medida que nos acercábamos a las Islas Centrales. Otro día para que Feather me olvidara, o me perdiera la pista. Otro día de seguridad para Sharrol, en caso de que Feather me estuviese siguiendo para llegar a ella. Tendría que tener cuidado.

Y con eso habría estado en paz, salvo por mi chaqueta destrozada, que

estaba en un armario que mis huellas dactilares no podían abrir.

Wil y Tor me contaron de sí mismos, un poco, pero yo seguía sin conocer sus identidades. Dormían en una cabina cerrada con llave. También noté una ausencia. Wil era una mujer adorable, no muy diferente de la propia Sharrol, pero su conducta y su lenguaje corporal no mostraban señal alguna de que considerara que ella era una mujer y yo un hombre, y mucho menos de que fuera a aceptar alguna insinuación.

En esta cultura ajena a mí, eso podía significar cualquier cosa: que mi corte de pelo, o la forma de mi nariz, o el color de mi piel le resultaban desagradables, o que yo no conocía el lenguaje corporal local, o que yo no disponía de documentación sobre mi mapa genético. También me pregunté si no estaría rechazando cualquier tipo de regalo de rescate, de cualquier clase, de parte de un hombre al que tal vez debería entregar a la policía.

¿Qué pensaría un detective de la policía de esos agujeros en la chaqueta? Bueno, pensaría que algún arma cinética la había perforado, junto con su ocupante, matándolo instantáneamente, después de lo cual alguien (¿el asesino?) había robado la chaqueta para su uso personal. Y si Wil y Tor estaban pensando eso... Lo que había hecho con el llamador, ¿podía haber quedado grabado automáticamente?

Esa sí que era una idea.

Volví a pedirles el llamador. Hice aparecer la enciclopedia y busqué una criatura con brazos sin huesos. En Fafnir había varias, todas pequeñas. Busqué datos sobre las más grandes, especialmente las nativas del Cuadrante de Coral Norte. Había relatos... pero no evidencias fidedignas...

Y pasó otro día, y aprendí a cocinar mientras la cocina rodaba a la ventura.

Esa noche, en la cena, Wil se puso a hablar de la vida marina de Fafnir. Había trabajado en Pacífica, sitio que, según entendí, era una especie de zoológico submarino. Y... ¿sabía yo algo de una forma de vida procedente de Kdat que se parecía al calamar de la Tierra?

-No -respondí-. ¿Los kzins traerán algunos?

-No creo. Los kzins no son surfistas -dijo Tor, y nos reímos.

Pero Wil no. Dijo:

-Los querían para los cotos de caza. En Kdat, esas malditas criaturas pueden acercarse a la playa y llevarse grandes animales, arrastrándolos hacia el océano. Pero las que había cerca de Shasht han muerto todas; nunca logramos conseguir una para Pacífica.

-Bueno -dije. Vacilé, y luego-: Creo que a mí me atacó algo así. Pero enorme. Y no estaba cerca de Shasht; estaba donde ustedes me recogieron.

-Deberías informarlo, Jan.

-Wil, no puedo. Estaba dormido y medio muerto de frío, perdido en el mar, a medianoche. Cuando desperté estaba bajo el agua. Algo me estrujaba el pecho y la espalda. Saqué el cuchillo y lo clavé. Lo clavé en algo gomoso. Se apartó de un tirón. Me rompió la chaqueta. Si hubiera roto los flotadores de los hombros, yo aún estaría allí abajo. Pero no logré ver nada.

Así nacen las leyendas.

La Isla Booty está compuesta de varias islas fusionadas. Conté ocho picos, pero debía haber más. Habíamos navegado durante doce días.

En cada nido de luciérnagas había un edificio. Parecían edificios del gobierno o museos. No había dos iguales. Las viviendas estaban desparramadas por las llanuras que había entre pico y pico. Había un centro comercial de alrededor de un kilómetro y medio de largo, que unía dos picos como un puente colgante. En la Tierra, este sitio habría sido considerado sólo un parque. Aquí, era el centro de la civilización.

La hilera de cabinas de transferencia del centro comercial tenía el conocido logo titilante de Pelton. Todas eran cabinas grandes, de carga, muy antiguas. No me percaté instantáneamente de lo que eso significaba.

Nos detuvimos en un hotel y utilizamos un llamador a monedas. El sistema leyó mis huellas de retina: Persial January Hebert, por supuesto. Wil y Tor esperaron mientras yo movilizaba un poco de dinero, recogía algo de efectivo y una tarjeta de transferencia y reservaba una habitación. Volví a intentar hallar algún registro de

Milcenta Adelaide Graynor. El rescate de Sharrol seguía en la lista. Nada sobre Feather.

–Jan, tal vez se esté recuperando de alguna lesión en la cabeza. Averigua si ha tratado de encontrarte. – dijo Wil.

No podía identificarme como Mart Graynor mientras Wil y Tor estuvieran presentes. La red no registraba mensajes para Jan Hebert. Feather no conocía ese nombre. Sharrol sí, pero Sharrol pensaba que yo estaba muerto.

O quizás Sharrol estaba loca, incapacitada. Con Tor y Wil mirándome, intenté verificar las dos peores posibilidades.

Primera: ejecuciones. Un 'doc público puede curar la mayor parte de las variedades de locura. La locura es curable; por lo tanto, es voluntaria. Los crímenes capitales cometidos durante un acceso de locura son castigados con la pena de muerte desde hace setecientos años, en la Tierra y en todos los mundos que conocí. También en Fafnir era así. Pero Sharrol no había sido ejecutada por ningún crimen y, mala suerte, tampoco Feather.

Segunda: siguen existiendo algunos centros para el estudio de la locura. El más conocido está en Infortunio. En la Tierra hay varios, más una rama secreta de la MRA. En Fafnir había sólo una institución mental, que parecía estar casi vacía, teniendo en cuenta la población. En sus registros no figuraban ni las huellas de retina de Sharrol ni las de Feather.

La tercera posibilidad tendría que esperar.

A todos nos hacía falta el estilista del hotel, aunque yo era el que estaba peor. El aparato me dejó el cabello largo en la nuca, igual que a ellos, siguiendo el peinado local que protegía de las quemaduras de sol. Hice que me recortara la barba sin dejarme totalmente afeitado. El sol había hecho de las suyas: parecía mucho más viejo.

Llevé a Wil y a Tor a almorzar. Encontré al «pez gaviota» en el menú y lo probé. Como la mayor parte de la vida marina de Fafnir, tenía el sabor de algo que se las había ingeniado para transformarse en carne roja.

Como al pasar, incluí algunos temas en nuestra conversación, sencillamente para verificar. También era la última oportunidad que

ellos tenían para sondearme, así que tuve que improvisar detalles acerca de una infancia en el Mar del Norte. A Tor le resulté plausible; era más difícil saber lo que pensaba Wil. Nada se dijo de la chaqueta o del monstruo marino. En sus mentes, ya me había ido.

Yo era el gato de Schredinger: había asesinado y no había asesinado al dueño de la chaqueta destrozada.

En el llamador de mi habitación me identifiqué como Martin Wallace Graynor, lo que me dio acceso a los registros de autodoc de mis esposas. Los 'doc públicos corrigen todos los desbalances químicos que se agrupan bajo el término «locura», y también guardan registro de tales servicios.

Milcenta Graynor -Sharrol- había usado un 'doc ocho veces en los últimos cuatro meses y pico, comenzando una semana después de nuestro desastroso aterrizaje. El registro indicaba una gran mejoría durante ese período, iniciado con un nivel de adrenalina alarmante, acidez estomacal y otros síntomas menos peligrosos. Ocho veces, dentro del área de las Islas Centrales... nunca en Shasht.

Si no había llegado al continente, no había tratado de contactarse con las Empresas Travesía. No había intentado encontrar a Carlos, Louis o Tanya.

Adelaide Graynor -Feather- no estaba registrada en ningún 'doc de este planeta. La conclusión más obvia era que, dondequiera que estuviese, debía de estar más chiflada que el Sombrero Loco.

En Fafnir había embarcaciones llamadas Pez Gaviota en todas partes. Había cincuenta y una registradas. Veintinueve habían salido a navegar. De esas, diez tenían sitio para cuatro personas. Revisé los nombres de pila: no había ningún Toranaga ni ninguna Wilhelmin. Tal vez el Pez Gaviota pertenecía a sus padres, o a alguno de los ex-cónyuges de los hermanos.

Había aprendido un término para definir la configuración de la vela y el mástil del Pez Gaviota: chalupa.

¡Los diez candidatos eran chalupas!

Un momento. ¿Wil había trabajado en Pacífica?

Investigué un poco. Pacífica no era un simple zoológico. Parecía más

una aldea submarina, con listados de proveedurías de víveres, tiendas de ropa, subterráneos, talleres, agencias de viaje, hoteles... Pero Wil había trabajado con la vida marina. ¿Eso podría ser una pista?

No se me ocurría cómo.

No era que no supiera la respuesta, sino que la respuesta, sencillamente, no me gustaba. Wil y Tor tenían que entregar mi chaqueta a la policía. Cuando informaran del rescate de Persial January Hebert, les enviaría un regalo. Feather no conocía mi nombre alternativo. Pero si tenía acceso a la policía de Fafnir... ¡seguramente reconocería esa chaqueta!

Durante el resto de la tarde, compré equipo de supervivencia: una mochila, equipaje, ropas.

En la Tierra, podría haber desaparecido bajo mil colores de tintura. Aquí... Debí recurrir a una dosis doble de secreción bronceadora, a la disminución de la dosis de filtro solar, a un par de ampligafas oscuras, a mi estatura y a la barba y el cabello cortados al estilo local.

Proveerme de armas fue un problema.

El disco no me había informado nada sobre las armas de Fafnir. La presunción más segura consistía en que Fafnir era igual a la Tierra: las armas no estaban en manos de los civiles. Las pistolas de mano, los rifles y el entrenamiento en artes marciales correspondían a la policía.

La buena noticia era que todos los habitantes de las islas llevaban cuchillo. Esos tiburones voladores que me habían atacado durante la cacería de huevas eran sólo un grupo de predadores de entre miles.

De algún modo, Feather conseguiría armarse. Recorrería alguna tienda de elementos de cacería, robaría un rifle de caza... no, rifles de caza no. En Fafnir no había presas de gran tamaño, salvo en la jungla kzin, o bajo el agua.

Había listados de tiendas de buceo. Encontré un aturdidor que tenía un gran reflector parabólico, lo bastante grande como para voltear a un predador, demasiado grande para llevarlo en el bolsillo. Me lo llevé, junto con otros elementos de buceo para disimular, y con un pequeño juego de herramientas para reparar equipo de buceo. Que usé para desmontar el reflector.

Ahora no podría utilizarlo bajo el agua; me voltearía a mí, porque el agua es un muy buen conductor del sonido. Pero entraría en mi bolsillo.

Me tomé el tiempo de disfrutar la cena: un sushi bastante extraño. Un rato después de la puesta del sol, me metí en una cabina de transferencia y aparecí bajo el brillante amanecer de Shasht.

Empresas Travesía estaba abierto. Dejé que la Srta. Machti leyera las huellas de retina de Martin Wallace Graynor.

—Su pasaje aún tiene validez, Sr. Graynor -dijo la Srta. Machti-. El recargo de servicio le costará ochocientas estrellas. ¡Llega cuatro meses tarde!

—Naufragué -le dije-. ¿Mis compañeros llegaron a tiempo?

Los pasajeros de crionave no tienen ningún apuro. El precio del pasaje se mantiene bajo porque las naves esperan a estar llenas para despegar. Me enteré de que la Reina Zombi había partido una semana después de nuestro aterrizaje, más o menos cuando estaba previsto. Le di los nombres a la Srta. Machti.

Puso a funcionar el sistema de búsqueda y enseguida dijo:

—Su esposo y los niños abordaron y partieron. Los pasajes de sus esposas siguen pendientes.

—¿Los dos?

—Sí -Reaccionó, algo tardíamente-. ¡Oh, cielos, deben pensar que usted ha muerto!

—Es lo que me temo. Al menos, John, Tweena y Nathan deben pensarlo. ¿Estaban en buenas condiciones cuando los revivieron?

—Sí, por supuesto. Pero las mujeres... ¿puede que se hayan quedado para esperarlo?

Bien: Carlos, Tanya y Louis estaban a salvo en Hogar, y habían partido del espaciopuerto por propia voluntad. Feather y Sharrol...

—¿Esperarme? Pero habrían dejado un mensaje.

La mujer seguía mirando la pantalla.

–Para usted no, Sr. Graynor, pero el Sr. John Graynor ha dejado un mensaje para la Sra. Graynor... para la Sra. Adelaide Graynor.

Para Feather. ¿Y nada para Milcenta? ¿Aunque se quedaron las dos? Qué extraño. La Srta. Machti parecía ser el tipo de persona a la que le interesaba conocer detalles de la vida sexual de los demás. Quería que sintiera curiosidad, porque la próxima pregunta era...

–¿Puede mostrarme lo que John le dice a Adelaide?

Meneó la cabeza firmemente.

–No hay forma de...

–Vea usted, John nunca diría nada que no pueda ser escuchado por otra gente. Léalo usted misma... -La mujer seguía meneando la cabeza: izquierda, derecha, izquierda-. En realidad, es preciso que lo haga. Después podrá, al menos, contarme si hay... si... bueno... algo que yo tenga que saber, ¿verdad? Si Milcenta ha muerto.

Con eso se detuvo. Asintió, imperceptiblemente, y tecleó el código del mensaje de Carlos a Feather.

Lo leyó de cabo a rabo. Frunció los labios un poco, pero cuando giró el monitor para que yo lo viera tenía una solemne expresión de piedad.

Era una escena muy posada. Carlos parecía un hombre que escondía alguna enfermedad. El paisaje que tenía detrás podría haber pertenecido al jardín de alguna casa solariega de Inglaterra, una especie de terreno virgen domesticado. A la distancia, Tanya y Louis jugaban a las escondidas, entrando y saliendo de detrás de algún árbol de la Tierra del que caía una jaula de follaje. Vivos. Desde el primer momento en que los vi congelados me había quedado con la idea de que estaban muertos.

Carlos miró a la cámara con expresión grave.

»Adelaide, como ves, los niños y yo hemos llegado sanos y salvos. Dispongo de dinero. La mitad de nosotros hemos logrado concretar los planes que habíamos elaborado juntos. Tus pasajes de crionave siguen siendo válidos.

»No sé nada de Mart. Espero que tengas noticias de él, pero creo que nunca debió haberse ido a navegar solo. Temo lo peor.

»Addie, no pretendo entender cómo has cambiado, cómo ha cambiado Mil, ni por qué. Lo único que me resta es desear que ambas vuelvan a cambiar de opinión y regresen a mí. Pero compréndeme, Addie. No serás bienvenida a menos que vengas con Milcenta. Sin Milcenta, tu derecho a reclamar los fondos de la familia que te corresponden es nulo. Y sea cual sea la relación que podamos construir a partir de estas cenizas, preferiría dejar a los niños fuera de la cuestión.»

¡Él tenía el dinero!

Carlos se levantó y se puso a caminar, mientras hablaba, describiendo un semicírculo. La cámara lo seguía en automático y ahora mostraba una casa enorme y alargada, hecha de coral arquitectónico, rosada y levemente redondeada en todos lados. Carlos hizo un gesto.

»Esperé. La casa no está terminada porque Milcenta y tú tendrán sus preferencias. Pero vengan pronto.

»Les he abierto un crédito en Travesía. Los mensajes que me envíen a Hogar por hiperonda serán cargados a mi cuenta. Me haré cargo de los gastos de servicio cuando Milcenta y tú aborden. Primero llámenme. Podemos solucionar todo esto.»

La grabación comenzó a repetirse. Volví a oírla y luego giré el monitor nuevamente.

La Srta. Machti me preguntó:

—¿Salió a navegar solo?

Pensaba que yo había tratado de suicidarme después de que nuestras esposas cambiaran de parejas y se separaran de los hombres... implicancia ésta que Carlos había insinuado con bastante habilidad. Hice gestos de que lo olvidara y dije:

—Tengo que hacerle saber que sigo con vida.

—El crédito que dejó el señor no se aplica...

—Quiero enviar un mensaje por hiperonda, que yo pagaré. Veamos...

¿Empresas Travesía tiene alguna cámara por aquí?

—No.

—Lo enviaré por fax, desde el hotel. ¿Cuándo sale el próximo vuelo?

—Dentro de dos semanas, como mínimo. Pero podemos ponerlo en criosuspensión cuando quiera.

Usé una cámara del hotel. El primer disco que hice sería enviado por medio de Empresas Travesía. «John, estoy bien. Estuve un tiempo en una isla muerta, comiendo pescado». Un tono ligeramente beligerante: «No sé nada de Milcenta ni Adelaide. Conozco a Milcenta más que tú y, francamente, creo que a estas alturas deben haberse separado. Hogar parece ser una nueva vida, pero todavía no me resigno a renunciar a la vieja. Te lo haré saber cuando yo mismo lo sepa».

Suficiente para los oídos de la Srta. Machti. La diferencia horaria me puso repentinamente cansado. Floté entre las placas de sueño... extenuado, pero despierto. ¿Qué tenía que poner en el verdadero mensaje?

La grabación de Carlos era una clase magistral de comunicación. Quiere hablar con Feather. Los niños no van a ser expuestos a una situación de riesgo. Se presume que Beowulf está muerto, c'est la vie. Carlos no buscará venganza. Pero quiere a Sharrol viva. Feather no debe venir a Hogar sin Sharrol. Carlos puede obligarla a llegar a cualquier acuerdo. No lo había mencionado antes porque era demasiado obvio. Una Feather congelada, llegando a Hogar sin compañía, jamás despertaría.

¡Y él tenía el dinero! No sólo sus propios fondos, sino el dinero que Feather sabía, los «fondos familiares». Carlos debía haber llegado a la civilización mucho antes que ella y se las había arreglado para secuestrar lo que Feather había desviado a través de la MRA. Si Feather andaba suelta en Fafnir, también estaba en bancarrota. No poseía nada salvo el crédito que le permitiría conseguir una llamada de hiperonda a Hogar, o que las congelaran, a ella y a Sharrol, y las enviaran allá. Aunque Carlos no lo sabía, hasta Sharrol había escapado.

Casi cinco meses. ¿De qué estaba viviendo Feather? ¿Tenía un empleo? ¿Algo que yo pudiera rastrear? Dado su entrenamiento, le convenía mucho más dedicarse al robo.

¡Sí! Salí a los tumbos del camposueño y me apresuré a conectarme a la red y aclarar mis inquietudes. No la habían apresado por ningún crimen capital, pero cualquier cárcel de Shasht podía tener registradas las huellas de retina de Adelaide Graynor.

Nada.

Muy bien, empleos entonces. Feather necesitaba algo que le permitiera disponer de tiempo para ocuparse de su prisionera. Debía ser así, en caso de que tuviera a Sharrol, o en caso de que volviera a capturarla, a ella o a Beowulf.

Así que revisé algunas listas de empleos, pero no encontré nada que saltara a la vista. Apagué el llamador y esperé poder dormir. Quizás dormité un poco.

En algún momento de la noche, me di cuenta de que no tenía nada más que decirle a Carlos.

Ni siquiera la huida de Sharrol constituía una información, a menos que siguiera en libertad. Feather estaba entrenada por la MRA. Yo era un turista autodidacta. No había posibilidad de que pudiera salir a cazarla. Había sólo un modo de cazar a Feather.

Todavía estaba oscuro afuera y yo seguía completamente despierto. El llamador me dio una lista de restaurantes abiertos toda la noche.

Pedí un elaborado desayuno: seis clases de huevos de pescado, tocino de engullidor, cappuccino. Cinco personas que estaban en una mesa exigieron que me sentara con ellos y así lo hice. Acababan de llegar de las islas de coral vía dirigible, aún desorientados por el cambio de horario, y buscaban chistes nuevos. Traté de complacerlos. Y en algún momento logré olvidarme por completo de las mujeres perdidas.

Nos separamos al amanecer. Regresé caminando al hotel, solo. Había tratado de distraer la mente, esperando que si la dejaba tranquila se le ocurriría algo, pero las respuestas no habían cambiado. El modo de cazar a Feather era fingir que yo era Feather y salir a cazar a Sharrol.

Muy bien, soy Feather Filip. ¿Qué sé de Sharrol? Feather debe haberla investigado; ¡seguro que a mí sí me había investigado!

Rebobinemos. ¿Cómo se había escapado Sharrol?

La respuesta más sencilla posible era que Sharrol se había zambullido en el agua y se había alejado nadando. Feather podía vencerla en casi todo, pero una mujer que ha vivido bajo el océano durante treinta años, sin lugar a dudas, nada muy bien.

En algún momento, encuentra un barco.

En algún momento, encuentra una isla. Sin un centavo. Necesita trabajar ya. ¿Qué tipo de trabajo sería? Tiene que ser algo acorde con una planofóbica. La está persiguiendo una asesina, y el planeta extraño que la rodea se introduce a la fuerza dentro de su mente a cada segundo. Ser azafata de dirigible, probablemente, queda eliminado. Sería mejor un empleo en un hotel.

Feather, con varios días de retraso, busca un empleo, pero los listados también le revelarán las opciones de Sharrol. Y ahora yo estaba otra vez en la habitación, revisando los listados de empleos ofrecidos. Experiencia... no recordaba qué se suponía que podía hacer Milcenta Graynor. Las verdaderas aptitudes de Sharrol, de todos modos, no eran las mismas que las de Milcenta, como tampoco lo eran las mías comparadas con las de Mart Graynor. Así que busquemos en personal sin experiencia.

Salarios bajos, por supuesto. Excepto aquí: sirviente, embajada kzin. ¿Era una broma? No, decía: mantenimiento del museo, debe trabajar en contacto con kzins. Algunos kzins se habían quedado con la embajada e incluso habían adquirido la ciudadanía. ¿Podría Sharrol ubicarse allí? Se llevaba bien con los extraños... incluso con los casi-alienígenas, como yo.

Botes pesqueros, deberá someterse a un período de entrenamiento. Trabajos de hotelería. Portero submarino en Pacífica, no se requiere experiencia.

Pacífica. Por supuesto.

Consideré brevemente postularme para el empleo de portero. Sharrol y/o Feather debían haber hecho lo mismo, debían haber aceptado cualquier cosa que estuviera a mano... pero me obligué a recordar que Feather pensaba que yo no tenía dinero. Que nunca me buscaría en el segundo mejor hotel... eh, en el mejor hotel de Pacífica.

La verdad es que prefería el papel de turista. Revisé las listas de

precios de los hoteles de Pacífica, llamé y negocié la reserva de una habitación en el Pequod. Luego me marché de Shasht de un modo poco tradicional, por medio de una cabina de transferencia extra-grande, temprano por la mañana.

En Pacífica era de noche. Me registré, me deslicé entre las placas de sueño y caí rendido. Mi cuerpo desfasado volvió a encarrilarse.

Desperté tarde, completamente descansado por primera vez en muchos días. Junto a mi nariz había una ventanita redonda. Miré hacia afuera, flotando, medio hipnotizado, recordando el Arrecife de la Gran Barrera que se veía desde el departamento de Carlos Wu.

La extrañeza y variedad de la vida marina terrestre me había dejado perplejo en aquel entonces. Pero estos océanos eran más antiguos. La evolución había rellenado nichos ecológicos ni siquiera soñados en la Tierra.

Allí afuera había sombra, bajo una maravillosa variedad de malezas marinas que crecían en matas, como un bosque neblinoso. En todos lados había vida. Aquí, una dotación de campanas transparentes, casi invisibles, se abrían y cerraban para impulsarse. Allá, unos peces cuasiterráqueos que fulguraban como si sobre ellos se hubiesen garrapeado con tinta fosforescente unos graffiti alienígenos para que sus potenciales parejas pudieran identificarlos. Los depredadores se escondían en las verdes copas del follaje; unas criaturas con forma de torpedo salieron de su escondrijo y volvieron a desaparecer entre el follaje con la presa retorciéndose entre sus largas mandíbulas.

Un brazo sin huesos se zambulló desde una isla flotante de algas, hacia el pez anaranjado neón que nadaba exactamente al ras del lecho arenoso. Su mano, armada con un aguijón, se flexionó y cayó como una red sobre la presa que se retorció... y una enorme boca se abrió más grande aún y se cerró sobre la muñeca. El asesino era oscuro y macizo, con la forma de una mantarraya de los mares de la Tierra. El pez más pequeño tenía color en la línea dorsal y se movía acompañando los desplazamientos de la raya. La raya masticó, succionando el brazo, hasta que arrancó de un árbol de algas a la ostra negra de la que salía el miembro, atrayéndola hacia sí hasta matarla.

Una bestia de gran tamaño, como un largo delfín con agallas y grandes ojos redondos, se detuvo para estudiarme. Se decía que los peces búhos no eran mucho más inteligentes que un buen perro, pero los científicos de Fafnir habían sido reacios a demostrarlo y los

pescadores de Fafnir seguían sin creerlo.

Lo saludé solemnemente con la mano. Hizo una reverencia... bueno, se meneó de arriba hacia abajo, para luego desaparecer con movimientos sinuosos.

Mi equipo estaba ordenado en una prolija hilera, con el aturdidor cerca de mi mano. Había vuelto a ponerle el reflector. Podría tomarlo en cuestión de un instante. Su Señoría, por supuesto que es para practicar buceo. ¿Por qué otra razón estaría yo en posesión de un artefacto capaz de dejar en coma a Feather Filip antes de que pueda hacerme un inmenso y ensangrentado agujero en el torso?

En realidad, no quería salir a bucear.

Sharrol nadaba como un pez; podría estar allí afuera ahora mismo. Sin embargo, a la distancia y bajo el agua, ¿la reconocería? Y Feather podría reconocerme, y Feather, con toda seguridad, nadaba mejor que yo, y yo de ninguna manera podía ignorar a Feather.

Sharrol tenía que estar viviendo bajo el agua. Era la única forma de que lograra conservar la cordura. La vida que estaba del otro lado de la ventana era extraña, sí, pero la vida de los océanos de la Tierra también era extraña. Mi lento entendimiento no se había percatado de ello al principio, pero la destreza de Feather sería capaz de resolver esa adivinanza.

Y Beowulf Shaeffer tenía que estar bajo el agua para evitar la luz solar. Era posible que Feather me encontrara por el motivo equivocado.

Y la policía de Fafnir, de quien yo nada sabía, podría muy bien estar estudiándome con divertido interés. ¿Se ha comprado un arma? ¿Pero por qué, si tiene el arma explosora con que agujereó esta chaqueta? Y compró un arma de pesca, y se ido a Pacífica... lo cual tal vez los detendría por unas horas más.

Por lo tanto, sintiendo el tórrido aliento del tiempo en la nuca, busqué el restaurante del hotel y me demoré en las frutas, en una papa asada rellena con huevos de pescado y en un cappuccino.

No fue una pérdida de tiempo. Desde la ventana se veía la calle principal del grupo de burbujas que formaban el pueblo de Pacífica. Vi trajes de baño y gente vestida con ropas informales que llevaba equipo

de buceo o de pesca. Casi nadie se vestía normalmente. Eso quedaba reservado para Shasht, para ir a trabajar. En el mismo restaurante, vi sólo cuatro personas con túnicas de oficina entre una multitud de cien. Y dos hombres con el uniforme azul oscuro de la policía, que dejaba al descubierto los brazos y las piernas: se podía nadar con esas ropas.

Y una mesa larga, vacía, con enormes sillas muy separadas entre sí. Me pregunté con qué frecuencia vendrían los kzins. Era difícil creer que habría muchos, después de doscientos años de dominación humana.

De vuelta en la habitación, busqué el pequeño juego de herramientas y me puse a trabajar en la tarjeta de transferencia.

Aprendíamos a hacer esto cuando éramos niños. La idea era usar un cable superconductor para hacer un puente sobre los circuitos centrales. Las compañías de transporte les cobraban a los ciudadanos una tarifa trimestral que cubría las transferencias locales. Las autoridades no se enojaban si uno se alejaba de las fronteras de la tarjeta. Las fronteras estaban determinadas por códigos de área.

Bueno, parecía ser la clase de tarjeta que usábamos entonces. Las cabinas de Fafnir prestaban servicio a una población que no utilizaba demasiado ese servicio. Era muy posible que el mismo tuviera décadas de edad y que necesitara una modernización desde hacía mucho tiempo. Así que haría el intento.

Me puse ropa informal. Enrollé mi traje mojado alrededor del resto del equipo de buceo e introduje el aturdidor en un extremo, para poder sacarlo rápido. Metí el atado en la mochila, bien ajustado, y abandoné el cuarto.

Había ascensores que conducían al techo, donde se registraban las admisiones y donde había una hilera de cabinas grandes y un techo transparente que permitía apreciar el sobrecogedor panorama del bosque submarino. Entré en una cabina e inserté la tarjeta. Comenzó el paseo fortuito.

Un centro de compras, que se elevaba, a gran altura, alrededor de un pozo central. Cabinas en fila, dentro de una gran cámara de compresión. Un restaurante, otro, un edificio de departamentos. Me transportaba de un lugar a otro cada segundo y medio.

Nadie advertía mi aparición. ¿Advertirían mi rápida desaparición? A

nadie le molestan los paseos fortuitos, a menos que los niños los hagan tan seguido que bloqueen los circuitos. Pero tal vez les llamaría la atención que lo estuviera haciendo un adulto. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien llamara a la policía?

Una docena de kzins, acostados en una fresca semioscuridad, que estaban royendo unos huesos de extrañas formas, rodaron hasta quedar a la defensiva, en cuatro patas, al verme aparecer. No pude evitarlo: retrocedí de un salto y me apoyé contra la pared. Debo haber parecido loco de terror cuando el paseo fortuito me hizo aparecer en el centro Solarico Omni. Estaba tratando de cambiar la expresión cuando volví a desaparecer. Eh, allí hay una especie de terminal de viaje. Me volví y vi el dirigible, que parecía un planeta con baja presión, antes de que la escena cambiara y... ¡jella!

Detrás de un grueso muro de cristal, el bosque de algas estaba poblado de hombres y mujeres que llevaban aletas, granjeros recogiendo esferas que relumbraban suavemente con colores aceitosos. Esperé un momento y extraje la tarjeta de la ranura. ¿De verdad era -tecleé rápidamente para obtener la cuenta de inmediato; no podía usar la tarjeta adulterada para pagarla, así que había traído un puñado de monedas- ella?

Solarico Omni, último piso. Salí de la cabina y vi las puertas que servían para detener a los rateros y una torre de gavetas. Por primera vez cavilé sobre el modo en que estaba vestido. La ropa no tenía nada de malo, pero no podía ingresar en un centro comercial con un enorme y mugriento bulto con equipos de buceo, con un aturdidor tan a la mano. Puse la mochila en una gaveta y atravesé las puertas.

Desde el balcón del pozo central se podía ver la totalidad del complejo. Allí abajo estaba más oscuro de lo que yo estaba acostumbrado. Los ciudadanos de Pacífica debían gustar de la lobreguez submarina, pensé.

Dos pisos más abajo, un centro de comidas rápidas, abierto... ¿no era allí donde la había visto? Poniéndose de pie... pero ahora había desaparecido. Sólo había visto un rostro y tal vez me había equivocado. Y ella nunca lograría detectarme hasta que me acercara mucho más.

¿Pero dónde estaba? ¿Vestida de qué manera? ¿Empleada o cliente? Era media mañana; imposible que estuviera en su hora de almuerzo.

Cliente, entonces. Si no fuera porque los habitantes de Shasht prestaban muy poca atención a los horarios.

Tres pisos más abajo, Sección Deportes. Muy bien. Descendí por la escalera mecánica. Iba a comprarme un arpón u otro aturdidor y metería todo en la bolsa que venía incluida. Después comenzaría la cacería de rostros.

Los pasillos de la Sección Deportes eran agradablemente anchos. La mayor parte de lo que se vendía era equipo de pesca, en una variedad asombrosa. También había equipo de esquí. Y de caza, que eran... unas armas enormes, construidas para manos más grandes que un guante de béisbol. La más pequeña de ellas era un tubo grueso, largo como mi antebrazo, con un mango no más grande que la mano de un cachorro kzin. Sí, seguro: a los kzins les encanta comprar sus armas a los humanos. O tal vez se exhibían sólo para entretener a los clientes humanos.

Los empleados me dejaron curiosear tranquilo. Las costumbres difieren. ¿Qué tanj era eso?

Dos kzin en el pasillo, separados por unos tres metros, siseándose en la Lengua de los Héroes. Un puñado de clientes humanos mirándolos, levemente divertidos. No parecía haber peligro aquí. Uno de los kzins llevaba lo que podría haber sido un traje de baño holgado, azul oscuro, con un orificio para dejar salir la cola. El otro (de túnica marrón y sin mangas) bajó una caña de pescar desarmada, de tres metros y medio. ¿Un vendedor kzin?

Con el rabillo del ojo, vi las manos (humanas) de otro vendedor, abriendo un estuche y tomando ese pequeño tubo pequeño que tenía el mango apropiado para un niño kzin. O para un hombre...

Se me congeló el aliento en la garganta. Lo que estaba viendo no era otra cosa que la horrible arma MRA de Feather. Levanté la vista para mirar el rostro del empleado.

Sólo pude exhalar un susurro.

—No, Sharrol, no no no. Soy yo. Soy Beowulf.

No disparó. Pero se puso pálida de terror, con las mandíbulas rígidas como una roca y con el tubo negro apuntándome al puente de la nariz.

Me desplacé dos centímetros a la derecha, muy lentamente, para interponerme entre el tubo y el policía kzin. No era un traje de baño lo que llevaba: era el mismo uniforme policial, sin mangas y sin piernas, que yo había visto durante el desayuno.

Nos miramos a los ojos. Alrededor de los iris se veía mucho blanco en sus ojos desorbitados. Dije:

–La cara. Mírame la cara. Debajo de la barba. Soy Bey, mi amor. Pero treinta centímetros más bajo. ¿Recuerdas?

Recordaba. Estaba aterrada.

–No cabía. La cavidad estaba hecha para Carlos. Tenía el corazón y los pulmones destrozados, la espalda hecha pedazos, el cerebro moribundo, y tú tenías que introducirme en la cavidad. Pero no cabía, ¿recuerdas? Sharrol, tengo que saberlo. – Me di vuelta rápidamente. A un pasillo de distancia, las narices kzin se agitaban en el aire, olfateando miedo-. ¿Mataste a Feather?

–Matar a Feather. – Bajó cuidadosamente el tubo y lo colocó en el estuche. Arrugó el entrecejo-. Yo estaba revisándome los bolsillos. Para distraerme, para mantener la cordura. Lo necesitaba. La luz no era normal, la gravedad no era normal, la Tierra estaba tan lejos...

–Shh.

–Equipo de supervivencia. Siempre hay que saber qué es lo que uno lleva encima... tú me enseñaste eso. – Comenzó a temblar-. Oí un estallido sónico. Levanté la vista justo cuando tú volabas hacia atrás. Pensé que debía estar loca. No era posible que hubiera visto una cosa así.

Ahora era mi espalda lo que sentía vulnerable. Sentía sobre ella todos los pisos del edificio que tenía detrás y encima, todas las miradas. El policía kzin había perdido el interés. Si existía una oportunidad para que Feather Filip nos atrapara a los dos, era esta.

Pero el arma MRA estaba en poder de Sharrol...

–Pero Carlos entró al bote de un salto y se alejó a todo motor, y Feather le gritó, y tú estabas todo ensangrentado y tirado en el suelo, como... como muerto... y yo... no recuerdo.

–Sí, querida. – Le tomé la mano, una gran osadía-. Pero tengo que saber si ella todavía nos persigue.

Meneó violentamente la cabeza.

–Salté sobre su espalda y le corté la garganta. Traté de apuntarme con el tubo. Le sujeté el brazo; me dio un codazo en las costillas, seguí sujetándola; cayó. Le corté la cabeza. Pero Bey, tú estabas ahí tirado, y Carlos se había ido, y los niños también... ¿y qué iba a hacer yo? – Rodeó el mostrador, me abrazó y dijo:- ¡Somos de la misma altura! ¡Futz!

Comencé a relajarme. Feather no estaba. Nos habíamos librado de ella.

–No dejaba de repetirme que seguramente la habías matado. Era una experimentada psicópata de la MRA, pero nunca te tomó en serio. Jamás imaginó que despertarías tan rápido.

–La puse en el receptáculo orgánico.

–Sí. Toda esa biomasa no podía haber salido de ningún otro sitio. Tenía que ser Feather...

–Y yo no tenía fuerza para levantar tu cuerpo... y de todos modos no cabías. ¡Tuve que cortarte la cabeza! La corté lo más abajo que pude. Tanj, ahora somos de la misma altura. ¿Funcionó? ¿Estás bien?

–Estoy muy bien, sólo que más bajo. El 'doc me reconstruyó a partir de mi ADN, pero con la gravedad de Fafnir. Mejor así, creo.

–Sí. – Estaba tratando de reír, aferrándose de mis brazos como si yo fuera a desaparecer-. No habría habido sitio para tus nuevos pies. Bey, no deberíamos hablar aquí. Ese kzin es policía y nadie sabe qué tan bueno es su sentido del oído. Bey, termino a las dieciséis.

–Iré de compras. Hace mucho que están pendientes nuestros regalos de rescate.

–¿Qué tal mi aspecto? ¿Qué aspecto me convendría tener?

Nos habíamos puesto en pose en la azotea del Pequod, con la cámara apuntando hacia arriba para enfocarnos a nosotros y al verde bosque de algas que teníamos detrás. Dije:

–Perfecto. Bonita, alegre, la clase de mujer por la que un hombre estaría dispuesto a ahogarse. Un poco desorientada. No te pusiste en contacto conmigo porque habías perdido la chaveta. Todavía estás recuperándote. ¿Lista? Toma uno, ahora. – Pulsé las teclas de la videocámara.

Yo: -Wilhelmin, Toranaga, espero que estén tan bien como nosotros. Una vez que logré poner mi cabeza en orden no tuve problemas para encontrar a Milcenta...

Sharrol, burbujeante: -¡Hola! Gracias por salvar la vida de Jan y gracias por enseñarle a navegar. Yo nunca pude enseñarle cómo se hacía. Vamos a comprar un barco apenas podamos pagarlo.

Yo: -Estoy listo para volver a enfrentar a la raza humana.

Espero que ustedes también. Lo que les envío puede ayudarlos.

Apagué la cámara.

–¿Qué les regalas? – preguntó Sharrol.

–Cubiertos de plata, para doce personas. Ahora no tendrán más remedio que tener vida social.

–¿Crees que te habrán denunciado?

–Era su obligación. Según creo, hicieron bien, mi amor. Lo que me molesta es que nunca estarán seguros de que no soy un asesino. Y tampoco la policía. Este es un planeta maravilloso para hacer desaparecer un cadáver. Me la pasaré mirando por encima del hombro, para comprobar si me sigue ese policía kzin...

–No, Bey...

–Olió nuestro miedo.

–Huelen el miedo de todos. Son fantásticos policías, pero no es posible que entren en acción cada vez que los humanos se ponen nerviosos por la presencia de un kzin. Sin embargo, quizás te haya justificado porque eres extraplanetario.

–Oh. ¿Por qué?

–Bey, en Fafnir los kzins están en todos lados, principalmente en el continente, pero también se asientan en las regiones de pesca. La vida marina de Fafnir alimenta a todo el Patriarcado y es una operación estrictamente kzin. Los habitantes de Shasht están acostumbrados a los kzins. Pero los niños, los de mentalidad anticuada y los extraterrestros se ponen muy tensos cuando ellos andan cerca, y ellos están habituados a que así sea.

Tal vez olió más que nuestro miedo, pensé. Nuestra estructura genética, nuestra dieta... aunque habíamos estado comiendo pescado de Fafnir durante más de un mes y aunque el pueblo de Fafnir estaba compuesto por hombres de todas las razas.

–Bien. ¿Nos ocupamos del Mano de Alá?

Ahora Sharrol se puso nerviosa. – Debo haberlos vuelto medio locos. Y enfermos de preocupación. Es un buen regalo ¿verdad? Shorfy e Isfahan se quejaban constantemente de tener que comer siempre pescado, pescado y más pescado...

–Les encantará. Es un kilo y medio de carnes rojas para cada miembro de la tripulación... supongo que se trata de...

–Formas de vida salvaje, de los cotos de caza.

–...y verduras frescas para acompañarlas. Apuesto a que no las cultivaron los kzins. Muy bien, toma uno...

Sharrol: -Capitán Muh'mad, pasé un largo tiempo recuperando la memoria. Ojalá los 'docs me hicieran más reparaciones cuando recurro a ellos. Mi marido me ha encontrado, ambos tenemos trabajo y esto que le envió es para entretenerlos, a usted y a su tripulación, durante mi ausencia.

Yo: -Por la vida de mi esposa, mi bendición y mi agradecimiento.

Apagué la cámara.

–Ahora Carlos.

Me detuvo con la mano.

-No puedo marcharme, sabes -dijo Sharrol-. No es que sea cobarde...

-¡Si lo sabrá Feather!

-Es sólo... agotamiento. Me han sucedido demasiadas cosas.

-De acuerdo. Carlos tiene a Tanya y a Louis por un tiempo y eso está muy bien: ellos lo aman. Nosotros estamos libres de la ONU. Todo resultó más o menos como lo planeamos, salvo desde el punto de vista de Feather.

-¿Te molesta? ¿Te agrada este sitio?

-Si quiero ir a algún lado, hay cabinas de transferencia. Sharrol, me crié bajo tierra. Si no miro por las ventanas, me siento como en casa. No me molestaría que pasáramos el resto de nuestras vidas aquí. Bueno, esto es para la Srta. Machti de Travesía, y de paso para cualquier fuerza de la MRA que pueda estar vigilándonos. ¿Lista? Toma uno.

Yo: -¡Hola, John! ¡Hola, chicos! Hemos llegado a un desenlace más o menos feliz, que ahora podemos contarles, después de cierto esfuerzo.

Sharrol: -Estoy embarazada. Sucedió ayer por la mañana. Por eso tardamos en llamarlos.

Yo llamaba como Martin Wallace Graynor. Carlos/John podría comunicarse con nosotros del mismo modo. No queríamos establecer ninguna conexión entre Mart Graynor y Jan Hebert.

La imagen era una parte importante del mensaje. Detrás de nosotros, el bosque submarino. Yo estaba de pie junto a Sharrol; nuestros ojos estaban al mismo nivel. Eso le daría un buen sobresalto.

Yo: -John, sé que estás preocupado por Mil, igual que lo estaba yo, pero se ha recuperado. Mil tiene mucha más fortaleza de la que incluso Addie le atribuía.

Sharrol: -Sin embargo, al comienzo la situación se puso pegajosa. Asquerosa. - Se frotó las manos-. Pero ya pasó. Bey tiene un empleo: trabaja afuera, en las huertas acuáticas...

Yo: -Es igual que trabajar en caída libre. Tengo un verdadero don para estas cosas.

Sharrol: -También disponemos de algo de dinero y después de que nazca el bebé yo haré el mismo trabajo que Bey. Será como volver a mis años de adolescente.

Yo: -Hiciste lo correcto al proteger a los niños en primer lugar. Todo ha salido muy bien.

Sharrol: -Somos felices aquí John. Es un buen sitio para criar a un hijo, o a varios. Algún día nos reuniremos contigo, creo, pero no ahora. Los cambios que ha habido en mi vida son muy recientes. No podría soportarlo. Mart está dispuesto a acceder a mis caprichos.

Yo (con tristeza): -Addie se fue, John. No esperamos volver a verla nunca más y eso no nos quita el sueño, aunque, en lo personal, siento que ella siempre será parte de mí. – Saludé con la mano y apagué la cámara.

Ahora veremos cómo hace Carlos para descifrar eso. A él le encantan las adivinanzas.

SÉPTIMO ESPECTRO

—Ahí lo tienes. Carlos ha muerto -dije-. Observé cómo Plumas le disparó luego de haberme herido a mí. Sharrol y los niños deben haberse ido. Plumas se quedó para ponerme en el autodoc, luego usó el otro bote.

»Me abandonó en una isla desierta. Supongo que estaría tratando de atrapar a Sharrol. De otro modo, ¿por qué me iba a llevar de rehén? No puedo imaginar dónde estarán todos ellos ahora, pero imagino que si Plumas hubiera pescado a Sharrol, yo lo sabría.

—¿Cómo lo sabrías?

—A estas alturas debe saber que me he escapado. Ella puede poner un aviso en la red de búsquedas personales. Pero no he visto ninguno aún.

Ander mantuvo la calma. No parecía ir a decirle al pobre colisionante que su historia tenía más fugas que una nave de la NASA. Según lo que le conté, Ander sólo podía suponer que Plumas había cubierto bien su vía de escape. Sharrol y los niños debían estar tan muertos como Carlos Wu, Y Beowulf Shaeffer no tenía el coraje para enfrentar la realidad de esas muertes.

Si compraba el lote, Ander saldría a la busca de Plumas, y no de Carlos.

–Me quedé aquí en Pacífica porque en cualquier otro sitio debería comprar las píldoras de bronceado, para protegerme de la insolación. Ander, ¿puedes tú hacer algo respecto a Plumas? Vivo temiendo escuchar su voz a mis espaldas.

–Veré qué puedo hacer. La Brazo es responsable por ella. ¿Puede acaso estar muerta?

–No podría decirlo. Carlos la hirió. No sé qué tan mal, pero yo pude ver la sangre.

–Carlos... Sí. A Sigmund no le va a gustar el asunto. ¿Qué puedo ofrecerle como prueba?

–Deberían encontrar huellas de él en la isla, pero lo dudo, Ander. Imagino que Plumas lo lanzó al silo de la biomasa. Lo más cerca que podrás estar de los restos de Carlos Wu es aquí mismo -él no entendió. Me crucé de brazos flexionando mi cuerpo, aún no del todo familiar-. No me refiero al pescado, Ander, sino a mí.

–Entiendo. ¿Qué isla era ésa?

–Por otro lado -dije-, el autodoc experimental de Carlos es un instrumento muy valioso. Te lo vendo.

Ander me estudió, divertido. Su mano buscó en un bolsillo y extrajo una cerilla plateada y una caja de gruesos cigarros verdes.

–Tu posición no es buena para hacer negocios.

¿Encendería realmente esa cosa? Tabaco, eso debía ser tabaco.

Aparté mis ojos de sus manos.

–Te lo vendo barato -aseguré-. Yo no puedo usarlo, después de todo, y tú no puedes arriesgarte a perderlo. Mírame: ¡esa cosa me reconstruyó desde la cabeza!

–Comprar tu basura no figura entre mis tareas.

–Te venderé la ubicación del autodoc. Lo recoges y haces con él lo que quieras. Cien mil estelares.

Ander sonrió ante el número, dando a entender que era demasiado alto aún para ser cómico.

–No me permiten fumarlos en la nave -dijo-. ¿Quieres uno?

–No.

Parecía que todos mis problemas se resolverían por sí mismos. Podría huir del planeta mientras Ander intentaba salir de la cárcel. Pero había escogido el restaurante equivocado para fumar, y me pareció sospechoso, de todas formas. Estaba tardando demasiado...

–Un momento. No lo enciendas.

Se sentaba ahí, con el cigarro saliendo del centro de su burlona sonrisa.

–Pensé que me dejarías encenderlo.

–A decir verdad, jugué con la idea. Si sólo hubiera sido verte ir a la cárcel, te hubiera dejado. Pero te diré algo que no dejarás pasar.

–Tú solías fumar antes.

–Lo dejé porque a Sharrol le disgustaba, y recuperé mi sentido del gusto. Nej. Ander, aparta esas cosas. Pacífica es como una gran nave.

–¿Te pone nervioso?

–Ander, no les hace gracia a los kzinti.

El aliento se le quedó en la garganta. Fósforo y cigarros desaparecieron con mínimos movimientos de sus manos. Luego giró la cabeza con disimulo.

Ellos lo miraron, tres grandes machos de reluciente pelaje naranja y bocas cuidadosamente cerradas. Luego volvieron a sus cosas. No hicieron ningún gesto amenazante; probablemente no se habían dado cuenta. Un alivio. Los kzinti que vivían en Pacífica no habrían olido el tabaco, porque si alguno de ellos lo hubiera hecho no podría olvidarlo.

Ander parecía tranquilo, incluso soñoliento; pero su respiración era un poco irregular y el sudor le corría por el cuello. El cigarro me había ayudado mucho, porque él no sabía que había kzinti en el planeta. ¿No había reclamado la humanidad este planeta? Los kzinti ya no podían estar aquí, ¿o no?

Intentó recuperar el hilo de la conversación.

—No sabes dónde está Plumas Filip, y hace un año y medio que dejaste el autodoc, ¿no es así?

—Así es. No sé si Plumas me ha estado vigilando para regresar cuando yo escapara y quedárselo. Había islas farol en la línea de visión; podría haberme visto con un par de magnificadores.

—O podría estar en algún sitio de Fafnir. Pero si la encuentro, ella podrá llevarme hasta la isla.

Me mantuve callado.

—Puedo hacer uso de algunos fondos. Dime qué te parece -dijo-. Toma mi crédito para gastos; son cinco mil y algo de cambio chico. Habré de vivir de prestado hasta que Sigmund me pueda entregar algo.

—No, no, Ander. Quiero cien mil.

—Deberé llamar a Sigmund, y decirle para qué es. ¿Cómo me dejará esto?

—Dile que quiero doscientos mil, y quédate con la mitad.

—Beowulf, lo que tienes para vender es un aparato que ha estado bajo el agua de mar. La tecnología involucrada figura en grabaciones que Carlos Wu ha ocultado.

—¿Realmente ha dejado esos datos de su investigación? No lo sabes. ¿Encriptados, quizá? Tampoco lo sabes; ni siquiera yo lo sé. ¿Podría el gobierno de Fafnir recuperar las técnicas estudiando el autodoc? No lo

sabemos.

Ander rió ante el comentario.

—¿Qué le dirás a los burócratas? Tú mides uno sesenta, de acuerdo, pero puedes producir un registro que diga que mides dos metros. ¿Eso les dirás? Los registros pueden ser falseados, Beowulf. Soy tu único comprador.

Tenía gracia. Había captado su atención, finalmente.

—¿Qué dirías si tomáramos a un kzinti algo atrofiado (hay algunos) y lo peláramos, y luego de semejante trauma, lo metiéramos en el doc de Carlos Wu? Tal vez lo reconstruiría como un humano pasable. Sería un espía perfecto.

Él se rió a carcajadas.

—Eso es ridículo.

—Puede ser. Pero hay familias kzinti muy ricas en Fafnir.

—Ellos no sabían qué tan alto solías ser, recuerda. Además, acordar tal cosa con kzinti es locamente peligroso. Beowulf, dispongo de casi seis mil, y pueden ser tuyos ahora. De otro modo tendrías que esperar mientras le comento a Sigmund lo que vendes. Luego él hará una contraoferta, que tú habrás de aceptar; recién entonces habilitará el crédito, y lo hará por hiperonda desde diez años luz... Y si llego a encontrar a Plumas mientras tú esperas, no tendrás nada.

—Basta. Dile que doscientos mil...

—Cien mil.

—Bien, cien mil estelares. Mitad ahora, mitad cuando tengan el autodoc. Me quedaré aquí en el Pequod hasta que el dinero llegue -me puse de pie-. Es medianoche. Por favor, entrega mis honorarios de consultor a la recepción del hotel.

Y me fui, pensando que había salido mejor que si lo hubiera cronometrado.

Me detuve en la recepción para que me informaran mi número de

cuarto. Comenté allí que llegaría un pago a la brevedad para cubrir mis gastos de hotel.

Mi mochila colgaba de las placas sónicas. Le eché un vistazo. Alguien debería haberla revisado... Alguien lo había hecho. Sharrol, buscando cualquier cosa que pudiera identificarme como un hombre con familia. Encontró y retiró mis dos holos de ella: uno con Tanya y Louis -pero no con Carlos-, y otro más reciente, ya encinta y con Jenna en su pecho.

Veinte minutos entre las placas me daría un mundo de delicias, pensé. Cuatro horas serían aún mejores.

Pero no tenía tiempo.

Subí en elevador hasta la azotea. Allí me detuve, contemplando ocioso la negra noche oceánica.

Chequeo sanitario: ¿Estaba siendo observado? ¿De qué modo?

Las cámaras espía de la Brazo son pequeños discos transparentes que se aplican con el pulgar sobre cualquier superficie plana. No son costosas, y es casi imposible distinguirlas. Mi cuarto era un buen sitio para esparcir unas cuantas. Lo mismo las puertas del vestíbulo y la línea de cabinas de transferencia detrás de mí, en la azotea del Pequod. Pero Ander no había tenido oportunidad de colocarlas..., ¿o sí?

Deseé haber conocido mejor a Ander Smittarasheed. No había descubierto gran cosa de él hoy. Tenía el instinto del policía: me trató como a un criminal que quisiera escaparse. Me recordaba muy bien. Fuerte como un toro. ¿Qué más?

Dijo que había venido aquí a buscarme. En realidad, había venido por nosotros: por Carlos, el más valioso; Plumas, la más peligrosa; Beowulf Shaeffer, el charlatán que sabía demasiado; los hijos de Carlos, ambos ciudadanos de las Naciones Unidas; Sharrol... que podía conducirlo a los demás. Pero yo podía hacerlo también; no necesitaba a Sharrol si me tenía.

Ander debe haber llegado a Fafnir rastreando algún avistamiento de la nave de Carlos. ¿Dónde habrá comenzado sus investigaciones?

Habrá empezado donde tomó tierra: en el espaciopuerto de Shasht,

por supuesto. Un grupo de seis, con tres agorafóbicos, no hubiera venido a un mundo salvaje como Fafnir para quedarse. Buscaría en los hoteles, el espaciopuerto y los escondrijos de Shasht, tratando de enterarse si habíamos partido, antes de embarcarse en el vuelo de once horas hasta las islas.

Si hubo ido a Partimos, habrá encontrado a la familia Graynor registrada para el viaje. El nombre y el número de fono lo hubieran devuelto a Pacífica.

Las cabinas públicas en Pacífica estaban alineadas a lo largo del domo, con vista a la jungla submarina, para aprovechar el impacto visual en los turistas provenientes de Shasht. Ander debía haber regresado de Shasht en el momento en que me vio escaleras arriba, mientras yo lo miraba.

No me gustaba eso. Significaría que Ander habría instalado cámaras en Partimos. Deben haber estado en funciones cuando Sharrol llegó con Jenna. Ahora estarían esperando por mí.

Pero no podía equivocarme en esto: Ander se había quedado parado como tonto ante mí cuando me vio. Si hubiera hallado los datos de los Greynor, tendría todo: nuestro tipo de transplante, alergias, color de ojos, altura.

Con esos datos, Ander debería haberse hecho a la idea de que Beowulf Shaeffer había reducido su estatura. Pero no lo sabía. No, no lo sabía.

Él no había seguido una pista basado en papeles. Seguía a uno de seis fugitivos, aquél que conocía bien, a través de un encadenamiento lógico. Beowulf Shaeffer, albino. Persigámoslo a través de su compra regular de píldoras de bronceado. ¿No dio resultado? Entonces debe estar viviendo como un vampiro: trabajando en turno noche en Shasht o en las islas, en cualquier oficio que atienda a los viajeros atrasados. ¿No? Entonces... ¿debajo del mar? Parecía perder las esperanzas... y de pronto, ¡ahí está!

Tuvo que correr un largo tramo de rampa escalonada para atraparme. Es dudoso que haya podido telefonar a nadie en el camino. Desde entonces me tuvo bajo su mirada. ¡Felicitaciones, Ander! Beowulf Shaeffer no ha escapado.

Pero no tuvo chance de llamar por apoyo.

El vidrio curvado sobre mí soportaba kilotonos de agua de mar, y una vida más antigua que el propio planeta Tierra. Pejesapos luminiscentes, brillantes anguilas y medusas laboriosamente formadas se contorneaban a través de la negrura. Me senté en una banca a observar. Tal vez alguien me observaba a mí.

Ander buscaría en vano a Plumas Filip.

Pero no detendría su búsqueda. Usando instrumentos basados en una nave o un satélite, registraría cada oscuro islote. Oscurecer los faroles, cegar las luces de habitación. Elegir entre todas las islas sólo aquellas con dos islas a la vista; luego el radar de profundidad, buscando un objeto más macizo que la arena del fondo. El autodoc de Carlos.

En el pozo del farol: los restos quemados de un antiguo bote de aterrizaje. Buscaría restos humanos; encontraría trozos de mis huesos y leería mi ADN en ellos. Si por casualidad encontrara rastros de la sangre de Plumas, mi historia se vería confirmada.

Si Ander era honesto, retornaría el autodoc a la ONU y a la Tierra. Si cambiaba de idea, tanto mejor. Démosle algo que esconder, que lo mantenga callado.

Mientras tanto, Beowulf Shaeffer esperaría pacientemente un mensaje. Dejémoslo hervir un largo rato, pagando cuentas de hotel que no puede afrontar, y accederá por mucho menos de cien mil. Vigilemos su fono; no queremos verlo aceptando alguna oferta del gobierno de Shasht, y menos del Patriarcado. Al menos, sabemos que esperará.

El problema es que Shaeffer sabe demasiado. Un hombre que ha visto el agujero negro en miniatura de Julian Forward, y las herramientas que usó para convertirlo en un arma, no debería andar suelto -Plumas Filip me ha contado eso, pero yo lo creo-. El dinero es trivial... bueno, trivial desde el punto de que no vamos a pagarlo. Shaeffer necesita el dinero; no escapará entonces.

Aprecié el eterno espectáculo de la vida marina de Fafnir durante largo rato, en caso de que estuviera siendo vigilado. Saqué mi propio portable -industria local, menos avanzado que el de Ander- y lo digité con desapego. Mostró algunas direcciones, con sus números de transferencia. Algo que archivé, completando un mapa.

La gente entraba y salía de las cabinas. Tal vez alguno fuera un agente de la Brazo plantando cámaras. Tal vez no.

Vagué hacia la cabina más cercana. Matemos un poco el tiempo... ¿eh, Ander?, o la espera va a volverme loco. Mi tarjeta en la ranura. Mira a la pared, observa los anuncios pasar -discretamente pequeños, por ley de la ciudad- y luego teclea un número.

Hay lugares que un soltero debe visitar. Se anuncian en las paredes de las cabinas de transferencia. Nunca estuve en uno... -¡de veras, Sharrol!-..., pero cuando la cabina me lanzó, no me sorprendió lo que vi.

Era ruidoso y cerrado. Todos vestían para atrapar la mirada, con esas mallas con ventanas, hombres y mujeres. La luz tenue los favorecía, y hologramas de mundos reales y ficticios creaban un sortilegio que distraía. Varios me miraban y juzgaban, y no les agradaba lo que veían.

En todos los mundos hay grupos de solteros que aceptan al turista, y otros que no.

Cómo me distinguieron, no podría adivinarlo, porque los shashtinos formaban un lote bastante variado. Yo no era bienvenido. Un par de tipos se estaban preparando para decírmelo, pero recuperaré mi tarjeta - a nombre de Persial Enero Hebert-, salí de la cabina y caminé recto hacia la puerta de salida antes de que pudieran decidirse.

Cualquier llanero que me hubiera seguido, se hubiera visto relegado.

Afuera esperaba encontrar un restaurante o bar de bebidas, pero no lo había. Giré en la siguiente esquina, y encontré otra cabina de transferencia. No usé la tarjeta, sino monedas.

Mis oídos sintieron la caída de la presión. Cuando salí de la cabina vi un desigual paisaje panorámico. Eran los disneys, un grupo de diez arrecifes de coral, unidos a otra docena por puentes deslizantes. Todavía era de noche. Una sombra bloqueaba parte de las estrellas: un dirigible en forma de cuña partía de la terminal Islas Volantes.

No encontrarán más que una agencia de dirigibles por cada isla. ¿Porqué arriesgarse a que los dirigibles colisionen si cualquiera puede tomar una cabina hacia la próxima isla? Había cuatro terminales en los disneys, todos en islas periféricas.

Comencé a caminar.

La luz del sol me hubiera frito antes de alcanzar mi meta, pero la noche era un hermoso despliegue de estrellas, y las olas rompían en un azul espectral, con relámpagos dorados debidos a las algas luminosas. Bajo esta luz, un albino no se vería más raro que cualquier otro.

Si yo tenía una ventaja valiosa, era la impredecibilidad. Ander podía seguirme la pista hasta la reunión de solteros, pero lo que pudiera sacar en limpio de ahí lo llevaría a buscar en los hospitales a un magullado P. E. Hebert. No podía seguir a las monedas, pero si de algún modo lo lograba, encontraría que yo había llegado a la terminal de dirigibles de Islas Volantes, y luego...

¿Y luego? A algún otro sitio, con la misma prisa que había mostrado hasta entonces. Podría haber abordado un dirigible, pero seguramente había regresado a Shasht vía cabina instantánea.

Por más de una hora monté en los puentes deslizantes hacia la isla de la Bestia.

En la isla de Aladino encontré un distrito turístico y un peinador con amplio rango de estilos. Nadie sino un llanero usaría el cabello coloreado. Lo volví color arena, rizado y corto. Me detuve luego a comprar algo de ropa y una mochila de mayor capacidad, y otra vez para darme un baño de vapor y masajes, y desechar mi ropa sucia. Ander podía haber puesto algunas cámaras en mis cosas. Bastante antes del alba, caminé a la terminal Búsqueda del Grial y compré un boleto de dirigible a nombre de Martin Wallace Graynor.

Si Ander conocía ese nombre, tendría con él a Milcenta Graynor - Sharrol-. Pero no tendría a Plumas, y Plumas era Adelaide Graynor. No nos atraparían enseguida.

Abordé el Wyvern. Me acomodé en una silla hamaca y rápidamente caí dormido.

OCTAVO ESPECTRO

El Núcleo. Cenizas de supernovas: un plasma denso e incandescente entre millones de estrellas de neutrones. Las estrellas menos densas aún resplandecientes, aún reteniendo su séquito de planetas.

Navíos espaciales autómatas fluían desde un pentágono de mundos blancoazulados. El terraformado en vasta escala comenzaba. ¿Serían todos ellos mundos granja, para alimentar al quintillón de pobladores del mundo hogar? La superficie se habría perdido. Un mundo hueco se formaría, inflándose hasta un tamaño joviano.

Decenas de miles de años en el futuro. ¿Alguien recordaría a los titerotes de Pierson?

Se los recordaría, sí. La información es muy sencilla de registrar, y muy difícil de destruir. Cuando la explosión del Núcleo brille en el cielo nocturno, cualquier interesado hallaría los datos acerca de la Flota de Mundos en los antiguos registros de la ONU, y el registro de su partida, e incluso la opinión de Beowulf Shaeffer -grabada por Ander Smittarasheed- respecto a dónde iban los titerotes. Si nuestra civilización sobrevivía, habría registros mostrando que yo estaba en lo cierto.

El dulce balanceo del Wyvern me había despertado. Lo supe aun antes de abrir mis ojos: iba por el aire.

Estudí mi reloj: había dormido por cuatro horas. No era suficiente. Faltaba bastante aún para el amanecer, pero debía hacer algo respecto a eso.

El suelo tembló bajo mis pies mientras ejecutaba mi baile hacia el dispensador de la pared.

Andaba con monedas. Agradecí a mi suerte y compré píldoras de bronceado por primera vez en un año y medio. Me tomé cuatro y las bajé con agua; luego regresé a la hamaca.

Miré hacia las negras aguas, y las islas luminosas, cuyos centros lucían el brillo blanco de las ciudades o el amarillo de los faroles, y el azul eléctrico de los rompenieblas delineando sus bordes. Una de ellas se hizo más voluminosa y cercana. Observé mientras el Wyvern descendía hasta su amarre, y una escalera en espiral ascendía hasta la portilla.

Algunos pasajeros abordaban para su viaje a la isla La Linda; otros descendían. Yo descendí.

Mi teléfono figuraba a nombre de Graynor, no de Hebert. Llamé a la empresa Partimos.

La Trirreme de Hielo partiría hacia Hogar en cuatro días, aproximadamente. Milcenta Graynor y una niña habían sido congeladas y todo estaba ok. Me esperaban; Milcenta había reservado a mi nombre. ¿Sabía yo que Milcenta estaba encinta? Se habían requerido técnicas especiales para el congelamiento, y eso implicó un sobreprecio. Hacía demasiado tiempo que yo no me había hecho un examen físico, por lo que me harían uno antes del abordó. También tenía sobreprecio, que Milcenta ya había abonado.

¡Lo había hecho! Buscó a Jenna, arribó a la terminal y preparó todo conservando la calma, y luego se hizo congelar sin cometer un solo error.

Ahora era mi turno.

El verdadero Martin Wallace Graynor mercadeaba con valores a futuro. Eso lo había hecho quebrar. Plumas le hizo una tentadora oferta, y me convertí en Mart Graynor.

Me ocupé del tema por él. Compraba opciones para adquirir -o vender- cupos de carga en espacionaves salientes, vendía la opción si el precio subía (o caía demasiado), y algunas veces ejercí yo mismo la opción. Llevaba haciéndolo más de un año, desde el momento en que entendí cómo era el asunto. Había perdido unos miles, pero ese no era el punto. Mart Graynor poseía opciones de carga con destino a Hogar.

La Trirreme de Hielo cargaba fertilizantes: bosta de ganado adicionada con minerales, gusanos de tierra y pequeñas formas de vida, incluyendo células comedoras de roca. La materia debía ser tratada como un concentrado, mezclándola con polvo rocoso, y depositándola como suelo. Martin Graynor se adueñó de una opción para comprar a precio fijo.

La compré en su totalidad.

Sería mía al llegar a Hogar, y allí la vendería. El desvío de dinero sería detectado, pero los fertilizantes se supone que se mueven.

Lo que seguía: el apartamento en Pacífica, a nombre de Milcenta Graynor. ¿Debía hacer algo con él? Pero Sharrol había estado muy eficiente; podría muy bien haberlo puesto en venta ya.

O podíamos dejar que se venciera el arriendo. Lo dejé estar.

Pasaron veinte minutos. Aún tuve tiempo suficiente para cruzar el puente deslizante hasta la isla Baker Street, poner monedas en una cabina, y quedarme esperando en La Linda a que el Wyvern amarrara para subirme.

La luz del sol me calentó las mejillas, la frente y los párpados cerrados. Chillé de terror y me levanté bruscamente. ¿Había tomado las píldoras? Busqué en los bolsillos, hallé el frasco. El sello estaba roto. Bien.

Dejamos atrás la mayor parte de las islas.

Un balcón rodeaba la góndola, cerrado con un alambrado para desalentar a tontos y suicidas. Varios pasajeros habían llevado sus bandejas afuera. Tomé mi desayuno y salí a tiempo para encontrar vacía una silla inflable. Me quité la camisa. Mi sangre estaba cargada con los químicos antiquemaduras, y la piel se oscurecía rápidamente a medida que avanzaba la mañana.

Volábamos no muy arriba del agua. Siguiendo la superficie de las enormes olas, el Wyvern pasó un largo período de trepadas y caídas. Estábamos en pleno océano; las olas tenían mucho espacio aquí para crecer. Igual que las bestias marinas.

Una voz desde el cuarto de controles dirigió nuestros ojos hacia donde se estaba formando una oscura sombra por debajo del agua. Luego afloró, y el agua cayó hacia los costados de una isla negra. Luego se alzó un cuello, unas decenas de metros en el aire. Una cabeza de ojos muy separados se puso a estudiar las luces de la máquina volante.

Sentí el embriagador éxtasis del descubrimiento, y luego, bruscamente, una brutal culpabilidad.

Terminaríamos en Hogar.

Un agorafóbico podría vivir y criar niños allí sin forzar a su cuerpo a admitir que ha abandonado la Tierra. En ese aspecto carecía de interés, y ése era el motivo por el cual lo había elegido. Yo también

estaría allí, abandonado entre las estrellas..., al fondo de un agujero, como dicen de los planetas la gente del Cinturón.

Nunca supe si había embajadas alienígenas en Hogar. «Estoy fuera de los asuntos alienígenas», había dicho.

Había estado en Fafnir por un año y medio, y lo había pasado bajo el océano. Ésta era mi última oportunidad de conocer el mundo. Mi último vuelo espacial, en miniatura.

Es la dirección equivocada, ¿lo ves Sharrol? La mano del colisionante es más rápida que el ojo de la Brazo. Pero yo sabía lo que hacía desde el principio.

Chequeo sanitario...

Ander no ignoraría los espaciopuertos, y tampoco las naves frigoríficas. Mi jugada era que hubiera mirado primero en la empresa Partimos -y a conciencia- antes de regresar a Pacífica. Los tres debíamos desaparecer antes de que Ander mirara de nuevo.

Más tarde, los registros le dirían que una familia nativa de Fafnir se había hecho congelar mientras que, al otro lado del planeta, él había estado mirando la guerra marina con Beowulf Shaeffer. No debería tener ningún motivo para relacionar a los Graynor con algún colisionante en fuga.

No estuve perdiendo el tiempo a costa de la comodidad de mi familia. Estuve confundiendo mis huellas. Con algo de suerte e ingenio nos veríamos libres de Ander Smittarasheed, y seguiríamos así.

Ahora, ¿qué había de Sigmund Ausfaller?

Nos había seguido a Fafnir siguiendo el rumbo de la nave de Carlos, pero este planeta no era la mejor posibilidad. Los agorafóbicos intentarían llegar a Hogar. Mi mejor conjetura era que Sigmund destinó Fafnir a Ander, y se dirigió a Hogar en persona.

Cuando yo me despertara de la congelación, Sigmund Ausfaller estaría mirándome a los ojos.

Si Ausfaller estaba en Hogar, nej, entonces no había nada que yo pudiera hacer para protegernos. Carlos Wu sería rival para él, no yo. Me dije que Carlos sería duro de roer aun para una docena de

Ausfaller.

Llegó la noche, y el aire se tornó frío. Esperé hasta que me dejaron solo. Entonces saqué mi tarjeta de identidad de Persial Enero Hubert y la deslicé por entre la malla de seguridad, viéndola desaparecer en las sombras.

Era todo muy similar a viajar en Líneas Nakamura como pasajero. Incluso las diferencias eran beneficiosas: la brisa, el limpio aroma del aire, el pequeño aislamiento. Ante un siniestro, la ayuda tardaría horas, no semanas o meses.

Yo había notado ya hace tiempo una relajación en las costumbres de los pasajeros durante los vuelos espaciales. No se estaba realmente en ningún «lugar». Las faltas de disciplina rara vez se pagaban. Las dietas se rompían. Se formaban y rompían parejas de ocasión. Los niños corrían en forma salvaje; la distancia y el material de las paredes absorbían sus aullidos. Algunos adultos probaban drogas estimulantes, o se hacían culetas.

Los que me rodeaban en el Wyvern era en gran medida personas mayores de Shasht, en busca de compañía para pasar el tiempo. Algunos nos anotamos para una competencia en juegos de computadora. Nuestros números cambiaban todo el tiempo. Mantenerse con la misma gente era difícil, a causa de que el cansancio del viaje nos afectaba de distinta manera.

Dejé que la conversación me llegara, haciendo muy poco por mantenerla. No quería que ninguno de ellos recordara a un pálido colisionante o a un ex astronauta. Decliné varias ofertas interesantes... De veras, Sharrol.

El vasto océano de Fafnir terminó de escurrirse por debajo del dirigible. Habían pasado dos agradables días antes de que el largo espinazo de Shasht emergiera a la vista.

Y entonces, toda esas relajadas personas que me rodeaban comenzaron a actuar como si fueran niños que habían olvidado hacer sus tareas.

La terminal estaba en una cresta, encaramada en la espina dorsal de montañas del continente. Podía elegir entre las cabinas, un auto magnético o el sendero peatonal que bajaba atravesando un cañón

rocoso.

Me decidí por el sendero. Tal vez exageraba un poco mis precauciones; tal vez sólo quería caminar, o broncearme un poco, o algo de tiempo extra antes de congelarme y dejar de parecer vivo.

Nadie trató de detenerme. Una caminata de una hora me llevó a la oficina de Empresas Partimos en el espaciopuerto Norte de Shasht.

Partimos parecía una pequeña caja de píldoras, rodeada por parques. Me recordó demasiado a cierto parque en la Tierra que una vez fue un cementerio. Igual que en Prado del Bosque, el edificio de Partimos era un hueco entre el verde, cubierto por placas de vidrio panorámico.

Detrás de las paredes de vidrio había un círculo de bancos de espera y seis cabinas de transferencia formaban un arco, con teléfonos en cada extremo. En el centro regía Miss Machti. Era una bonita mujer de piel oscura, con maneras recatadas; el círculo de su escritorio la rodeaba como una fortaleza.

Estaba contento de volver a verla. Ella me conocía de vista. Sus dedos comenzaron a danzar sobre el teclado apenas me reconoció.

—¡Señor Graynor! Espero que haya pasado una temporada plena de actividades.

—Tranquila y agradable, en realidad -respondí-. ¿Milcenta y Jenna están bien?

—Congeladas y listas para el embarque. Entiendo que Adelaide no se ha presentado.

—No. Viajará por sus propios medios, imagino.

—Será todo para bien, supongo -dijo, en forma algo severa. No creo que ella aprobara el hecho de que Mart Graynor tuviera dos esposas, y mucho menos aún que fueran lesbianas-. Bien, hay unas pocas formalidades que cubrir, y luego podrá unirse a ellas. ¿Sabía usted que el registro indica que su altura es de doscientos diez punto ocho centímetros?

Mi sorpresa debe haber sido visible. ¿Quién podría haber visto esos registros?

Intenté lanzar una risa verosímil.

–¿Han separado una caja alargada para mí?

–No, eso no es problema; es sólo cuestión de reescribir las especificaciones. Pero no pudimos hacerlo; la señora Graynor no parecía conocer su altura exacta. Tendremos que medirlo a usted.

–Muy bien.

–Entonces...

Ella ondeó hacia mi derecha, en semicírculo. ¿Intentaba indicarme ese camino? Fui hacia ese lado del escritorio circular y pude ver una banda móvil que descendía.

Por supuesto. La mayor parte de Partimos debía estar bajo tierra.

Comencé a bajar, cuando Miss Machti me llamó:

–¿Señor Graynor? Tiene una llamada de un señor Ausfaller. Él dice que aún no puede partir.

¡Ausfaller! ¿Cómo había sabido...? ¿Qué cosas sabría?

–¿Acaso preguntó él por Martin Graynor?

–No, solicitó hablar con el hombre de cabello claro frente al escritorio, y yo dije: ¿El señor Graynor?, y él...

–Entiendo. ¿Podría usted...? – no quería que transfiriera la llamada a mi fono de bolsillo-. ¿Podría tomarla en uno de éstos? – y señalé a las cabinas.

–Por supuesto.

Era una media cabina, en realidad, no más que dos paredes negras y una mesa de proyección. Me daría privacidad, y me permitiría mirar al exterior. Tecleé en el receptor, y el busto a escala real de Sigmund Ausfaller saltó a la vista.

Su depravada sonrisa se apagó un poco: no esperaba verme al nivel de sus ojos. Pensé: Sigmund, estás molestando a un extraño, de pelo color arena, bronceado, y treinta centímetros más bajo que tu presa albina.

¿Podría eludirlo con esto?

Pero no me sentí tan afortunado como para intentarlo. Dije:

–Es una larga historia. Pregúntale a Ander.

–Entonces, ¿tu nombre es Graynor, ahora?

–Braynard -dije, acentuando con claridad-. ¿Dónde estás? – él sólo había escuchado el nombre por el teléfono. «Graynor» pondría en sus manos a Sharrol y Jenna también.

–¿Dónde supones que debía estar?

No se veía fondo detrás de él, sólo la proyección sólida de su cabeza y torso. Podía estar en cualquier sitio.

–¿Recuperando el autodoc de Carlos Wu? – sugerí.

–Será a su tiempo. No debe quedar aquí. Mira afuera, Bey. A la izquierda, lejos. Arriba.

Estaba en una ventana, diez pisos arriba, mirando hacia mí. Se veía del tamaño de un muñeco, pero lo suficiente para reconocerlo. Me saludó con el brazo a la distancia, luego se volvió al holófono.

–Estoy justo sobre ti. Te tomará horas congelarte, y días ser estibado y lanzado. Yo sólo necesito cruzar la calle para detenerte. Sé razonable, Bey.

–Siempre parece tener una oferta que yo no puedo rehusar. ¿Por qué me molestas, Sigmund? Ya le conté a Ander todo lo que quería saber.

–No he tenido noticias de Ander.

–Acerca de Plumas, de Carlos, y de los titerotes de Pierson.

–Tiene que regresar a casa conmigo, Bey. Conoces demasiado, y hablas demasiado. Ahora quédate allí y espérame. No te escapes a hurtadillas. Puedo conseguirte un derecho de procreación.

–¿De veras? – nacía en mi conciencia que él no debía saber nada de Sharrol.

–Un descendiente. Tendremos la posibilidad si puedes hacer algo de claro beneficio público. ¿Puedes devolver a Carlos Wu a su hogar?

–Carlos ha muerto, Sigmund.

–¿Muerto?

–¿Cómo me has encontrado?

–No puedes verlo, Bey, pero aquí tengo cuatro paredes llenas de pantallas de video. Esparcimos cámaras por todos lados, luego adherimos las pantallas por toda mi habitación. Ha sido... Espera un momento. Apaga todas las pantallas -él aguardó un instante en suspenso, luego prosiguió-. Gracias a Dios, puedo ver las paredes de nuevo. Estuve vigilando tres terminales de espaciopuerto, los cinco principales restaurantes y diez recepciones de hoteles, y cuando finalmente apareciste, no podía creer que fueras tú.

–¡Debes haberte convencido de alguna manera!

–No podía creerlo, eso es todo. Lo siento. Bey, ¿estás seguro respecto de Carlos?

–Plumas le abrió un agujero de lado a lado. Pero el autodoc nanotecnológico es su legado, y pertenece a la ONU, y lo que intento es acordar contigo y ponerlo en tus manos.

–Muy bien. Tendremos oportunidad de charlar sobre los titerotes y lo que quieras camino a casa -sonó una campanilla; él miró a un costado y gritó-. ¡Hey, abre la puerta! – se volvió hacia mí-. ¿Y Plumas? Tú sabes, nunca quisimos abandonarla en un mundo perdido. Necesitamos recuperar cierto armamento, también. ¿Y los otros, Sharrol y los niños?

Me preparé para la gran mentira.

–Respecto a Plumas, ella...

Sigmund saltó repentinamente hacia mí, y su cara golpeó rudamente contra el borde de la pantalla. Luego reculó, cayendo para atrás, y permaneció fuera de la vista.

Ander apareció en pantalla, adelantándose de manera dificultosa; llevaba un objeto familiar en la mano. Se agachó, y se levantó luego,

con Sigmund Ausfaller colgando de los cabellos en su mano. El pecho de Sigmund se había desbaratado por el gran agujero abierto en él.

Ander sujetaba la terrible arma Brazo de Plumas Filip, aquella que había atravesado mi propio pecho. La apuntó hacia mí.

—¿Reconoces esto?

Por un instante pensé que enloquecía. No podía tener eso. No podía. Estaba en el apartamento, en el de Sharrol, escondida... Ah. Sharrol la había dejado para mí. Había dejado el arma en mi mochila. No había sido mala idea, pero Ander debió haber revisado mi cuarto, palpado la mochila, y la halló. ¿Cuándo?

Después de la cena, mientras yo retiraba la llave de mi habitación.

—¿Dónde estás, Beowulf? —dijo.

Yo todavía miraba a través del gran ventanal de Partimos. Allá arriba podía ver una parte de su cabeza y hombros.

Si se llegaba a voltear, tal vez me viera. No podía simplemente dar la espalda al ventanal y moverme, porque mi espalda se veía mucho más parecida a mí que mi parte frontal. Y... ¿qué podía apreciar Ander desde su holófono? El busto de un extraño de piel bronceada, y nada detrás de él.

—Estoy en mi cuarto del Pequod -dije-. Ander, nada hemos hablado respecto de matar al pobre llanero.

—Beowulf, será difícil vender nuestra maravilla nanotecnológica sin que Sigmund averiguara de dónde la sacamos. El cuarto no estaba registrado a ningún nombre, y la picadora se viene conmigo. No la has usado antes, ¿verdad? ¿No has robado alguna tienda con ella?

—No.

—Bien, al menos ellos le seguirán el rastro hasta la Brazo. Y luego hacia ti.

Me sentía abrumado. ¿Era yo quien había hecho eso? ¿Había disparado la llave que convertía a Ander Smittarasheed en ladrón y asesino? ¿O siempre lo había sido?

¿Qué debía hacer ahora? Seguirle el juego.

–Un hombre muerto no puede darnos dinero -dije.

–Sigmund trajo dinero local. Debe estar en aquel estuche. Me tomará algo de tiempo quebrar el programa de seguridad, y no tengo idea de cuánto ha traído.

–Muéstrame el estuche.

–¿Qué, acaso piensas que te miento? – salió de mi vista, para retornar con un pesado portafolio color plata en su mano libre-. Ahora es cuando me dices cuál es la isla.

Le di el dato de la longitud, el correcto.

–Te diré la latitud cuando tenga mi mitad del dinero.

–Estaré en contacto.

–¡Espera! Ander, líbrate de la picadora.

Él rió.

–Creo que me la quedaré.

Podía ver cómo yo la temía. La conservaría para intimidarme. Lo intenté, de todas formas.

–Ander, yo tenía puesto un...

Se había ido.

Aguardé en el teléfono hasta que vi que la forma se iba de la ventana del hotel. Entonces regresé al escritorio.

–¿Están listos para congelarme, señora Machti?

Médicos de blanco grabaron las impresiones de mi retina y un registro vocal. Mi altura era de ciento setenta y ocho punto tres centímetros. El examen físico me pareció hecho a la ligera, pero de todas formas, ¿qué podrían encontrar? El autódromo de Carlos Wu me había reconstruido a partir de mi mapa de ADN. Nunca había estado en mejor forma.

Quería ver a Sharrol y Jenna. Los doctores me lo permitieron. Se veían bien... Bah, como muertas, pero... Intenté animarme a unirlos.

Como si me quedara alguna otra opción...

Qué revoltijo se había armado. Pobre Sigmund.

¿Qué pensaría la policía local acerca de tal herida? Nunca habrían visto un cadáver semejante, pero sí habrían visto un agujero como éste. La picadora había abierto el mismo agujero a través del chaleco de emergencia de Persial Enero Hebert, quien se había hundido sin dejar rastros un año y medio antes.

Seguramente harían la conexión. Se pondrían a la busca del solitario Hebert, quien había entrado en un repentino arrebato de actividad: una llamada telefónica, un cuarto de hotel en el Pequod, una cena con Ander Smittarasheed.

Si hubiera abandonado la picadora, Ander se hubiera escapado sin problemas.

Pero el arma lo condenaría, lo identificaría. No podría aferrarse al arma sin verse obligado a usarla.

¿Acaso dudaría? ¿Un hombre entrenado por la Brazo, frente a policías coloniales? Fafnir es un mundo «humano». Ander no sería muy feliz al averiguar cuántos policías eran kzinti.

Me pregunté cuánto daño haría Ander antes de que lo atraparan. Sería una horrenda carnicería si intentaba abrirse paso a la libertad.

Mejor para mí. Un Ander muerto es un Ander silencioso. Pero...

Nadie encontraría en el futuro aquellos papeles, aquellos viejos registros de la Brazo mencionando mi hipótesis acerca del motivo de la fuga de los titerotes. Nadie se preguntaría si era posible que un trillón de poderosos alienígenas dejara el espacio conocido para tomar posesión del Núcleo de la galaxia. Quizá jamás importara, aunque estuviera en lo cierto. O tal vez, simplemente, estaba equivocado.

De una u otra forma, no veía la manera de detener a Ander.

Estaban rociando mi brazo. Me pondrían en coma para congelarme y

luego lanzarme al espacio en la nave frigorífica. Me pregunté qué cara me estaría mirando cuando al fin despertara.

FIN

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
13/10/2009**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/